

## JAQUE AL GRECO

### CAPÍTULO I LOS HECHOS

Algo había ocurrido. No era normal en el Ministerio tanta celeridad a primera hora. Las prisas en un Ministerio suelen comenzar algo más tarde e incluso un poco antes de terminar la jornada de trabajo. Y además, para colmo era viernes.

Pero esa soleada mañana de Septiembre parecía como si le hubiesen puesto un cohete a más de un personaje. La Ministra había llegado antes de su hora habitual y había convocado una reunión en su despacho para las nueve de la mañana.

Los asistentes a la reunión urgente, eran tres, la Ministra y dos personajes no habituales en el Ministerio de Instrucción conjuntamente: el Director en funciones del Museo del Prado y el Jefe del Departamento de Seguridad del Ministerio Central Interno.

Una vez acomodados en el despacho ministerial, la Ministra interpelló directamente al Director del Prado:

- ¿Cuáles son los hechos?, y concrete, por favor.
- Ministra, al conectar el ordenador esta mañana a las siete cuarenta en punto para leer la prensa y los email o correos, aunque no es normal que a esa hora tuviese alguno, pero nunca se sabe, aparece el siguiente, enviado a las cero tres horas de ésta madrugada:

***“Le ruego compruebe autenticidad del Caballero de la mano al pecho”.***  
***Saludos. Robín de los Bosques.***

Lo que aparentemente parecía una broma de algún internauta noctámbulo, he comprobado que tenía su fundamento, hay que ser un experto para darse cuenta a primera vista, pero no hay duda: **la tela que tenemos en la sala X B de la planta principal del Museo no es la auténtica.** En un principio pensé descolgarlo y colocar el letrero “en restauración”, pero yo solo no puedo hacer dicha labor, ya que es preceptivo que además del personal operario debo estar yo presente con el Jefe del Departamento de restauración, dos técnicos del laboratorio y mi ayudante, amén de mi secretaria, del fotógrafo y el cámara que hoy día saca un vídeo del traslado, que formará parte de la documentación que tiene cada obra de arte. Así pues, Señora Ministra, opté por dejarlo tal cual, llamarla inmediatamente, y después al Sr. Jefe del Departamento de Seguridad aquí presente, a quien le transmití su orden de reunirnos a las nueve. Estos son los hechos, y a las nueve en punto se ha abierto el Museo como es costumbre.

- Señor Jefe de Departamento, ¿cuál es su opinión?

- Señora Ministra, no salgo de mi asombro de cómo se ha podido producir este cambio...

-Querrá decir este “robo”... – apuntó la Ministra.

-Yo todavía no diría tanto Sra., perdone, pero además del presunto robo parece ser que se ha producido un cambio del original por la copia, y conociendo las medidas de seguridad del Museo del Prado, me resulta muy difícil imaginarme cómo se ha podido llevar a cabo. Lo único que puedo decirle, es que hemos de actuar con mucha cautela y hoy por hoy estamos en manos de este presunto ladrón de guante blanco.

-Por favor, concrete, ordenó la Ministra en tono imperativo.

-Me refiero Ministra, a que no podemos arriesgarnos a lo siguiente:

Primero, no debemos darle publicidad. Por eso Sra. esta misma reunión que estamos manteniendo lo más seguro es que ya habrá levantado sospechas, pues no es normal mi presencia en este Ministerio junto con el Director del Museo del Prado, y hemos de encontrar una justificación antes de que Vd. la dé por concluida.

Segundo: Respecto a la cautela, es que antes de que algún experto de la pintura del Greco aparezca en el Prado, hemos de buscar la fórmula de retirar el cuadro, encontrando una justificación razonable. Por eso creo que el Sr. Director del Museo ha obrado muy bien esta mañana en no retirar el cuadro, o la copia precipitadamente. Supongo que él encontrará la fórmula para retirarlo, cumpliendo todos los requisitos que exija la ley.. Mientras tanto, pensemos cómo debemos actuar, y pidamos que no visite hoy el Museo ningún experto.

Por otro lado, ¿es Robín de los Bosques el presunto ladrón?, o ¿es el experto?, que nos quiere avisar del cambio y prefiere el anonimato, y nos está haciendo incluso un favor, ¿o es el presunto ladrón y experto a la vez?, pero de todas formas ¿ha salido realmente el original del Prado?...

Son como ve, Sra. Ministra un cúmulo de interrogantes, que tendremos que ir averiguando sobre la marcha y en el menor tiempo posible, pues esto va a ser una guerra contra reloj.

-Por supuesto y Vd. lo conseguirá como espero, pues entra dentro de sus obligaciones Sr. Jefe de Departamento -recordó la Ministra en un tono algo altivo- lo que importa ahora mismo es buscar una salida coherente de ésta situación un tanto anómala y absurda en la que nos vemos involucrados, tanto este Ministerio como el Equilibrio del Estado.

-Ministra, ¿cree Vd. que el Equilibrio del Estado se ve comprometido?, preguntó el Director del Museo.

-Eso me temo, contestó la Ministra de Instrucción, no se pueden Vds. imaginar cómo nos machacaría la Oposición si sale a los Medios o llega a su conocimiento de lo que ha ocurrido en el Prado, además del hazmerreír que seríamos en todo el mundo, pues este cuadro es muy conocido. Bastante tenemos con el episodio de la bandera americana o el desaire al Papa en su visita a Valencia. Sin olvidar la cola que están trayendo los

incendios forestales y el tema de los inmigrantes de Canarias, y no digamos nada de la sequía, que parece que la culpa de que no haya llovido la tiene éste Gobierno...

Se produjo un tenso silencio, que ninguno de los invitados a la reunión se atrevía a romper, pues como suele suceder en situaciones súbitas e inesperadas, parece como si se atrofiara la mente y no se vislumbrara ninguna salida airosa, y menos aún, después de los comentarios de la Sra. Ministra, pues parecía como si ésta los hubiese hecho adrede para hacer cavilar a los visitantes al Ministerio y presentes en la reunión.

Fue nuevamente la Ministra la que rompió el silencio, preguntando: -¿Podemos arriesgarnos a dejar la copia colgada mientras “encontramos” el original y hacemos un plan de actuación?. Su mirada se clavó en el Jefe del Departamento..

Pero fue el Director del Prado quien tomó la palabra:

-En principio, opino que necesitamos efectivamente un tiempo para recopilar los primeros datos, aunque anticipándome al momento, antes de salir para este Ministerio, le di la orden a mi secretaria que llevase a mi mesa de trabajo todo el historial del “Caballero de la mano al pecho”, incluido, claro está, los permisos que en la historia del Museo se hayan concedido a copistas para copiar esta tela. Creo recordar, que hace cuarenta años se concedió un permiso a un grupo de alumnos de una Academia de Arquitectura y Bellas Artes, que estaban realizando un estudio sobre el Greco, y éste cuadro fue copiado en aquella ocasión. Por supuesto en nuestro archivo existen datos.

Por otra parte, no consta que éste cuadro haya salido del Museo para ninguna exposición fuera de Madrid.

-Algo es algo, dijo la Ministra, y añadió:

-¿Y qué más?, si es que lo hay.

-Ignoramos, si este cambio, -continuó el Director del Prado-, perdón, presunto robo y cambio, se produjo ayer mismo, o por el contrario llevamos más tiempo con la copia falsa colgada en la sala XB de la sala principal, pues como comprenderá, Sra. Ministra, es tan difícil que ocurriera lo que ha ocurrido, que es imposible que se comprueben la autenticidad de todos los lienzos, cada dos por tres, sobre todo si no se ha producido una alarma, y este no es el caso, no ha habido tal alarma en esta sala del Museo ni en ninguna otra, al menos desde que ocupó el cargo de Director. El del “Caballero” tiene unas dimensiones de ochenta y uno por sesenta y seis centímetros, las mismas que la copia que el Sr. Robín, o como se llame, nos ha dejado colgado.

-Y eso ¿qué nos demuestra, Sr. Altamirano?. Es la primera vez que la Sra. Ministra se dirigió al Director en funciones del Museo del Prado por su primer apellido-.

-Nos demuestra Sra., que se trata de una tela a las que nosotros llamamos “manejables”. Manejable por una sola persona, que en éste caso tiene que

tratarse de alguien muy habilidoso y que no tiene un pelo de tonto, además de ser, si se trata de la misma persona quien lo ha manejado y a su vez lo ha copiado, un gran artista o copista, ya que, repito, hay que ser un gran experto para darse cuenta del cambio.

-No veo a donde quiere llegar, -dijo la Ministra-, y le ruego que sea más concreto pues no podemos permitirnos el lujo de estar aquí los tres divagando y perdiendo el tiempo, cuando tenemos tanto que hacer contra reloj...

-Le ruego Sra. Ministra, que me dé un margen de confianza, y el tiempo necesario para ordenar mis ideas, pues no hace ni dos horas que he tenido conocimiento del hecho, así que le ruego un poco de paciencia, -se arriesgó del Director del Museo-..

-Nos comunicaremos a través del móvil todas las mañanas a las nueve en punto, -le interrumpió la Ministra-, pero no dude en ponerse en contacto conmigo a cualquier hora del día o la noche, si ello fuese necesario. Y si me tiene que poner un correo el mío es [minisculta@hotmail.com](mailto:minisculta@hotmail.com), -tome nota por favor-, y sólo la usa mi familia, es secreta, y le ruego cuando esto termine, que la olvide.

-Por cierto, -continuó-, ¿Cuál es su página o correo y a cuál lo envió Robín, al suyo o a la página del Museo?, esta madrugada a las tres.

Hasta ese momento, el Director del Museo del Prado no había reparado en ese detalle muy importante.

-Pues la verdad –contestó Altamirano-, no había reparado en ello.

-Es muy importante –dijo la Ministra- pues no es lo mismo que usen la página de Internet del Museo, que la suya en particular o su correo electrónico, que supongo que como la mía, no será pública, sino de un reducido grupo de colaboradores o familiares.

-Robín de los Bosques ha usado mi correo, que por cierto no tiene nada que ver con mi apellido ni con el Museo, es: [gazpachuelo@hotmail.com](mailto:gazpachuelo@hotmail.com).

-¿Gazpachuelo? –inquirió la Ministra.

-Sí, es un plato típico de mi tierra –respondió Altamirano.

-No deja de ser curioso, -intervino Marcelino de la Mano, que era el nombre del Jefe del Departamento de Seguridad- pero a su vez creo que nos puede simplificar la investigación.

-¿Insinúa Vd. o mejor dicho –pregunta Altamirano- vincula Vd. al círculo de mis colaboradores o familia con el asunto que nos reúne en esta mesa?

-Ni insinúo, ni vinculo Sr. Altamirano, -respondió Marcelino- podría casi afirmarlo, y no se ofenda, pues si no, ¿cómo se explica Vd. que conozcan lo de “Gazpachuelo”?, es muy significativo, lo cuál no quiere decir, ¡válgame Dios!, que tenga que ver Vd. algo con el asunto. No es eso, no es eso, es que por deformación profesional, y sobre la marcha y con la sana intención de arrojar algo de luz sobre la incertidumbre, me precipito en mis observaciones. Olvídelo Altamirano, y le ruego me disculpe, pero mi experiencia me dice que no puedo dejar pasar por alto ningún detalle.

Espero poder hablar con Vd. largo y tendido sobre el tema, con la única intención de llegar a una solución en éste enojoso asunto que nos ha tocado lidiar.

El reloj italiano de pared situado a las espaldas de los interlocutores de la Ministra anunció las nueve y media, con un elegante sonido de campana.

La Ministra les consultó si les apetecía tomar café, dando a entender que la reunión iba a continuar y necesitaban un pequeño receso, sobre todo para templar los ánimos y dar a cada uno unos minutos para recapacitar antes de tomar decisiones.

Pidió los cafés, y mientras los traían rogó a la visita que la disculpasen pues tenía que revisar y firmar los documentos que contenía la carpeta de firmas que estaba sobre la mesa cuando llegaron los dos visitantes.

Le devolvió la carpeta a la secretaria que trajo los cafés, que se dispusieron a paladear, aunque quizás lo que más agradeció el Director del Museo del Prado fue el vaso de agua fría que se bebió inmediatamente, para refrescar su seca garganta, ya que por mor de los acontecimientos se estaba quedando sin saliva.

-Si fuman Vds. les diría que podían encender un pitillo, pero ya conocen la Orden Ministerial desde primeros de año respecto a la prohibición de hacerlo en los edificios públicos, -dijo la Ministra como disculpando al Ministerio que dictó la Orden-

-Gracias de todos modos, -respondió Marcelino-, ya a éstas alturas estamos acostumbrándonos. A todo se hace uno, aunque esta medida no ha sido muy popular que digamos, pero hay que tener consideración con los no fumadores.

-Prosigamos, -dijo la Ministra una vez que saboreó su café, y por supuesto el medio vaso de agua que escanció de la botella que estaba sobre la bandeja que trajo la secretaria- lo que me llama la atención, Altamirano, es la rapidez con que ha llegado a la conclusión de que la obra colgada en la sala no es la auténtica, ¿no es necesario una confrontación de expertos, además de los estudios de la tela, su textura, pigmentos, y toda clase de pruebas, antes de afirmar tan rotundamente lo que Vd. afirma?.

-Sra. Ministra, -respondió Altamirano- aunque sea una inmodestia por mi parte, la Tesis doctoral que desarrollé al terminar las carreras de Filosofía y Letras y de Bellas Artes, versó sobre el Greco, y aunque no tenga la extraordinaria cultura como evidenció el llorado Dr. D. Gregorio Marañón en su obra “El Greco y Toledo”, llegó a interesarme sobremanera todo lo relativo a este magnífico Maestro de la pintura y que tuvimos la suerte de que emigrara a España, que sólo con ver la firma, me puedo dar cuenta y esta copia **¡no tiene firma!**, cuando “El Caballero de la mano al pecho”, es el único retrato que hizo el Greco y que firmó, además, por más señas, lo hizo con mayúsculas. Todos los demás lienzos de retratos que pintó, de los

que se conocen treinta y ocho, entre ellos: Cardenal Tavera, Niño de Guevara, El Joven, Viceentio Anastagi, La Dama del Armiño, El Señor de la Casa de Leiva, en fin así hasta treinta y ocho, ninguno estuvo firmado por el Greco, solamente el cuadro que nos ocupa. Estoy totalmente convencido.

-¿Qué me dice Vd. del bastidor?, -preguntó Marcelino de la Mano- ¿le dio tiempo de comprobar antes de venir a ésta reunión?

-Efectivamente, -respondió Altamirano- me dio tiempo, y a esa temprana hora aún no se habían puesto en funcionamiento las cámaras de vídeo situadas en las salas, ni tampoco me pudo ver ningún vigilante pues a esa hora aún no se han incorporado a sus puestos. Como no es excesivo el peso del cuadro, y había desconectado por supuesto las alarmas, retiré lo suficiente el cuadro para introducir la mano por detrás y palpé el trasdós notando la textura de tela antigua y además al rozar el bastidor me manché la mano de polvo, cosa habitual en cuadros que llevan mucho tiempo sin descolgarse, lo que añade aún más misterio al episodio.

-Obvió Vd. estos detalles cuando le pedí que concretara los hechos, -dijo la Ministra como intrigada-

-Es cierto, se me olvidó -contestó Altamirano.

-¿Cómo creen Vds. que se debe enfocar este asunto?, -preguntó a ambos la Ministra, y sin tiempo para la respuesta añadió: ¿qué plan se los ocurre?

Esta vez fue Marcelino de la Mano quien tomó la iniciativa y la palabra:

-Como primera medida, en lo que a mi Departamento respecta, es obvio que yo personalmente no debo llevar el caso, así que le propongo y le ruego que me autorice a contar con un colaborador de mi absoluta confianza que le dedique las veinticuatro horas del día y que trabaje en estrecha colaboración con Altamirano.

-¿En quién ha pensado?, -inquirió la Ministra.

-En mi Departamento tengo personal muy cualificado, pero especialmente -contestó Marcelino de la Mano- hay un Inspector licenciado en Filosofía y Letras y Periodismo, y que domina perfectamente tres idiomas, aparte del castellano, inglés, francés y alemán que creo nos puede prestar un buen servicio, y digo lo de los idiomas, porque pienso que sería bueno se presentase en el Museo como un becario extranjero que ha de realizar un trabajo sobre el Greco, con lo cual no levantaría sospechas de recabar toda la documentación, que incluso el Sr. Altamirano ya le ha encargado a su secretaria que le deje en su despacho todo lo relativo sobre el “Caballero”. Podemos decirles a los colaboradores del Sr. Director en el Prado que está especialmente interesado en esta obra, si no le parece a Vd. mal.

La Ministra asintió con la cabeza y mirando al Sr. Altamirano le pidió su aprobación sin abrir siquiera la boca.

-Me parece muy oportuno, -confirmó Altamirano, que además apostilló:- incluso se puede estudiar el cuadro en mi despacho, guardándolo a diario

en la cámara acorazada por supuesto. En otras ocasiones se ha hecho algo parecido, lo cual no causaría extrañeza.

-Hay que atar todos los cabos, -apuntó la Ministra- para que no se nos escape de las manos este asunto y no se filtre nada a la prensa, que es lo peor que nos podría pasar. Ni que decir señores, que espero tanto de Vds. como de sus colaboradores inmediatos en este asunto, y espero que sean los menos, absoluta discreción, y desde este momento lo consideramos materia totalmente reservada. Ya saben Vds. lo que significa.

-No se preocupe por eso, -dijo Marcelino en nombre de los dos-.

-¿Cuál su agente especial o 007 Marcelino?, -preguntó la Ministra-.

-Vd. misma lo acaba de bautizar, -dijo Marcelino de la Mano esbozando una sonrisa-, si nuestro amigo se dice llamar Robín de los Bosques, ¿porqué no 007?.

-De acuerdo Marcelino, -dijo la Ministra-, si no quiere decirme su nombre nos referiremos a él con 007, y a partir de ahora mismo vamos a ponernos a trabajar. Sigán en contacto diariamente, y Vd. Marcelino no lo olvide, a las nueve de la mañana, y con pies de plomo, pero sin pausa, y si se vuelve a poner en contacto con Vd. Robín, hágamelos saber inmediatamente. Si ha de llamarme por teléfono, hágalo a éste, -le alargó un posí con un número de móvil-. Si lo coge mi secretaria Lucía, dígame inmediatamente que ha de informarme sobre el expediente dos mil seis barra cero cero siete. Ya le daré instrucciones para que me lo pase inmediatamente.

-Un pregunta Sra. Ministra, -interpeló Marcelino-, ¿debo informar a mi Ministro?, se la formulo pues debo estar cubierto por si tengo que usar medios reservados, y si es así, ¿qué hay del Subsecretario?. Si llego al Ministro por el conducto reglamentario, aparte de diluir el tema, pienso que pueda haber filtraciones.

-Respecto a mi colega, yo le informaré personalmente. En cuanto llegue hoy a su Ministerio dígame que me llame por nuestro teléfono. Le pediré que tenga Vd. carta blanca. Respecto al Subsecretario, ya llegaré a un acuerdo con su Ministro. Soy de la opinión que no debe saber nada, y que el Titular le diga que está Vd. encargado de un tema especial, que debe tener prioridad y además es materia reservada. No hará falta más explicaciones.

-Y el Presidente, ¿debe ser informado?, -volvió a preguntar el Jefe de Departamento-.

-Por ahora no lo veo necesario, -contestó la Ministra-. Hasta mañana pues. Os deseo suerte. Adiós.

Y con apretón de manos a ambos contertulios, dio por finalizada la reunión.

El reloj italiano marcó exactamente diez campanadas con un sonido realmente agradable y que no transmitía prisas innecesarias, como otros relojes de pared, sino que te invitaba a seguir trabajando sin prisa y con calma, pero claro, sin pausa.

Calma que iba a ser muy necesaria para resolver el enigma que se había iniciado a las tres de la madrugada.

-¿Porqué pintaría Doménico Theotocópuli éste lienzo?, suspiró el Jefe del Departamento de Seguridad mientras marchaban camino de las escaleras.

-Fue un Notario de la época, a quien el Greco le debía dinero, respondió Altamirano. Y le pagó con el retrato.

-Pues ya podía haber saldado su deuda antes de pintar al Notario, ¡qué caramba!. Menudo lío nos hubiésemos ahorrado.

Antes de tomar los vehículos oficiales decidieron irse al Museo para concretar el plan de trabajo, previamente el Jefe del Departamento de Seguridad pasaría por su Ministerio, quedando citado con el Director a la puerta del Museo. Y una vez dentro del vehículo hizo dos llamadas con su móvil.:

La primera a su Ministro para decirle que hiciera el favor de llamar a la Ministra de Instrucción, y que él se iba al Museo del Prado. La segunda a un colaborador:

-Emilio, buenos días, ¿está Vd. disponible esta mañana?.

-Vd. manda D. Marcelino, -le respondió el tal Emilio.

-Salga a la puerta del Ministerio, dentro de diez minutos lo recogemos con mi coche oficial. Hasta ahora.

El interlocutor, Emilio, no era otro que cero cero siete, según lo había bautizado la Ministra de Instrucción sin saberlo él. Emilio Cabrera, es uno ochenta y siete de asturiano, de treinta y siete años, Inspector de Investigación Científica, muy especializado en casos complicados y difíciles, como es éste que se ha planteado, y además muy intuitivo y con una facilidad extraordinaria para los estudios y los idiomas, con mucha rapidez de reacción, que le iba a venir muy bien para estudiar este asunto, pues aparte de que había que hacerlo contra reloj, se trataba de un tema delicado y peligroso tal y como están las cosas con la política, pues un resbalón tiene luego consecuencias inesperadas para los políticos y ruedan las cabezas.

Su Jefe le solía dar siempre carta blanca y no se solía entrometer en cómo conseguía sus informaciones ni en los métodos que usaba para ello. Siempre le decía lo mismo cuando le encargaba un caso, y antes de despedirse: “Emilio, Vd. mismo”, y ya sabía que tenía libertad absoluta para actuar según sus métodos. Métodos que siempre habían sido lícitos y dentro de la Ley. Nunca se la saltaba, eso lo tenía muy claro, aunque a veces no fuese muy ortodoxo y se arriesgara demasiado.

Muy aficionado a la Historia del Arte, iba a tener ocasión de dedicarse de lleno al estudio del Greco.

Su afición a la pintura le había hecho incluso llegar a practicarla, pues en sus ratos libres, que no eran muchos, se dedicaba a realizar algunos apuntes, y tenía algún que otro óleo con resultado aceptable.



Lo que dominaba mejor era la mancha con carboncillo, pues tenía algunas de estatuas griegas francamente buenas. En cambio la acuarela se le resistía, pues necesitaba una técnica que no había logrado descubrir, ni tenía tiempo de matricularse en dicha asignatura en la Escuela de Bellas Artes. La época de estudiante había pasado ya desgraciadamente; tendría que dejarlo para cuando se jubilase.

## CAPÍTULO II

### EN EL MUSEO

Allí se alzaba impresionante, al margen de una de las más espléndidas avenidas de Madrid, el Museo Nacional del Prado, que fue Museo Real, y que en el mundo entero es conocido con el nombre de Museo del Prado.

Tiene un aspecto seductor por severo y elegante y es uno de los más bellos monumentos arquitectónicos de la Corte. Se destaca en su fachada principal, con la puerta de Velázquez, una doble galería llamando la atención en su centro un primoroso peristilo dórico. La galería baja está formada por catorce arcos de medio punto y cuatro adintelados; y forman el sostén de la galería alta veintiocho columnas de estilo jónico. En la galería baja se adorna con varios bustos y hornacinas, con figuras y jarrones.

Esta fachada de la puerta de Velázquez, tiene seis esbeltas y estriadas columnas. Pero más conocida por los visitantes, es la fachada, llamada Goya al norte, con su magnífica escalinata y las cuatro columnas jónicas que soportan el peristilo.

Hay que agradecerle a José I la idea de fundar un Museo de Pintura para acoger las diversas escuelas. Así que fue el hermano de Napoleón, Pepe Botella según el vulgo, quien publicó sendos Decretos designando el Palacio de Buenavista como local para el proyectado Museo.

El arquitecto de éste edificio fue Juan de Villanueva, y en principio fue proyectado para Museo de Ciencias Naturales, por orden de Carlos III, bajo cuyo reinado comenzó la construcción, continuándose, en su mayor parte con Carlos IV.

La gloria de ser llevado a feliz término se debe a Fernando VII por su inclinación a las Bellas Artes y el 18 de Noviembre de 1819 se abrió al público, y curiosamente se cerraba los días de lluvia para no embarrar de lodo el suelo.

El primer Director del Museo fue don José Gabriel de Silva Bazán, , marqués de Santa Cruz, que era el mayordomo mayor del Palacio Real, que ocupó el cargo apenas un año. Le sucedieron, el príncipe de Anglona, el marqués de Ariza y el duque de Híjar. Pero estas prebendas directivas encomendadas a la nobleza estaban convenientemente acompañadas por la asesoría técnica de expertos artistas. Así pues se crearon los puestos de asesor artístico y conserje mayor o administrador, y los primeros fueron Vicente López, pintor de cámara y Luis Eusebi, pintor miniaturista.

El sostenimiento financiero de la institución, corrió a cargo de los fondos reservados o “bolsillo secreto” de Fernando VII y también a expensas del Rey se adquirieron obras como fue una Trinidad de Ribera.

El incremento de la colección del Museo durante los quince años del reinado de Fernando VII fue espectacular. En la inauguración disponía el

Museo de trescientas once pinturas de la Escuela Española, mientras que en 1827 había almacenados en los depósitos unos cuatro mil cuadros.

Actualmente trabajan para el Museo más de cuatrocientas personas y tiene más de tres mil cuadros esparcidos por el territorio nacional, contando actualmente con más de diez mil obras de todo tipo entre las expuestas, las itinerantes o cedidas y las acumuladas en sus almacenes. De ahí el proyecto, discutible o no, pero necesario, de Rafael Moneo, para ampliar el Museo.

Así pues en una de las salas de éste magnífico palacio de estilo neoclásico, que expone más de dos mil cuadros, además de una importante colección de escultura clásica, medieval, renacentista, barroca y artes suntuarias y decorativas, algún osado había realizado una fechoría que iba a traer de cabeza a su Director en funciones, al Jefe del Departamento de Seguridad del Ministerio Central Interno, a cero cero siete, y a la mismísima Ministra de Instrucción...

Una vez hecha las presentaciones en la escalinata de la entrada norte se dirigieron nuestros tres personajes al despacho del Director, situado en la planta principal.

Altamirano invitó a Marcelino y a Emilio a que tomasen asiento, y los tres se acomodaron en un tresillo situado en un extremo del despacho, y entre los dos, Director y Jefe de Departamento, pusieron en antecedentes a Emilio de los acontecimientos y de la conversación que habían mantenido con la Señora Ministra de Instrucción hacía escasamente una hora.

-Así pues, -comenzó Emilio- que por lo que entiendo, esta es la hora en la que aún no sabemos si el original ha salido del Museo, o aún se encuentra aquí. Creo que debemos empezar por los vídeos de la sala del “Caballero”, empezando por la última, por si vemos algo que nos llame la atención, algún movimiento extraño o persona que se acerque más de la cuenta al cuadro, o comprobar si alguna persona en especial repite la visita durante varios días, en fin algo que nos llame la atención sobre la rutina de las visitas diarias. Por otro lado, pienso que no se debe retirar el cuadro, aún a riesgo de que venga un experto que demuestre extrañeza ante la copia.

-¿Porqué no debemos retirar el cuadro?, -preguntó Altamirano-

-Porque levantaríamos sospechas ante el mismo personal del Museo, por cierto Sr. Altamirano ¿ha tenido Vd. problemas con el personal del Museo?, ¿o con alguno en particular, que haya sido despedido últimamente?, en fin Sr. Director ¿sospecha Vd. de alguien en particular?.

-De nadie, -respondió el Director-. En ésta institución el personal tanto técnico como laboral está por lo general muy satisfecho de su trabajo y de sus emolumentos. Tienen buenos turnos de trabajo y se encuentran a gusto. Ignoro si otros Directores tuvieron algún problema, pero yo desde luego, no.

-Perdone la pregunta, pero tenía que hacérsela, - continuó Emilio-, y volviendo a la retirada del cuadro, decía que es mejor dejarlo donde está,

en su sitio, porque los únicos que hasta ahora sabemos lo ocurrido somos nosotros y la Ministra por supuesto, nadie más puede pensar que esto haya sucedido.

-No olvide Vd. Cabrera, -dijo el Director del Museo- que también lo sabe Robín de los Bosques, y lo que es peor, estamos en sus manos. Me parece que no nos queda más remedio que esperar, que se vuelva a poner en contacto conmigo, para ver qué es lo que pretende y hasta donde quiere llegar.

-Pues puede llegar hasta donde él quiera, -comentó Marcelino de la Mano-, desde llevárselo al extranjero, vendérselo a un japonés millonario, o quedarse con el cuadro para su colección particular, en fin son conjeturas, y somos profesionales por encima de todo, y no debemos caer en montar una película, pues no tenemos todavía el guión completo.

-Lo que sí quisiera señores, -prosiguió Emilio-, es que me digan Vds. cómo me voy a mover por el Museo, porque lo de becario para estudiar el Greco, lo veo complicado, ya que me pondría en situaciones incómodas o difíciles si se presenta el experto que tememos, o incluso con el personal del Museo, como restauradores que sí entienden más que pueda entender yo de arte, pues soy un simple aficionado, y no es que con esto quiera desentenderme, sino que por el contrario, lo que quiero decirles es que necesito, para trabajar, encontrarme en mi órbita, en la que conozco. Sé que es difícil, pero hemos de encontrar la circunstancia que me permita moverme por el Museo con toda libertad. Propongo mas bien, ser presentado al personal que tenga que ser presentado, como un periodista con las credenciales que hagan falta, para deambular por las salas e incluso despachos, y en especial por las salas del Greco, y otras dependencias del Museo como almacenes o talleres de restauración, para buscar el original, si es que llegamos al convencimiento de que se encuentra aquí.

Se podría decir al personal, que estoy preparando un estudio sobre la estadística del tiempo que dedica un visitante a la contemplación de una obra de arte, teniendo en cuenta la edad, nacionalidad, status, solo o acompañado, en grupo, en fin, un estudio estadístico, pensando también en la ampliación del Museo con la obra de Moneo hacer un estudio de la distribución de los visitantes para que sea cómoda la visita al Museo. Igualmente, estudiar qué cuadros despiertan más interés del público, dejando a un lado, o estudiando de otra forma las Meninas o las Majas.

-De acuerdo, prescindamos de lo del becario -dijo el Director del Museo-, es más práctica la fórmula del periodista, y además Vd. lo es, y no tiene por qué tener conocimientos de arte en profundidad.

-Propongo que estiremos un poco las piernas y demos una vuelta por el Museo, -dijo Emilio-, pues quiero ver la situación de las cámaras de vídeo y pasar delante del “Caballero”, por lo menos para saludarlo. ¡Ah, Jefe!, si quiere lo libero, pues creo que sería más conveniente ir acompañado sólo por el Sr. Altamirano, y así, queda Vd. al margen cara al público.

-Reconozco que no soy tan famoso como Antonio Banderas, -comentó Marcelino- pero creo que lleva Vd. razón, es mejor que vayan los dos. Así pues, me retiro. Téngame al corriente, y ya sabe que tiene Vd. Emilio carta blanca. No hay horarios, si hace falta dormir en el Museo, que el Sr. Altamirano como Director, lo haga posible, y busque la fórmula que sea necesaria. Ya sabe Emilio, “Vd. mismo”.

Dicho esto, el Jefe del Departamento se despidió de ambos y se dirigió a su Ministerio en el vehículo oficial.

Ya eran las once de la mañana, y el Director del Museo le propuso a Emilio tomar un café en la cafetería del Museo.

Tomaron asiento en un extremo y mientras tomaban el café observaban al variopinto público que pululaba por la cafetería, más extranjeros que nacionales, mucha juventud, gracias a Dios, las monjas y sacerdotes que nunca faltan, también tienen derecho, ¡qué caramba!, muchos japoneses, que todos parecen de la misma familia y nunca sabremos cómo se pueden reconocer y no se confunden unos con otros, ¡qué personajes más curiosos!, con sus buenas máquinas de fotos y videocámaras, que no pueden usar dentro del Museo, aunque más de uno tomará sus buenas fotos. ¿Será japonés Robín de los Bosques?...-se preguntó Emilio-

Por la cabeza de Emilio Cabrera pasó por un momento el recuerdo de la primera vez que vino al Museo del Prado. Fue con sus padres, tendría unos siete u ocho años pues fue antes de hacer la Primera Comunión. Por cierto que le ocurrió algo curioso a raíz de este viaje.

Resulta que su padre era accionista de una Sociedad llamada “Agrupatatas”, y delegado de dicha sociedad en Asturias. Esta Sociedad se dedicaba a la comercialización de productos del campo en toda España, sobre todo de patatas, de ahí su nombre. Solían reunirse una vez al año en la sede de la Sociedad en Madrid, que estaba en calle Barquillo, donde se repartían los beneficios en función de las acciones de cada uno. Aquél año, mil novecientos setenta y seis, estaba en un colegio de monjas, de las Esclavas, pues tenía una hermana mayor que él que estaba en el mismo colegio. Nos estaban preparando para la Primera Comunión a un grupo de niños, y en esa fecha se organiza la reunión anual de Agrupatatas, y sus padres decidieron que fuesen a ese viaje a Madrid su hermana y él acompañándolos.

No era corriente que fuesen niños a esas reuniones, donde sólo iban los matrimonios. Los caballeros iban a sus reuniones, y las señoras por grupos o en parejas iban mientras de compras. Luego se reunían a comer, recordaba una mariscada en el mesón Gallego, y por la noche salían los matrimonios a alguna sala de fiestas. Y mira por donde que la madre de Emilio dijo que no dejaba solos a la niña, su hermana, con catorce años y a él con siete, en el Hotel. Así que fueron los cuatro a la Gran Vía, y entraron en “Pasapoga”, una sala de fiestas de moda, donde habían

acordado reunirse. Él no sabía cómo, ni qué propina la daría su padre al portero para que dejaran entrar a un menor. Total allí estuvo, seguramente hasta que se caía de sueño, pues sólo recordaba de aquella noche, que estaba muy oscuro, y que en el escenario había unas columnas muy grandes.

De vuelta a Oviedo, se incorporó al colegio y le contó a los amigos de clase que había ido a Madrid en tren, en coche-cama, había estado en el Hotel Nacional, en el Museo del Prado, que estaba muy cerca del Hotel, y en la sala de fiestas “Pasapoga”. A los dos o tres días cuando algún padre de alguno de sus “amigos” le diría al niño lo que era Pasapoga, o no sabemos qué le contaría, el caso es que se lo contaron a Madre Amor, que era la que preparaba para la Comunión, y lo cogió por banda, le echó una bronca bastante gorda, y le hizo una preparación “extra” para poder hacer la Primera Comunión, porque según decía la monja Amor, “había pecado en Madrid” y tenía que limpiar ese pecado. Cosas de entonces.

¡Ah!, otra cosa que recordaba del Museo del Prado, es que había visto allí a la Dama de Elche. Estaba seguro. No lo había soñado. A lo mejor el actual Director sabe si esto pudo ser.

-Emilio –casi gritó el Director del Prado- ¿le ha entrado sueño después de tomar el café?.

-No señor, -respondió Emilio- es que estaba recordando la primera vez que vine al Prado, tenía siete u ocho años y una de las cosas que más me llamó la atención es haber visto aquí a la Dama de Elche. ¿Es esto posible?.

-Pues sí señor, aquí estuvo, pero ya se fue, gracias a Dios. Menudo coñazo la gente de Elche, hasta que se llevaron a su Dama. Cuando le parezca podemos darnos una vuelta por el Museo, como un par de turistas más, -terminó diciendo Altamirano-.

Y así lo hicieron, mientras iban comentando los cuadros por donde pasaban, mezclándose con los visitantes que en grupos o aislados se detenían frente a los lienzos. En unos más tiempo y en otros menos.

Grupos de veinte o treinta turistas extranjeros con sus guías e intérpretes correspondientes explicando en diferentes idiomas las características de la obra que se contemplaba.

La verdad, que el Prado es una joya única en el mundo. Puede que haya mejores museos, pero famosos como el Prado, no lo sé. ¿Cuántos millones de turistas habrán pasado por éstas salas?, ¿tantos como por la Costa del Sol?. Yo espero y deseo que hayan sido más, -meditaba Emilio mientras recorrían las salas- pues sería un índice muy significativo de que el mundo necesita tanto la cultura como el sol y la playa. Lo uno no está reñido con lo otro. Pero venir a España desde el otro rincón del mundo y no emplear al menos un día en contemplar tanta belleza, parece pecado. Aunque pienso que un día es poco para saturarse y emborracharse de arte.

Si bien, también ocurre, que si no te lo tomas con calma, puedes llegar a sufrir una indigestión artística, lo cual tampoco es muy saludable.

Lo ideal sería, organizarte visitas un tanto monográficas sobre pintores determinados, leyendo a su vez lo que puedas sobre ellos, pero desgraciadamente el presupuesto es el que manda en los viajes.

Recordó Emilio cuando él era estudiante en Madrid, la suerte que tuvo respecto al Prado, pues vivió durante los dos últimos años de sus estudios preparando las oposiciones en un piso de calle Lope de Vega, junto a los antiguos Sindicatos, que hoy es Ministerio de Sanidad, y en la misma manzana formada por la Iglesia del Cristo de Medinaceli y el Hotel Palace. Justo enfrente del Museo del Prado.

Resulta que en ese piso convivían cinco amigos de juventud, todos de Oviedo, los hermanos Briales, que estudiaban uno Económicas y otro Obras Públicas, Juanjo Barbero que también estudiaba Obras Públicas, Queco Pérez que era funcionario de Hacienda, y él que estaba preparando sus oposiciones para el Ministerio Central Interno.

La vivienda era un último piso de un caserón antiguo del barrio de los Austrias, en el número cuarenta y siete de la calle. Hacía un frío insoportable en ese piso, y un día descubrimos que en el Museo del Prado los sábados por la tarde se iban a impartir una serie de sesiones sobre diferentes pintores, y que las clases las darían catedráticos de arte y expertos en pintura, durante dos horas, y después se visitaría el Museo para contemplar las obras explicadas anteriormente.

He de reconocer que nos dispusimos todos a ir a estos cursos, más que nada por quitarnos del frío del piso, ya que en el Museo había una calefacción estupenda.

Pero mira por donde, aquello que empezó por culpa del frío, terminó por interesarnos de tal manera que estábamos deseando que llegara el sábado por la tarde para irnos al Museo, y nos fue dando un barniz como el que se le da a los cuadros para resaltar los colores y darles luminosidad.

Velázquez, Goya, el Greco, Rembrandt, Tintoretto, Murillo y otros pintores nos fueron explicados por expertos y no sabemos cuánto tuvimos que agradecerle al frío de Madrid.

## CAPÍTULO III

### EL CUADRO

Y llegaron a la sala X B de la primera planta, después de pasar por la IX B, donde están la Adoración de los pastores, Pentecostés, Anunciación, Resurrección, La Trinidad y otros maravillosos cuadros del Greco.

Allí estaba esperando el ilustre, parece ser Notario de Toledo, cuando todavía era joven y hermoso, con elegancia y distinción, con aire de señor y de lujo, aunque aparentemente representa una gran sencillez, es un aristócrata, y parece como si lo quisiera disimular. No se puede dudar de su caballerosidad ni tampoco de su melancolía. Si nos fijamos en su mirada parece que nos está desafiando, pero con mucho respeto, propio de un caballero de su época por supuesto, su mirada no turba al espectador, pero sí te deja como un poco culpable delante de él, no es la mirada de un Juez, no acusa, pero está dando fe de tu presencia, está levantando acta notarial de que tú estás allí presente, y te está como dando permiso de que continúes así delante y frente a él, pero algo inquieta al espectador, que te repele y te atrae a la vez, agradeciéndole que te siga autorizando a seguir mirándole a los ojos, hasta que apartas tu mirada de la suya y la clavas en su mano, en esa mano que no busca la brillante cadena que lleva al cuello, ni el rico medallón que apenas se adivina en los pliegues de su ropaje, ni tampoco se apoya en el primoroso cincelado de la empuñadura de la espada que aparece a la izquierda en el cuadro, sino que se apoya en el pecho de la forma más natural y a la vez elegante. ¿Qué nos dice esa mano?, ¿nos dice más que la mirada?, ¿o hay que interpretarla conjuntamente ojos y mano?.

No sabríamos, ¿qué impresión nos causaría este mismo cuadro si nos viésemos con él a solas?, no rodeado de turistas haciendo cada uno su comentario, susurrando como en una iglesia, o bien en un aposento toledano de la casa del Notario. Te entran ganas de trasladarte a su época y corre por tu cuerpo una imperiosa necesidad de desplazarte a Toledo a buscar una réplica de este Caballero, aunque sea de este siglo, pues seguro que tiene que existir algún descendiente directo que se le parezca.

-Si observamos la mano, -comentó el Director a Cabrera- es la misma de la de Jesús en el Expolio que está en la Catedral de Toledo, y tanto en uno como en otro seducen las manos tanto como los rostros de Jesús y del Caballero. Además –continuó- la extrema delgadez del modelo no desdice de la elegancia tanto del cuerpo como de los rasgos de la cara; así como la disposición de la frente, con las extensas y concurrentes entradas del cabello y el atrayente mechón central, que, prolongando hacia abajo la cabeza, hace juego con la afilada punta de la barba. El autor ha sabido acentuarlo todo esto, dando personalidad y carisma al personaje, al situarlo de frente y en actitud nada arrogante si no más bien retraída, y en la que ninguna curva rompe el efecto de la silueta en forma de pirámide; y hasta el



puño de la espada, es paralelo a la línea imaginaria que pasa por la mano, punta de la barba, nariz y mechón de pelo. Fíjese Cabrera, -continuó- que nos invita con la mirada como a dialogar pero sin bajar la mirada. Y aunque como si se confesara a nosotros, y que a su vez se quiere disculpar de su gran y amarga tristeza que le está dominando, y que se refleja en sus ojos. Y le vuelvo a recordar Cabrera –continuó Altamirano- es el único, entre todos los retratos pintados por el Greco, que está firmado, y además con mayúsculas, como dando a entender que fue uno de sus preferidos. Observe que justamente con sus desvanecidos y su técnica nos está diciendo que este cuadro lo pintó cuando aún era relativamente joven.

-Pero habla Vd. Sr Altamirano, como si éste cuadro fuese el original, -comentó Cabrera- cuando Vd. mismo ésta mañana mantenía que no lo es.

-Efectivamente, no puede serlo, -contestó el Director- el cuadro que estamos admirando ambos no tiene ni firma, ni numeración en la parte inferior derecha, un número de cuatro cifras, pero ni rastro de ambos signos, y sigo sosteniendo que es el único retrato que firmó el Greco, y que además tenía numeración.

-Nos encontramos pues, ante una copia, pero hay que reconocer, -continuó Altamirano- una excelente copia, pues fíjese la cantidad de admiradores que tiene, y el tiempo que se quedan contemplándolo. Esperemos que podamos seguir con el cuadro colgado en su sitio, hasta que encontremos el verdadero, porque, ¿lo encontraremos, verdad? –preguntó en un tono un tanto angustiado-

-Claro que aparecerá, -le intentó tranquilizar Cabrera, pues se estaba dando cuenta de lo que significaba para el Director el suceso que los había reunido en el Museo. Tendría que poner los cinco sentidos para resolver este evento-

Se notaba que el Director era un erudito en la materia, y un entusiasta de la obra del Greco, pues como si estuviese dando una lección magistral ante alumnos de Historia del Arte, retirándose de un grupo que se encontraba frente al cuadro del Caballero, y cogiendo del brazo a Cabrera, se situaron en otro ángulo de la sala continuando así su disertación, que francamente tenía muy interesado a su acompañante, ya que no siempre tiene uno la oportunidad de contemplar una obra de arte con un entendido en la materia, que además parecía como si se olvidase del preocupante episodio denunciado por Robín en su correo electrónico de las tres de la madrugada.

Siguieron buen rato en aquél ángulo de la sala, en silencio y frente al cuadro, y se le vino a la memoria a Cabrera lo leído sobre el Greco en el libro de Manuel B. Cossío: *“Figura, pues, el Greco dignamente, en cuanto al número –que, por lo que hace al mérito, no puede dudarse- entre los grandes retratistas. En España, antes de Goya, solo hay un pintor de primer orden que le supere: Velázquez; lo que no es maravilla, dada la especial posición del artista en la corte. Y si se trata de calidad, solo con*

*Don Diego igualmente admite el Greco, en España, parangón en retratos”.*

-Y, -continuó diciendo el Director- el autorretrato que se hizo, parece ser que fue asombro de los pintores de Roma, y para destacar en este género, aparte de la indiscutible habilidad y técnica, hace falta, además, una intensa fuerza y sutileza para percibir con un golpe de vista, y fijar sin dudar un momento para captar la intimidad que pueda poseer su modelo y que un profano en la materia es incapaz de captar. Es como una intuición que solo posee el artista con mucha experiencia.

Por eso, fue el Greco, ante todo y sobre todo, un pintor que más que cuerpos y rostros, parecía que pintaba como nadie el alma de sus modelos. Ya que no hay otro como él, en captar este espíritu de sus personajes; y de aquí el vivo interés que despiertan y la profunda emoción que causan en los visitantes y admiradores de sus lienzos, lo estamos comprobando, fijese, -le indicó el Director-.

Aunque haya retratos del Greco que conozcamos quiénes fueron sus personajes, hay otros que a lo largo de la Historia no se ha podido descubrir la identidad, pero fijese –continuaba Altamirano- aunque indudablemente más que gente aguerrida y de la Corte, eran intelectuales y hombres de letras o de leyes, como es el caso del Caballero de la mano al pecho.

Si los historiadores no han llegado a descubrir la historia de esos personajes, la fantasía sale ganando con esta ignorancia que tenemos sobre la identidad de la mayor parte de los personajes retratados. Lo que nos interesa realmente es la contemplación de la obra bella y la producción laboriosa del proceso artístico de las obras de arte; y tanto el espectador ilustrado, como el artista, se sienten con más libertad para dejarse impresionar y de esta forma no se encuentran atados a figuras históricas, analizadas y desmenuzadas por los eruditos y por los críticos de arte. Al ver el retrato de un personaje conocido, cuando somos coetáneos de él y lo conocemos bien personalmente, aunque solo sea de vista o por haberlo visto en alguna fotografía de una revista o de la prensa, llevamos como un troquel, que puede que nos perjudique a la hora de enjuiciar los valores de la obra que contemplamos. En cambio con los desconocidos no nos ocurre, ya que gana el arte sobre lo anónimo. Tienen para el estudio total libertad, de la misma forma que cuando leemos el Quijote creado por Cervantes nos lo imaginamos por la soberbia descripción que hace el autor, pero no lo podemos conocer, y lo mismo nos ocurre con el bueno de Sancho, que nos lo representamos regordete y bonachón. Cervantes nos hace trabajar nuestra fantasía con los personajes que crea. El desconocimiento del nombre propio, no nos coarta, pues sale ganando la idiosincrasia genérica, que se descarta, como no son caprichosas fantasías, sino seres que nacen de la misma coexistencia que los ilustres, tan verdaderos, como han sido éstos, y al descartarse, se hacen más efectivos y reales.

¿Qué nos puede importar amigo Cabrera, -continuó Altamirano- que no sepamos quiénes son éstos personajes?, lo que nos llena de sentimiento es la perfección del retrato, y de cómo en tan poco espacio un artista consigue de nosotros que nos traslademos a su época. Lo que al espectador le importa es qué representan y encarnan con total libertad tipos de nuestro pueblo, es una auténtica crónica de los individuos que han vivido antes que nosotros; vienen a ser lo que antes se decía que nos ocurre con la literatura y los personajes de nuestras novelas, como ocurre con el Ingenioso Hidalgo Don Quijote o las Novelas ejemplares. Tales personajes sin nombre son formas que no han sido de carne y hueso, pero son vibrantes, que por su carácter, nos llevan a crearnos una imagen de cómo debieron ser y apoderarnos de ellos para hacernos nuestra propia composición; y todo lo misterioso que los rodea, contribuye a hacernos tener la sensación de que así debieron ser éstos modelos, como los duques, los hidalgos, los cortesanos, los héroes y los villanos, los pícaros de las novelas y del teatro, y todos los demás personajes que tantas y tantas páginas nos han legado nuestros clásicos, para regocijo nuestro gracias al siglo de oro de la magnífica literatura castellana. Y, por esta razón, cuando admiramos un cuadro de personajes anónimos para nosotros, y probablemente para el artista que los pintó, como ocurre por ejemplo con los fusilamientos de Goya, no identificamos a ninguno, pero sí sabemos cómo eran: Igual nos ocurre con los personajes del Greco, como jueces, príncipes, obispos, ministros, frailes, clérigos, escritores, pintores o incluso santos. De esta forma nos cercioramos que, sin menoscabo del valor que pueda tener la obra, tanto lo que representa y cómo lo representa, pueda un pintor haber retratado a gentes que le fueron personalmente desconocidas para el artista. Ya que lo puramente personal en el arte, y en la vida, tiene un círculo estrecho y una existencia corta, y en cambio lo general, pero individuo a individuo, perdura con el tiempo, y llega a nuestros días como estamos comprobando.

Cabrera estaba encantado con la lección magistral de su anfitrión en el Museo, pero se estaba empezando a distraer pensando en el asunto del Caballero, que allí seguía frente a los visitantes que se turnaban para apreciar la magnífica –verdadera o falsa- obra del Greco. Ningún rostro de ningún visitante demostraba gesto alguno de desaprobación, sino que al contrario, eran rostros y expresiones como muy satisfechas de lo que acababan de contemplar. Lo que le daba una cierta tranquilidad, pues o el público o pueblo soberano es ignorante y no sabe apreciar un original de una copia, -no tenían porqué conocer el detalle de que el Greco firmó y numeró el cuadro- o estaba tan bien ejecutada la obra, como era este caso, que no había manera de dudar de su autenticidad. Todo era muy extraño. -Fíjese amigo Cabrera, cómo el Greco recordando el Entierro del Conde de Orgaz, pinta los rostros como si cada uno fuera un cuadro independiente, no hay caras difuminadas, son cabezas con osadía las que salieron de sus

manos y sus pinceles –dijo haciendo un ademán con la mano como si fuese el mismísimo pintor- y son además una viva expresión del temperamento del pueblo castellano, si no, fíjese Cabrera en los rostros de los visitantes del Museo, dejando aparte claro está a los extranjeros y estrafalarios, pero ¿no encuentra Vd. rasgos que hemos visto antes en cuadros del Greco?. Comprendo que es difícil, pues la indumentaria no ayuda, ni la moda del corte de pelo actual, ni los bigotes espléndidos de entonces son los de ahora, pero hay una cierta similitud. Y si nos vamos al Casino de Toledo, seguro que por allí hay todavía personajes propios de haber sido modelos del mismísimo Greco, que conservan su austera sencillez de indumentaria, lejos en sobriedad de forma y colorido a la de nuestros días. Seguro que veríamos en un rincón de ese Casino algún señor leyendo la prensa local, con una taza de café en la mesa de mármol, el vaso de agua y un pitillo humeante en el cenicero, ¿no se imagina una composición perfecta para un cuadro que seguro pintaría un Greco de nuestros tiempos? –terminó preguntando Altamirano-.

No le costaba trabajo a Cabrera imaginarse el cuadro, pues siendo como era aficionado a practicar la pintura, el Director le había presentado un tema muy atractivo para plasmarlo en un lienzo. Tendría que ir a Toledo a buscar ese personaje.

-Es pura melancolía y adusta dignidad, -continuó Altamirano- yo creo que tenía el Greco la suerte de haber nacido con una gran disposición para captar, dibujar, expresar y ¿porqué no?, colorear, pero muy sutilmente y lo necesario, sin pasarse ni concederse una pincelada de más, el espíritu de los más culto de la sociedad de su época. Agregando, como sello propio la asimetría facial y un ligero estrabismo, que son síntomas propios de individuos de una vida intensa e intelectual, o de un sentido apasionado, o con una cierta perturbación congénita, surgiendo entonces de las blanquísimas y espléndidas golas aquellos inolvidables rostros de carrillos coloreados destacando sobre el negro, que podemos admirar en El Entierro del Conde de Orgaz, ofreciendo una encomiable composición de valores, de suprema sencillez y un conjunto de caracteres inestables o inquietos.

Los retratos del Greco son de efecto singular, y en el caso del Caballero de la mano al pecho, le domina una serena tristeza. En este retrato el Greco repite la desviación que siempre utilizó para acentuar el carácter íntimo del retratado. El joven Caballero de la mano al pecho está sobriamente vestido, pero con esa sobriedad calculada que se transforma en elegancia. El porte es indudablemente el de un caballero. La mano reposa sobre el pecho en actitud natural, pero consciente. Es la misma que vemos en el Expolio, la de Cristo, que la apoya sobre su manto rojo en idéntica postura. No sabemos de quién se trata, pero podemos suponer que de otro caballero de Toledo, ya que la clientela del Greco, contrariamente a lo que se pensó, no fue tan grande. El artista mantenía muy buenas relaciones, y no precisamente altruistas, con el mundo oficial de Toledo: la iglesia de la

Archidiócesis, el Consejo y los magistrados. Esta fue su clientela, y a ella apeló el pintor cuantas veces necesitó favores y recomendaciones. El detalle del hombro izquierdo, notoriamente más bajo que el derecho, puede ser un indicio que facilite la tarea para identificarlo. Pero, de todas maneras, lo importante es que, este personaje se transforma en prototipo del caballero español de finales del reinado de Felipe II.

También volvemos a admirar al mismo personaje en el Entierro del Conde de Orgaz, -continuó el Director- donde vemos la figura que se destaca por encima de la cabeza de San Esteban, -el joven santo de aspecto virginal que junto al anciano San Agustín han bajado del cielo para dar entierro al Conde de Orgaz- y que abre sus manos en un gesto elocuente, como dando fe y testimoniando el milagro. El parecido de ambos retratos es evidente: los mismos rasgos finos y aristocráticos. Tal vez fuera don Juan de Silva, marqués de Montemayor, que por entonces era Notario Mayor de Toledo. Se podría interpretar que con el gesto de sus manos, tan maravillosamente pintadas, parecería dar fe del milagro. De todos los asistentes al entierro, es éste el que consigue transmitirnos con mayor convicción su sorpresa y admiración. Su actitud bien podría estar relacionada con la importancia del cargo que el marqués de Montemayor desempeñaba en la ciudad.

Así pues, tenemos la gran suerte, de que el Greco no solo pintó la extraordinaria mano del Caballero, en actitud pasiva y reposada sobre el pecho, si no que, ésta vez pinta las dos manos en actitud activa y expresiva en uno de los más destacados Caballeros del Entierro del Conde de Orgaz, -concluía Altamirano-.

Pero de todas formas, ¿qué nos importa la identidad del personaje?, -se preguntaba Cabrera- lo que hoy por hoy nos importa es saber si éste lienzo que tenemos en el Prado es el auténtico o es una copia. Lo que le estaba empezando a preocupar a Cabrera, es que estaba viendo que tenía un valor añadido a su investigación: ¿no tendría que empezar por averiguar esto último?, ¿y cómo le iba a plantear al mismísimo Director del Museo sus dudas sobre la autenticidad del Caballero?, ¿o le estaba ocurriendo lo mismo que decía Robín en su correo?, ¿no se habrá levantado una polvareda antes de tiempo?, ¿no habrá que acudir a los expertos o a los análisis de pintura, pigmentos y textura, como indicó la Ministra?.

Se le iban agolpando en la cabeza todas estas preguntas mientras seguía allí frente al Caballero, que a su vez le mantenía la mirada, y ésta vez parece como si le estuviera respondiendo con su mano limpia apoyada en su pecho:

***-“Yo no puedo responderte, querido Cabrera. Averígualo tú, que para eso cobras tu sueldo de Inspector. Yo soy, pero no estoy, no cuentes conmigo, pues aunque fui Notario en Toledo, ya no podré dar fe de lo que haya ocurrido después de mi muerte. Sólo puedo decirte que las técnicas han avanzado muchísimo desde que me pintó el Greco, y tenéis unos medios de los que no dispuso él, así que agudiza tu ingenio y piensa...”***

Cabrera estaba empezando a comprender, y quizás sería bueno que trasladaran al Caballero al despacho del Director, pues a lo mejor la solución de éste enigma estaba en el mismo cuadro, y tendría que tener un careo con él a solas, y no en la sala del Museo, donde no se puede uno concentrar por el continuo ir y venir de los visitantes.

Tranquilo Emilio –se dijo Cabrera a sí mismo- no te dejes llevar por tus métodos. ¿Es que piensas someter al Caballero a un tercer grado en un despacho, como si fuera un detenido?. Lo que te falta es llevártelo a la Dirección General a un calabozo y ponerle un foco enfrente, hasta que te dijera la verdad y solamente la verdad...

-¡Ay Dios!, -suplicó Cabrera- ayúdame en este misterioso caso, porque la verdad que está siendo un galimatías.

El Director ya parece como si hubiese enmudecido, pues no continuó haciendo gala de su cultura artística, sobre todo del Greco, que le venía de su tesis doctoral cuando terminó su carrera de Bellas Artes en la Universidad de Madrid.

Según le contó a Cabrera, sus padres y él eran de Málaga, donde por cierto es famosa, aparte de los chanquetes y boqueroncitos, la sopa de “gazpachuelo”, a base de mayonesa, patatas, pescado, gambas y almejas, todo aderezado con el caldo del pescado y un pelín de vinagre. Está más buena si se toma calentita. También se la conoce con el nombre de viña AB, porque se le puede añadir un “chorreón” de Jerez o Tío Pepe, dos buenos caldos del sur.

Y por eso el nombre del “correo electrónico” del Director en Internet. Toda una ocurrencia, pero estoy seguro que éste dichoso nombre aparte de todo, tiene que llevar su mensaje. Tengo que agudizar el ingenio, como dice el Caballero, -pensó Emilio-.

## CAPÍTULO IV

### LA INVESTIGACIÓN

Prosiguieron su recorrido por el Museo, dirigiéndose hacia el despacho del Director. Éste se sentó en su sillón y Cabrera enfrente de él, al otro lado de la mesa; sobre ésta estaba el dossier con la historia del cuadro del Caballero, que le entregó al Inspector Cabrera.

Cabrera empezó a hojearlo, e inmediatamente le dijo al Director:

-Creo que debería comenzar por ver los vídeos de la sala, empezando por el de ayer, -y preguntó- ¿dónde puedo instalarme, para no molestarlo a Vd. en su trabajo?, pues observar estos vídeos puede ser un tanto pesado, y hay que dar muchas veces para atrás y adelante y volver otra vez a repetir, en fin todas las veces que haya que hacerlo, en base a lo que se observa.

-Tengo detrás de esa puerta otra dependencia con un televisor y vídeo – contestó Altamirano- con una mesa de despacho, donde creo que se sentirá cómodo, y nadie le molestará. Le voy a preparar una credencial y una tarjeta de identificación para que se la ponga en la solapa de la chaqueta o se la cuelgue si le parece y se encuentra mejor sin chaqueta, para que pueda deambular por donde quiera, sin que ningún vigilante ni personal del Museo le interrumpa en su trabajo. Si se quiere poner en contacto conmigo cuando esté recorriendo el Museo, tome este transmisor-receptor y dándole a este botón le contestará mi secretaria, que me localizará de inmediato. Y le entregó el aparato. El Director hizo una llamada para que le trajeran las cintas. Cabrera trasladó el informe del Greco al despacho anexo y esperó. Entró la secretaria que se las entregó, luciendo una sugestiva sonrisa.

-Muchas gracias, joven –dijo Emilio.

-De nada señor, es un placer, -respondió ella, dando media vuelta y saliendo.

Eran ocho cintas, de cinco horas cada una, correspondientes a las cuatro cámaras situadas en las esquinas de la sala. Cada cinta tenía una carátula con el número y croquis de la sala, una indicación desde dónde eran las tomas, la fecha y los títulos de los cuadros que eran observados desde ese punto.

Cabrera eligió la que observaba el cuadro del Caballero entre otros, objeto de la investigación. La rebobinó, y se dispuso a verla sentándose cómodamente en un sillón frente al televisor.

Comienza la cinta a las nueve de las mañana, hora que aparecía en un ángulo de la pantalla, junto con el día, Jueves 28-Septiembre-2006. La cámara hace un recorrido de sesenta grados yendo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda continuamente. Durante los cincuenta primeros minutos no aparece nadie por la sala, solamente se ven los cuadros y el celador uniformado pasear con las manos a la espalda. No es raro que a

primera hora no haya nadie todavía por las dos salas del Greco, teniendo en cuenta que se encuentran en la primera planta o planta principal, según se la conoce, ya que los visitantes primero se dedican a contemplar las salas de la planta baja donde se encuentran los cuadros de la Escuela Flamenca, Escuela Española, con obras de Pedro Berruguete, Luis de Morales y Juan de Juanes, y en la primera planta se encuentra la Escuela Italiana, la Escuela Española, con los cuadros del Greco, José Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo y Goya, y por último la Escuela Francesa. Si se lleva un cierto orden, los visitantes pasan por la Escuela Italiana antes de pasar por la Escuela Española.

El Greco dispone de dos salas, las denominadas IX B y X B. La cinta que contempla Emilio, correspondía a la más pequeña, que es la X B, y la cámara que estaba situada en el ángulo sureste de la sala, según la carátula hacía un barrido sobre la pared opuesta situada al norte donde estaban colgados dos cuadros junto al del Caballero, y a la izquierda de éste estaba la entrada que comunicaba ésta sala con la IX B, también con cuadros del Greco.

Emilio cronometró el tiempo que empleaba la cámara en pasar dos veces por el mismo cuadro, una vez iba en sentido noroeste-noreste, exactamente, desde que pasaba una vez por el cuadro del Caballero, hasta que volvía, en sentido inverso, transcurría minuto y medio, en el primer sentido, y un minuto en el segundo sentido. Tiempo mas bien corto, según pensaba Emilio, para hacer cualquier manipulación, y mucho menos, cambiar el cuadro, con todo lo que ello implica, además que sonaría una alarma.

La cámara también hacía dos tomas seguidas, en ambos sentidos, de la puerta de comunicación entre las dos salas, por donde pasaban los visitantes de una a otra.

Ya empezaban a detenerse frente al Caballero de la mano al pecho un grupo de visitantes, formado por tres personas, dos varones y una mujer, los tres de mediana edad. Parecían nacionales, y debían ser amigos o familia, pues se comunicaban entre sí haciendo comentarios entre ellos. Estaban a una distancia prudente del lienzo, y en un momento dado se separaron la mujer y uno de los hombres, para contemplar el cuadro desde más lejos, mientras el otro hombre se quedó cerca, e incluso se inclinó hacia delante para apreciar con más detalle la mano del Caballero, siguiendo en esa postura hasta que quizás le empezó a molestar la espalda. Volvieron a situarse los tres a la misma distancia. Estuvieron unos minutos y pasaron de la escena frente al Caballero a situarse frente al cuadro inmediato de grandes proporciones, que representaba el Bautismo de Cristo de una medidas de tres cincuenta por uno cincuenta y cuatro, según constaba en la carátula junto con el nombre del cuadro. Obviamente, para contemplar este cuadro de grandes proporciones, nuestros tres personajes del vídeo se separaron lo suficiente para poder apreciarlo en su conjunto,



aunque en más de una ocasión se acercaban para ver algún detalle. Y de éste, pasaron al siguiente, yendo siempre en sentido noreste-noroeste. El siguiente cuadro, situado ya junto a la esquina opuesta a la de la puerta de acceso a la sala, era un personaje parecido al Caballero, pero de formato más pequeño, y al que no prestaron tanta atención los tres visitantes, pues no estarían más de un minuto frente a él.

Habían transcurrido unos doce minutos desde que aparecieron en pantalla, atravesando la puerta, hasta que desaparecieron de la pantalla. Y teniendo en cuenta que la cámara había dado en ese tiempo, ocho pasadas por el mismo punto, solamente habían estado fuera del campo visual de la cámara nuestros personajes, una cuarta parte de ese tiempo, o sea tres minutos, pero no seguidos, si no fraccionados en ocho partes, o sea que seguido han estado fuera del campo de la cámara, veintidós segundos y medio. Tiempo lo suficientemente corto como para poder hacer ningún cambio de una tela por otra. Es imposible, -pensó Emilio-.

En resumidas cuentas, que tienes que ser un lince para saber cuándo no estás siendo observado por las cámaras, teniendo en cuenta además, que antes de que salgas del campo visual de una cámara, ya te está enfocando la cámara siguiente, pues un espectador no circula por la sala pegado a la pared, aparte de que está prohibido, siempre se sitúa a un metro como mínimo de un cuadro, a no ser que sean cuadros de formato muy pequeño, y ello te obliga a acercarte más, para apreciar los detalles, que no es el caso de los cuadros del Greco, que por regla general son de grandes proporciones y hay que observarlos desde una cierta distancia, salvo los retratos, precisamente que son más pequeños, y el público se acerca más. Así que cuando llegas a una esquina te están grabando por regla general dos cámaras a la vez.

La conclusión a que estaba llegando Emilio Cabrera conforme había visto a estos tres personajes, era que era muy difícil hacer ninguna maniobra con un cuadro, sin ser captado por alguna de las cámaras. Cámaras que además, -suponía- que en la sala donde estaban los monitores y una serie de empleados observando continuamente las pantallas, podían manejar a distancia los zoom de las mismas para acercar la imagen cuando hiciese falta para observar algún detalle. Igualmente se podía congelar la imagen y sacar una foto si ello era necesario. O sea que por este lado, -seguía pensando el Inspector- se podía estar tranquilo, pues si los vigilantes de las pantallas no habían observado nada extraño en los días anteriores a la llamada de Robín, es que no había ocurrido nada en particular.

Para más seguridad, los celadores de las salas llevan al cinto unos transmisores y un auricular al oído, y están comunicados con la sala central de control y vigilancia, por si en un momento dado al celador se le escapa algún detalle que es observado por la cámara, el funcionario de turno le avisa inmediatamente del hecho para llamarle la atención al visitante que se

acerca demasiado a un cuadro o señala con el dedo demasiado próximo a una tela.

Estos celadores de sala, han de tener especial cuidado con los estudiantes que están tomando notas y apuntes en sus blocs, para que no se acerquen con el bolígrafo en ristre para señalar un determinado detalle del cuadro sobre el que están estudiando y le quieren hacer notar algo a un compañero o a su profesor o acompañante.

En fin, que por seguridad, no queda duda –seguía hablando consigo mismo Emilio- ya que se puede descartar cualquier anomalía, y a pesar de todo, se dispuso a seguir mirando la pantalla, aunque se acercaba la hora de tomar algo, pues cuando lo llamó su Jefe, para venirse al Prado, no le había dado tiempo para desayunar, y el café que había tomado con el Director del Prado lo había drenado hacía un buen rato en el baño que había junto al despacho que estaba ocupando. Pero en fin, seguiría un poco más. Eran las trece horas cuarenta minutos, y su jornada laboral cuando estaba en la oficina de su Ministerio terminaba a las quince horas. Todos los días almorzaba sobre las quince treinta, si es que no estaba de servicio en la calle.

Mientras había estado meditando, había aparecido en pantalla una chica, al parecer extranjera, por su indumentaria y su preciosa melena rubia. Llevaba una guía del Museo en la mano, y un bloc de notas en el que se puso a escribir, después de observar durante unos minutos el cuadro del Caballero. Se fue, y estuvo la pantalla sin aparecer nadie durante un buen rato, pero de pronto volvió a aparecer la misma chica, y de nuevo se puso a escribir en un bloc. Inmediatamente apareció un grupo de turistas con su guía e intérprete, que situó al grupo haciendo un semicírculo frente al Caballero, mientras daba las explicaciones a los atentos turistas.

No se notaba nada de particular hasta ahora, y mucho se estaba temiendo Emilio, que aquello iba a ser además de un tanto aburrido, probablemente una pérdida de tiempo, o mejor dicho habría que emplear mucho tiempo, pues si el Museo se abría a las nueve de la mañana y se cerraba a las siete de la tarde, quería decir que eran diez horas diarias, lo cual supondría que si veía cuatro cintas al día, no podría ni comer y apenas dormir, pues emplearía veinte horas para ver dos días completos. Bueno, comer podría hacerlo mientras miraba el televisor, pero aparte de las necesidades personales de aseo y demás, podría dormir, al menos cuatro horas, y luego aguantar al día siguiente a base de café, lo que podía acabar con su hígado, amén de quedarse ciego o algo tonto de estar tantas horas seguidas con la mirada fija en la pantalla.

No es que pensara Emilio en tirar la toalla, pues no era su estilo, si no que tenía que ser práctico, si quería avanzar en las investigaciones. Haría falta contar con una serie de colaboradores para repartirse las cintas, lo cual llevaba implícito divulgar el tema con el consiguiente peligro de filtrarse la noticia a la prensa, y la cagamos entonces, pues ya con la prensa

detrás nuestra, no había manera de trabajar tranquilo, y se podría originar un conflicto, pues las noticias corren como la pólvora, y pondrían el grito en el cielo desde los ambientes artísticos del mundo entero, pues estamos hablando nada más y nada menos que del Greco y su mundialmente conocido Caballero de la mano al pecho. Un verdadero problema, al que había que buscarle una solución. Solución que tiene que quedar en casa, pues esto no se debe divulgar, ya que tendríamos un problema de Estado, como dijo la Ministra más o menos, aunque creo recordar, -pensaba Emilio- según comentó el Director, que textualmente dijo que podría comprometerse el “equilibrio” del Estado, cosa que me parece demasiado fuerte, pues da la sensación de que están hoy día los políticos como en guardia ante cualquier evento que les pueda mover del sillón. Demasiado apego al poder, y siempre pendiente de las declaraciones de la Oposición y de los Medios de comunicación. En política nunca se sabe cómo pueden acabar los temas.

Porque evidentemente, le faltaría tiempo a la Oposición para usar el asunto como moneda de cambio, y poner a parir al Gobierno, y empezarían a rodar cabezas, que quizás sería lo de menos, pues las cabezas rodantes suelen aparcar en otros puestos menos públicos pero sustancialmente tan sabrosos como los anteriores, y casi siempre son un premio por servicios prestados.

Lo verdaderamente importante de este tema, es que el Caballero tiene que aparecer, esté donde esté. Se estaba impacientando el Inspector por no encontrar rápidamente una solución, pero es que el caso no es nada fácil.

Entró en el despacho el Director del Museo y le preguntó:

-¿Cómo va eso Cabrera?, ¿encuentra alguna pista?.

-Señor –respondió Emilio- lo siento, pero voy a tener que pedirle paciencia, como le pidió Vd. a la Ministra ésta mañana, pues ahora mismo estoy en la fase preliminar de los encargos: “confusión generalizada”. Le ruego que me dé una tregua, a ver si mañana antes de las nueve, que tiene Vd. que ponerse en contacto con la Ministra, tengo algo con lo que pueda Vd. tranquilizarla, y nos concede una prórroga.

-Por cierto –continuó Emilio- me hace falta un ordenador en este despacho, que por supuesto tenga Internet. Y otra cosa, ¿sería posible disponer de un catre para dormir un poco aquí mismo?, pues cuando salga a almorzar, me pienso traer lo indispensable para pernoctar aquí, y ver si a las tres de la madrugada se vuelve a poner en contacto con Vd. el dichoso Robín.

-Tendré que idear algo –contestó Altamirano- para justificar que se queda Vd. por las noches, pues como comprenderá no es corriente. Respecto al catre, ese sofá tiene una cama nido en la parte baja, y en ese armario hay ropa de cama y un edredón, que le hará falta, pues para compensar la temperatura entre el día y la noche, se aminora el aire acondicionado a partir del cierre, aunque de una forma muy gradual para no afectarle a los

cuadros, procurando que no haya mucha diferencia de temperatura a lo largo de las veinticuatro horas.

-Aquí tiene Vd. las credenciales para entrar y salir del Museo, y deambular por el interior –le dijo el Director entregándole la funda de plástico con los carnés para que se los pusiera a la vista-. El personal ya está avisado de su presencia aquí, y que tiene un encargo de las Altas Instancias para hacer su trabajo, en relación además con las obras de ampliación del Prado, según el proyecto del arquitecto Rafael Moneo. Les diré además, a quien corresponda que se trata de un trabajo para el que dispone Vd. de muy poco tiempo, y por eso ha de pernoctar.

-No sé si lo estamos haciendo bien –prosiguió Altamirano- lo único que sé es que algo hay que hacer y no nos podemos quedar cruzados de brazos, ¿no cree Cabrera?.

-Por supuesto Sr. Altamirano –respondió Emilio- lo estamos haciendo como mejor podemos. Espero no fallarles a Vd., ni a mi Jefe, ni a la mismísima Ministra, aunque también espero no desvelarle la identidad de cero cero siete, no me haría gracia.

-Como a Vd. le parezca Cabrera –respondió el Director- pero conviene que agudice su ingenio, pues presumo que la solución no es nada fácil, y tenemos el tiempo en contra nuestra.

-Por cierto Sr. Altamirano, ¿quién además de Vd. conoce que su correo de Internet es [gazpachuelo@hotmail.com](mailto:gazpachuelo@hotmail.com)? –preguntó Cabrera.

-Solamente mi familia, mi mujer y mis hijas, y mi secretaria Esther, que es de mi absoluta confianza.

-No lo dudo, ¿pero ella lo ha usado alguna vez, sin Vd. saberlo –preguntó Cabrera-.

-Que yo sepa nunca –respondió-.

-No, si no es que Vd. sepa, si no mas bien que Vd. no haya sabido, y se haya enterado a posteriori, Sr. Altamirano. Y otra cosa, sus hijas ¿tienen novio?, y si es así, ¿a qué se dedican?, ¿se llevan Vds. bien? –terminó preguntando el Inspector.

-¿Me está Vd. interrogando, Cabrera? –preguntó a su vez el Director subiendo un tanto la voz y no de buen talante.

-Piense Vd. lo que quiera, Sr. Altamirano –dijo Cabrera- pero no deja de ser sospechoso que conozcan su correo de Internet sólo su círculo familiar y sea el que ha usado Robín para comunicarse con Vd. ¿no cree?. Por favor, cuénteme lo que sepa de los novios de sus hijas, si es que lo tienen.

-Pues no, ahora mismo no tienen. Han tenido relaciones con algunos de su pandilla de las Rozas, pero ahora mismo que yo sepa no hay novios oficiales.

-¿Qué quiere Vd. decir que han tenido relaciones con algunos?, ¿relaciones íntimas? –preguntó Cabrera-.

-Pero oiga ¿a dónde quiere Vd. llegar?, ¿qué quiere Vd. que le diga, si mis hijas tienen relaciones sexuales con amigos de su pandilla?. Pues me

imagino que sí, pero eso ¿qué tiene que ver con nuestro problema? – preguntaba Altamirano un tanto alterado.

-Pues podría tener que ver, en el supuesto de que algún amiguete haya sido despechado por alguna de sus hijas, y tuviese conocimiento de su correo y se le hubiese ocurrido jugarle a Vd., por algún motivo que no alcanzo a ver, alguna mala pasada como venganza. Vd. no sabe en mi profesión las cosas que se ven y la mente humana no tiene límites, y ocurren cosas inverosímiles. Hoy día no se puede uno sorprender de nada, pues como decía el “Guerra”, hay gente “pa tó”, -le intentó calmar Cabrera-

Algo más calmado pero un tanto preocupado, pues ya se veía el Director del Museo inmerso en un problema que por descontado le iba a costar el puesto, y puede que caer en desgracia dentro de la telaraña del Poder, y se veía en el desempleo a no ser que le devolvieran algún que otro favor que hizo durante su carrera. Aunque había procurado vadear la política, no llegaba a ser “persona grata” para su Ministra pues llevaba ya tiempo como Director en funciones, y no terminaba de llegar su nombramiento en “firme”, para su tranquilidad...

Se sentó en un sillón del despacho, y sin dejar de mirar hacia la ventana que daba al Paseo del Prado, le dijo al Inspector:

-Cabrera, espero sepa disculparme mi salida de tono, pero es que este asunto me está empezando a poner nervioso. Mi familia, cuando no pueden ponerse en contacto conmigo a través del móvil, porque lo desconecto con mucha frecuencia, o estoy reunido y digo a mi secretaria que no me pase llamadas, me suelen enviar algún que otro mensaje por Internet, pero cuando realmente es necesario, no es por capricho.

-Pues nuestro personaje Robín, no sabemos si con intención o no, le ha involucrado a Vd. de lleno al usar su correo del “gazpachuelo”, ¿no se da cuenta Sr. Altamirano?, -preguntó Cabrera, sólo con la intención de que se convenciera el Director del Museo-

-Lleva Vd. razón Cabrera –dijo Altamirano un tanto abatido- desde luego tiene mala sombra el asunto, y lo peor es que no veo cómo vamos a salir de esto, y Vd. lógicamente tiene que dirigir su investigación a donde le indican los indicios, y éstos me están apuntando como si yo fuese una diana.

-Bueno, tampoco sea Vd. tan pesimista –le intentó animar Cabrera-. Para empezar, ¿dónde vive Vd.?

-En las Rozas, en un chalet.

-¿Vive alguien más con Vds.?

-Sí, una cocinera desde hace muchos años.

-¿Tienen Vds. jardín?

-Sí, pero no veo la relación.

-¿Lo cuida Vd. o tienen jardinero?

-Viene un jardinero, un par de veces a la semana. Pero la verdad no sé a donde quiere Vd. llegar.

-Sr. Altamirano –respondió Cabrera- solamente quiero averiguar cuál es su círculo más cercano.

-Por supuesto, que ni la cocinera ni el jardinero tienen conocimiento de mi correo. Se lo puedo asegurar. Y mi mujer y mis hijas están fuera de toda sospecha.

-No me cabe la menor duda –respondió Cabrera- pero supongamos por un momento, que pudieran haber hecho algún comentario, a la hora de enviarle un correo, y a alguien le hubiera llamado la atención un nombre tan curioso.

-No puede ser Cabrera.

-No estoy tan seguro Sr. Altamirano –respondió el Inspector- o tiene que haber sido a través de su familia o de su secretaria, no hay duda. Hábleme de su secretaria Esther.

-Es una chica universitaria, trabaja en el Museo desde mucho antes de ser yo Director en funciones. Está separada desde hace dos años. Es muy eficiente, discreta y no tengo ninguna queja, al contrario, el trabajo lo lleva perfectamente y es muy apreciada por todo el personal del Museo.

--¿Tiene actualmente pareja? –preguntó Cabrera.

-No, que yo sepa, nunca hace alusión a nadie en particular. Cabrera, ¿es que pretende tirarle los tejos?.

-No es esa mi intención, por ahora, hay otras cosas que hacer más urgentes. Pero si se tercia, por el éxito de mi misión y por necesidades del servicio, tendría mucho gusto, pues la chavala está de muy buen ver.

-O sea, que se portaría Vd. como un auténtico cero cero siete, ¿no? –dijo el Director ya algo más distendido.

-No sé Sr. Altamirano, pero este jaque al Greco, nos ha cogido por sorpresa. Y me temo que Robín sabe muy bien jugar al ajedrez, pues ya hemos hecho un enroque con el Rey, y tenemos que jugar a la defensiva y en desventaja, pues nos ha cogido la delantera.

-Es muy posible que esté esperando que movamos nosotros.

-Pues vamos a mover. Por favor haga que instalen el ordenador en ésta mesa y después de comer algo y traerme mi cepillo de dientes y alguna ropa de mi casa, voy a intentar conectar con él. No se preocupe, que vuelvo pronto, pues vivo cerca de aquí.

El Director del Museo se fue a su despacho, y desde allí dio las órdenes oportunas para que instalasen el ordenador con acceso a Internet en el despacho anexo, y que trajeran un par de cajas de disquetes.

Cabrera se despidió del Director y salió inmediatamente a la calle donde agradeció el aire fresco del Septiembre madrileño cuando le dio en la cara, pues estaba necesitando salir del Museo, ya que no era tarea fácil y tenía que ordenar sus ideas, y el Director del Museo no terminaba de gustarle. No sabía lo que era, pero se mosqueaba demasiado pronto y debería andar con cuidado para que no se molestara, cosa que le fastidiaba, pero no tenía más remedio que nadar y guardar la ropa, pues andaba entre

“gente principal”, y no es que temiera nada personal, pero es algo incómodo cuando tienes que investigar a personajes públicos que inevitablemente has de hacerles una serie de preguntas que les puede sentar mal. Pero era su trabajo por encima de todo, así que tendría que tirar por la calle de en medio y que saliera el sol por Antequera.

Llegó a la Plaza de Neptuno, y cruzó hacia la acera del Hotel Palace. Subió por la Carrera de San Jerónimo, pasó frente a las Cortes, y entró en una cafetería donde pidió un plato combinado con un consomé, una cerveza y un botellín de agua.

Mientras le servían el plato y el consomé, saboreó la cerveza, que casi tomó de una vez, pues la estaba necesitando y empezó a darle vueltas al asunto.

Se sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo y se dispuso a hacer un esquema con los datos que hasta ese momento tenía.

¿Qué tenía?, -se preguntó a sí mismo-

Pues en realidad muy poco, y más que nada conjeturas. Pero lo que sí seguía rondándole la cabeza, era la actitud del Director del Museo. No es que no fuera trigo limpio, ni mucho menos, y además no tenía motivos para pensar mal, pero era su actitud. Pensaba que un señor con esa posición, y ocupando un puesto tan importante y envidiable como él, aunque fuese interinamente, no debería ponerse nervioso. De acuerdo que el asunto era preocupante, y además, estaba la Ministra. No entendía Cabrera porqué le habían dado cuenta a primera hora de la mañana. ¿No se trabajaría más relajado si no hubiese que conectar a las nueve horas todas las mañanas con la Titular de Instrucción?. Pero en fin, eso ya era irreversible, así que no sólo había que quebrarse la cabeza a diario, si no que había que tener una respuesta a primera hora todas las mañanas, y que calmase a la Señora.

El Inspector Cabrera terminó su condumio, y pidió un helado y un café solo.

En su bloc había anotado:

- Robín → conectar con él si era posible, pero ¿cómo?
- Esther → Tener una charla con ella, mejor en la cafetería.
- Videos → Seguir visualizando. Mejor por la noche.
- Altamirano → Volver a hablar con él. Cuando cierren el Museo.
- Cuadro → Verlo más despacio cuando cierren el Museo.
- Cocinera → Datos, edad, estado, familia.
- Jardinero → Datos, edad, estado, familia. Amistad con cocinera.
- Gazpachuelo → ¿Cómo conoce Robín este nombre tan ridículo para un correo?.

Se tomó su helado, y sin aparente prisa empezó a saborear su café solo, encendiendo un cigarrillo negro de la marca Davidoff, y que le agradaba sobremanera, ayudándole a pensar.

Así pues, ya tenía el plan de la tarde. Tendría que conectar con Robín, a ver por dónde salía y qué intenciones traía o qué chantaje le pensaba hacer no sólo al Director, si no a todo el Patrimonio Nacional. Lo que no hay la menor duda es que este individuo que se tendría que volver a poner en contacto con el Director para hacer una propuesta, porque si no, carecía de sentido el mensaje recibido. Habría que tener paciencia, y sobre todo hacérsela tener a los que estaban por encima de él, pues los Jefes se suelen poner muy nerviosos cuando no hay resultados inmediatos, más que nada porque temen la estabilidad de cada uno en sus puestos, y quizás lo que menos les importe es ¡qué coño!, lo que le ha pasado al bueno del Caballero. Lo importante para estos cargos es su posición y su buena fama ante el Jefe supremo, que de un plumazo los puede fulminar.

Él en cambio por esos motivos no estaba preocupado ya que era funcionario por oposición, y si se equivocaba o no resolvía el caso, lo más que le podía pasar era un cambio de destino como mucho. Pero no llegaría el caso, iba a resolverlo. Seguro.

Lo que también le tenía preocupado era la comprobación de si el cuadro que estaba colgado en el Prado era el auténtico o no. Tendría que averiguarlo, porque cambia mucho la cosa de ser o no ser así. De día y a horas de visitas era imposible cambiar el cuadro por otro, tendría que haber sido de noche, ¿pero cómo?. Hacía falta un plan muy bien concebido.

Recordaba que no hace mucho habían robado en Holanda de un Museo un famoso cuadro a la luz del día delante de los visitantes, en un santiamén. Lo descolgaron y salieron como las balas del Museo y desaparecieron sin dejar rastro.

No es éste el caso. Pero y ¿si es el auténtico?, pues que le hagan todas las pruebas habidas y por haber en los talleres y laboratorios del Museo, pero claro esto ya lleva consigo tener que dar una explicación a la Fundación del Prado, a la Prensa y al mismísimo Gobierno, y ya estamos como siempre, el miedo al ridículo y a ser el hazmerreír del mundo. El Director del Museo dice que no es el auténtico porque le falta la firma y la numeración, pero por otro lado el cuadro está correctamente pintado, y no se le puede encontrar un fallo. Nada mas verlo se identifica, y no hay vuelta de hoja: es un Greco. Por lo menos para mí –seguía pensando Cabrera-, pero el Director, que es una autoridad en la materia, dice que no es el auténtico. Pero ¡cómo coño le van a dar el cambiazo!, en ¿veintidós segundos y medio que está fuera del campo del vídeo?. Es imposible. Además de que no puede ser, es imposible, de ello estoy seguro. Pero ¿cómo se puede esfumar un cuadro del Prado, sin que suene una sola alarma?.

Esta noche, me llevaré una buena linterna y me daré una vuelta por las salas, a ver si averiguo algo. Debe ser una experiencia curiosa, darse una vuelta por el Museo cuando no hay nadie, y a la luz de una linterna. Aunque no estaría de más que me acompañase alguien, y pienso que quien



mejor que la joven Esther. Le preguntaré al Director si hay algún inconveniente, pues desde luego sería mucho más agradable su compañía. Lo que no sé si será prudente o no, ponerla en antecedentes de los ocurrido, aunque no habrá más remedio. Tendré que pensarlo, pues no quiero meter la pata.

¿Emilio, no estarás tramando otra cosa?, -se preguntó a sí mismo-. Hombre no, -se respondió- se trata de una colaboradora y guía por el Museo, pues no vaya a ser que me pierda y haga sonar las alarmas, o que me sorprendan la vigilancia que debe haber por la noche, y solo faltaría que venga la Policía y tenga que dar explicaciones.

Pagó su almuerzo y salió nuevamente a la calle dirigiéndose por la calle del Prado que va desde frente a las Cortes, hasta la plaza de Santa Ana, donde tenía un pequeño apartamento justo al lado del Teatro Español.

Emilio, era un soltero, como dicen las mujeres, de oro. Con buena facha, elegante, finos modales, interesante, y un deje del norte. Culto, con muy buena posición, y bien parecido, y cuando no estaba de servicio lo pasaba pero que muy bien. Había conseguido este apartamento a buen precio, en pleno corazón de Madrid, y a dos pasos de su Ministerio. Tenía una tata que le arreglaba el apartamento y ponía en orden su ropa. De la comida se encargaba él, que no se le daba nada mal la cocina, sobre todo por la tarde-noche, pues el almuerzo lo solía hacer en la calle, donde le viniera mejor, según su servicio, o bien en los buenos restaurantes que había por su zona, dependiendo como cualquier funcionario soltero, del estado de su economía, que no era del todo mala, pues tenía otros ingresos complementarios, al margen de su trabajo oficial.

Subió a su apartamento y rápidamente metió en una bolsa, lo más urgente para pasar algunas noches fuera de casa. No muchas, pues estaba a veinte minutos del Museo, y ya vendría cuando le hiciera falta. Aunque junto al despacho que le había proporcionado el Director del Museo, había un cuarto de baño completo y bien equipado, por lo que había comprobado antes.

No sé –pensaba- a lo mejor el Director lo usaba lo mismo que la cama nido que le había ofrecido, y probablemente no lo usaba solo. Reconozco que estoy pensando mal –insistía- pero es que la secretaria está muy buena, pero que muy buena.

Macho ibérico –se reprochó- que eres un macho ibérico, a ver si eres capaz de liarla, y luego no vale la pena que te pongas la mano al pecho, como el Caballero y digas: ¿Yo?, pero si no he hecho nada. Es que me asusté de noche en el Museo y Esther me estuvo consolando con todo el cariño del mundo.

Anda gilipuertas, un poco de más seriedad, corre al Museo, que tienes tajo de sobra, y ya tendrás tiempo de ligar –se consolaba- mientras bajaba las escaleras y salió camino del Paseo del Prado, bajando primero por Huertas y después por Lope de Vega, pasando justo delante del número

cuarenta y siete, donde vivió cuando era opositor en aquellos felices años de juventud, y con los amigos del frío de aquél dichoso ático. ¡Lástima que ya no estuviesen sus amigos Juanjo, y sobre todo Queco Pérez Amezcua, con lo que disfrutaba con cualquier cosa, y lo que le hubiese gustado vivir una aventura como ésta que me estaba pasando!. Qué pena de amigos que se van y te dejan, pues no es lo mismo vivir una aventura solo, que compartirla con alguien como él. ¡Qué le vamos a hacer!.

Llegó nuestro personaje a las tres cuarenta y cinco al despacho, después de pasar los controles con la credencial. Puso la bolsa de su ropa en el armario, y encontró el ordenador instalado en la mesa del despacho, las cajitas de disquetes, varios CD, un bloc de notas, lápices, bolígrafos, goma. En fin todo lo necesario para hacer la tarea. Además había, no se había fijado por la mañana, una mininevera, que abrió y encontró botellas de agua, leche, cerveza, cocacolas, refrescos y zumos. En fin más que suficiente, y para colmo, encima del mueble había una cafetera eléctrica, azúcar, whisky, coñac, galletas y unos sandwichs envueltos en papel transparente, con muy buena pinta, y una buena fuente con fruta del tiempo. Aquí se estaba notando una mano femenina, pues por no faltar no faltaban ni las servilletas, y un ambientador por si se cargaba mucho la habitación. Aunque qué mejor ambientador que abrir la ventana que daba al Paseo del Prado y dejar que entrase el aroma pre-otoñal madrileño.

Efectivamente, la propietaria de la mano, y de la otra mano y de las piernas, y qué piernas ¡Dios mío!, y qué silueta, caramba. Y el rostro y pelo también hacían juego con el resto. Total, un bombón de uno setenta, como para pintarla, entró en el despacho dando unas -buenas tardes- que lo desarmó.

-Buenas tardes joven –respondió Emilio-.

-Mi nombre es Esther, señor –dijo ella- pero le interrumpió rápidamente el Inspector diciendo.

-Por favor, llámeme Emilio, se lo agradeceré, pues hace que me sienta más cómodo, ya que me temo que el trabajo va a ser un tanto complejo. Por cierto, supongo que todos estos detalles son de Vd. y no sabe cómo se lo agradezco, pues hace más fácil el trabajo, y aunque deseo que éste que me han encargado no dure demasiado, siempre es más agradable disponer de éstos detalles, que sólo una mujer es capaz de proporcionar.

Pensaba Emilio que le iba a preguntar que en qué iba a consistir su trabajo, pero Esther no soltaba prenda, y efectivamente hacía gala de la prudencia que le había anunciado el Director al hablar de ella.

-¿Necesita Vd. algo más? –preguntó Esther- yo estaré en mi despacho, mi teléfono interior es el cero cero siete, estaré trabajando hasta las nueve, pues estamos preparando una exposición monográfica sobre dibujos y proyectos de Gaudí.

-Que casualidad, cero cero siete, como Sean Connery, y un servidor para lo que guste, -le contestó Emilio-.

-No entiendo –dijo Esther- es sólo un número de teléfono.

-No me haga caso, es una broma. ¿Toma Vd. café a media tarde?. La invito –dijo Emilio-.

-Depende del trabajo, hay días que sí y días que no. Pero si Vd. tiene tiempo, con mucho gusto le acompañaré.

-De acuerdo, muchas gracias. Hasta luego joven.

-Esther –corrigió ella- aunque gracias por lo de joven.

-No se merecen Esther –terminó Emilio-.

Y dando media vuelta salió del despacho cerrando la puerta.

No podía tener queja del trato que le estaban dispensando en el Museo, tendría que agradecerse al Director en cuanto lo viera, pues aunque haya sido obra de Esther, habría sido por indicación del Jefe, como es lógico. Era de agradecer, por supuesto.

Volvió a encender el vídeo, desde donde lo había dejado al mediodía. Previamente había anotado en su bloc el período de tiempo que había visto anteriormente, para llevar un orden, y no dejar de ver ninguno.

Se había quedado en el momento que volvía una chica al parecer extranjera, que tomaba notas del cuadro del Caballero. La sala se iba llenando por momentos y los grupos se sucedían frente a los cuadros, pero no se observaba nada que llamase la atención.

Así estuvo viendo cinta de vídeo hasta que completó cinco horas, sin que hubiese aparecido en escena nada de interés. Debería ser un trabajo bastante aburrido el de los funcionarios dedicados a éstos trabajos, pues está uno casi deseando que ocurra algo fuera de la monotonía de las visitas y que despierte tu interés, para motivarte, pues de lo contrario te produce hasta sueño, el ir y venir de los visitantes. Hombre, la verdad es que de vez en cuando aparece una chavala que te despierta la curiosidad por ver cuánto tiempo se dedica a un determinado cuadro. Curiosamente, el cuadro del Caballero, atrae mucho la atención a los jóvenes.

Cabrera, en su cuarto de estudio tenía una lámina del Caballero clavada en un corcho. Recordaba que le transmitía tranquilidad. Era frecuente entre los estudiantes de su época el tener a éste enjuto señor acompañando tus horas de sueño, pues no deja de ser un modelo de credibilidad que merece una persona. Al cabo de los tiempos cambió la moda, y lo que se llevaba mucho en los cuartos de los estudiantes era un poster con la cara de “Che Guevara”. Cada época tiene sus ídolos. Pero el Caballero, vestido de negro, apenas destacando su volumen corporal de su fondo también oscuro y neutro en el que desaparece cualquier referencia espacial. Toda nuestra atención va dirigida al retratado, y en concreto, a su rostro, y apurando aún más, a sus ojos y a su mano, pues los blancos de cuello y puño parecen mas bien marcos, que dentro de la obra, delimitan lo que es más expresivo. Y dentro del rostro, es la mirada, esa ventana del alma, la que convierte al personaje en alguien inolvidable. A mí, por lo menos –pensaba Cabrera- me cautivó cuando lo descubrí en el Prado en

mis años de juventud, y por eso me compré la lámina que aún guardaba en su piso de la plaza de Santa Ana. Era todo un motivo de inspiración, cuando le daba por coger los pinceles para evadirse del trasiego, y qué verdad es que cuando te gusta algo, como en este caso es la pintura, y te encuentras en forma, o inspirado, como dicen los artistas e inicias un cuadro que ya tenías preconcebido en tu subconsciente, y empiezas a darle forma hasta que lo encajas en el lienzo, y ya una vez satisfecho de sus proporciones, le echas valor y te dispones a empastar con los colores, es algo milagroso, que te va llenando el espíritu y te vas creciendo poco. A él a veces le habían dado las tantas de la noche, cuando ha ido progresando en la composición de un cuadro, pues realmente te metes tanto dentro del tema que hayas elegido, que no te das cuenta cómo pasa el tiempo, y lo que es más ¿terapéutico?, es que no piensas en nada más que en la tarea que has iniciado, olvidándote de los malos ratos que a veces te traes del trabajo a casa. Él lo usaba mucho como terapia cuando terminaba un caso que le había dejado mal sabor.

Sin darse cuenta, habían dado ya las siete de la tarde, y de pronto se acordó de Esther, a la que había propuesto tomar un café, y dijo que trabajaba hasta las nueve.

Marcó el cero cero siete y le contestó con una voz que a él le pareció anhelante:

-Diga Emilio.

-¿Cómo sabía que era yo? –preguntó éste.

-No se preocupe, aparece su extensión en mi pantalla del teléfono – contestó Esther- además su acento le delata.

-Perdone, pero es que se me ha ido el santo al cielo con los vídeos – comentó Emilio- pero es que quería avanzar al menos la visión de una cinta de cinco horas, y se ha hecho un poco tarde para el café. ¿Podríamos tomar algo ahora?.

-Ya casi es mejor dejarlo para última hora, pues la cafetería del Museo se cierra muy pronto y podíamos dejarlo para las nueve, si es que a Vd. no le viene mal, -contestó Esther- además estoy terminando un informe para el Jefe sobre el asunto de la exposición de Gaudí.

-De acuerdo, la espero en el despacho. Hasta luego –terminó-.

Nada más colgar, entró en el despacho que ocupaba Emilio, el Director del Museo y sentándose en el mismo sillón que por la mañana, le interrogó:

-¿Hay algo nuevo?.

-Nada señor, -empezó Emilio- ya terminé de ver la primera cinta completa y que corresponden al tiempo desde las nueve hasta las catorce horas de ayer, y no he visto nada de mención. Me parece que a éste paso voy a tardar un día casi entero en ver las cintas de los dos días anteriores, ya que el Museo está abierto diez horas seguidas, si no me equivoco.

-No se equivoca Vd. Cabrera –respondió Altamirano un tanto preocupado, y preguntó: ¿qué podíamos hacer?.

-Le propongo a Vd. lo mismo que mi Jefe le propuso a la Ministra al indicarle que me dedicara yo a este asunto. ¿Sería muy descabellado poner al corriente a Esther del tema, y que ella compartiera conmigo si no la investigación, al menos la visión de los vídeos, para ganar tiempo?.

-Esta mañana la ponía Vd. en la lista de los presuntos, ¿cómo cambia ahora de idea, y la propone de colaboradora? –preguntó Altamirano-.

-Verá, primero no tengo porqué dudar de Vd., ya que me dijo que es de su total confianza, cosa que me parece cierto en lo poco que la he tratado, y si queremos llevar esto dentro de casa, es mejor echar mano de personal del Museo de su total confianza, que no de mi propio Departamento, y no es que no me fie de mis compañeros, es que creo que es más práctico que sea alguien que conozca el Prado como su propia casa, pues tenga en cuenta que voy a pasar aquí la noche y mi intención es dar una vuelta por el Museo cuando no hay visitas por si descubro algo que con el ir y venir de las personas se me puede escapar. Además nos podemos repartir las cintas, y ella vería la mitad en el vídeo de su despacho y yo la otra mitad en éste –le argumentó Emilio de un tirón-.

-¿Sin consultar a su Jefe? –preguntó Altamirano-.

-Me ha dado carta blanca, y confía en mí. Lo que haga, le parecerá bien –dijo orgulloso Emilio-.

-Vale, voy a llamarla, -dijo el Director haciendo ademán de coger el teléfono-.

Pero Emilio con un gesto le pidió al Director que no la llamara.

-He quedado con ella a las nueve para tomar algo...

-Muy deprisa actúa Vd. Emilio –dijo Altamirano-.

-No tenemos mucho tiempo hasta las nueve de la mañana que tiene Vd. que conectar con la Ministra, -dijo Emilio- y espero que para una hora antes tenga algo positivo que ofrecerle, para que nos deje otras veinticuatro tranquilos, y además querría hacerle a Vd. unas preguntas, siempre y cuando no se moleste e intente colaborar conmigo, ¿le parece? –le preguntó Emilio-.

-No hay problemas, Vd. dirá Inspector –dijo Altamirano resignado-.

-Verá Vd. Sr. Altamirano, como dicen en las películas es pura rutina, pero es necesario, para ir rematando por eliminación, a ver si tenemos un rayo de luz.

-Empiece, por favor –le dijo el Director-.

-¿Cuándo es la última vez que se puso su familia en contacto con Vd. a través de su correo electrónico?.

-La verdad que así de memoria no puedo recordarlo, -contestó Altamirano- pero creo que fue este verano a primeros. Si quiere puedo ir a mi ordenador y comprobarlo, pues los dejo archivados.

-Si no le importa, se lo agradecería –pidió Emilio-.

Salió el Director y volvió rápidamente diciéndole a Emilio:

-Fue el 14 de Julio, y el mensaje era para recordarme que tenía que recoger los resultados de unos análisis para llevárselos al médico. Fue por la mañana, a las once horas, ahora lo recuerdo bien.

-De acuerdo, -contestó Emilio- ahora hábleme de su cocinera, nombre, estado, edad, si es que la sabe o aproximadamente, tiempo que lleva trabajando con Vds., relación con el jardinero, ¿vive con Vds.?, en fin hágame un retrato robot, y del jardinero también.

-Ella se llama Lola, es malagueña como mi mujer y yo. Buena gente, como se dice ahora. Es soltera, y tendrá aproximadamente cincuenta años. Está con nosotros desde antes de nacer nuestra primera hija, que ahora tiene veintiún años, y sí vive en casa con nosotros. Va todos los años a Málaga varias veces, sobre todo en Navidad, Semana Santa y hace poco también ha estado, en la Feria de Agosto. Siempre aprovecha cuando nosotros hacemos algún viaje y se escapa a nuestra tierra, pues es una malagueña desde los pies hasta los “encajes de la cabeza” como dice ella misma, y además tiene allí a sus padres, muy mayores, pero allí están. Respecto a su relación con el jardinero, yo creo que se entienden, aunque son muy discretos, pero algo se les nota que están el uno colado por el otro, por ciertos detalles y además ella, ha cuidado y se puede decir que ha criado al hijo del jardinero, pues éste hombre, Pablo se llama, quedó viudo cuando el hijo era un crío muy pequeño, y Lola se hizo cargo de él e iba todos los fines de semana a su casa a prepararles comida y la ropa de ambos. Es una buena mujer, y nosotros la apreciamos muchísimo.

Respecto al jardinero, Pablo, no habla por no molestar, es un gran profesional que cuida extraordinariamente los jardines. Aparte del nuestro trabaja para otras casas de la Rozas y allí está rifado, no puede más de trabajo; y es un padrazo para el chaval, que ya es un hombre. El padre tendrá unos cincuenta y tantos años y el hijo ya debe tener más de veinte. Está estudiando en la Universidad, creo que hace Biológicas y es muy buen estudiante. También se llama Pablo y algunos fines de semana le echa una mano a su padre y así se gana sus euros, al menos para pagarse la gasolina de la Vespa que tiene para ir a la Facultad.

-¿Lo conoce Vd.? –preguntó Emilio.

-Lo conocí cuando era pequeño y fuimos a su casa cuando murió su madre. Ahora es difícil que lo vea pues cuando yo vuelvo los sábados a casa ya es muy tarde, tenga en cuenta que el Museo se abre sábados y domingos, y descansamos los lunes que cerramos, aunque siempre hay que dar alguna vuelta por aquí, por si hay que hacer algún traslado de cuadro o algún cambio.

-Creo que es suficiente, por ahora –comentó Emilio- ¿llamamos a Esther para ponerla en antecedentes?.

## CAPÍTULO V

### ESTHER

Eran las veinte horas cuando marcó el Director el cero cero siete en el teléfono de la mesa que ocupaba Cabrera, y le dijo a su secretaria:

-Esther, ¿ha terminado ya el informe?. De acuerdo, déjelo en mi mesa, y haga el favor de venir al despacho anexo. La esperamos.

A los dos minutos, sonaron unos golpecitos en la puerta y abriendo preguntó Esther:

-¿Se puede?.

-Adelante Esther –contestó el Director- siéntese por favor.

Entró y pasando entre el Director y Cabrera que estaba tras la mesa del despacho, hizo ademán de sentarse en el sillón que había al otro lado, pero el Director le indicó que lo hiciera en el sofá. Cosa que hizo, situándose en el otro extremo de donde estaba Altamirano. Hecho que agradeció Cabrera, pues cruzó sus espléndidas piernas, y si se hubiese sentado al otro lado de la mesa no tendría ocasión de admirarlas, y puso sobre su falda el bloc que traía, dispuesta a tomar notas como era su costumbre, cuando la llamaba el Jefe.

-Esther, -comenzó diciendo el Director- no va a hacer falta que tome notas de esta reunión. Una vez más la necesito, la necesitamos mejor dicho. Ha ocurrido un hecho en el Museo esta madrugada, que nos preocupa bastante y queremos contar con Vd.

Esther, sé que es la hora de que Vd. se vaya a casa a descansar, pero lo ocurrido, que más adelante le contaré, nos obliga a tener que prolongar la jornada, no sabemos hasta qué hora. Quizás abusando de que a Vd. no la espera ningún hijo a quien tenga que ponerle la cena, aunque bien pueda tener ésta noche algún compromiso, con lo cual no queremos robarle su tiempo libre ni mucho menos.

-Perdone, Sr. Altamirano, puede Vd. o mejor dicho pueden Vds. contar conmigo hasta la hora que haga falta. No tengo ningún compromiso, y es un placer servirles –dijo Esther facilitándole las cosas a su Jefe-.

-Gracias Esther, es Vd. un encanto –dijo su Jefe- menos mal que de vez en cuando se encuentran personas como Vd. Verá, como habrá comprobado, desde que llegamos ésta mañana al Museo, que no hemos parado un minuto, y entre otras cosas habrá visto que no le he presentado a éste señor que nos acompaña. Su nombre es Emilio Cabrera Méndez, es Inspector de Investigación Científica y pertenece al Departamento de Seguridad del Ministerio Central Interno. Es toda una autoridad en su especialidad –peloteó el Director- y el motivo de que se encuentre entre nosotros, es porque ha ocurrido algo con el Caballero de la mano al pecho. Recordará que hoy a primera hora le pedí el dossier de este cuadro, que tenemos en la mesa junto con los vídeos de seguridad. No le presenté a primera hora al

Sr. Cabrera, porque aún no habíamos decidido cómo se lo íbamos a presentar al personal de la casa, pero con Vd. no vale andar con evasivas. La verdad conduce a trabajar mucho mejor, sobre todo en un grupo reducido como el nuestro.

La fue poniendo en antecedentes, de todo lo acontecido hasta entonces, y Esther, que estaba siendo no sólo admirada por Emilio, si no que éste estaba muy atento a la expresión de su cara conforme el Director del Museo le iba narrando el tema, por si notaba algún rasgo de asombro o intriga o admiración, pero nada, la puñetera Esther, no se inmutaba, simplemente atendía con mucho interés sin dejar de mirar a su Jefe. Bueno, de vez en cuando y muy rápidamente le dirigía una mirada a Emilio, cosa por la que éste se sentía muy complacido.

Terminó el Director de contar la historia, incluso le contó que en un principio ella era presunta cómplice o implicada en la trama que se había producido, ya que conocía su correo electrónico. Fue la primera vez, que hizo un imperceptible gesto con las cejas, pero no comentó lo más mínimo. -Pero no se preocupe Esther, -dijo por primera vez Cabrera- que si no se hubiese disipado esa primera duda, no estaría ahora aquí con nosotros. En una investigación, al principio, hay muchos presuntos implicados. Conforme pasa el tiempo, se van aclarando las cosas. Perdone, pero para contar con Vd. tenemos que ser totalmente sinceros, y confiar los unos en los otros. Pero no quiero que olvide, que tanto lo que aquí hablemos o descubramos, y fuera de aquí ocurre igual, es materia totalmente reservada. He apreciado que Vd. es muy prudente en lo poco que la conozco, pero me encuentro en la obligación de decírselo, pues cualquier indiscreción no nos beneficia, al contrario nos puede perjudicar mucho.

-No se preocupe Sr. Cabrera, -dijo Esther, omitiendo llamarlo Emilio delante de su Jefe- comprendo que en un trabajo como el suyo tiene que ser así, y todas las precauciones son pocas. Tomo buena nota de todo lo que me han dicho y pueden estar tranquilos y seguros de mi discreción. Vds. dirán en qué puedo servirles.

-Se trata -dijo el Director- de que se quede Vd. con el Sr. Cabrera, ayudándole a compartir la visión de los vídeos, pues ahora mismo son las ocho y cuarto. Si empiezan pronto, pues tendrán que cenar antes de seguir, terminarán sobre las dos de la noche-madrugada, Vd. Cabrera puede ver la segunda correspondiente al día de ayer, y Vd. Esther la primera de antesdeayer, terminando ambos a la misma hora. Pudiendo ya descansar Esther, a partir de esa hora, y que el Sr. Cabrera siga hasta las tres por si se pone en contacto Robín. A partir de ahí, depende si esto se produce o no, el Sr. Cabrera continuará, hasta las siete de la mañana, terminando a esa hora de ver la segunda parte de la que Vd. Esther ya habrá visto la primera, antes de descansar.

-En fin -continuó el Director- no quiero organizarles a Vds. la noche, pero es que me gustaría que al menos hayan visto dos días completos de cintas



antes de ponerme en contacto con la Ministra mañana a las nueve. Yo estaré aquí a las siete, como de costumbre, y ya me pondrán al corriente de los avances.

-¿Si llama Robín a las cero tres horas de la madrugada, lo llamo a su casa para comunicárselo?, se lo pregunto –hablaba Emilio- pues creo recordar que la Ministra le dijo a Vd. que la llamara si esto se producía, fuese la hora que fuese.

-Por supuesto, debe Vd. hacerlo, -le contestó Altamirano- Esther le dará mi número.

-Yo como Vd. prefiera, pero si por mí fuera no lo molestaría, pues ¿qué vamos a adelantar con mi llamada y la suya a la Ministra? –preguntó Cabrera- y continuó: ya lo pondría al corriente a las siete de la mañana, pues hay tiempo suficiente para preparar la llamada, y además así estará Vd. más descansado.

-Hablando de descanso –añadió Altamirano- Vds. pueden pasar una mala noche, o dos a lo sumo, pero si esto se alarga, cosa que me temo, habrá que pedir refuerzos a su Jefe, o cambiar de plan ¿no les parece?.

-Por mí no se preocupe, -dijo Esther- según su plan para esta noche voy a disponer por lo menos de cuatro o cinco horas para dormir, desde las dos hasta las siete que viene Vd. Lo que me hace falta es llegarme a casa a recoger algo de ropa.

-Por supuesto –contestó el Director, y añadió- Vd. Cabrera lo tiene más crudo, pues ha de seguir tragando “tele” toda la noche.

-Bueno, ya veremos –dijo Cabrera- pues la “tele” también se puede ver acostado, y si Esther me hace un sitio en la cama nido, podemos matar varios pájaros de un tiro ¿no? -inquirió maliciosamente mirando a la secretaria-.

Ésta se levantó, haciendo verdaderos esfuerzos para no soltar una carcajada, y diciendo que se iba a casa salió precipitadamente. No sin decirle a Cabrera que no se tomase todos los sandwiches y la esperase para cenar juntos.

-De acuerdo, -contestó Cabrera con una sonrisa.

-Ah, otra cosa, -continuó Cabrera- como le dije antes Sr. Altamirano, mi intención es dar una vuelta por el Museo con Esther, a ver si de noche con una linterna veo algo más que con las luces de la sala.

-Bueno, puede hacerlo antes de que ella se disponga a descansar. Ya está avisado el servicio de vigilancia de noche –terminó diciendo Altamirano.

-Por supuesto, va a ser una visita rápida, -dijo Cabrera- me pienso limitar a la sala X B del Greco donde está el Caballero.

-Esther volverá pronto –dijo Altamirano- pues vive en Alfonso XII. Muy cerca de aquí.

-Buena avenida por cierto –comentó Cabrera-.

-Se puede decir que es hija de papá –afirmó Altamirano- que le regaló un magnífico piso cuando se casó, y ahora que está descasada, pues sigue

viviendo ahí. No ha querido volver con sus padres, pues es una mujer muy independiente y liberal.

Menudo mirlo blanco, -pensó Cabrera- buena moza, culta, guapa, con buen tipo, parece ser que con patrimonio, ¿dónde estaba el fallo?. La verdad es que aparentemente no tenía que haber fallo. A ver si le daba opción a averiguarlo. Tenía que terminar pronto con el asunto del cuadro para poderse dedicar a algo más agradable. Mira que si de aquí sale un lío, pero un lío en condiciones, no un ligue de un día. Un motivo para sentar la cabeza, que ya estaba bien de vivir soltero y solo en la vida. Que una cama, aunque fuera nido pero compartida, era mucho mejor que solo. No faltaba más.

-Perdone que le diga esto –dijo Altamirano como adivinando los pensamientos del Inspector- espero que se porte Vd. como un caballero...

No le dejó seguir Cabrera, que le contestó:

-Ni el mismísimo Caballero de la mano al pecho se portaría mejor que me voy a portar yo. El trabajo está por encima de todo, y cuando estoy de servicio no me concedo ninguna licencia, me interesa tanto o más que a Vd. terminar felizmente este caso, que aunque complicado, lo veo interesante, y que se sale de lo corriente. No se preocupe por Esther. Eso es cosa mía –y terminó soltando una sonora carcajada-

-Es que aparte de conocer a sus padres –continuó Altamirano- que por cierto pertenece a la alta burguesía del norte, la tengo mucho aprecio y no quisiera que tuviese problemas. Tenga en cuenta que lo que va a hacer esta noche, no se lo había pedido nunca, y es un compromiso para mí.

-No se preocupe Sr. Altamirano –dijo Cabrera- que ya no soy un niño y tampoco estoy dispuesto a jugarle mi carrera. Y lo de sus padres, que sean de alta alcurnia o nobles si lo prefiere, no me causa ningún efecto. Precisamente la llamada “Jet”, no nos da muchos motivos de ejemplo que digamos.

Cambiando de tema, le pregunto Altamirano a Cabrera:

-¿Ha dado Vd. ya una vuelta por Internet a ver si conseguía alguna pista de Robín?

-No, todavía no –respondió Cabrera- he estado supervisando las cintas y no podía hacerlo a la vez. Si le parece, podemos hacerlo ahora mientras viene Esther.

-De acuerdo –dijo el Director.

Encendió Cabrera el ordenador, y con el ratón le dio al programa “Google”, anotando en el casillero de búsqueda: Robín de los Bosques. La respuesta fue inmediata:

*-Robín Hood: “Héroe legendario inglés cuyas hazañas son cantadas por la poesía popular entre los siglos XII y XV, y cuya figura más o menos histórica, nos parece velada por la fábula, como las de Carlomagno, Arturo y otros tantos cuyos hechos han dado pábulo a la musa anónima de las diversas nacionalidades y han servido de fondo para las obras de los*

*grandes genios literarios. Ya en una segunda edición de 1377 de “Piers the Plowman” y en dos de sus versos nos presenta a éste personaje como un tipo noble y caballeroso, jefe de una banda de hombres sin leyes, que moraba en los bosques de Shervood, personificando la resistencia y el espíritu de independencia de la raza sajona, en los primeros tiempos de la reconquista normanda, y más tarde el odio y protesta contra la opresión de los nobles y del alto clero, viniendo a ser su recuerdo como un estandarte de redención contra la dura esclavitud de la tierra y el hambre. Nunca mató a nadie para robar; solo robaba a los ricos y poderosos, nunca a los humildes y pobres. No deshonró jamás a mujer alguna, y regalaba a los pobres con el fruto de sus hurtos. Sólo en el robar era duro; en lo demás era magnánimo y de buen natural. Respecto a su existencia, puede, sin duda, creerse que hay algo de fundamento histórico en este personaje, si bien obscurecida por la fantasía y la leyenda que idealizaron el tipo de bandolero en Robín Hood. Lo que no cabe duda, es que la figura del arquero, existiese o no, es realmente mítica.”*

-Bueno, esto parece que no nos aclara mucho –comentó el Director del Museo-

-No nos aclara –respondió Cabrera- pero nos recuerda una figura, cantada por la literatura y en su día llevada al cine con bastante éxito, sobre todo la primera versión de los años cincuenta, que vi en una reposición en T.V., y que siempre nos ha quedado el recuerdo nostálgico y romántico del ladrón de ricos para repartirlo a los pobres. Yo creo que nuestro personaje he elegido este seudónimo con toda la intención.

-¿Cree Vd. que el Robín de las tres de la madrugada, piensa hacer obras de caridad con el Caballero de la mano al pecho? –interrogó Altamirano.

-No me extrañaría que por ahí fueran los tiros –contestó Cabrera-

-Ya sabe Vd. los caprichos de Internet –dijo Altamirano- ¿porqué no busca Vd.”robíndelosbosques”, todo seguido y con minúsculas?.

-Él firmaba su correo separado y la primera con mayúsculas, pero no obstante, vamos a probar –contestó Cabrera-

El Inspector escribió en el casillero de búsqueda avanzada del programa Google: robíndelosbosques.es, y tampoco se dejó esperar mucho la respuesta, o mejor dicho las respuestas con fotografía incluida.

Apareció en pantalla una señora de muy buen ver, totalmente desnuda y en pose de lo más erótica, y en recuadros una serie de mensajes no eróticos si no de porno puro y duro y no apto para personas de espíritu sensible.

-Menos mal que no ha llegado aún Esther –comentó Altamirano- pues desde luego esto es impresentable, y la verdad, no creo que tenga nada que ver con nuestro personaje.

-Efectivamente –contestó Cabrera- yo me inclino por la primera página que hemos leído. Aunque debe tener una página Web. O un correo, pero vaya Vd. a saber con qué nombre, que a no ser que nos lo diga él mismo

ésta madrugada, no tendremos manera de comunicarnos con él. Porque en el que Vd. recibió esta madrugada ¿no aparecerá algún dato del remitente?.

-No, ya estuve yo mirándolo con detenimiento y no aparece, pues Vd. sabrá que hay una de las opciones de los correos que te permite omitir ese dato. Total –terminó diciendo Altamirano- que volvemos a estar como al principio, a la espera de sus noticias.

-Me temo que es así –contestó Cabrera-.

-¿Porqué no hace un último intento y busca sólo con robín.es?

-De acuerdo, vamos a ver -dijo Cabrera- a la vez que escribió en el casillero correspondiente lo que le había indicado el Director.

Como había ocurrido antes, la respuesta no se dejó esperar, y el resultado fueron diez mensajes de aproximadamente quinientos veintisiete, y en todos hacía referencia a la literatura sobre Robín Hood.

-De aquí no vamos a sacar nada –comentó Cabrera-.

-No nos queda más remedio que esperar –indicó Altamirano-.

-Otra cosa Sr. Altamirano, ¿podría Vd. proporcionarme una buena reproducción del cuadro del Caballero, y que guardase las mismas proporciones que el original?

-En el dossier que tiene Vd. en su mesa hay una buena reproducción de aproximadamente treinta por veintitrés, que es bastante buena y guarda más o menos la proporción de ochenta y uno por sesenta y seis del original, y en la que podrá Vd. apreciar bien los detalles, que aunque no sean muchos, en este cuadro, están bastante bien reproducidos –contestó Altamirano-.

Efectivamente, lo encontró rápidamente Cabrera, la sacó del dossier, la puso encima de la mesa y cogiendo una lupa que había en la jarrita de los lápices, fue mirando y admirando primero los ojos, la nariz, el bigote, la boca, las afiladas orejas, su amplia frente con las dos entradas y su mechón de pelo en el centro, un poco revuelto y rompiendo el óvalo que forma todo el conjunto del rostro, y por la parte baja la cuidada barba, y enmarcando todo el conjunto desde las orejas hasta la punta de la barba, la blanca golilla almidonada, que como un collarín de los que te recetan los traumatólogos cuando tienes algún problema en las vértebras cervicales, le mantiene la cabeza erguida y firme. Sería muy elegante en su época, pero ¡por Dios!, qué cosa más incómoda debía de ser.

Deslizó la lupa hacia la mano horizontalmente colocada, es muy larga y a su vez ancha en sentido vertical, aunque en lo que se refiere a los dedos, que deberían ser quizás más cortos y anchos al estar en sentido transversal, son más largos que lo que le corresponde en proporción.

-Veo que le llama a Vd. la atención los dedos del Caballero –dijo el Director, y continuó- éste fenómeno de la delgadez y largura de los dedos ocurre muchas veces en los cuadros del maestro, sobre todo en los personajes místicos, santos y apóstoles. En el San Pablo se marca más

todavía, y de un modo verdaderamente extraordinario, el alargamiento desmesurado de los dedos de la mano izquierda, situada horizontalmente. Y así lo vemos repetido en el San Jerónimo de la Galería Nacional de Londres; en el San Francisco de nuestro Museo; en el de la colección Cheffils; en el de la Zuloaga y en el San Bernardino del Prado. En todos estos cuadros tienen razón los que suponen que el Greco quiso espiritualizar las figuras, pintándolas largas y delgadas haciendo de esto un simbolismo.

-Pero el Greco –continuó Altamirano- no siempre pintó sus figuras alargadas de arriba abajo, si no que también pintó muchos detalles alargados en sentido transversal, aparte de que en algunos cuadros que figuran como alargados en el primer sentido, las cabezas de sus incomparables retratos son tal vez expresión de la realidad, pues parece que ese tipo enjuto y alargado de hidalgo castellano existía entonces realmente y aún hoy mismo todos conocemos individuos que parecen arrancados del Entierro del Conde de Orgaz o de los retratos del gran pintor cretense.

Una vez terminado Altamirano de hablar, deslizó el Inspector la lupa hacia la empuñadura de la espada que aparece en la parte inferior izquierda del cuadro, y que nos reitera que se trata de un caballero, y luego se fijó en la joya que apenas se ve entre sus ropas, así como la gola y los puños de los encajes, que nos hablan de riqueza material y de una alta posición social. Debió ser todo un personaje.

-¿Qué le parece Cabrera? –preguntó Altamirano-.

-Señor, lo que se dice todo un caballero y todo un señor –contestó Cabrera-.

-Pero en lo que no ha reparado Vd. amigo Cabrera es en la numeración y en la firma, se le ha pasado por alto, cosa que me tranquiliza pues si hubiese sido un turista más de los que admiran este cuadro –continuó Altamirano- parece que éstos símbolos no le hubiesen llamado la atención, ni hubiese buscado la firma porque todo el mundo sabe que el Caballero de la mano al pecho es un Greco. Si acaso hubiese buscado la firma sería como curiosidad para conocer la firma del maestro. Lleve la lupa hacia la derecha del cuadro en su ángulo inferior, pero a la derecha del Caballero, ¿qué lee?.

Deslizó Cabrera la lupa hacia donde le decía Altamirano y leyó:

-Uno uno tres seis y un punto (1136.) en carácter gótico y color rojo, -¿qué significa? –preguntó Cabrera-.

-Por más que he leído sobre el Greco, no he logrado averiguarlo –contestó Altamirano-, porque el año de realización del cuadro no puede ser, ya que el Greco nació en 1541, más bien puede ser un número de catalogación, pues por los rasgos de la caligrafía de los números no me parecen sea obra del pintor, probablemente sean obra de algún pintor de éste Museo, que lo numeró para registrarlo al formar parte de la pinacoteca. Y si lleva la lupa

hacia el hombro izquierdo del Caballero verá, menos nítidamente que los números, la firma en caracteres griegos y con mayúsculas su nombre completo: Doménico Theotocópuli.. Como comprenderá, Cabrera, unos símbolos que están en todas las reproducciones del cuadro del Caballero que hay repartidos por todo el mundo, **¡no están en el original!**, ¿se imagina lo que esto significa?, pues que estamos ante un cuadro que no es el original, queramos o no queramos. Es terrible, me dan escalofríos cuando lo pienso...

Efectivamente, llevó el Inspector la lupa hacia el hombro izquierdo y allí al lado aparecía la firma del autor. Desde luego era desconcertante – pensó Cabrera-.

Menos mal que unos golpecitos en la puerta anunciaron el regreso de Esther, pues el Director estaba comenzando a entrar en un estado depresivo que convenía que no tomase vuelos.

-Buenas noches señores. Aquí estoy de nuevo. ¿Por dónde empezamos? – preguntó-.

-¡Hija de mi vida! –exclamó Cabrera para sí al ver a la joven. Había cambiado la falda y el suéter que tenía por la tarde, por un conjunto de pantalón vaquero y camisa y un suéter de hilo a juego. Calzaba unas elegantes botas de ante a juego a su vez con una ligera chaqueta de la misma piel. Se había recogido el pelo, seguramente hacía un cuarto de hora que se habría duchado, y lucía un mínimo maquillaje y apenas lápiz de labios muy suave. Y como remate, el perfume que irradiaba y le dio al despacho un aroma de lo más agradable, fresco y seductor. En fin, que si elegante estaba por la tarde, el conjunto de noche no podía ser menos. Lástima no poder ir a cenar con ella a un elegante restaurante y luego a tomar una copa en un pub de los muchos que hay en Madrid con buena música de fondo. Dejó la bolsa que traía en el suelo.

-Buenas noches Esther –respondieron los dos al unísono, y después prosiguió Cabrera.

-Si Vd. no tiene inconveniente Sr. Altamirano, Esther y yo creo que deberíamos dar buena cuenta de los sandwiches que tan amablemente han dejado aquí, pues si salimos a la calle, y bien sabe Dios cuánto me agradecería hacerlo, íbamos a gastar un tiempo que nos va a hacer falta para trabajar.

-De acuerdo –dijo el Director- os dejo libres para que hagáis vuestro trabajo. Espero y os deseo suerte, a ver si mañana tenemos buenas noticias. Hasta mañana pues, o hasta luego si es que tenemos noticias esta madrugada.

-Adiós, buenas noches –respondieron Esther y Cabrera.

Y el Director salió del despacho dejando solos a la pareja, para que cenaran tranquilamente, y se pusieran a trabajar.

Se fue a su despacho para repasar el informe que le había dejado Esther en su mesa, y que era sobre la exposición que se estaba preparando

sobre el arquitecto catalán Gaudí, pues estaban esperando la visita del Comisario de la exposición, que iba a venir el sábado de Cataluña para revisar los trabajos, organizar la exposición y tener una comida de trabajo con la Ministra de Instrucción.

Ésta exposición iba a tener lugar en el Casón del Buen Retiro, como un gesto de buena voluntad y de acercamiento político entre Madrid y Barcelona, y habían sido muy laboriosas las negociaciones hasta llegar al acuerdo de celebrarla en Madrid, pues ya se sabe lo especiales que son los catalanes en algunas ocasiones.

Además se había procurado hacer mucho hincapié y propaganda de que se trataba de un homenaje de la Escuela de Arquitectura de Madrid a la Arquitectura catalana, para diluir y despolitizar todo lo posible el evento.

Terminó de repasar el informe y antes de levantarse hojeó la agenda para que no se le olvidase los compromisos para el día siguiente, pues tendría que compatibilizarlo con el asunto del Caballero, en función de los acontecimientos. Al abrirla lo primero que leyó fue un posí amarillo pegado a la hoja del día siguiente y con un mensaje de su secretaria que decía:

“Le recuerdo que mañana tiene anunciada su visita el Sr. Masó sobre las once de la mañana, en función del puente aéreo”, y posterior comida en Lhardy de ambos con la Sra. Ministra de Instrucción”, cuando su secretaria confirme la hora. Esther.

Salió del Museo, arrancó su BMW y se fue hacia las Rozas, dándole vueltas a la cabeza con el asunto del Caballero.

## CAPÍTULO VI

### LA NOCHE

La verdad, es que los dos se sintieron como más cómodos cuando se quedaron solos en el despacho.

Cabrera sacó del bolsillo una pequeña radio y le dijo a Esther, mientras sintonizaba una emisora con música suave:

-Siempre la llevo conmigo, pues apenas tengo tiempo de leer los periódicos, y me gusta de vez en cuando oír las noticias para ver cómo va el mundo, aunque hay veces que casi es mejor apagarla, o buscar una emisora de sólo música.

-¿Qué música le gusta Emilio? –preguntó ella, nombrándole por su nombre para que se encontrase más cómodo el Inspector.

-Siempre que no sea un ruido, me gusta toda la música, aunque tengo un oído fatal. Hombre me gusta mucho la clásica y procuro oír siempre “Clásicos populares” de Radio Nacional, pues Fernando Argenta y Araceli González te hacen muy agradable la música clásica, con sus comentarios sobre la biografía de los compositores y anecdotarios de sus vidas, en un tono muy distendido y sencillo. Y –continuó Emilio- respecto a los menos clásicos, me llega mucho Serrat, Gloria Stfan, Los Panchos, Los Sabanderos, Whitney Houston, bueno y siempre el inolvidable Frank Sinatra.

-No tiene Vd. mal gusto que digamos –le dijo Esther- y además coincidimos, en los que ha nombrado, pero no olvide el estilo de Julio Iglesias en su anterior época, los Beatles y Elvis Presley.

-Bueno, y en clásica o mejor dicho en Ópera se me ha olvidado a otro inolvidable como fue Alfredo Kraus, que cada vez que podía, iba a oírlo al Teatro de la Zarzuela o al Real, pues creo que ha sido uno de los mejores, y no tenía nada que envidiarle a nadie, -terminó diciendo Emilio-

-Desde luego, tiene Vd. razón –contestó Esther- y además qué hombre más enamorado de su mujer, pues ¿se acuerda cuando quedó viudo que dejó prácticamente de dar conciertos pues perdió las ganas de cantar e incluso de vivir, hasta que el pobre murió?, yo creo que fue de pena. En una entrevista que le hicieron en la Tele se le notaba la inmensa tristeza que se apoderó de él.

-Sí, yo creo que fue así -contestó Emilio y continuó- me quedaría toda la noche hablando con Vd. pues creo que eso de la química está funcionando entre nosotros dos y da gusto oírla, teniendo además la voz tan encantadora como tiene, pero, bueno, vamos a tomar algo antes de trabajar. Espero que cuando esto termine tengamos ocasión de conocernos mejor, si es que a Vd. le apetece para entonces.

-Me apetece –prometió ella con una encantadora sonrisa-



Y cogieron unos zumos de la mininevera y dieron buena cuenta de las viandas.

-Están buenísimos éstos sandwiches –exclamó Emilio-.

-Sí –contestó ella- son de Rodilla, la de Callao que ha puesto por mi barrio otra cafetería y la verdad, que mantienen desde hace años la calidad y la variedad, y por eso venden como nadie, pues hay otros por Madrid, que no llegan a tener ésta calidad.

-¿Le apetece un café? –le preguntó a Emilio.

-Sí, por favor.

Y puso en marcha la cafetera, que al instante despidió el característico olor que inundó la estancia.

Se lo tomaron ambos y Emilio le preguntó a Esther si le molestaba que fumara, y ésta le contestó que no. Encendió Emilio un Davidoff, y volvió a coger la lupa para seguir mirando la reproducción del cuadro del Caballero del dossier.

-Son las nueve cuarenta y cinco –dijo Esther- ¿qué le parece que hagamos empezamos con los vídeos o nos damos un paseo por el Museo para ver a nuestro amigo el Caballero?.

-Creo que deberíamos ver vídeos –contestó Emilio- que es un verdadero rollo, por no decir otra cosa. Llévase la primera de antesdeayer, que fue el miércoles, y yo seguiré con la segunda parte de la de ayer jueves, ¿de acuerdo?.

-Vale –dijo Esther- y se llevó la cinta al despacho contiguo, que era el del Director y encendió el televisor, introduciendo la cinta en su sitio. La rebobinó y se sentó dispuesta a verla.

Emilio hizo lo propio con la cinta de la segunda parte del día anterior, que comprendía desde las catorce horas hasta las diecinueve del jueves, hora a la que se cierra el Museo.

Iban pasando los minutos y en ninguna de las dos cintas se notaba nada de particular, eran como una fotocopia una de otra pues el espectáculo era el mismo. Muchos visitantes en un ir y venir que empleaban cada uno un tiempo determinado ante cada cuadro, en función de sus gustos. Lo que sí era un denominador común, es que frente al Caballero sí se empleaba un mayor tiempo que en los otros retratos, porque entre otras cosas es más conocido, y supera a todos en calidad. “Cría fama y échate a dormir” –pensó Emilio- cuando comprobaba esto, pues el Greco con éste cuadro, salió por la Puerta del Príncipe como un Curro Romero, y ya no hubiese hecho falta pintar más retratos, o quizás sí, para poder compararlos. El caso es, que le ganaba a todos, y por eso el astuto Robín lo había elegido para su hazaña, no debe ser tonto ni mucho menos cuando se decidió por el Caballero.

Había quedado con Esther, que si notaban algo que les llamara la atención, que pararían el vídeo y lo verían entre los dos para comentarlo.

Y en un momento dado, cuando llevaban algo más de tres horas cada uno frente a su televisor, Esther llamó al Inspector con insistencia:

-Emilio, -llamó- haga el favor de venir, aquí hay algo que me interesa que lo vea.

Emilio paró su vídeo y se fue al despacho contiguo sentándose al lado de Esther.

-Mire, -dijo ésta, rebobinando unos minutos de cinta-. Observe.

Apareció en escena un individuo con barba, de mediana estatura, y por su constitución parecía que no era muy mayor, pero en un momento dado, que se volvió para un lado al estornudar, sí se podía apreciar que era mayor. Iba un tanto encorvado y se mantenía frente al cuadro del Caballero observándolo desde diferentes distancias y ángulos. Daba un paso hacia atrás y luego nuevamente hacia delante. Se inclinaba, fijándose, parece ser, en la espada del Caballero, y a continuación se erguía de nuevo fijándose en la mano y después en el rostro.

Desapareció la imagen, pues la cámara seguía su recorrido ya establecido. Emilio cronometró para comprobar el tiempo hasta que volviese la imagen, y justo a los veintidós segundos y medio como había comprobado por la mañana con la otra cinta, que era el intervalo de tiempo entre pasar por un punto y volver a él, pero cuando reapareció el cuadro del Caballero en la pantalla, ya no estaba el sujeto en cuestión. Había desaparecido, pero cuando volvió nuevamente la cámara a pasar por el mismo cuadro, otra vez estaba allí el mismo individuo un tanto inclinado sobre el cuadro, más bien sobre el ángulo inferior derecho, y mantenía algo en la mano que no se podía apreciar pues su propio cuerpo lo ocultaba, pero en un determinado momento, se volvió nuevamente para estornudar, llevándose la mano derecha hacia la boca, al tiempo que con la izquierda sacaba un pañuelo para limpiarse.

-Pare la imagen Esther -le dijo Emilio-.

Ella le dio al mando y quedó la imagen congelada.

-¿Es una lupa lo que lleva en la mano derecha? -preguntó él-.

-Eso parece -contestó Esther- pero no creo que debamos preocuparnos, pues se suelen ver a menudo, visitantes que las usan para apreciar detalles en los cuadros, bien porque les gusta hacerlo o porque están mal de la vista y les ayuda para ampliar los detalles. Incluso se venden en las tiendas que hay a la entrada del Museo, son de pasta y pequeñas, y no tienen ningún ángulo, son redondas para evitar que le puedan hacer daño a ningún cuadro.

Esther puso de nuevo la cinta a avanzar y le dijo a Emilio.

-Fíjese cómo se le acerca el celador y parece que le pregunta algo, y el hombre de la barba le entrega la lupa que es observada por éste un momento, y ya desaparece nuevamente la imagen del televisor, y cuando vuelve ya no están ni el sujeto de la barba ni el celador, sino que empiezan a llegar más visitantes. Ya no se repite la visita del barbudo.

-Esther, -¿le dan cuenta a Vds. los celadores de todas las incidencias que se puedan producir a lo largo del horario de visitas? –preguntó Emilio-

-Sí, -respondió ella- diariamente rellenan un parte que o bien dicen “sin incidencias”, o si ésta se produce, la describen. Si la cosa no tiene importancia no te avisan por teléfono, pero si ellos ven que sí la tiene sí te avisan, y a mí en toda la semana, no me han llamado. No se preocupe Emilio.

-Entonces –preguntó Emilio- ¿porqué me ha avisado si es una práctica habitual de ciertos visitantes el uso de la lupa?.

-Porque me ha llamado la atención hacia qué ángulo del cuadro se ha puesto a observar, ya que no recuerdo que en el ángulo inferior derecho haya ningún detalle en éste lienzo, pues es de un tono oscuro del ropaje del Caballero, cuyos detalles más importantes son el rostro, la mano, por supuesto, la empuñadura de la espada, el collar y la gola y los puños. Es un cuadro precisamente en el que no abundan los detalles, entre otra cosa porque no son necesarios ni mucho menos.

-Pues sí que hay un detalle en ese ángulo del cuadro –dijo Emilio- venga un momento, vamos a ver la reproducción de la lámina que está encima de la mesa.

Y dirigiéndose ambos hacia el otro despacho, cogió Emilio la lupa y mirando al ángulo inferior derecho de la lámina se lo mostró a Esther que leyó:

-Uno uno tres seis, y un punto. Efectivamente –dijo Esther- ésta es la numeración que dice el Jefe que ya no figura en el cuadro que hay colgado en la sala X B.

-Exacto–dijo Emilio- lo comentó cuando dijo que éste era el único retrato que había firmado el Greco, de todos los que había ejecutado. Y que le faltaba además de la firma una numeración en la parte inferior derecha del cuadro.

-Pues esos números parece que son los que contemplaba éste personaje con su lupa, según la imagen que hemos visto –dijo Emilio y continuó- vamos a ver otra vez la imagen del vídeo.

Volvieron al despacho del Director, y rebobinaron la escena desde que aparece por segunda vez el hombre de la lupa, hasta que se vuelve al estornudar, que es cuando se aprecia la lupa en su mano derecha. Pararon otra vez la imagen. En la imagen aparecía el día y la hora: mié 27/09/06 – 12:35.

-¿Qué le parece Emilio?

-Pues me parece un tanto sospechoso –empezó diciendo Emilio-, que si el miércoles pasado, porque ¿la cinta que está Vd. viendo es la del miércoles, o me equivoco?.

-Sí hombre, es la del miércoles, lo dice claramente en la carátula y queda grabado en la imagen como ha podido comprobar.

-Repito –continuó Emilio- si es del miércoles, quiere decir que a las doce treinta y cinco estaba todavía el cuadro verdadero con su numeración colgado en su sitio, prueba de ello es que el hombre de la barba lo estaba viendo con la lupa, y el viernes ya no aparece la numeración ni la firma, luego el cambio, o lo que sea, se ha tenido que producir entre las doce treinta y cinco del miércoles, y las 7:40 de la mañana del viernes, que es cuando el Jefe comprobó la ausencia de firma y numeración.

-No Emilio –dijo Esther- a las 7:40 de la mañana del viernes es cuando mi Jefe lo comprueba, pero no olvide que Robín le avisa a las tres de la madrugada, o sea que hay que descontar desde las tres de la madrugada hasta las 7:40 de la mañana de ayer viernes ¿no cree?, pues ya estamos en la madrugada del sábado.

-Efectivamente, lleva Vd. razón –contestó Emilio- o sea, que si no aparece nada sospechoso desde las doce treinta y cinco hasta las catorce horas que termina la cinta de la mañana del miércoles, el episodio que estamos buscando, tiene que aparecer necesariamente, o en ese resto de cinta, o en el de la tarde del miércoles que va desde las catorce horas hasta las diecinueve que es cuando cierra el Museo, y que veré luego, ¿me equivoco?.

-No señor Inspector, está en lo cierto, pero ¿no cabe otra teoría que se me está ocurriendo sobre la marcha? –preguntó Esther-.

-Ud. dirá.

-¿No podría ser que lo que el hombre de la lupa está comprobando es que **ya no había numeración?**...

-¡Claro!, lleva Vd. razón, lo cual quiere decir, que el hombre de la lupa bien puede ser el hombre que estamos buscando, que no es otro que Robín de los Bosques, que es un experto en pintura y su única y loable intención es avisarle personalmente al Director del Museo de lo que ha descubierto, y que ¡sabe Dios!. desde cuándo faltan esos dichosos números del cuadro. Es una teoría muy verosímil. ¿Sabe Vd. Esther que hubiese sido una gran investigadora? –afirmó Emilio-.

-No creo –contestó ella- pero pienso que es mucha coincidencia. Aunque lo que no me encaja es que tenga que dirigirse a mi Jefe por “su correo” y a las tres de la madrugada. ¿No es más fácil una llamada o incluso una entrevista personal no sería más normal?.

-La clave está en el [gazpachuelo@hotmail.com](mailto:gazpachuelo@hotmail.com), ¿quién coño ha usado este nombre? –preguntó Emilio un tanto cabreado-.

-Esa es la madre del cordero.

-Desde luego es desconcertante pues no le veo pies ni cabeza a todo este embrollo. En fin, más vale que sigamos viendo el resto de las cintas a ver si se nos aclaran las ideas. Una cosa Esther –continuó Emilio- si Vd. dice que es corriente que algunos visitantes tengan la costumbre de usar lupas ¿no le hacen un control en la entrada para que no entren objetos

metálicos?, pues parece ser que la lupa que le hemos visto a éste individuo no es de las de pasta que venden en las tiendas del Museo.

-Sí –contestó Esther- hacen un control, pero está permitido pasar una lupa, como ha podido comprobar, pues ya se la habrían requisado, bien en el control o el celador, que hubiese llamado a seguridad por radio para que pasaran a llevarse al sujeto en cuestión, y someterlo a un careo, para saber sus intenciones, y por supuesto de un incidente de éste calibre hubiésemos tenido noticias inmediatamente a través del teléfono o de nuestra emisora interior.

-Pues lo veo un tanto comprometido –dijo Emilio- ya que si entra un loco y rompe el cristal de la lupa puede hacerle daño a un cuadro. Acuérdesse cuando en el Vaticano entró un demente con un martillo y atacó a la Pietá de Miguel Ángel rompiéndole la nariz. Menos mal que la restauración fue perfecta, y lo que nunca comprendí, es ¡cómo coño! entró en el Vaticano un tío con un martillo.

-Sí, recuerdo haberlo leído –contestó Esther- y que después de restaurarla la protegieron con un cristal irrompible.

-La verdad, que nunca se sabe cuánto loco anda suelto por el mundo, eso me lo dijo hace tiempo un Psiquiatra amigo mío, que mantenía que en la calle hay más locunos que en los sanatorios, lo que pasa, es que disimulan muy bien. Bueno –continuó Emilio- si le parece, vamos a seguir viendo los vídeos a ver si tenemos suerte y descubrimos algún indicio que nos de una respuesta, pero me temo que no va a ser así, pues a las horas de visitas es imposible darle un cambiazo a un cuadro. Cuando terminemos, si no le importa, me acompaña a ver la sala del Caballero nuevamente.

-Como Vd. diga Emilio.

Y volviendo cada uno a su puesto frente al televisor, continuaron viendo el trasiego de visitantes hasta las dos y diez de la madrugada, sin que apareciera nada de mención, completando así de ver el Inspector las dos cintas de cinco horas cada una que abarcaban el horario completo del jueves, y Esther la de las cinco primeras horas del inmediato anterior a la que acababa de ver Emilio, o sea la primera cinta del miércoles y parte de la segunda, sin que ninguno de los dos viesen nada de interés que pudiera ser esa respuesta que estaban buscando.

Sacó Emilio una pequeña pero potente linterna de su bolsa y entrando en el despacho contiguo le dijo a Esther.

-Si ha terminado ya con la suya, vamos a descansar y a estirar las piernas y de camino vamos a la sala X B a ver si duerme nuestro Caballero o se ha ido de copas con sus amiguetes de sala.

-Vamos –contestó ella, apagando el televisor y levantándose-.

-¿No ha visto nada de interés verdad?, yo tampoco –dijo Emilio-.

-He visto parte de la segunda, y nada –contestó ella-, la verdad que es aburrido.

Salieron y atravesando la sala VIII de la Escuela Italiana y la IX B del Greco llegando a la sala X B donde se encontraba el Caballero y sus amiguetes como decía Emilio.

La única luz que lucía en el Museo, eran unos pequeños puntos sobre el dintel de las puertas para orientarse, que daban un aspecto a los cuadros un tanto tenebrosos, y te imaginabas a los personajes de éstos paseándose por las salas, como para estirar las piernas, aprovechando que no había visitantes, pues las diez horas seguidas que tenían que estar quietos sin pestañear debía ser demoledor y estarían atrofiados y con contracturas por todo el cuerpo –bromeó consigo mismo Emilio-.

Conforme pasaban por delante de los cuadros e iban andando, Emilio los enfocaba con su linterna y daba la sensación de movimiento de las figuras. Las pisadas de la pareja retumbaban en las magníficas salas del Museo en impresionante silencio. Era una sensación rarísima la que sentían ambos, que sin darse cuenta iban muy pegaditos el uno a la otra y la otra al uno...

Llegaron frente al Caballero, que éste sí, estaba en la misma postura que tenía por la mañana, y por lo visto no se había ido a dar una vuelta con sus coetáneos. Sería muy interesante escribir una novela –le dijo Emilio a Esther- con este tema: el de los personajes de los cuadros cambiando impresiones sobre sus vidas, y por qué no, opinando y criticando a los visitantes que durante diez horas diarias los obligan a estar quietos como momias, hasta que llega la noche y cobran vida. Creo que Arturo Pérez Reverte haría una buena novela con este tema. O como la que escribió Antonio Hidalgo con los personajes de las Meninas que se salen del cuadro y se dan una vuelta por el Madrid de cuando escribió la novela, porque si fuera por el de ahora, se asustarían de tantísimas obras, que está Madrid patas arriba.

-Sería curioso, -continuó diciendo Emilio a Esther- si pudieran hacerlo, conocer las opiniones de cómo ven éstos personajes el cambio que ha experimentado la vida, y que nos dijeran si realmente valía más su época que la nuestra. A mí particularmente me hubiese gustado vivir en la edad de Oro que vivió nuestro personaje, aunque claro, habría cosas que me hubiera perdido.

-¿Como cual? –preguntó Esther-.

-Pues el haberla conocido a Vd. –dijo Emilio muy convencido y para ver cómo reaccionaba ella-.

No pudo apreciar éste, debido a la oscuridad, cómo se ruborizó Esther, pero que a la vez se sintió muy halagada por el piropo.

-No debe decir Vd. éstas cosas, -dijo Esther- y menos delante del Notario Mayor de Toledo, pues si da fe de su halago, le puede comprometer a mucho, y si no cumple puede acabar en mazmorras, pues ya hubo antecedentes en Toledo.

-No haría falta ningún Notario, para comprometerme con Vd. querida Esther –dijo él, intentando adivinar la expresión de sus maravillosos ojos en la oscuridad, pues no se atrevía a enfocarla con la linterna.

-Déjese de mirarme sin verme, y de decir tonterías, concéntrese en el Caballero que nos está esperando –dijo Esther toda complacida por los requiebros de su acompañante-.

Enfocó Emilio la figura del Caballero, que a la luz de la linterna ofrecía un aspecto extraordinariamente curioso, pues resaltaba muchísimo su mano con la luz y los encajes blancos del puño entre tanto oscuro del resto del cuadro. Otro tanto ocurría con su rostro y la primorosa gola blanca que enmarcaba su cuello. Y otros detalles que relucían, conforme desplazaba Emilio la linterna, eran la cadena semioculta entre el ropaje y el medallón que asomaba bajo su mano. Y la empuñadura de su espada, parecía una auténtica joya de oro, por su brillo y su labrado.

-Enfoque Vd. en el extremo inferior de la derecha del Caballero –le pidió ella-.

Así hizo Emilio, y no vieron nada, salvo un reflejo propio del barniz del cuadro –pensó Emilio- pero de la numeración ni rastro. Es una zona oscura de dos tonos, pues está el límite del color, por llamarlo color, del ropaje del brazo derecho y el tono del fondo del cuadro también oscuro, pero muy bien definidos, dentro de lo difícil que es diferenciar cuando se trata de colores tan poco coloristas. Un prodigio de pintura.

-Efectivamente –dijo Emilio- en ésta esquina del cuadro no aparecen los cuatro números que hemos visto en la lámina. ¿Y la firma? –preguntó dirigiendo el pequeño haz de luz hacia la otra esquina. Tampoco aparece –afirmó- y siguió haciendo un barrido con la linterna en varias direcciones, y no aparecía absolutamente nada, salvo un pequeño brillo, como todos los cuadros cuando le diriges un haz de luz artificial en una determinada dirección, como hacen en las salas de exposiciones para iluminar los cuadros, que consiguen unos efectos y brillos para resaltar la pintura. En éste cuadro, cuando iluminabas la empuñadura de la espada adquiría una calidad y luminosidad especial, dando un realismo sorprendente.

Iluminó el hombro derecho y después el izquierdo, que efectivamente está mas bajo y más caído, pero la firma no aparece entre éste hombro y el borde de la tela, como había visto en la reproducción que estaba en el despacho. Lo cual no dejaba de ser un enigma, pues las láminas que reproducen éste cuadro representan la firma junto al hombro izquierdo del personaje y los cuatro dígitos en la esquina opuesta bajo el codo derecho de la figura. Era todo muy extraño.

-Pues la verdad, que no aparece, como dice el Director –comentó Esther- así que debe estar en lo cierto. Lo indiscutible es que esto es misterioso, pues el cuadro, fíjese Emilio véngase hacia atrás y veamos el efecto, ¿quién puede decir que no sea un auténtico Greco?.

Efectivamente, así lo hicieron y el Caballero, era el Caballero, no había duda, -pensó Emilio-.

-En fin, volvamos al despacho –dijo Emilio- que son cerca de las tres de la madrugada y veamos si tenemos noticias del otro caballero inglés, a ver si sale de los bosques y se pone al ordenador, pues esto se está poniendo muy interesante. Volvieron sobre sus pasos y llegaron de nuevo al despacho donde se había instalado el Inspector. Eran las dos cuarenta y cinco. Cogió Emilio de nuevo la lupa, y volvió a fijarse en la numeración de la esquina derecha de la lámina del cuadro, y luego fue pasando la lupa alrededor de la lámina, hasta que topó con la firma del artista, situada a un tercio de altura y muy cerca del hombro izquierdo, entre éste y el borde del cuadro. Estaba escrita en unos caracteres griegos, según le había dicho el Director del Museo.

Estando es éste tema, sonó una corta llamada de atención y miraron rápidamente a la pantalla del ordenador y apareció en símbolo característico de los correos electrónicos.

Eran las tres en punto de la madrugada.

-¡Bien, coño bien!, aquí tenemos al inglés –exclamó Emilio-.

-Perdone la expresión –le pidió a Esther- pero es que creo que vamos a tener suerte y no he podido contenerme.

-No tiene importancia –comentó Esther mirando atentamente a la pantalla, y dirigiéndose a la minivevera, le preguntó:-

-¿Le apetece algo?, yo voy a tomar un vaso de leche fría.

-Gracias, yo casi prefiero una copichuela de esa petaca de coñac Larios que vi esta tarde en la bandeja de la cafetera –contestó Emilio, frotándose las manos como si tuviese frío, o más bien como un signo de alegría infantil antes de recibir un regalo que le hubiesen prometido-.

Esther tomó una copa, de las dos que había y vació un par de dedos de coñac, al tiempo que se la alargaba a su compañero de trabajo nocturno.

-Gracias, ¿no me acompaña con el coñac? –le preguntó-.

-No, prefiero la leche fría –contestó ella-.

Encendió Emilio uno de sus Davidoff, mientras Esther acercaba una silla junto a él para ver mejor la pantalla.



## CAPÍTULO VII

### EL MENSAJE

El correo iba dirigido a [gazpachuelo@hotmail.com](mailto:gazpachuelo@hotmail.com) y decía:  
*Sr. Director, le ruego preste mucha atención, pues este mensaje no se va a volver a repetir.*  
*Si el Patrimonio Nacional quiere recuperar el “Caballero de la mano al pecho”, lea Vd. atentamente.*  
*Como preámbulo le recuerdo los siguientes artículos de nuestra Constitución:*

*Artículo 35.1: “**Todos los españoles tienen el deber y el derecho al trabajo**, a la libre elección de profesión y oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razones de sexo”.*

*Artículo 47 “**Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna** y adecuada. Los Poderes Públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación”.*

*Una vez recordados. éstos artículos, tengo el deber de comunicarles lo siguiente:*

*Pertenezco al colectivo formado por miles de jóvenes españoles con inquietudes y necesidades que no ven la forma ni de encontrar un trabajo digno y mucho menos una vivienda igualmente digna, por lo que si no hacen al pie de la letra lo que a continuación les voy a exponer, pueden dar por perdido el cuadro antes referido.*

*Punto uno y único: A partir de ésta madrugada se pondrán en marcha los procedimientos que sean necesarios para publicar en el mínimo tiempo posible en el Boletín Oficial del Estado un Decreto Ley por el que se establecerán las normas para conseguir los siguientes objetivos:*

- a) La juventud a partir de disponer de la formación necesaria, tanto profesional como universitaria, y sólo con la presentación del certificado de la Escuela de Formación Profesional o Título Universitario correspondiente, o un certificado de su vida profesional o currículum, tendrán opción a un trabajo acorde con su formación, aún sin tener experiencia.*
- b) Para conseguir dicho fin se obligará por el mismo Decreto a todas las Empresas, tanto privadas como públicas, a ampliar las plantillas*

- tanto como sea preciso, siempre y cuando no se vean mermados los ingresos de dichas empresas, dado que aumentará la producción.*
- c) Fomentar la creación de empresas para la juventud, facilitando todos los medios que se necesiten.*
  - d) Una vez conseguido el puesto de trabajo, firmado el contrato y estipulado el sueldo digno, tendrán igualmente opción a una vivienda con crédito blando, del que podrán hacerse cargo en función de los haberes, obligando a la Banca que tanto se jacta de los escandalosos beneficios que perciben anualmente al cerrar sus ejercicios, a conceder dichos créditos, y si no lo cumplen serán sancionados dichos Bancos con multas que no podrán soportar, en cuyo caso, el Gobierno creará a través del Banco de España, una Banca con el único fin de gestionar dichos créditos, única y exclusivamente para la juventud que reúnan las condiciones del apartado a) con el producto de dichas sanciones, y con la obligación de que la juventud que solicite los créditos, domicilie su nómina.*
  - e) Perseguir a las Empresas que practican el abuso de los contratos basura, que tendrán consideración de delitos, sancionándoles y obligándoles a contratar con arreglo a la Legislación vigente y al Salario Mínimo Interprofesional, que ha de cubrir las necesidades para pagar créditos de viviendas y llegar a final de mes sin tener que acudir al pluriempleo.*
  - f) Todos los jóvenes que estén trabajando tendrán derecho a disfrutar de viviendas en cuyos pisos inferiores residirán sus padres si ya están jubilados y no disponen de pisos en propiedad, para que puedan ser atendidos por sus hijos y no se encuentren con el dilema o drama, de no saber qué hacer con ellos, por falta de medios económicos.*
  - g) Dichas viviendas serán construidas sólo con el fin de ayudar a la juventud, para lo cual el Estado no permitirá la especulación y sólo establecerá un justiprecio y por consiguiente un justibeneficio, no especulativo.*
  - h) Cuando los mayores dejen esta vida, los hijos que tienen a sus padres en pisos bajos pasarán a ocupar otras viviendas para dejarles el piso a otra pareja con padres mayores.*
  - i) Los matrimonios o parejas estables de varón y hembra, tendrán una ayuda familiar digna y suficiente por cada hijo que tuvieren.*
  - j) Por supuesto las viviendas no serán “colmenas”, sólo tendrán seis alturas y contarán además con zonas verdes y Colegios en los barrios, para que España pueda tener de nuevo la demografía que le hace falta.*

- k) *Se construirán templos de los diversos credos religiosos, gimnasios, piscinas y locales sociales y talleres para la juventud y para los mayores.*
- l) *El Gobierno publicará mensualmente en todos los medios de comunicación social, tanto prensa, como radio y televisión informes de los objetivos conseguidos.*
- m) *Se creará una Empresa auditora para vigilar y hacer cumplir la aplicación de éste Decreto Ley.*
- n) *Al igual que termina la Constitución, deberá terminar este Decreto Ley de la misma forma:*

*POR TANTO,  
MANDO A TODOS LOS ESPAÑOLES, PARTICULARES Y  
AUTORIDADES QUE GUARDEN Y HAGAN GUARDAR ESTE  
DECRETO LEY COMO NORMA FUNDAMENTAL DEL ESTADO.  
PALACIO DE LAS CORTES, A TREINTA Y UNO DE OCTUBRE DE  
DOS MIL SEIS,*

*EL REY*

*Nota: No veo necesario tener que explicarle al Gobierno cuál es el procedimiento de urgencia, no obstante y como recordatorio haré referencia al artículo 86 de nuestra Constitución:*

*“En caso de extraordinaria y urgente necesidad, el Gobierno podrá dictar disposiciones legislativas y que tomarán la forma de Decretos-Leyes”.*

*“Los Decretos-Leyes deberán ser inmediatamente sometidos a debate y votación de totalidad al Congreso de los Diputados convocados al efecto si no estuviere reunido, en el plazo de los treinta días siguientes a su promulgación”. Durante el plazo establecido en el artículo anterior, las Cortes podrán tramitarlos como proyectos de ley por el procedimiento de urgencia”.*

*Y por último, recordar el artículo 91 sobre sanción y promulgación de las leyes:*

*“El Rey sancionará en el plazo de 15 días las leyes aprobadas por las Cortes Generales, y las promulgará y ordenará su inmediata promulgación”.*

*Así pues, dado que hoy es sábado, si en el próximo Consejo de Ministros del viernes próximo, no se dicta la disposición legislativa provisional y llega al Acuerdo que tomará forma de Decreto Ley, una vez aprobado por las Cortes Generales y sancionado por su Majestad, sintiéndolo mucho, **no volverán Vds. a tener noticias del Caballero**, y además enviaré un correo*

*a toda la prensa con el contenido de este correo, dando cuenta además de la situación actual del cuadro del Caballero de la mano al pecho.*

*Si el Gobierno no quiere tener un “otoño caliente”, por si no ha tenido bastante con los incendios de Galicia, hágale Vd. saber Sr. Director del Prado, que el cuadro en cuestión se le irá enviando a Vd. pero por “partes”, como si fuera un puzle, así que Vd. verá lo que hace, pues nosotros sí lo tenemos muy claro, y digo “nosotros” pues como comprenderá no estoy solo en este asunto, somos miles, que a través de los “mensajes” con los móviles estamos en contacto, y de esto sabe mucho el Gobierno, cuando después del horrible atentado del 11M, a través de los móviles, la entonces todavía “oposición”, en pleno día de reflexión antes de las Elecciones Generales, movilizó a medio país para ganarlas el día 14M.*

*Sr. Director, Vd. recordará el famoso Mayo del 68 de París, supongo. Bueno pues dígame al Gobierno que algo parecido puede repetirse en España, si Dios no lo remedia, pues la juventud que hasta ahora ha estado muy callada en las urnas, **está hasta las pelotas**, y perdone, pero es la verdad, de aguantar cómo funciona el dinero “negro” no sólo en Marbella con el asunto Malaya y las bolsas de basura repletas de “EUROS”. ¡Hombre, ya está bien!*

*Espero no ser considerado como un “terrorista artístico”, si no como un joven representante de muchos miles, que no pertenecemos a ningún partido político, y que unos estamos hartos de haber estudiado una carrera universitaria o tener un oficio bien aprendido, con mucho esfuerzos de nuestros padres, no tomar drogas, trabajar, los que trabajan, con unos contratos, no basura, si no de “mierda”, con perdón, pero vamos de una puñetera vez a llamar las cosas por su nombre. Yo personalmente tengo a mi novia trabajando en unos “Grandes Almacenes” con un horario agotador, un contrato basura y unos honorarios, que de honor no tienen nada. Y yo he tenido más de diez contratos que dan risa en diez trabajos distintos.*

*Ya quisiéramos tener los mismos derechos que se les da a muchos de los inmigrantes, con todos mis respetos hacia ellos, pero muchos consiguen trabajo y vivienda mucho antes que nosotros. Ganas me dan de irme a Melilla, saltar la verja y que me traigan como uno más de África, o venirme en una “patera”. Seguro que me darían mejor trato que el que me dan en mi tierra mis “compatriotas”...*

*Tenemos el mismo derecho a una vivienda digna, que pueda tener el Príncipe.*

*Y puedo asegurarle al Gobierno, que si cumple lo que se pide, que no se exige, puede que consiga muchos votos en las próximas elecciones, pues es posible que les hagan mucha falta, ya que de sobra sabe el Gobierno que la juventud no acude a las urnas, porque no cree en ningún político, ya que hasta ahora lo único que hacen es prometer, y como dicen en Málaga:*

*“tenemos más promesas que el Cautivo”, que lleva detrás de su venerada imagen miles de promesas en la procesión del Lunes Santo por los barrios y el centro de la ciudad, hasta que se recoge, pero con la diferencia que el Cautivo de Málaga sí es de fiar.*

*En fin, y con esto termino, espero y deseo por el propio bien del Patrimonio Nacional, hagan caso de éste mensaje.*

*Si en la referencia del Consejo de Ministros del viernes día 6 de octubre no se trata este tema ni se publica en los medios de comunicación de toda España este acuerdo, y si además no se publica en el BOE el Decreto correspondiente, sintiéndolo mucho, Vds. perderán el famoso cuadro del Greco el “Caballero de la mano al pecho”.*

*Le vuelvo a recordar que no habrá una segunda oportunidad, solamente me pondré en contacto con Vd. cuando vea publicado en el BOE el Decreto Ley, y el plazo termina el treinta y uno de octubre de dos mil seis, y no necesariamente a las doce de la noche, pues a primera hora de la mañana ya se podrá consultar por Internet, la página web del Boletín Oficial del Estado.*

*Yo comprendo que tanto el anterior Gobierno, que lo pasó muy mal con el tema del “Prestige” y la dichosa marea negra que contaminó todas las rías gallegas, pero fue un desgraciado accidente que por supuesto se pudo haber evitado, y que el actual Gobierno esté sufriendo una tremenda sequía y más de cien incendios, otra vez, en Galicia, y el problema de los “cayucos” llenos de inmigrantes que llegan a diario a Canarias, no crean que nos queremos aprovechar del momento, si no más bien avisamos antes de que se tengan que arrepentir por no habernos hecho caso.*

*Aunque sea un poco prematuro, Sr. Director, esperando que se pueda tomar las uvas el próximo fin de año en compañía de su familia, se despide atentamente en la madrugada del sábado treinta de septiembre de dos mil seis*

*Robín de los Bosques*

## CAPÍTULO VIII

### LA MADRUGADA

Eran las tres y cuarto de la madrugada del sábado 30S.

-Esto es algo más que un jaque al Greco, es un jaque al Rey, ¿no le parece Esther? –preguntó Emilio.

-Por supuesto –contestó ella-.

-Yo creo que éste joven Robín está loco, o le falta poco. O sea que lo que busca es trabajo y vivienda, y lo quiere conseguir a costa del Caballero de la mano al pecho, pero ¿qué coño se cree la gente?, ¿es que los que tenemos unos años nos han regalado lo que hemos conseguido? –dijo Emilio un tanto alterado.

-No se me altere Emilio –dijo Esther-, vamos a ser realistas, haga Vd. una copia de seguridad del mensaje, y grábelo en un disquete. Luego imprima un par de copias y vamos a analizar el contenido del texto, a ver qué conclusión sacamos.

Emilio, guardó silencio e hizo todo lo que le había sugerido Esther; actuaba como buena secretaria –pensó para sí-, y no debo dejarme llevar por los nervios, pero es que me exaspera la cara que tienen algunos, ¿hasta dónde vamos a llegar?.

-Perdone Esther –pidió Emilio- pero es que no me he podido contener, pues ¿no le parece demasiada caradura por parte de este sujeto?

-Por supuesto Emilio –contestó ella- pero tenemos que seguir como habíamos planeado. Ahora creo que lo más prudente, es que llame Vd. a mi Jefe, -y le alargó un posi con el número de su teléfono móvil-, y lo ponga al corriente.

-Ya tenemos lo que esperábamos –continuó Esther- aunque no creíamos ni por asomo que fuera a salir por donde ha salido, pues hace un rato nos hicimos la ilusión que era un experto y quería avisar a mi Jefe del estado en que se encuentra el cuadro, sin firma ni números, y mira por donde, nos ha salido flamenco el señoriito y está dispuesto a hacer un chantaje pero de los gordos. Desde luego esto es algo más que una broma de un internauta, como creía el Director, así que le sugiero que le pase la pelota a mi Jefe, al suyo y ellos a su vez a la Ministra, y que justifiquen sus sueldos, porque esto se sale de nuestro campo ¿no cree Emilio?.

-Yo no paso la pelota tan rápidamente –contestó Emilio- pues creo que aún tengo algo que hacer en este caso. De acuerdo, voy a llamar a su Jefe, pero debo de seguir trabajando en el caso, -y cogiendo el posi que le había pasado Esther, marcó el número-.

-Dígame –contestó Altamirano con voz un tanto ronca-.

-Sr. Altamirano –empezó Emilio- no tengo más remedio que llamarlo, pues ya tenemos el mensaje de Robín. Ha transmitido a las tres en punto y es un

tanto largo, siete folios en total. Vd. mismo lo puede leer en su ordenador y en su correo. Si prefiere, me llama cuando lo haya leído.

-De acuerdo –contestó Altamirano- hasta luego.

-Hasta ahora –se despidió Emilio, y le dijo a Esther:

-Ya ha oído, ahora nos llamará. –y continuó- creo que debería acostarse y descansar todo lo que pueda, pues no sabemos qué día nos espera.

-Quizás sea mejor que espere a que llame mi Jefe –contestó- pues igual me necesita.

-Como Vd. prefiera –le dijo Emilio-.

Emilio conectó de nuevo el vídeo para ver la segunda cinta del miércoles, y que ya la había iniciado Esther, antes de ir a ver el cuadro con la linterna. En ésta cinta que comprendía el horario de tarde del miércoles tampoco vieron nada de interés. Y así estuvieron los dos observando en silencio hasta que a la media hora escasa sonó el teléfono que cogió Emilio.

-Dígame Sr. Altamirano.

-Cabrera –respondió éste- ya he leído dos veces el mensaje. En principio me parece una gilipollez, de un lunático, pero lo que no cabe duda es que hay que seguirle el rollo para que no le haga daño al cuadro, que es lo realmente importante.

El Director del Museo seguía creyendo –pensaba Emilio- que el auténtico Greco estaba fuera del Museo y en manos de éste individuo o sabe Dios en manos de quién.

-Sí Sr. Altamirano –contestó Emilio- pero ¿cómo le seguimos el rollo, si dice que no se vuelve a poner en contacto con Vd. hasta que no lea en el BOE el Decreto-Ley?, y además –continuó- no olvide que lo realmente –lo dijo recalcando la palabra- importante para él, es lo que pide en su mensaje o manifiesto, ¿no cree?.

-Yo no creo nada Cabrera –contestó el Director- lo que tenemos que hacer, sea como sea, y antes del treinta y uno de octubre de éste año es encontrarlo, tiene Vd. un mes para ello, así que a trabajar, -le ordenó, cosa que no le hizo mucha gracia a Emilio-. A las siete en punto estaré en el Museo. Adiós.

Y así de escueta y contundente fue la respuesta del Sr. Director del Museo, que de nuevo estaba empezando a perder los nervios.

Emilio se quedó un momento pensativo, hasta que Esther le dijo:

-Parece que mi Jefe está otra vez un tanto nervioso ¿no?.

-Sí, eso parece –contestó Emilio, y continuó- no se esperaba, como nosotros, un mensaje de éste tipo, yo creo que más bien esperaba que le iban a poner precio al cuadro, como si se tratase de un secuestro, pero no un chantaje de este tipo, pues fijese que si se le hace caso a éste sujeto hay que poner en danza hasta las Cortes, pasando por un Consejo de Ministros, y elaborar un Decreto-Ley, cosa que no se hace en un par de días, y menos con las pretensiones de éste individuo, como si además estuviésemos en una Dictadura como la de Cuba, pues ¿cómo se va a obligar nada más y

nada menos que a la Banca a conceder préstamos blandos a miles y miles de jóvenes de todo el país? Es una utopía lo que pretende la mente de Robín. Está loco.

-Pero ¿dónde va Vd. Emilio a empezar a buscar a Robín? –preguntó Esther- ¿va a ir al bosque a ver si anda por ahí tirando flechas con su arco a los normandos?

-Al bosque no, pero a las Rozas puede que sí vaya –contestó Emilio-.

-¿A las Rozas? –preguntó ella-.

-Sí Esther, lo de “Gazpachuelo” no se me quita de la cabeza. Vd. no ha sido, está fuera de juego, estoy seguro de ello.

-¿Cómo está tan seguro?, ¿y si yo estuviese fingiendo ayudándole a Vd. y tuviese un cómplice que es el que acaba de poner el correo que acabamos de recibir?.

-No diga tonterías Esther, Vd. tendría mucho que perder –le dijo Emilio- tiene una buena posición, un trabajo estupendo, no creo que tenga problemas económicos, ya tiene un buen piso, por lo que me ha comentado su Jefe, pertenece a una buena familia, no, no encaja, y además con esos ojos, no la creo capaz de urdir una trama como ésta.

-Pero no tengo coartada –contestó Esther- Vd. sabe que yo conocía el nombre del correo electrónico de mi Jefe.

-Parece como si Vd. quisiera cargar con éste mochuelo.

-No es que quiera Emilio –dijo Esther- es que tiene Vd. que buscarme una coartada que ni yo misma encuentro. Pues de lo contrario y mientras tanto, soy una sospechosa.

-No me complique la vida querida Esther.

-No es esa mi intención, pero ¿no se ha puesto a pensar que quizás Robín tenga mucha razón en sus reivindicaciones? –preguntó Esther-.

-¿No lo dirá Vd. en serio, verdad?

-Pues creo que estoy hablando muy en serio, Sr. Cabrera –dijo ella en un tono efectivamente serio-, Vd. no se da cuenta, pero hay mucha, pero mucha juventud hoy por hoy, que tiene el futuro muy difícil, si no, tenga la curiosidad de ir algún domingo por la Ciudad Universitaria y cuando vea a eso de las nueve de la mañana miles de jóvenes de ambos sexos a las puertas de una Facultad, sobre todo en Derecho, son aspirantes a alguna oposición a las que sólo hay un número muy reducido de plazas, como mucho cien plazas para toda España, frente a casi más de siete u ocho mil aspirantes. La prueba en la que el primer examen suele consistir en un test psicotécnico que no hay forma de hacerlo y a lo mejor lo hacen así precisamente para eliminar en la primera prueba al máximo número posible de aspirantes. O los muchos que tienen que pasar por unas pruebas o entrevistas muy difíciles, que son un verdadero examen para los nervios, para conseguir un puesto de trabajo con unas condiciones irrisorias. No, Sr. Cabrera Vd. me parece que no tiene ni idea de cómo está hoy el mercado laboral para la juventud, pues ya tiene desde hace tiempo una plaza fija,



gracias a sus oposiciones, de acuerdo, pero hace años no había la competencia tan agresiva que hay hoy día. Y la juventud está mucho mejor preparada que estábamos nosotros, entre otras cosas por que no tuvimos el valor añadido de la Informática, que hoy día tienes que dominarla por narices, por que si no, no te comes una rosca. Y así van pasando los años, y estás en casa de tus padres a pesar de que ya pasas de los treinta años, padres cada vez más cansados y más mayores que con un sueldo tienen que hacer encajes de bolillos para llegar a final de mes, y quiera que no, tienen que darle algo de dinero a sus hijos los fines de semana para que se distraigan y dejen de pensar en el futuro. ¿No se ha puesto a pensar si el consumo de drogas no está en proporción directa con el grado de frustración de la juventud?. Pues yo creo que habría menos consumo si fuésemos capaces de ofrecer proyectos de futuro a los jóvenes. Y éste Robín lleva que mucha razón, diga Vd. lo que diga, y de alguna manera ha querido llamarle la atención al Gobierno. Muy desesperado tiene que estar para dar el paso que ha dado con éste correo electrónico.

-No puede ser –dijo Emilio- me está Vd. desconcertando. Casi prefiero que se acueste Vd. en la cama nido , y me deje que vea la cinta antes de que venga su Jefe, pues si no, no me va a dar tiempo ya que son cerca de las cuatro de la madrugada, y aún me queda casi dos horas para verla completa.

-Como Vd. prefiera –dijo ella- y se dispuso a sacar la cama nido de debajo del sofá y a ponerle unas sábanas, almohada y un ligero edredón que sacó de un armario.

Se fue al cuarto de baño con la bolsa que había traído, y al momento apareció con un pijama muy sugerente y unas zapatillas, y se tendió en la cama sin cubrirse totalmente con el edredón.

Emilio al verla en semejante encuadre, sintió unos impulsos totalmente justificados, a pesar de lo refunfuñada que se había puesto la joven con su demagógica disertación a favor de la juventud, y en defensa de Robín de los Bosques, pero el trabajo no estaba concluido, y terminó por decirle a Esther:

-Si lo prefiere, me voy al despacho de su Jefe para que no le moleste la luz del flexo y de la pantalla.

-A mí no me molesta –respondió todavía seria- pero si está Vd. más cómodo está en todo su derecho de hacerlo.

Dicho y hecho, en vista de su actitud, Emilio sacó la cinta de vídeo, y echándose otra copa de coñac, cogió el cenicero y deseándole un feliz descanso, se fue al despacho del Sr. Altamirano, apagando la luz del flexo de la mesa y cerrando la puerta tras de sí, pero que quedó sin cerrar del todo; se dispuso a seguir viendo el rollo de los vídeos, sentándose en un sillón frente al televisor, dispuesto a pasar el tiempo que faltaba hasta que terminase, antes de la llegada del Sr. Altamirano.

Mientras veía las imágenes, una vez más repetidas de grupos y visitantes en pareja, tríos y alguno que otro solo, desfilar ante los cuadros, se fue tomando el coñac y encendiendo un Davidoff, se puso a recordar la conversación que acababa de tener con Esther, y que efectivamente le había desconcertado.

El caso es –pensaba- que realmente ella no tenía esa coartada y parecía como si le hubiese suplicado que él se la encontrara, ¿es que tenía miedo?. Desde luego lo que no cabía duda es que había dado un giro de ciento ochenta grados su comportamiento o actitud respecto a él. Pues de estar muy agradable, es más, casi sugerente, por no decir insinuante, había pasado a estar un tanto o mejor dicho, muy distante y al final hasta muy seria. La verdad, es que le estaba dando que pensar.

Desde luego no hay mejor coartada que estar con él en el despacho, mientras llegaba el correo para el Director.

Pero ¿y si era cierto lo de un cómplice a quien ella le hubiese dicho el nombre del correo. Pero ¿con qué objeto?, ¿para beneficiar a un sujeto que estuviese liado con ella y fuese un pájaro de cuidado?.

La cosa se estaba complicando en la cabeza de Emilio, pues en cuestión de una hora, él que se había hecho su composición de lugar y sus ilusiones, incluso para esa noche, se estaba intrigando cada minuto que pasaba.

¿Y si aprovechó cuando dijo que iba a su casa a recoger ropa, no iría a verse con éste cómplice en su piso, como ella misma ha insinuado?.

La madeja se iba liando cada vez más, y sin darse cuenta se estaba organizando un verdadero lío. Pero vamos a ver –seguía dándole vueltas- ¿no has pensado que la clave debe estar en las Rozas?, ¿por qué ahora consideras a Esther no ya como presunta, si no como realmente involucrada en el caso?, y sin querer se estaba liando como una telaraña.

Las imágenes se sucedían sin nada digno de mención, y ya eran casi las cinco de la madrugada, y la verdad, entre el día que había llevado desde que lo recogió su Jefe a la puerta del Ministerio habían pasado ya más de dieciocho horas, y entre las dos copas de coñac y el rollo de las cintas en la tele, le estaba dominando el sueño, pero la máquina de café estaba en el despacho donde seguramente Esther ya llevaría un buen rato dormida, y no le apetecía molestarla, así que ajo y agua.

Pero cuando estaba a punto de empezar a dar una cabezada, por la rendija de la puerta se oyó un borboteo y entró un aromático olor a café hasta donde él estaba, como un auténtico reclamo.

¿Soñaba?. No, era cierto –se autoconvenció- y dando un respingo, se levantó de su sillón y apagó el televisor aunque le quedaba como media hora para terminar de ver la cinta completa. Se dirigió hacia la puerta y la fue abriendo muy lentamente, hasta que vislumbró, con la luz que entraba por la ventana y que provenía de las farolas del Paseo del Prado, a Esther, semi-envuelta en el edredón y sentada en el sofá con una bandeja sobre sus

piernas maravillosas, ¡había desaparecido el pantalón del pijama!, y en la bandeja dos humeantes tacitas de café.

Parecía una de las modelos del malagueño Revello de Toro. Estaba seguro que éste gran pintor de lo femenino haría un maravilloso cuadro al óleo con la escena que él estaba contemplando en ese momento, o incluso uno de sus encantadores y primorosos dibujos a lápiz, digno de colgarse en una sala del Prado, pues hasta la luz que entraba por la ventana, le daba al conjunto de la escena una luminosidad atenuada de lo más sutil y suave. Sólo faltaba un piano dejando oír Sueño de amor de Frank Liszt.

No sabía qué tentación, pues se sintió turbado, qué tentación tenía prioridad si el café o Esther.

Había que decidirse, y fue la voz de ella, la que le facilitó las cosas.  
-Yo creo que primero nos vendrá muy bien un buen café con unas galletas que también están muy ricas, y después del café, podríamos hacer las paces. ¿No le parece Emilio?.

No supo qué contestar. Lo único que sabía era que el café le apetecía muchísimo, pero ¿quién se resistía ante las dos invitaciones que le ofrecía Esther?. Así que tomaron el café y se olvidaron de las galletas e hicieron las paces por dos veces durante una hora apasionadamente loca, que quedará en los anales de la historia no escrita por ningún historiador sobre el Museo del Prado, ni plasmada en ningún lienzo de ningún pintor, pues solamente ellos fueron sus propios artistas y sus propios modelos y a su vez testigos de tanta belleza, y no hay por qué romper esta intimidad, para que no se pierda el encanto de la entrega de un hombre y una mujer, de la forma más natural...

¡Qué más se puede decir!, si no hay palabras para describir la “química” y la pasión que se desarrolló en el Museo del Prado a las cinco de la madrugada del sábado 30 de septiembre de dos mil seis.

## CAPÍTULO IX

## EL 30S (POR LA MAÑANA)

Era todavía de noche cuando se levantó Emilio, y con mucho cuidado para no despertar a Esther, se vistió rápidamente, la tapó con el edredón no se fuese a enfriar su espléndido y desnudo cuerpo y se fue al despacho del Director cerrando con mucho cuidado la puerta. Se sentó nuevamente frente al televisor para terminar de ver la cinta, de la que le quedaba media hora aún por revisar.

La verdad es que a pesar del café, después de hacer doblemente las paces con Esther, ella se había quedado profundamente dormida y él había dado alguna que otra cabezada, pero el deber era el deber, y por eso se tuvo que levantar.

¡Qué aventura Dios mío! –pensó- y en pleno Museo del Prado a las cinco de la madrugada. No podía creerlo, si parecía como un sueño, pero no, era cierto lo que había ocurrido, y además de la forma más natural del mundo.

Sin saber cómo, le vinieron a la memoria y recordó el poema del Romancero gitano del gran Federico García Lorca:

*Y que yo me la llevé al río / creyendo que era mozuela / pero tenía marido*  
(aunque era cierto, no había sido casada infiel, por descasada –pensó Emilio-)

*Sus muslos se me escapaban / como peces sorprendidos / la mitad llenos de lumbre / la mitad llenos de frío / Aquella noche corrí / el mejor de los caminos / montado en potra de nácar /...*

*No quiero decir, por hombre / las cosas que ella me dijo. /*

*La luz del entendimiento / me hace ser muy comedido...*

Así pensaba Emilio mientras veía la dichosa cinta del miércoles-tarde, donde iban apareciendo los últimos visitantes, cada vez menos, pues a esa hora, según indicaba la imagen, las dieciocho cuarenta y cinco ya había menos movimiento, suponía que andarían por la sala de pintura francesa o viendo las Majas o las Meninas.

Los celadores se acercaban a los pocos visitantes que aparecían en escena, y les iban indicando, por su gesto al señalarles el reloj, que se iba acercando la hora del cierre del Museo, y éstos, obedientes, se iban retirando hacia la puerta.

La cinta terminó cuando marcaba las diecinueve horas, y Emilio miró su reloj de pulsera: las seis cincuenta y cinco. Faltaban cinco minutos para que apareciera el Director en escena, no en pantalla y de forma virtual, si no en tiempo real.

Oyó movimiento en el despacho contiguo, se levantó y abrió la puerta.

Esther, que ya se encontraba levantada y vestida con la ropa que traía puesta la tarde anterior, estaba recogiendo la ropa de la cama nido para guardarla en el ropero.

Le dedicó una maravillosa y cómplice sonrisa al tiempo que le saludaba:

-Buenos días, Sr. Cabrera...

-¿Cómo Sr. Cabrera? –preguntó él-

-Dentro de dos minutos empieza la jornada oficial, y hay que volver a la realidad.

-¿Es que no ha sido real nuestra reconciliación?, ¿ha sido un sueño?

-Ni mucho menos, de sueño para nada. ¿cómo se encuentra? –preguntó Esther-

-Como un chaval, pero aunque no quiero quitarme el sabor de tus labios, no tengo más remedio que ir al cuarto de baño a asearme algo, pues tu Jefe está a punto de llegar, y no me da tiempo a darme una ducha reparadora –dijo Emilio-

-¿Es que hay algo que reparar? –preguntó ella con una sonrisa-

-Al contrario –le contestó él con la boca llena de pasta de dientes desde el cuarto de baño-, ha sido todo maravilloso...

Esther terminó de recoger la cama nido, justo en el momento que se oyó que entraba el Director en su despacho.

Eran exactamente las siete de la mañana del sábado 30S.

-Buenos días –dijo el Sr. Altamirano entrando en el despacho justo cuando Emilio salía del cuarto de baño-

-Buenos días –respondieron a la vez la pareja.

Se sentó directamente en el sillón que estaba al otro lado de la mesa, donde se había sentado Esther la tarde anterior y le había dicho que se cambiara al sofá.

-Bueno –empezó diciendo el Director- cuéntenme primero lo que han visto en las cintas del miércoles y jueves pasados, y después hablaremos del mensaje.

Emilio le hizo un rápido resumen de los que habían visto, y del episodio del hombre de la lupa del miércoles a las doce treinta y cinco, como hecho más significativo.

-Haga el favor de poner ese tramo, me interesa verlo.

Emilio tomó la cinta de la mañana del miércoles 27 de septiembre y rebobinó hasta que aparece el hombre de la lupa.

La vio muy atentamente el Director del Museo sin hacer el más mínimo comentario durante todo el tiempo en el que aparece este personaje en pantalla, solamente cuando llegó la escena en la que el celador le pide la lupa, dijo:

-Por favor, deme el mando Esther.

Y ella se lo dio. Paró la marcha, rebobinó y cuando aparece de nuevo el celador mirando la lupa, congeló la imagen. Se acercó a la pantalla para ver mejor, y dijo:

-Convendría ver esta imagen con el zoom, para intentar apreciar qué tipo de lupa es, pues no se puede saber si es de las que venden en la entrada o es de otras características.

Le dio al botón del mando y fue acercando la imagen de la mano del celador hasta que ocupaba toda la pantalla.

-No parece de las de la tienda –comentó Esther-.

-Eso creo –dijo el Director-.

-Podríamos preguntar al celador –apuntó Esther- pues como sabemos la hora y el día, puedo ir a la hoja de turnos y aparece qué celador estaba ese día en la sala X B de del Greco. Aunque creo saber de quién se trata, pero voy a cerciorarme.

-De acuerdo Esther –dijo el Director- haga el favor de ir a su ordenador y compruébelo.

Ella salió del despacho y se dirigió al suyo, encendiendo su ordenador y abrió el programa de Personal, y dentro de éste accedió al archivo de turnos donde aparecían todas las fechas del año. Se fue al miércoles 27 de septiembre y le buscó en la sala X B apareció el nombre del celador de guardia: Miguel Lara.

Comprobó si trabajaba hoy sábado o libraba, efectivamente, trabajaba en la sala IX B, en turno de mañana.

Cerró la página y se levantó dirigiéndose al despacho anexo, y le dijo al Director:

-Sr. Altamirano, fue Miguel Lara, y hoy trabaja en turno de mañana en la sala IX B.

-Gracias Esther –dijo el Director- ya veremos si tenemos luego tiempo de llamarlo a ver si recuerda el asunto de la lupa. Si no lo llamo yo, ya le diré que lo haga Vd.

-Muy bien Sr. –contestó ella-.

-Vamos a darle un repaso al dichoso mensaje del señorito Robín antes de conectar con la Ministra –dijo el Director cogiendo una de las copias que había sacado Emilio por la impresora que había junto al ordenador-.

-Como supongo que lo habrán leído con atención, primero –se dirigió a ella- dígame Esther, ¿cuál es su opinión?.

Esther sentándose en el sofá comenzó diciendo:

-Sinceramente Sr. Altamirano, creo que aunque la redacción del texto del mensaje deja algo que desear, y es algo embarullado como para ser el guión de un Decreto-Ley, el mensaje para mí, está bastante claro: éste joven aspira a trabajo y vivienda, fijese que lo primero que encontramos en su mensaje son dos artículos de la Constitución que nos dicen el derecho que tenemos a los dos supuestos. Y como no quiere personalizar, pide para todos los jóvenes de España que están en su misma situación, pues sería

totalmente absurdo que lo pidiese para él solo, ya que tendría que darse a conocer para trabajar y para recoger las llaves de un piso. No lo veo nada descabellado, y perdone, no es que intente disculpar la gran falta que está cometiendo, sólo le intento contestar a su pregunta sobre cuál es mi opinión. Resumiendo, le diré que si yo fuese responsable directo de éste asunto, no echaría en saco roto el contenido de éste mensaje, otra cosa es, que habrá que intentar dar con éste sujeto a cualquier precio, pero lo que pide no es tan disparatado e incoherente, pues ¿se imagina Vd. los miles de jóvenes de ambos sexos con o sin carrera universitaria que están realmente desesperados porque no encuentran trabajo, que tienen ya pareja sentimental, que han llegado casi a los treinta años, o quizás más, y siguen viviendo en casa de sus padres, padres ya mayores, jubilados o a punto de jubilarse, que a lo mejor tampoco tienen vivienda propia y viven de alquiler, y no saben si cuando les llegue la jubilación van a tener lo suficiente para pagar el recibo del alquiler, después de la maravillosa Ley Boyer sobre arrendamientos urbanos, que sólo ha favorecido a los arrendadores, a los propietarios de los pisos, pero no a los arrendatarios, y además éstos jóvenes, por supuesto no tienen dinero ni para comprarse un piso, ni garantías ni aval para conseguir un crédito, para además hipotecarse para toda su vida, para que los promotores, constructores y gente de dinero fácil, por no llamarlo negro, sigan sangrando y vendiendo en más de cincuenta millones de pesetas un piso, para que nos entendamos, y no en euros?. Total Jefe, que estoy de acuerdo con Robín en cuanto a sus reivindicaciones, no en cuanto a sus métodos, pero si no fuese por el método que está empleando ¿estaríamos ahora aquí tratando este tema?. Pues no Señor, aquí en este puñetero país hace falta un accidente, como el del “Prestige” o los incendios de Galicia para que haya una convulsión generalizada, o cuando se produce un atentado terrorista como el del 11M, que se nos revuelve el alma. Ahora comprendo por qué lo de Robín de los Bosques, por que no es que quiera robarle a los ricos para dárselos a los pobres, lo único que pretende es que los ricos no se hagan mucho más ricos con su dinero negro a costa de pisarles el cuello a los pobres o a los millones que viven de un sueldo que a duras penas les sirve para llegar al final de mes, y que ni Vd. ni el Sr. Cabrera, ni la Ministra, ni la madre que nos parió a todos los que llegamos holgadamente a final de mes, y no tenemos que estar yendo a diario al cajero automático a ver si le llega el saldo para pagar el recibo del teléfono, de la luz o del seguro del coche, los que lo tengan, que todavía hay muchos que no lo tienen; o cuando se les avería la lavadora o el lavavajillas, no saben cómo pagar el facturón que se les viene encima. Y con esto termino y me callo, pero alguna vez habrá que darles una tribuna a la juventud para que se exprese, y no solamente en las urnas, que ese día sí les interesan a los políticos, porque ¿no cree Vd. querido Director, que habría menos botellón los fines de semanas, o habría menos droga y menos delincuencia, si le ofreciéramos a los jóvenes un

poco de proyectos de futuro, pero sin engañarlos con falsas promesas, porque se lo merecen?, porque la juventud que tenemos es mucho mejor de lo que creemos. Fíjese si no cómo respondió con el drama de la marea negra en nuestra querida Galicia. Acudieron gratuitamente y en masa desde todos los rincones de España, y estoy segura, que ni un dos por ciento de esa juventud que fue a intentar salvar el marisco y los percebes, y a limpiar las costas gallegas, en su puñetera vida se han permitido el lujo de darse una mariscada como Vd., éste Sr. y yo misma, y la Ministra y el mismísimo Presidente del Gobierno. Y seguro que se han quedado con ganas de ir a ayudar a apagar los incendios forestales en la verde Galicia...

-Basta ya Esther –dijo el Director del Museo levantándole un tanto la voz a su secretaria por primera vez desde que la conocía- me está Vd. resultando un tanto “rojilla”. No tenemos tiempo para demagogias, tengo que llamar a la Ministra dentro de hora y media, y Vd. se pone a darme una lección de moralina barata a primera hora de la mañana, olvidándose del marrón que nos ha caído encima y que estamos aquí para resolverlo, y no para perder el tiempo.

-Perdone Vd. Sr. Altamirano –contestó Esther- no me importa que me diga rojilla, que no lo soy, pero al paso que vamos, no sé si los de derechas, vais a conseguir que nos vayamos al bando opuesto, aunque los de izquierda tampoco están dando mucho ejemplo que digamos, ni los independientes o Gilistas con el asunto “Malaya” de Marbella tampoco, que a éste ritmo hará falta pronto otra cárcel en Alhaurín, y todo esto lo ve la juventud que no encuentra trabajo ni pueden acceder a un piso, mientras otros guardan los millones de pesetas o miles de euros en bolsas de basuras. ¡Vaya ejemplo!. En fin, no quiero hablar de política con Vd. ni con nadie. Y de moralina barata, nada de nada, es la pura realidad, lo que ocurre es que desde su sillón, su chalet en las Rozas o su BMW, o desde mi piso en Alfonso XII, nos resultan incómodos ciertos temas, ¿cómo se dice ahora, sociales?...

-Esther, no le consiento que me hable en ese tono, acabemos con éste asunto –dijo el Director, y dirigiéndose al Inspector le inquirió- ¿y Vd. qué opina?, y le ruego que no ese extienda como mi secretaria, sea más concreto, y si puede ser, menos agresivo.

El Inspector, que no salía de su asombro, pensaba mientras oía a Esther –esto me parece una corrida de toros, y sin ánimos de ofender ella estaba actuando de peón de brega que al darle los primeros capotazos al toro, lo había puesto en órbita porque también actuó de picador y le había puesto un par de puyas que el animal, con perdón, se estaba encabritando, y ahora le tocaba a él tomar los trastos de matar, pero antes había que hacer una buena faena y veremos a ver si cortaba orejas-

-Procuraré ser breve –dijo Cabrera- pienso Sr. Altamirano que como primera medida, cuando conecte Vd. con el ordenador de la Sra. Ministra, o si prefiere llamarla por teléfono le diga Vd. que ya tiene la propuesta del Sr. Robín, y que haga lo mismo que he hecho yo ésta madrugada, decirle



que conecte ella misma con su correo o que se lo envía por fax, cosa que es más arriesgado, pues si no tiene ella el fax en su despacho y lo recibe otra persona, que seguramente puede ser su secretaria Lucía, puede haber filtraciones que se deben evitar.

Mientras la Sra. Ministra lee y relee el mensaje, vamos a esperar su reacción, y en función de ésta, actuaremos en consecuencia. Respecto a mi opinión sobre el mensaje, pienso que efectivamente es un jaque, pero no al Greco sino al mismísimo Gobierno, y a no ser que demos con este sujeto en cuestión lo tenemos un tanto crudo por ahora.

-Querrá Vd. decir a no ser que Vd descubra a éste sujeto, pues el caso está en sus manos ¿no cree Sr. Cabrera? –terminó preguntando el Sr. Altamirano.

-Ya sé que estoy encargado por mi Superior de éste asunto –contestó Cabrera- no tiene Vd. que recordármelo, por eso yo tengo que seguir con mi investigación, y para continuar y no perder más tiempo, empezaré por Vd. Sr. Altamirano, ¿cuáles son los dos días a la semana que el jardinero va a arreglar su jardín de las Rozas?-.

-¿A qué viene eso ahora? –preguntó a su vez Altamirano-.

-No me haga perder el tiempo y haga el favor de contestarme.

-Los martes y los sábados –contestó Altamirano-.

-¿A qué hora empieza su trabajo y a qué hora termina?

-Ya debe estar llegando, y se va sobre las dos de la tarde.

-Necesito hablar con él y con su cocinera hoy mismo –le dijo Cabrera al Sr. Altamirano-.

-¿Y qué motivos le voy a dar a ambos para esa entrevista?

-Dígales que un periodista está haciendo un reportaje sobre el Director del Museo del Prado, y que dentro del reportaje implica una entrevista con el servicio de Vd. y por supuesto con su señora y sus hijas si es que están en casa, pero ellas me interesan menos que la cocinera y el jardinero, aunque no estaría de más entrevistar a algún miembro de la pandilla de sus hijas.

-Mi mujer tenía pensado bajar hoy a Madrid, con mis hijas y ya estarán a punto de salir –dijo el Sr. Altamirano-.

-Mejor –contestó Cabrera- les diré a los dos que la entrevista a su mujer y a sus hijas la hará una compañera mía otro día. ¿A qué hora podemos ir a su casa?.

-Hoy voy a tener un día apretado, además tenga en cuenta que dentro de un rato he de conectar con la Ministra, y no veo prudente que me ausente, pues me puede llamar al Ministerio. La única solución que veo es que Vd. se desplace, lo puede llevar mi chofer del vehículo oficial, o bien ir con Esther, pero a ella la necesito, pues hoy tiene anunciada su visita sobre las once horas al Comisario de la Exposición sobre Gaudí, que viene de Barcelona en el puente aéreo de esta mañana, y no lo puedo dejar esperando. Cada uno tenemos nuestro trabajo, es mejor que llame a ni

mujer antes de que venga para Madrid, para que le anuncie su visita a Lola la cocinera y a Pablo el jardinero.

-Dígale por favor a su mujer que estaré allí sobre las diez y media, y que me interesa hacerles la entrevista a los dos en la cocina, tomando un café con su permiso, y que iré con su conductor –dijo Cabrera, y añadió- y ahora asimismo con su permiso me voy a dar una ducha y me voy a afeitarme, pues después de la noche hay que estar presentable.

-Por cierto –preguntó el Director- ¿cómo han pasado Vds. la noche?, aunque es una pregunta tonta, pues estábamos hablando a las tres y media por teléfono, y Vd. después ha estado viendo la segunda parte de la cinta del miércoles, supongo que hasta un momento antes de que yo llegase, y Vd. Esther, ¿ha podido dormir algo?.

-Por supuesto Sr. Director, no se puede Vd. imaginar lo práctica y cómoda que es la cama nido, pues en situaciones como ésta se le saca un partido bárbaro, además cuando se duerme poco tiempo, parece como si se aprovechara mejor el sueño –y añadió- desde luego nunca olvidaré las horas que he pasado en la cama nido, ni la fecha de hoy...

-Pues yo, después de llamarlo a las tres cuarenta y cinco, ya no podía conciliar el sueño, y a eso de las cuatro y media estuve a punto de venirme para el Museo, pero pensé que lo iba a distraer a Vd. o despertar a Esther- dijo el Director mirando a Emilio-.

-Hizo Vd. muy bien –dijo Cabrera mirando a Esther y ambos pensaron lo mismo: menos mal que se quedó en las Rozas, porque menudo numerito si se presenta a las cinco de la madrugada.

-Con su permiso –continuó Cabrera dirigiéndose al Director- si no le importa y Esther me lo permite, con mucho gusto la invitaría a desayunar en la calle, pues supongo que Vd. ya habrá desayunado, y así de camino movemos un poco el esqueleto, ya que nos hace falta. Estaremos aquí antes de las nueve para asistir a su comunicado con la Sra. Ministra.

-Por supuesto –contestó Cabrera y dirigiéndose a Esther, le dijo:

-¿Le apetece Esther?.

-Encantada Sr. Cabrera –respondió- cojo mi chaqueta y nos vamos, pues la verdad que lo estaba necesitando.

-Si me concede diez minutos –le pidió Cabrera- me doy una ducha rápida y me afeito.

-Vd. mismo –concedió Esther, esbozando una pícaro sonrisa.

Cabrera se fue al cuarto de baño mientras Esther se dirigió a su despacho a coger su chaqueta y a darse un toque de rimel y otro de perfume.

A los diez minutos la recogió el Inspector y salieron al Paseo del Prado, dirigiéndose a la Plaza de Neptuno y Carrera de San Jerónimo hacia la Cafetería donde él había comido el viernes.

Eligieron una mesa junto a la ventana que daba a las Cortes y se sentaron como una pareja de enamorados dispuestos a tomar un buen desayuno.

-¿Qué le apetece tomar Esther? –preguntó Emilio-

-Bueno, ahora que estamos los dos solos, y fuera del Museo, soy yo la que creo que si eliminamos el tratamiento de respeto que sin darnos cuenta seguimos manteniendo, sería todo más romántico, ¿no crees? –preguntó ella tuteándole-

-Por supuesto querida Esther –dijo él- lo que ocurre es que a las nueve tenemos que dar marcha atrás.

-Pues la daremos entonces, pero ahora no quiero.

-Por cierto, ¡vaya cómo te has puesto con tu Jefe!, le has dado un repaso bueno con las reivindicaciones de los jóvenes de hoy día, aprovechando el reclamo de Robín.

-No me dirás –dijo ella- pero no le dije nada más que lo que me ha hecho pensar todo lo que dice Robín en su mensaje. Lleva toda la razón del mundo. Nosotros vivimos en el limbo y no sabemos lo mal que lo pasa mucha gente. Pero en fin, vamos a dejarlo no vaya a ser que te eche a ti también un sermón.

-¿Qué te apetece pues, jovencita? –preguntó Emilio-

-Te agradezco lo de jovencita, que no lo soy ya, pero lo fui, y lo que sí tengo es mucho apetito pero un día es un día y hay que celebrar nuestro encuentro. Pídemelo un huevo frito con jamón, café bien cargado, zumo de naranja y un croasant. Ya lo eliminaré mañana corriendo por el Retiro, a lo que te invito el próximo domingo. Es fantástico y te quedas como nuevo. En éste tiempo da gusto.

-De acuerdo, acepto tu invitación, pero respecto al desayuno, que sea el doble. Que sean: dos huevos fritos, jamón, café doble, un croasant y un suizo. Y por supuesto el zumo de naranja, pero para cada uno. Hay que reponerse...

-¿De qué tienes que reponerte?. Primero que si una ducha reparadora, ahora que si tienes que reponerte, me parece a mí que el trabajo extra que has hecho a las cinco ésta madrugada te ha dejado para el arrastre. Veremos a ver si resistes una carrera el domingo que viene. Vas a tener que ir a un gimnasio para ponerte en forma.

## CAPÍTULO X

### LOLA Y PABLO

Esther y Emilio saborearon el succulento desayuno, que les supo a gloria bendita, pues la cara de satisfacción que tenía la pareja los delataba, y tenían sus muy buenos motivos para sentir esa felicidad.

Emilio encendió uno de sus Davidoff, ya que aún tenían unos minutos para seguir los dos sentados tan a gusto en la cafetería, y tomándole la mano le preguntó:

-Esther, querida ¿de verdad que quieres que te acompañe el domingo que viene a correr por el Retiro?

-Pues claro que quiero, pero te advierto que no sólo es por, sino alrededor de y dentro de –contestó ella- ya verás, son varios kilómetros, primero cuando salgo de casa me voy a la acera que rodea el Retiro que es muy amplia y comienzo a correr hacia la Puerta de Alcalá, o Plaza de la Independencia como la llaman ahora, pero a mí me gusta más el nombre de Puerta de Alcalá porque es más castizo. Bueno, sigo por Alcalá arriba hasta el cruce con O'Donnell y enfilo la Avenida Menéndez y Pelayo, hasta la Puerta de Granada y ya me meto en el recinto del Parque del Retiro yendo por el interior del paseo de coches, que es de tierra y más cómodo, hacia la Puerta de Madrid, después cruzo el Paseo y voy en dirección al Estanque al que le doy dos vueltas completas, y luego tiro por el llamado Paseo del Ecuador que desemboca en la preciosa Glorieta del Ángel Caído, el único monumento que hay en el mundo dedicado al Diablo; y ya por fin, porque es cuesta abajo, me dejo casi caer por la Avenida de Fernán Núñez, y salgo otra vez a mi Avenida de Alfonso XII, cruzo hacia la cuesta de Moyano, giro a la derecha y paso junto al Jardín Botánico por la parte que da a mi Avenida, y como premio, a la ducha de cabeza, seguida de un desayuno especial, como el que nos acabamos de tomar.

-No sólo es una gozada –dijo Emilio- sino una ventaja, pues ¡mon Dieu, qué cuerpo has conseguido con tus paseos!, y supongo que también harás tu buena dieta el resto de la semana.

-Efectivamente la hago, pues me gusta tener buena figura, primero porque me agrada a mí, y después por el puesto que ocupo, sé que siempre es más agradable una secretaria con buen tipo y arreglada, que es otra cosa que cuido mucho, sin cursiladas, pero con estilo. No sé, es mi forma de ser. De todas formas, gracias por tus piropos.

-¡Hija de mi vida!, ¿te falta algo? –exclamó él-

-Vale la pena –continuó diciendo Esther-, al principio de correr cuesta, pero cuando te acostumbras notas que ya lo necesitas, y además, me siento una privilegiada al vivir en ésta zona de Madrid, ¿pues tú sabes lo que es abrir tu balcón y tener todo el Retiro para ti?. Es un espectáculo grandioso. El Parque del Retiro, lo mires a la hora que lo mires y en la época del año

que sea, no se sabe cuándo está más hermoso, pues si la explosión de la primavera es fantástica, el otoño con el colorido ocre, no lo es menos. No dejo de darle gracias a Dios, y sobre todo a mis padres, que me hicieron éste fantástico regalo al comprarme éste piso. Desde luego tiene que ser una satisfacción pero que muy grande el poder hacerle un buen regalo a tu hija como el que me hicieron a mí. Y demás, me encanta vivir en Madrid que es precioso, a pesar de las obras. Todas las mañanas cuando me levanto y miro por el balcón, y veo las bandadas de gorriones revoloteando en todas direcciones, le vuelvo a dar gracias a Dios por haber creado una naturaleza tan maravillosa, pues no hay derecho que nos la vamos a cargar como sigamos así de irresponsables. Porque el espectáculo tan grandioso que yo tengo la suerte de admirar a diario, no podemos perderlo, es magnífico.

-No me digas que también eres ecologista –dijo Emilio-.

-Bueno, lo suficiente, sin llegar a agobiar como hacen algunos –respondió Esther-.

-Desde luego, eres completa, lo que no me explico es que una buena pieza como tú, no la haya cazado ya un buen cazador –le comentó Emilio-.

-Me cazaron, pero me escapé como un gorrión –dijo riendo-.

-Bueno, -continuó Esther- y cambiando de tema ¿tú te encuentras en forma para hacer un circuito como el que hago yo todos los domingos?.

-Bueno, ya habrás visto que estoy hecho un chaval –contestó Emilio- y si no llego me siento en un kiosko del Retiro y me tomo una horchata y leo la prensa mientras tú terminas.

-Para nada –contestó ella- como mucho te puedo organizar un circuito más suave para empezar, pero ten en cuenta que si lo haces completo como yo, luego te invito a un desayuno en mi piso.

-¿Y a una ducha no me invitas? –preguntó Emilio con toda intención.

-Todo puede ser, anda paga ya y vámonos que llegamos tarde –le apremió-.

Emilio se levantó y se fue a la barra directamente para pagar los desayunos, y salieron de nuevo al fresquito madrileño, que ya lo notaban menos después del desayuno que se habían dado.

Llegaron al despacho del Director que al verlos dijo:

-Voy a llamar a la Ministra por teléfono y le diré que conecte mi correo para que lea el mensaje, y a decirle cómo van sus investigaciones, si me pregunta, pues poco hay que contar, a no ser lo del sujeto de la lupa.

Sacó de su cartera el papelito que le dio el día anterior con el número del móvil y lo marcó.

-Dígame –contestó una voz que no era de la Ministra-.

-Buenos días, ¿es Vd. Lucía?

-Sí, buenos días, ¿Qué desea? –preguntó-.

-Por favor, -dijo Altamirano- soy el Director del Museo del Prado y debo informar a la Sra. Ministra sobre el expediente dos mil seis barra cero cero siete, es urgente.

-Un momento, por favor –dijo la secretaria-.

Tardó medio minuto en responder la Ministra.

-Diga Altamirano. Buenos días.

-Buenos días Ministra, por decir algo, pues a las tres en punto de la madrugada emitió un nuevo mensaje Robín, ésta vez bastante extenso, son siete páginas y si le parece creo que lo más prudente es que lo lea en mi correo con su ordenador, o si lo prefiere se lo envío por fax.

-No me diga Altamirano, que Robín ha puesto un correo a las tres de la madrugada y todavía no lo ha borrado. Es Vd. un inconsciente. Lo leeré y ahora mismo lo llamo. Adiós. Y colgó el teléfono con rabia.

-Primer cabreo y chorreo de la mañana –le comentó Altamirano a Emilio-, no me ha preguntado nada de sus avances y se ha cabreado bastante por no haber borrado el mensaje.

-Bueno –dijo Emilio- más vale que el primer cabreo sea a primera hora, pues ya sabemos lo que nos espera el resto del día, si no, nos coge desprevenidos. Así tenemos unos minutos para preparar la defensa. Esperaremos su segunda reacción.

No se hizo esperar su llamada, a los quince minutos escasos, sonó el teléfono que cogió directamente el Director:

-Diga, Ministra.

-Altamirano –dijo ella- acabo de leerlo y he sacado una copia, quiera Dios que no estén circulando ya por las redacciones de los periódicos, por que de lo contrario puede Vd. ir preparando ya la carta de dimisión. Si no ha sacado Vd. copia, hágalo ahora mismo, e inmediatamente bórralo de su ordenador. Éste mensaje no puede estar más tiempo expuesto a que lo lea cualquiera. Tenía Vd. que haberme llamado conforme se recibió y ya llevaría borrado seis horas. Se lo dije bien claro, que me llamara Vd. a la hora que fuera, si se ponía en contacto con Vd. Robín, por eso le di mi móvil. En fin, ya no hay remedio. Haga lo que le he dicho, y ya lo llamaré a lo largo de la mañana. Adiós.

Y nuevamente colgó con más rabia todavía, que la primera vez.

-Tenía que haberme venido para el Museo esta madrugada o haberla llamado desde mi casa –se lamentó el Director-.

-No se preocupe Sr. Altamirano, -le dijo Emilio intentando animarlo, pues el Director en funciones estaba a punto de caer en trance-, que los Ministros, y por supuesto las Ministras, dentro de sus derechos está que se pueden cabrear con quien les dé la gana, para eso estamos los demás. Tenga en cuenta además, que hoy es sábado, y éste tema no entraba en su agenda de trabajo, y me parece que también le viene un poco grande, no es Vd. el único que está preocupado con el destino del Caballero, pero vamos a seguir trabajando y nos olvidaremos que es sábado y del día tan espléndido que hace en Madrid, que ahora cuando veníamos para el Museo, daba gloria bendita pasear.

-Sr. Altamirano –siguió Emilio- yo me debo ir para su casa, pues no sabemos cómo estará la carretera hasta las Rozas. ¿Querrá llamar a su chofer para que me lleve primero a mi casa a recoger una máquina de fotos y una grabadora y luego seguir hacia la carretera de la Coruña?

-Esther, -dijo el Director- haga el favor de llamar a José Manuel y se lo dice, y luego acompañe al Sr. Cabrera hasta el garaje y le presenta al conductor.

Bajaron, y le presentó a José Manuel, diciéndole que llevase primero al Sr. Cabrera a su casa y luego a casa del Sr. Altamirano, y lo esperase allí para traerlo de nuevo al Museo.

Se despidieron y Esther se volvió a su trabajo y el coche oficial salió hacia su destino, pasando antes por la Plaza de Santa Ana. Emilio recogió su máquina de fotos y una pequeña grabadora para simular una entrevista con Lola y Pablo.

Después de cruzar Madrid en dirección a la Ciudad Universitaria, entraron en la carretera de la Coruña, hacia Majadahonda y llegaron a la zona residencial de las Rozas.

Eran algo más de las diez, cuando José Manuel paró el Audi negro junto a una puerta de madera perfectamente pintada y barnizada, después de recorrer un buen tramo junto a un muro de ladrillo visto perfectamente ejecutado, por el que sobresalían las copas de unos cipreses.

No vive mal la gente guapa –pensó Emilio mientras recorría la zona-.

Se bajaron del coche, y José Manuel, tocó el timbre, contestando una voz femenina por el portero automático.

-José Manuel, te abro ¿ya?.

-Sí Lola

-¿Quieres entrar el coche? –preguntó Lola-.

-No, lo dejo a la puerta. Aquí tenéis buena vigilancia en la urbanización. Gracias.

Entraron el Inspector, o mejor dicho el Periodista y José Manuel a la vez que salía Lola de la casa para recibirlos.

Se dieron un cariñoso beso la cocinera y el conductor, que hizo las presentaciones:

-Mira Lola, éste es el Sr. Cabrera, que viene del Museo de parte del señor para haceros una entrevista. Sr. Cabrera, ella es Lola , la gran Lola de Málaga, y la mejor cocinera de las Rozas –exclamó el conductor-.

-Mucho gusto Sr., pero no le haga Vd. caso a José Manuel, lo que pasa es que ya me está haciendo la rosca para que le ponga un buen desayuno con unas magdalenas que hice ayer por la tarde. No sé cómo se las arregla este hombre, pero siempre que viene o he hecho un bizcocho, o natillas o arroz con leche que también le gustan mucho.

-¿Qué le decía? Sr. Cabrera, ya verá que manos tiene ésta mujer para la cocina –insistió José Manuel-.

-Encantado Lola, espero tener ocasión de comprobarlo –dijo Emilio-.

-No faltaría más, Sr., pero pasad, no os quedéis en la puerta –invitó Lola a sus visitantes-.

-Es que estaba admirando vuestro jardín –contestó Emilio- ¡qué maravilla de sauce!.

-Esto ya no es obra de Lola, aquí el artista es Pablo, hoy le toca ¿no? –preguntó José Manuel dirigiéndose a Lola-.

-Sí, anda por ahí con los rosales. Anda pasad y tomad asiento, ¿dónde preferís en la salita o en la cocina? –preguntó Lola-.

-En la cocina si no le importa –contestó Emilio- es la mejor habitación de las casas.

-Vaya, ¿también Vd. me va a hacer la rosca?, no se preocupen que hay magdalenas para todos y si no, se hacen más. Voy a poner la cafetera, y mientras se hace el café voy a llamar a Pablo –dijo Lola-.

-No te preocupes –dijo José Manuel- yo voy a buscarlo.

-De acuerdo –contestó Lola-.

Y salió el conductor, mientras la buena señora cogía la cafetera y la llenaba de agua, y cargándola bien de café, la puso en marcha, mientras le decía a Emilio:

-Me ha dicho mi señora que es Vd. periodista y que está haciendo un reportaje sobre el señor para una revista, pero nosotros ¿qué vamos a contarle? –preguntó-.

-Lo que les parezca, pues sólo se trata de descubrir un poco la vida familiar del personaje, en este caso el Sr. Altamirano. Ya ha hecho mi revista varias entrevistas así, y han tenido mucho éxito, pues vemos de otra forma a los famosos, no sólo por el puesto que ocupan –dijo Emilio-.

Entró el conductor seguido de un hombre cincuentón con un mono de jardinero y un sombrero en la mano.

-Sr. Cabrera le presento a Pablo, el artista de las plantas, que tiene las Rozas, que es un primor. Pablo él es el Sr. Cabrera.

-Encantado –dijeron los dos a la par-.

-Bueno sentaos todos –dijo Lola-.

-Me voy a lavar las manos –dijo Pablo- y se fue hacia un aseo que había junto a la cocina.

-Si no os importa, voy a poner en marcha éste aparato, y así no tengo que tomar notas, pues es más cómodo –dijo Emilio, sacando la pequeña grabadora y poniéndola en marcha-.

-A mí eso me cohíbe –dijo Lola-.

-Bueno, no se hable más, se apaga y listo –contestó Emilio-. Ya me acordaré de lo que me cuenten. Pero luego no se quejen si leen algo y dicen que eso no lo habéis comentado.

-¿Y qué le vamos a contar, Sr. Cabrera? –preguntó Lola, mientras ponía los platos, tazas y cucharillas para el café en la preciosa mesa que había en el centro de la cocina, alrededor de la cual se habían sentado los tres, pues ya había vuelto Pablo.



-Por ejemplo Lola, ¿desde cuándo trabaja Vd. con ésta familia? –preguntó Emilio-.

-Desde antes de nacer las hijas de los señores, hará ya para veinticinco años. Mis padres ya trabajaron para los padres del señor en Málaga, y cuando se casó el señorito Altamirano y se vino a Madrid, me vine con ellos y aquí estoy muy a gusto. Y ellos parece que también lo están conmigo, pues la comida que les hago es muy sana y siempre les estoy preparando platos de nuestra tierra, de Málaga, lástima que aquí no llegan los boqueroncitos victorianos que se dan ahora en el mes de septiembre. Se iban ustedes a chupar los dedos si los probaran. Si va Vd. por Málaga en éstas fechas váyase a las playas del Palo y en cualquier merendero se los ponen exquisitos. ¿Y las coquinas?, es que no puede ser, como el pescaíto, las gambas, chanquetes, cuando había, los espetos, en fin, qué le voy a contar, si es que no puede ser, aquello es gloria bendita...

-¿Qué son los espetos? –preguntó Emilio-.

-Son una sardinas, medianitas que se pinchan en una caña, unas cuatro o cinco y se ponen a la brasa, muy pegaditas unas a otras, y depende para dónde vaya el viento, se pinchan las cañillas en la arena que hay alrededor de la brasa, y así se van quemando las sardinitas. Hay que tomarlas con los dedos, nada de cuchillo y tenedor, y comerlas muy calentitas. Hacerlas bien es un arte. Luego hay que chuparse los dedos, y después si Vd. quiere y es muy fino y limpio, se enjuaga con agua y limón, -dijo Lola esto último riendo a base de bien-.

-¿Y qué más le cocina Vd. a ésta familia?, que vaya chollo que tienen con Vd.

-¿No se lo decía yo? –dijo José Manuel-.

-Pues veré, en verano un día sí y otro no, les hago ajo blanco o gazpacho, bien fuertecito, que le gusta mucho al señor. Luego la ensalada malagueña y los calamares rellenos de huevos, almendras y jamón.

-¿Cómo es esa ensalada malagueña, Lola?

-Es a base de patatas cocidas, aceitunas aliñadas, naranjas partidas en rodajas, cebolletas picadas muy finas, aceite de oliva del bueno, un poquito de sal y o bien se le pone bacalao o atún, según se prefiera. Es muy digestiva y está sabrosísima.

-¿Y cómo es eso del ajo blanco?

-El ajo blanco tiene mucho alimento, pues a base de almendras sin piel molidas en la turmix. Se le echa un par de dientes de ajo, como una copita de aceite, una miga de pan bañado en un poco de vinagre, y se muele todo, añadiéndole el agua, hasta que esté todo líquido. Si tenemos la suerte de tener uvas moscatel de las que hay en Málaga por agosto, se pelan con mucha paciencia, o incluso sin pelar, pues de la moscatel se puede tomar hasta la piel y suele tener poquísimas pepitas; y luego se ponen en el frigorífico, pues se debe tomar muy frío. Si no tenemos uvas, se les pica melón si es que tenemos uno que haya salido muy dulce.

-¿Y en invierno cuáles son los platos preferidos por ésta familia, y en particular por el Sr. Altamirano? –preguntó Emilio-.

-Bueno, vayan tomando el café que se les va a enfriar, dijo Lola una vez que lo había servido, y a continuación puso una fuente de magdalenas en el centro de la mesa.

-En invierno –continuó- procuro ponerles buenos potajes para las niñas que estudian mucho y tienen que estar fuertes con tanto desgaste, les gusta mucho la cazuela de fideos con almejas, si pueden ser de nuestra tierra, la berza malagueña y las habas con jamón, bueno y al señor que no falte el gazpachuelo, tiene pasión por ésta sopa.

-¿Pero eso no es para el verano? –preguntó Emilio-.

-No, para el verano es el gazpacho, que se toma también muy frío, y es a base de tomates, pimientos, pepino, dos dientes de ajo, aceite, agua y sal, y un pelín de vinagre, para que no tome mucho sabor, Todo ello pasado también por la turmix. Pero el gazpachuelo es una sopa que está riquísima y se hace a base de mayonesa, aceite, pescado, gambas y almejas, y una pizca de vinagre. Se le añade el caldo de cocer el pescado y también se le puede echar un “chorreón” de Jerez o Tío Pepe para entonarlo. El marido de mi señora se pirra por el gazpachuelo.

Fíjese si le gusta al señor, -continuó Lola- que a principios de este verano, creo que fue por el mes de julio, me dijo la señora que le preparara gazpachuelo pues se le había antojado al señor. A mí me extrañó, pues fue uno de esos días que hizo cerca de cuarenta grados y nos moríamos de calor en Madrid y en toda España, y además es una época muy mala por la mayonesa, que se puede cortar por el calor y es muy peligroso. Pero en fin, me puse a prepararla y en eso que le dice la señora a sus hijas:

-Niñas, no puedo hablar con papá por el móvil ponerle un correo a “gazpachuelo” que tiene que recoger los análisis esta mañana, para llevárselos al médico por la tarde.

-Yo que lo oí –dijo Lola- le pregunté a la señora. ¿qué dice Vd. que le ponga al gazpachuelo? ¿un correo?, y la señora y las niñas se morían de risa. Y me explicaron lo que era un correo electrónico, pues como no podían hablar con el señor por teléfono, le pusieron un mensaje con el ordenador, y por lo visto él en el ordenador se llama así. Yo de verdad, no entendía nada de nada. Al día siguiente, que era sábado, se lo conté a Pablo desayunando, y lo que nos pudimos reír Dios mío.

-Pablo me explicó que eso lo usan para comunicarse los que tienen Internet, que se lo había explicado su hijo que está estudiando Informática, que parece cosa del diablo

-Mujer son las cosas modernas –dijo José Manuel-.

-El caso es que tuvo mucha gracia. –dijo Lola-.

-Y a Vd. Pablo ¿qué tal le va? –preguntó Emilio-.

-A Pablo le cuesta mucho hablar, pues es muy calladito. Yo creo que le habla más a las plantas que a nosotros –dijo Lola, que ella sí que hablaba,

pensó Emilio- . Sólo habla de su hijo que también se llama Pablo y quedó sin madre cuando era un niño y el padre sólo tiene boca para hablar de su hijo.

-Bueno, pues si su tema es su hijo, ¿qué mejor tema puede tener un buen padre? –dijo Emilio mirándole.

Se notaba que era un buen hombre, bastante tímido, pero Lola que era lista, le sacó el tema de su hijo para que se arrancara a hablar de algo, no sólo porque Lola hablaba mucho, pues el buen hombre atendía, se tomaba su cafetito, y no decía ni mijita.

-Bueno, -por fin se decidió a hablar- yo también estoy muy contento en esta casa, y en las otras donde trabajo en la urbanización, y sé que me quieren mucho. A Lola no sé cómo pagarle todo lo que ha hecho por mi hijo desde que perdí a mi mujer, pues ella es quien prácticamente me lo ha criado, y todos los fines de semana, sin faltar uno se venía a casa a darle una vuelta al niño, le preparaba su ropa para toda la semana y nos dejaba mucha comida hecha para que sólo tuviéramos que calentarla, para no perder tiempo, sobre todo mi hijo para sus estudios. Nos ha cuidado y nos sigue cuidando como una verdadera madre.

-Y de mi hijo Pablo ¿qué le voy a contar? –continuó Pablo- es muy reservado, pero es un estudiante estupendo. Está terminando Biología y la carrera de Informática. Le compré su ordenador y de Internet baja mucha documentación para ampliar sus estudios. Nunca ve la hora de acostarse, ésta noche por ejemplo se ha quedado hasta las cuatro estudiando. Le hizo mucha gracia cuando le comenté lo que ha contado Lola del “gazpachuelo” del señor...

Lo que pasa, es que es un muchacho, que aunque tiene novia que hace cuatro años que está trabajando en unos grandes almacenes, a él le gustaría ya poder tener un trabajo fijo para poder meterse en un piso y casarse o irse a vivir con ella, pues le hace mucha falta estar ya unido a una mozuela, pues sólo ha hecho estudiar y estudiar, y trabajar en lo que le sale. A mí, hay algunos fines de semana que viene a echarme una mano y algo se gana, pues por aquí también le han tomado mucho cariño.

Le gusta mucho su carrera, pues desde que era pequeño, que yo me lo llevaba a los jardines que arreglaba ya le gustaban las plantas, y ha aprendido en la Facultad a hacer muchos experimentos para mejorarlas y conseguir variedades nuevas a base de injertos.

-Es un encanto de niño –dijo Lola- yo lo quiero mucho.

Emilio aunque antes hizo el ademán de apagar la grabadora, la había dejado encendida y la tenía tapada con el paquete de Davidoff, que es bastante ancho, así que todo lo que se hablaba, se estaba grabando sin que se dieran cuenta.

Siguieron hablando de comidas, costumbres y ya Emilio estaba pensando en levantar el campo, cuando se le ocurrió preguntarle a Lola:

-Lola ¿y qué hay por Málaga? – y fue su perdición, pues le dio un “master” completo sobre su tierra-.

-Ay, Málaga está preciosa –empezó Lola—acabo de estar allí para la Feria de Agosto y daba gusto ver el ambiente de calle Larios y de todo el centro. Éste año han cambiado el pórtico que hacen a la entrada de calle Larios, y han hecho como una pared llena de geranios y bolas anaranjadas, que a algunos no les ha gustado. Mi hermano que vive en Muelle Heredia, y trabaja en el Palacio de la Tinta, cuando la vio dice que le recordaba a los helados de corte de “tuti-fruti”, que antes se vendían en casa Mira, una heladería muy famosa que hay en el centro de calle Larios.

-¿Lola, qué es el Palacio de la Tinta? –le preguntó Emilio-.

-Es un edificio muy bonito, que ahora lo están restaurando, donde hace muchos años, me contaba mi padre estaban las oficinas de la RENFE, y allí se hacían a mano con plumilla y tinta todas las nóminas de los trabajadores de los ferrocarriles de toda España, imagínese la cantidad de tinta que llevaban en garrafas en unas carretillas porque no daban a basto, por eso le decían el Palacio de la Tinta. Después se trasladó allí la Confederación Hidrográfica y ahora, que han pasado a la Junta de Andalucía, se llama Cuenca Mediterránea Andaluza, todo esto me lo cuenta mi hermano, pero dice que ya no es ni sombra de lo que era antes, en los años sesenta y setenta cuando se hicieron muchas Presas en toda la Cuenca. Está al lado de lo que fue el Hotel Miramar, que eso sí que fue una pena que lo perdiésemos como Hotel, pues ahora están los Juzgados de Málaga. Dicen que como han hecho unos nuevos en Teatinos, la Ciudad de la Justicia creo que lo llaman, se va a volver a recuperar como Hotel. Ojalá, pues antes cuando había toros en la Feria, que la plaza está muy cerca, se alojaban allí muchos toreros de tronío y había mucho ambiente. Era un poco de estilo inglés, y daban unas fiestas preciosas. Esa época, dicen algunos que decadente, es difícil que vuelva.

-Por lo que veo Lola, es Vd. una entusiasta de su tierra –le comentó Emilio-.

-Y a mucha honra, pues a nuestra tierra hay que quererla. También veo cosas que no me gustan, y otras que me cuenta mi hermano, que tiene la suerte de irse a trabajar dando un paseo por el Parque, y dice que no se podía resistir éstos días de calor por la solanera, ya que lo están arreglando y han podado todos los árboles de sombra que había, creo que eran plátanos de sombra. Ahora, no sé si por la Feria o porque al Alcalde le han llegado las quejas, han instalado unas carpas a todo lo largo del Paseo norte, y por lo menos se va en sombra. Porque de aquí a que planten y crezcan otros árboles que den sombra, van a pasar unos años. Yo le he dicho a mi hermano, que fue compañero del Alcalde en el Colegio de los Maristas, que si habla con él, le proponga instalar una pérgolas como las que pusieron en la Expo92, a lo largo de todo el Paseo, y que siembren jazmines y damas de noche y le instalen un sistema de riego como aquél de Sevilla, aunque

nos digan los sevillanos que somos unos copiones, que era a base de un mínimo de agua pulverizada con mucho aire, y bajaba varios grados la temperatura. Además, que las plantas del jazmín y la dama de noche bien cuidadas crecerían más rápidas que los árboles que vayan a sembrar y aparte del fresquito y lo bonito que estaría, se tendría un perfume muy característico de Málaga, como es el jazmín, que cuando pasa uno al lado de un biznaguero por calle Larios, da gloria cómo huele, y no digamos la dama cuando llega la noche.

-¿Qué es un biznaguero? –Emilio le daba caña a Lola, y ésta estaba encantada de contar cosas de Málaga-

-El biznaguero es el hombre que vende biznagas por las calles, más bien por las tardes, Pues por la mañana tempranito van y cogen los cardos borriqueros del campo, les cortan la parte de arriba y luego se van por los jardines a recoger jazmines, cuando aún están cerrados y la van introduciendo en los rabillos de cada cardo borriquero que le caben unos quince o veinte. Van clavando cada cardo ya con sus flores aún cerradas en una penca de una chumbera, y al atardecer, cuando ya refresca, se han abierto las flores y forman un ramillete, que no hay nada en el mundo que se le iguale ni perfumes que sean capaces de igualar ni las mejores perfumerías de París.

-Yo, desde luego –no paraba Lola- le propondría eso al Alcalde, que le diga al Ingeniero que ha proyectado el arreglo del Parque que instale las pérgolas de jazmines con su agüita pulverizada, y que se chincen los sevillanos. Ellos tiene su azahar en primavera, que también Málaga olía antes más a azahar, pero hijo mío, le dio a un Alcalde, al de ahora no, a otro, por cambiar los naranjos de cachorreñas que había por palmeras, y se acabó el perfume de primavera.

-¿Cachorreñas? –preguntó Emilio muy intrigado.

-Bueno si le explico lo que son las sopas cachorreñas le voy a tener que cobrar por la clase –dijo Lola riendo-. Son una sopas que se hacen a partir de la naranja agria, que en invierno te quitan el frío. También son muy típicas de Málaga, como lo es el gazpachuelo, pues tiene un sabor muy especial.

-Entonces, va Vd. mucho a Málaga, Lola –preguntó Emilio-

-Cada vez que puedo, porque tengo allí a mis padres, gracias a Dios y éste hermano que le he hablado. Y procuro ir en Semana Santa, que ni le cuento porque no acabaríamos, en Navidad y para la Feria de Agosto. Siempre le traigo a ésta familia productos de allí. Por ejemplo en Semana Santa les traigo miel de caña de la Virgen del Carmen, y les preparo unas torrijas que se chupan los dedos.

-Total que entre sus viajes y lo que le cuenta su hermano y sus padres cuando va a Málaga, está al día –¿no? Lola-

-Así es, además, aquí recibimos el Diario Sur, pues estamos suscritos y yo tenía otro hermano que era Periodista, y que ya murió el pobre, que era Redactor del periódico, y me gustaba mucho leer lo que escribía.

-¿Y qué más hay por Málaga? –preguntó Emilio.

-Ahora han empezado las obras del Metro, han hecho muchos aparcamientos, parece que hay más limpieza. Hombre, qué quiere que le diga, hay asignaturas pendientes, como es el tema de las playas de la capital, que hay días, que no hay quien se pueda bañar por la nata de suciedad que se produce a eso de las once de la mañana, y que no dan con la solución. Otro tema pendiente, según me cuenta mi hermano, el que vive en Muelle Heredia, es la “prostitución” callejera y los “travestís” que pululan por toda la zona de centro sur, sobre todo por la Alameda de Colón y las calles de alrededor. Que según me cuenta, por las noches y madrugadas hay una escandaleras tremendas. Mi hermano, cuando estaba el anterior Alcalde, o Alcaldesa mejor dicho, hicieron una asamblea de vecinos e invitaron a la Concejala del Centro, y a la de Bienestar Social para quejarse, y él le propuso a éstas señoras, que ya que no se podía acabar con el tema según ellas, pues alegaban que era un tema social muy delicado, que hicieran como en Semana Santa, un calendario de los barrios y calles de Málaga, y que éste “mercado” fuera itinerante, que un mes le tocara a cada barrio de Málaga ya que era un tema social, y que se fueran trasladando. Él proponía, que después de la zona donde trabajaban ahora, se fueran, por ejemplo a la Plaza del Obispo, al mes siguiente a la Plaza de la Merced, después por el túnel de la Alcazaba se trasladasen a la Malagueta, Paseo de Sancha, Limonar, Miramar, Echeverría, y así le diesen la vuelta a Málaga, pues también tenían que ir a la zona de la carretera de Cádiz, Camino Antequera, Ciudad Jardín, etcétera, con lo cual todos los malagueños disfrutarían del espectáculo nocturno, y mi hermano calculaba que le volverían a tocar a ellos en la zona de la Alameda de Colón, al cabo de tres años, con lo cual era un triunfo. Pero la moción no prosperó ante las señoras concejales, si no que más bien pusieron una cara como diciendo, éste tío está “majara”, que es una palabra muy malagueña.

-Lola, -preguntó Emilio- ¿cuál es la palabra malagueña más típica?

-Pues mire Sr. Cabrera, aunque me dolió, pero reconozco que en ciertos momentos o eventos es la pura verdad, le voy a contar una cosa que yo oí en una Televisión Local de Málaga. Resulta que le hicieron una entrevista en la Sala María Cristina con motivo no recuerdo bien qué se representaba, a un ilustre Profesor de Málaga, no sé si Catedrático y que luego fue durante un tiempo Director del Instituto Cervantes en Nueva York, pues le hicieron en esa entrevista la misma pregunta que Vd. me acaba de hacer a mí ¿y sabe lo que respondió este ilustre?

-¿Qué respondió?

-“Merdellón”.

-Según él, -siguió Lola- es la palabra más típica malagueña. Y qué quiere que le diga, lo mismo que le hablo bien del gazpachuelo, le digo esto. Yo no he visto una ciudad que en determinados momentos, o Fiestas, o Semana Santa o Fin de Año, que tenga más “merdellones” por metro cuadrado que Málaga. Me duele, pero a veces hay que reconocerlo. Y es muy desagradable en plena Feria del Centro ver a ciertos elementos descamisados, oliendo a alcohol por todos los poros sudorosos que no hay quien lo aguante. Dicen que éste año han sido menos. No lo sé, ni tampoco sé si son nativos o foráneos, pero ahí había que meter caña, por quien corresponda, que si no, se cargan la Feria del Centro, que tampoco me parecería una locura probar un año a ver qué pasaba. Igual que han cambiado de pósito, cambiar de ubicación o hacer sólo la del Real, de día y de noche. Y además según la historia, la Feria de Málaga, no ha podido ser más itinerante, ha cambiado muchas veces de ubicación. Se revalorizan los terrenos, y venga a urbanizar especulando, que es gerundio.

-Bueno Lola –intentó Emilio meter una cuña, a ver si se podía ir- le voy a hacer una fotos en su cocina. –Y tomando la máquina, le hizo varias, y luego le dijo- estaría toda la mañana oyéndola, pues es Vd. un libro abierto en lo que a cocina y a Málaga se refiere, pero tengo que volverme para Madrid. Ahora me gustaría hacerle alguna foto a Pablo en el jardín.

-Anda Pablo –dijo Lola- ve con el señor y le enseñas el jardín. Yo me quedo aquí con José Manuel y le pongo una copita mientras tanto –y añadió- a ver si sales guapo y me la dedicas.

Se levantaron Pablo y Emilio, que cogió su cajetilla de tabaco y la pequeña grabadora que guardó en el bolsillo de su camisa, sin apagarla. Salieron al jardín, que realmente era espléndido por sus macizos verdes muy bien podados, lo mismo que el césped, que olía de maravilla, pues se notaba que estaba recién cortado. Había un frondoso sauce llorón, que daba una sombra estupenda. Asimismo llamaban la atención los rosales de varias especies y colores que estaban muy bien situados, ya que les daba mucho el sol, que es lo que necesitan.

-Lola siempre me está pidiendo que le siembre un jazmín –dijo Pablo- pues en su tierra son maravillosos por su flor y su perfume, pero el frío de la sierra de Madrid me los quema y es muy difícil que prosperen. Yo siempre le estoy diciendo a mi hijo a ver si descubre algún producto en el laboratorio de la Facultad que se lo pueda poner para que no se hiele, pues ya le digo, a Lola le haría mucha ilusión, por lo mucho que le recuerda a su tierra. Y yo quiero complacerla.

-Entonces a su hijo le gustan mucho los experimentos que hace en la Facultad ¿no?, -preguntó Emilio por tirarle otra vez de la lengua, a ver qué más podía sacar-.

-Sí que le gustan –respondió Pablo- no sólo por experimentar si no por que es muy inquieto, y no para de maquinarse.

Menuda máquina –pensó Emilio, y le preguntó:-

-¿Qué aficiones tiene, el deporte por ejemplo?

-El deporte no le tira mucho, y yo le estoy siempre dando la carga para que lo practique, a ver si se le quita una especie de alergia, que no damos con lo que es, yo pienso que es a los productos que usa en el laboratorio, y se pasa el día estornudando, y lo pasa mal. Lo que sí le gusta mucho es hacer teatro, con los compañeros de Facultad, y tiene mucha facilidad para disfrazarse, algunas veces me gasta una broma, y me llega disfrazado a casa y pega en la puerta y yo no lo conozco y no lo dejo entrar, hasta que se echa a reír, o estornuda, y ya lo descubro. También le gusta mucho escribir y colabora en una revista universitaria. Yo le digo que tenga cuidado con lo que escribe, porque como le decía antes, tiene muchas inquietudes sociales para conseguir mejoras para los compañeros y a veces se pasa de la raya, aunque él dice que ahora hay libertad de prensa, no como en mis tiempos. Pero un día se va a buscar un lío.

-Total –dijo Emilio- que es un luchador.

-Sí que lo es –contestó Pablo- y además se presta a ayudar a los demás. En el 2002 se fue con un grupo de compañeros de Facultad a Galicia, en Navidades, para ayudar a limpiar las costas gallegas del maldito fuel que salió del petrolero Prestige, ese que se partió en dos, y puso las playas y rías que daban pena.

-Es por lo que veo un buen compañero y buena gente.

-Hombre yo qué quiere que le diga –exclamó Pablo- es mi hijo y lo adoro, pues es el vivo retrato de su madre que en paz descanse. –Y cuando dijo esto se quitó el sombrero y se santiguó. Cuando termine este curso se quiere ir un año a una ONG, de algún país sudamericano, entre otras cosas para conocer selvas y ampliar sus estudios de plantas.

Siguieron paseando por el cuidado jardín, y Emilio le hizo una cuantas fotos desde diferentes ángulos.

-Por cierto, Pablo ¿tiene Vd. alguna foto de su hijo?.

Pablo, sacando la cartera del bolsillo, le enseñó dos, una de carné, y otra con un grupo de compañeros, con los uniformes blancos que les dieron cuando fueron a limpiar de chapapote las playas gallegas, y le señaló a Emilio cuál era su hijo.

-Yo desde luego, estoy muy orgulloso de él, pues no me ha perdido ni un solo curso, va a curso por año, y de dos carreras –dijo Pablo-. Es un muchacho, bueno ya es un hombre, un poco contradictorio y muy contestatario, pero siempre sin ofender a nadie ni meterse en jaleos. Nunca estuvo detenido por manifestaciones, ni está afiliado a ningún partido, pues dice que perdería su libertad de conciencia. Nunca va a votar.

-Bueno Pablo –dijo Emilio mirando el reloj- aunque aquí se está de miedo pues hace un día maravilloso, y su compañía y la de Lola es muy agradable, me tengo que ir.

Y diciendo esto, se despidió de Pablo, diciéndole:



-A ver si otro día me presenta a su hijo, pues tengo interés en conocerlo. Un fin de semana llamo a Lola y me voy con vosotros, aunque ya con novia cualquiera lo ve.

-Con mucho gusto, Sr. Cabrera, cuando Vd. quiera –respondió Pablo-.

Se dieron la mano y Emilio se dirigió a la casa, y entrando en la cocina le dijo a Lola, que estaba ya liada con la comida de la familia:

-Lola, a Pablo sólo hay que preguntarle por el hijo y vaya padre orgulloso. Como Vd. dice es su tema preferido.

-¿Verdad? –dijo Lola- a ver si quiere Dios que termine éste año y se puede colocar. Yo no hago más que decirle a su padre, habla con el señor a ver si te lo coloca en el Jardín Botánico que está al lado del Museo, donde él tiene conocimiento con el Director. Por que el muchacho se merece un buen trabajo, y está visto que en ésta vida como no tengas padrino no te bautizas ¿no cree?.

-Por supuesto Lola, por supuesto –dijo Emilio, acercándose a ella le tendió la mano, pero ella le dio un par de besos, diciéndole:

-¿Ya se va Vd?, bueno encantada, ya sabe donde estamos.

-Gracias Lola, y gracias por el café y las magdalenas, estaban riquísimas. Cuando quiera José Manuel, nos volvemos al Museo.

José Manuel se despidió de Lola con otro par de besos, y salieron los dos enviándole un saludo a Pablo al cruzar por el jardín hacia la salida, al tiempo que Emilio le pidió una rosa roja, que cortó éste entregándosela.

-Es para la señorita Esther, -le dijo Emilio a Pablo-.

Arrancó el Audi José Manuel e iniciaron el regreso a Madrid, dentro del intenso tráfico que siempre hay por la carretera de la Coruña a cualquier hora, y en un momento dado le dijo el conductor a Emilio:

-Se me olvidó decirle cuando veníamos hacia aquí, que Lola es una habladora colosal. Cuando se le pregunta por Málaga, está uno perdido, pues no hay quien la haga callar, y no deja ni respirar.

-Desde luego –contestó Emilio- es encantadora, deberían hacerla embajadora de Málaga en la Autonomía de Madrid.

Emilio se puso a pensar en lo que había oído y grabado en su pequeña grabadora, y supuso que iba por buen camino, lo que no lograba entender era lo que había hecho éste muchacho con el Caballero, si, según todos los indicios era él el responsable. Tenía que ser él, pues eran muchas coincidencias. El padre dice que anoche estuvo hasta las cuatro de la madrugada estudiando. El mensaje se empezó a recibir a las tres. Le gustaba disfrazarse. Los estornudos. Tenía que ser el sujeto de la lupa del vídeo, no le cabía la menor duda. Conocía la palabra “gaspachuelo”. Con razón desde que oyó ésta palabra pensó que había que venir a las Rozas. Fue un golpe rápido de intuición.

Ahora sólo le quedaba, unir los cabos sueltos y pensar un plan para interrogar al muchacho a ver por dónde salía. Desde luego si estaba en lo cierto, menudo planchazo se iba a llevar el Director del Museo. Lo que

pasa, es que si era lo que él pensaba, le daba pena hacerle daño a éste buen hombre que tan orgulloso está de su hijo.

Era un sentimental y le costaba mucho a veces tener que detener a alguien, que en el fondo, y como decía Esther, llevaba su parte de razón y tenía que estar muy desesperado para cometer una tropelía de éste calibre.

No se podía dejar llevar por los sentimientos, pues él tenía un encargo y había que llegar hasta el final, caiga quien caiga, aunque lo hayan tratado muy bien en la Rozas.

Lo cortés no quita lo valiente, pero es que, pensándolo bien, la juventud de hoy día lo pasa canutas para encontrar un puesto de trabajo, pero por otro lado eso no justifica que haya que usar un cuadro del Patrimonio para conseguir sus fines.

No se daba cuenta Emilio, pero estaba empezando a librar una pequeña o gran lucha interior entre su deber y sus sentimientos, que además, la puñetera Esther, le había hecho una especie de lavado de cerebro con su filípica de anoche y el sermón al Director del Museo de ésta mañana.

Bueno, pero por encima de todo –seguía pensando– éste angelito, si es que ha sido él, ¿qué ha hecho con el cuadro, o no será ¿qué le ha hecho al cuadro?.

Sí, tenía que ser eso, qué le ha hecho. Pero ¿cuándo?, ¿entre toma y toma de las cámaras de vídeo? ¿o en los veintidós segundos y medio que está fuera de cámara?.

EL biólogo éste tiene que ser un lince si ha sido así.

Y pensando esto, llegaron al Museo.

## CAPÍTULO XI

### EL EXPERTO

Casi a la misma hora que salía el Inspector para casa del Sr. Altamirano en las Rozas, llegaba a la Puerta de Velázquez del Museo un señor de unos sesenta años, muy bien trajeado con un pequeño maletín en la mano. Era alto, rubio, con el pelo algo alborotado, ojos claros detrás de unas gafas que le daban mucha personalidad a su aspecto de intelectual, lo que se dice con un buen porte de señor, pero con cara de niño travieso y de guasón.

Se acercó al mostrador de Información y le dijo a la señorita:

-Buenos días, señorita por favor tengo cita con el Director a las once ¿me quiere poner con su secretaria?

La señorita marcó el cero cero siete, y cuando descolgó Esther, le dijo:

-Esther aquí hay un señor que tiene cita con el Director y quiere hablar contigo.

-Tome señor –le dijo pasándole el teléfono-.

-Esther, buenos días –dijo él- soy Carlos Masó Sancho, que acabo de llegar de Barcelona y tengo cita con el Sr. Altamirano a partir de las once, como todavía son las diez, si no le importa voy a pasar un momento al Museo pues quiero volver a contemplar un cuadro en especial, antes de reunirme con su Jefe.

-Está Vd. en su casa Sr. Masó –dijo Esther- ¿quiere Vd. que le acompañe?.

-No es necesario pues tendrá Vd. mucho trabajo, pero si tiene unos minutos, me sentiría muy complacido con su compañía –contestó el Sr. Masó-.

Inmediatamente bajó y se dirigió al mostrador de Información y la señorita los presentó:

-Esther, el Sr. Masó, señor, ella es la secretaria del Sr. Director:

-Encantado Esther –dijo él- ya tenía ganas de conocerla personalmente, y ella contestó:

-Igualmente Sr. Masó, sí, ya habíamos hablado un par de veces por teléfono. Lo estábamos esperando, ¿ha tenido buen viaje?.

-Estupendo –dijo él- ya parece que se ha normalizado el aeropuerto del Prat.

Entraron ambos en las salas del Museo de la planta baja y le preguntó Esther:

-Sr. Masó, ¿qué pintura le interesa ver?.

-Se trata de un recuerdo nostálgico –comenzó diciendo- verá Esther, Vd. todavía no había nacido pues es muy joven, allá por el año mil novecientos sesenta y dos, casi nada, hace cuarenta y cuatro años, cuando yo tenía

veinte, estuve viniendo al Prado durante cuatro meses seguidos en verano, a copiar una de sus obras de arte que atesoran en éste magnífico Museo.

-Que interesante, Sr. Masó –dijo Esther- mientras seguían andado lentamente.

-Estaba yo entonces preparando el ingreso en la Escuela de Arquitectura, aquí en Madrid, pues aunque soy catalán como Vd. sabe, yo me crié y me formé en Madrid, pues mis padres se trasladaron de Cataluña a la capital de España, por el negocio de mi padre. Estudié el bachiller en el Colegio de Areneros, y luego pasé a la Facultad a hacer el famoso Selectivo, que era un curso que había que aprobar antes de intentar el ingreso en una Escuela Especial. Todo eso ha cambiado ya, y han desaparecido esos cursos pero en mis tiempos eran un tanto peliagudos.

-Perdone D. Carlos –interrumpió Esther, y le preguntó- ¿a qué sala quiere que vayamos?.

-Ah, sí perdone –dijo él- por favor, a las del Greco –y continuó- como le decía, en aquél plan de estudios se exigía mucho dibujo para aprobar el ingreso de Arquitectura, y me matriculé en una Academia de Dibujo para Arquitectura y Bellas Artes, que había en calle Hermosilla, en una buhardilla.

El Director y propietario de la Academia era D. Rafael Hidalgo de Caviedes, un ilustre arquitecto de aquélla época, y su hijo Rafa, como le decíamos, tenía la Carrera de Bellas Artes, que era quien nos impartía el dibujo artístico. Recuerdo que todos los lunes iniciábamos un dibujo a carboncillo de una de las muchas estatuas de escayola, reproducciones de figuras griegas y romanas, que tenían, y que situaban sobre un pedestal. Instalábamos nuestros caballetes en círculo alrededor de la estatua, a varios metros, y la iluminaban convenientemente. El primer día había que encajar la figura según nuestro ángulo desde donde la veíamos. Al final de la tarde del lunes, ya de noche, teníamos que tener la figura encajada dentro del papel, siguiendo los cánones de Le Corbusier, de que el cuerpo humano según los griegos debía de tener una altura de siete cabezas y media. Si no cumplía ésta regla clásica, no te aprobaba el encaje Rafa, pues te ponía dos notas, una por encajar y otra cuando el sábado dabas ya por terminada la mancha, que era cuando te puntuaba el dibujo ya terminado. Era muy interesante, es más, era apasionante ver cómo de un papel guarro, era su marca no se alarme, es un tipo de papel indicado para trabajar con carboncillo, pues como le digo, de un papel en blanco iba surgiendo la representación del modelo. La verdad, que es un arte, para quien lo practicamos que no tiene igual con ningún otro. No sé si es creación o creatividad, pero a mí me llena de satisfacción.

-Se nota que es Vd. un enamorado de las Bellas Artes –dijo Esther mientras iniciaban la subida por las espléndidas escaleras que dan acceso a la primera planta y atravesando la sala VIII B de la Escuela Italiana, entraron en la sala IX B, que es la primera del Greco, y dijo el Sr. Masó:

-Creo que el que busco está en la siguiente donde están la mayoría de los retratos.

Pasaron a la XB, y dijo de nuevo:

-.Aquí está mi amigo. **¡Y se situó frente al Caballero de la mano al pecho!**

Esther se quedó muy sorprendida y pensó: ¡vaya coincidencia, que el Comisario de la Exposición de Gaudí haya copiado éste lienzo hace nada menos que cuarenta y cuatro años, y venga ahora a verlo con el problema que tenemos!, y además se lo debe conocer al milímetro. Veremos a ver cómo acaba esto, pues es el experto que temíamos.

El Sr. Masó no ocultaba su satisfacción, pues parecía que efectivamente estaba volviendo a saludar a un antiguo amigo al que hacía más de cuarenta años que no había vuelto a ver. Enteramente daba la sensación que ambos estaban hablando, y contándose sus vidas durante ese tiempo transcurrido desde aquél verano del sesenta y dos.

El arquitecto-comisario efectivamente, estaba recordando lo bien que lo pasó durante ese verano en compañía además de su querido amigo y compañero de Academia Rafaelillo, como lo llamaban en aquélla buhardilla de calle Hermosilla, para diferenciarlo, ya que el dueño era D. Rafael, su hijo el Profe era Rafa, y a su amigo que también se llamaba, o mejor dicho se llama Rafael, que destacaba en mancha, y también obtuvo permiso para realizar una copia del Caballero al carboncillo, y ambos situaron sus caballetes frente al cuadro, pero formando entre ellos un cierto ángulo, que aunque tenían la misma perspectiva del cuadro, había una ligera diferencia entre los dos, y así podían verse el uno al otro para hablar, pero no veían el lienzo o papel sobre tablex del otro, pues se trabaja mejor cuando se sabía que nadie observa cómo lo haces, aunque fuese amigo tuyo. Otra cosa eran los visitantes al Museo, que alguno se te plantaba detrás, y sólo les faltaba llevarse un bocadillo, y de vez en cuando daban su opinión...

Él hizo un óleo de dimensiones algo menor que el original, y la verdad, que le costó lo suyo, primero encajar la figura, y luego conseguir situar la mano. No era nada fácil, pero al fin lo consiguió, y estaba orgulloso del resultado. Estaba en su estudio.

Recordaba al entonces Director del Museo, que pasó varias veces a ver cómo llevábamos la mancha de mi amigo y mi óleo, y también estaba entusiasmado, y nos animaba mucho, cosa que nos llenaba de orgullo y te incitaba a hacerlo lo mejor posible, pues que todo un señor Director del Museo del Prado te prestara atención, era algo que además, a nuestra edad, te motivaba cantidad.

El Sr. Masó miraba atentamente el cuadro, y cambiaba de situación, yendo de izquierda a derecha y viceversa, hasta que en un momento dado se inclinó acercándose al lienzo y miró atentamente al ángulo inferior

donde está el brazo derecho del Caballero, y luego hizo lo mismo, pero fijándose en el hombro izquierdo, -y Esther pensó: ¡tierra trágame!-.

Repitió por dos veces los movimientos, y de pronto abrió su maletín y sacó una pequeña ¡lupa!, parecida a las que se venden en el hall del Museo, y le dijo a Esther:

-Tenga por favor -y le dio su maletín para estar más cómodo-.

Esther le preguntó:

-¿Necesita Vd. algo Sr. Masó?

-No nada, es que juraría que éste Greco tenía aquí una cifra -dijo señalando el ángulo inferior derecho del cuadro- pero claro han pasado más de cuarenta años desde que estuve cuatro meses conviviendo con este Caballero, y a lo mejor mi memoria me está haciendo una jugada. Pero tengo el recuerdo de lo que nos advirtió el Profesor de la Academia de Dibujo, de que no se nos ocurriera copiar ni la firma ni ningún símbolo que se pudiera sospechar que era obra del autor del cuadro. Pero lo que no logro ver es la firma, y de eso sí estoy totalmente seguro, a pesar de los años que han pasado, pues este retrato fue el único en el que puso su firma el Greco, y si no me equivoco, firmó con caracteres griegos y con mayúsculas al lado del hombro izquierdo del personaje, y ahora no logro encontrarla.

Volviéndose a Esther, le preguntó:

-¿Sabe Vd. si últimamente han restaurado este cuadro, o le han aplicado algún tratamiento en alguna zona porque se estuviera deteriorando?, cosa que por otro lado es muy corriente que ocurra con el tiempo a algunas telas. No sé, no sé, me da la impresión que a éste cuadro le han hecho algo. Pero, vamos de lo que no hay duda es que si no es el original que pintó el Greco allá por el año 1580, es una copia perfecta. Ya hubiese querido yo hacer una copia así de buena. A lo mejor es que están limpiando el original y mientras han puesto una copia. Desde luego, ni yo mismo puedo estar seguro.

-No tengo noticias, Sr. Masó -respondió Esther- aunque he estado de vacaciones en agosto, y a lo mejor en ese tiempo, ha habido algún cambio que desconozco. Si quiere puedo llamar al Jefe de Área de restauración y me informo, o se lo preguntamos al Sr. Director cuando lo veamos ahora.

-No tiene importancia -contestó el Sr. Masó- ya se lo comentaré yo si hay tiempo.

-¿Se imagina, Esther? Hace más de cuatrocientos años que el Greco pintó el Caballero. ¿No es maravilloso que podamos estar Vd. y yo contemplándolo?. Pertenece a dos generaciones, Vd. en la flor de la vida y yo ya sexagenario, y estamos unidos por un sentimiento de arte, porque un señor que nació en Creta en el año 1541, y que emigró a España porque ni en su tierra ni en Italia lo comprendían, pintó con la edad de treinta y nueve años a un noble toledano, que es todo un poema. Perdona Esther, es que éste cuadro representa mucho para mí. Lo copié, como le dije, cuando tenía veinte años, con toda la ilusión del mundo, en este

templo del arte que tenéis la suerte los que vivís en Madrid, de disfrutarlo cada vez que estéis necesitados de insuflar arte en vuestras almas, y hoy en pleno siglo XXI estoy aquí de nuevo, frente a mi amigo y acompañado de una gentil dama que es mi anfitriona. Dios mío, qué feliz fui entonces, y qué feliz me encuentro ahora mismo, comisionado por la Generalitat, para organizar una exposición de nuestro querido Gaudí, nada menos que en Madrid. Creo que ésta Democracia también avanza cuando nos ponemos a hablar el mismo idioma como puede ser la música, la pintura o la arquitectura, ¿no le parece joven?. Es grandioso. Lástima que a veces nos olvidamos y los árboles no nos dejan ver el bosque, como ocurre con algunas Comunidades.

-Por supuesto Sr. Masó que lleva Vd. muchísima razón. Supongo que le habrán dicho muchas veces que es Vd. muy simpático y de un carácter muy abierto, que casi parece que...

-¿Qué no soy catalán? –le preguntó el Sr. Masó riendo.

-Bueno yo no quería decir eso, es que es Vd. tan espontáneo –respondió Esther-

-Tenga en cuenta que yo me he criado en Madrid, aquí crecí, estudié el bachiller y la carrera de arquitecto, en una palabra, que mi formación es de Castilla, pero no soy un castellano como pudo ser el personaje que tenemos aquí representado, si no más bien un madrileño de adopción, de lo que estoy muy orgulloso, soy catalán, pero no catalanista, Carmen, mi mujer es madrileña, nuestros hijos catalanes, mi mejor amigo, Rafaelillo, es malagueño, y pasé con él inolvidables jornadas de trabajo, estudio, dibujo, nos íbamos juntos al Retiro a tomar apuntes al natural de los niños que jugaban con las palomas, de los soldados con las tatas, del maravilloso monumento del estanque, en fin son tantos los recuerdos. Aquéllas tardes de los domingos en el cine-club de los Jesuitas, con el abrigo puesto dentro del cine por el frío.

Le voy a contar una anécdota que nos pasó a mi amigo y a mí el primer día que fuimos a la Academia de D. Rafael Hidalgo de Caviedes. Ese primer día era sábado, y a las cuatro en punto estábamos los dos allí como un clavo. Nos abrió la puerta de la academia un personaje extraño que emitió un sonido ininteligible a modo de saludo, que se llamaba Carmelo, según nos enteramos luego. Fueron llegando los alumnos hasta un total de unos veinte, y cada uno se iba colocando frente a su caballete y nos miraban pero parecía que no nos veían, pues ni uno solo dijo ni buenas tardes, como si fuésemos invisibles. Se dedicaba cada uno a darle los últimos retoques a la mancha o dibujo de estatua que habrían empezado el lunes de esa semana, según la costumbre establecida.

Cuando vino Rafa Hidalgo de Caviedes, el hijo de D. Rafael el arquitecto, nos situó a cada uno en dos huecos entre los alumnos a los que les dijo que nos hicieran sitio para que situáramos unos viejos caballetes que nos trajo “Carmelo”, con unos también viejos tablex de un metro por setenta, y dos

láminas de papel guarro, que además estaban manchadas y sucias, o sea que realmente estaban “guarreadas” y nos entregó unos papeles engomados para que pegáramos los papeles guarros a los tablex y nos dijo Rafa que intentásemos encajar la estatua que estaba en el centro de la sala y que ya tenían dibujada los demás. Ni Rafaelillo ni yo sabíamos en esos momentos qué era eso de encajar la estatua y nos miramos sin saber qué hacer, con el carboncillo en la mano, e inmediatamente los cuatro alumnos que tuvieron que mover sus caballetes se pusieron muy enojados a despotricar y a lanzar rayos y truenos por sus bocas:

-Claro, ahora a mover mi obra de arte –decía uno todo cabreado- y ya no veo la luz con el mismo ángulo ni el encaje es el mismo, y luego vendrá el Sr. Profesor, por Rafa, y me calificará con una nota baja, porque hay que quitarse pues lo único que quiere el Sr. Hidalgo de Caviedes es ganar más y más, pues venga a meter alumnos, y ¡ya no cabemos más D. Rafael! –gritó para que lo oyera el arquitecto que estaba en su despacho al otro lado del pasillo que había a la entrada.

Total, se formó un alboroto, y los otros tres alumnos que también habían movido sus caballetes pues igualmente cada uno decía todas las barbaridades que se les ocurrían, como si se sintieran muy ofendidos, mientras que el resto que no se había tenido que mover, gritaban diciendo que así no se podía terminar una obra de arte. Total un guirigay, al que dio fin el llamado profesor Rafa, que cuando ya lo conocimos más a fondo pudimos comprobar que esto lo hacía a caso hecho, pues era un guasón de mucho cuidado, y los sábados siempre organizaba algún follón para que los alumnos se relajaran y echaran fuera la adrenalina acumulada durante la semana.

-Pues debía ser la academia una gozada –dijo Esther-.

-No lo sabe Vd. bien, lo que nos reíamos con las ocurrencias de unos y otros, pues los arquitectos, no sé si lo habrá comprobado siempre hemos sido un tanto cachondos, y perdone la expresión, pero es la verdad, estamos todos un poco sonados, pero espere que le cuente, esto no fue lo mejor de ese sábado. Resulta, que allí seguíamos los dos frente a nuestros caballetes sin saber cómo empezar ni qué hacer, y de pronto decía uno:

-Mira que tiene mala leche “el Rafa”, pone a los nuevos un sábado a encajar, y no les presta las gafas de encajar de los lunes, joder, qué cabrón.

Decía otro:

-Desde luego, con tal de ganar dinero. Como luego le dan comisión cuando tengan que comprarse las gafas en Macarrón, pues claro, no es capaz de prestarle una esta tarde. Desde luego hay que tener mala leche.

-Macarrón es una tienda muy buena de artículos de dibujo y pintura que había junto al Teatro de la Zarzuela –dijo el Sr. Masó-.

-Sí, la conozco –dijo Esther- todavía está, es muy buena.

-Y ya al rato –continuó el Sr. Masó- venía el profesor y nos dijo que intentáramos hacer un dibujo de la estatua como los demás, y no



entendíamos cómo lo íbamos a conseguir en una tarde, pues no sabíamos aún que los demás llevaban seis días.

Y así nos pusimos a ello. Pero lo mejor vino más tarde, a eso de las siete y media, dijo Rafa: señores arquitectos de mierda, dejen el trapo, el carboncillo, la goma, el fijador ¡TODO! Gritó, ¡a las banquetas!, y nuevas protestas generalizadas mientras iban dejando los útiles de dibujo y situaban unos bancos con unos listones donde apoyaban unos tablex más pequeños que los de las manchas y se sentaban, a la vez que iban colocando una serie de papeles más finos que el guarro, en los tablex, cogidos con unas pinzas, y formando todo un ángulo con la banqueteta.

Éstas banquetas las colocaban en círculo alrededor de una tarima que había detrás de la estatua de escayola, y Rafa volvió a decir: Señores hagan el favor de hacer sitio para los dos nuevos compañeros que tenéis esta tarde, ¿o es que todavía no sabéis que hay dos nuevos?, y otra vez cabreo y tumulto de toda la clase:

-No, si nos van a dar la tarde, para qué queremos más arquitectos. Ya somos muchos y sobramos la mitad. Venga hijo, decía uno dirigiéndose a mi amigo, métete aquí, anda ya estará tranquilo nuestro querido profesor. Desde luego mañana ya no tengo que ir a Misa, pues ya he hecho mi obra buena. Tú, le dijo a otro alumno, anda hazle sitio al pobre no se vaya a ir. Y me hicieron sitio para colocar la banqueteta, sin saber de qué iba a ir ahora la clase.

Mientras, el llamado Carmelo, corría unas cortinas inmensas y que serían blancas cuando la compraron, que había en el lucernario que ocupaba toda la fachada de la buhardilla que daba a calle Hermosilla, por donde había entrado la luz durante toda la tarde. Pero ya a esa hora se trabajaba con luz artificial. Los alumnos cada uno en su banqueteta, y no se oía un mosca.

En esto, entra en la sala de dibujo una señora o señorita de unos veinticinco años, que cruzando entre los alumnos, entró en una habitación que había al fondo de la sala. Nadie dijo ni buenas tardes ni buenas noches, nada de nada. Silencio.

A los pocos minutos sale la buena señorita o señora, cubierta con una sábana, se sitúa en la tarima y ¡oh Dios mío!, deja deslizar la sábana que cae sobre la tarima y ¡aparece ante nuestros atónitos ojos, como su madre la trajo al mundo, pero con veinticinco años más!, y se pone una mano apoyada en una banqueteta alta que había en la tarima y el otro brazo lo deja libre hacia abajo.

-Yo no sabía qué hacer –decía el Sr. Masó– miraba a mi amigo Rafaelillo que estaba peor que yo, con el rapidograf de tinta en la mano y con cara de gilifante como hipnotizado. Era la primera vez que veía a una señora desnuda, y a mi amigo, creo que le pasaba lo mismo, pues los dos estuvimos en colegios religiosos y cualquiera se atrevía, y aunque teníamos algo menos de veinte años éramos más puros que los ángeles, y como decís

ahora, aquello era muy fuerte. Total que pasan los primeros diez interminables minutos y nosotros veíamos que los alumnos veteranos ya, cada uno había hecho un apunte de la señora según podíamos ver, con trazos muy seguros y firmes.

En esto se acercó a nosotros Rafa, y nos pregunta: -Sr. Masó y Vd. tocayo ¿qué pasa, os da susto?, venga hombre que ésta señorita se va a molestar si algún alumno no la quiere dibujar, hay que tomar apunte cada vez que cambie de postura, y cambia cada diez minutos, o sea que a las diez de la noche tenéis que haber tomado diez apuntes, pues descansa entre pose y pose unos minutos. ¡Vaya par de artistas que hemos fichado!

Así que tomamos nuestro rapidograf, y como Dios nos dio a entender hicimos lo que pudimos. Todo menos un artístico desnudo de mujer. Recuerdo que Rafa cuando vió los de mi amigo, le dijo: -Oiga Vd. se trata de una mujer, no es un indio, pues ni mi amigo ni yo tampoco, acertábamos a hacer líneas de un trazo seguido, sino que eran tracitos y más tracitos sueltos, y el resultado parecía un indio lleno de plumas. Y era por lo que nos temblaba la mano al ver a la modelo con su espléndido cuerpo ante nuestros inocentes ojos todavía puros. Aquél sábado nos hicimos hombrecitos.

-Pero una cosa nos llamó la atención –le continuó diciendo el Sr. Masó a Esther, que no paraba de reír mientras oía el relato de la academia- es que ningún alumno, con lo cachondo que eran, hacía el más mínimo comentario. Había un respeto total y todo el mundo dibujaba en silencio, y cuando la señorita descansaba, volvía a taparse con la sábana y de vez en cuando encendía un cigarrillo, y cuando terminaba, dejaba otra vez caer la sábana adquiriendo una postura diferente. Éramos artistas serios dibujando un espléndido desnudo femenino. Era bonito.

-Bueno ya está bien de contarle batallitas Esther, vamos a ver a su Jefe que los catalanes somos muy puntuales, y van a dar las once ya mismo.

-De acuerdo Sr. Masó –respondió Esther- pero es tan divertido lo que ha contado que me quedaría toda la mañana oyéndolo.

-Es Vd. muy amable, y muy bella –dijo el Sr. Masó-.

-Por cierto, dijo de pronto- si me permite un momento voy a hacer una prueba con mi ordenador portátil, para comprobar si la firma y numeración están o no en el cuadro.

Y cogió su maletín, lo abrió y sacó un ordenador portátil, que situó sobre el maletín que había dejado en el suelo. Sacó un cable conectado al ordenador y en el otro extremo a la lupa. Le dio a un botón y en cuclillas, buscó un programa llamado “Escáner”, y lo abrió.

Esther asistía un tanto perpleja y le preguntó:

-Sr. Masó, ¿qué es lo que pretende?

-Hacer un escáner para cerciorarme lo que le he dicho de la firma y numeración. Por favor, dígame al celador que por unos minutos no entre nadie en la sala.

Esther así lo hizo y volvió junto al Sr. Masó y le preguntó:

-¿Necesita Vd. algo?.

-Sí –contestó él- sujete la lupa junto a ésta zona, donde se supone que estarían los números.

Y Esther cogió la lupa e hizo lo que le pidió.

-Qué extraño –dijo el Sr. Masó- no están los números, no aparecen, -y le dio a “intro” del ordenador para archivar, diciendo después- ahora deje la lupa aquí, -y le señaló al lado del hombro izquierdo del Caballero-.

-Tampoco aparece la firma, -exclamó aún más sorprendido, y volvió a archivar ésta zona, recogiendo a continuación todo y le dijo a Esther, un tanto preocupado:

-Dígale al celador que ya puede dejar pasar al público si lo hay.

Así lo hizo Esther, quien a su vez empezó a temer lo peor, porque ¿qué pasaría ahora?. El Sr. Masó acaba de descubrirlo todo y además ha archivado las pruebas. Menuda, la que se puede organizar, pues supongo que se lo dirá a mi Jefe, y después ¿qué?. Pues el caos, pues a no ser que llegasen a un acuerdo o pacto de silencio, esto se podía disparar, y no sabemos cuando explote a quien va a coger de lleno. No quería ni pensarlo, pues la cosa se estaba poniendo muy fea.

Estando con éstos pensamientos, le dijo el Sr. Masó:

-Esther, le ruego que no hable con nadie de lo que he hecho ni mis comentarios, tengo que hablar inmediatamente con su Jefe cuando lo vea, pues esto es muy serio.

-No se preocupe Sr. Masó,

Y se dirigieron al despacho de Esther, quien por el teléfono interior le anunció al Director que el Sr. Masó estaba allí.

Eran las once en punto.

-Por favor, acompáñeme –le dijo Esther- y lo condujo a la puerta del Director, que en ese momento la estaba ya abriendo y saliendo a recibirlo le dio un efusivo abrazo y le invitó a entrar, cerrando la puerta, no sin antes darle las gracias el Sr. Masó a Esther.

Esther tenía una nota en su mesa en la que le decía el Director que llamara al celador Miguel Lara y le preguntara por el asunto de la lupa.

Marcó el número de la emisora del Jefe de celadores y le dijo que buscara un sustituto para que se quedara unos minutos en el puesto de Miguel Lara, y que le dijera que viniese a su despacho. Mientras, no dejaba de pensar, en el hecho que acababa de vivir con el Sr. Masó delante del cuadro del Caballero y que parecía demostrar que el cuadro no era el auténtico, pues sus signos de identidad no aparecían, a pesar de estar tan bien pintado, que nadie diría se trataba de una falsificación. Menuda papeleta. No quisiera estar en el pellejo del Director del Museo, pues todo indicaba que le quedaban como Director dos telediarios. El de esa tarde y el de la noche.

Unos golpecitos en la puerta de su despacho, la volvieron a la realidad.

-Pase.

-¿Se puede? –preguntó un celador en la puerta-.

-Adelante Miguel, siéntese por favor –le indicó ella-.

-Vd. dirá Srta. Esther.

-Miguel, ¿recuerda Vd. el miércoles pasado, sobre las doce y media a un hombre con barba en la sala X B con una lupa en la mano?.

-Sí, lo recuerdo, y me llamó la atención, porque parecía algo nervioso, mas bien temblón. Estaba observando el cuadro del “Caballero” con mucha atención, con una lupa y yo se la pedí y la estuve observando. No era como las del Museo, si no algo mayor y con el mango más grueso, y le pregunté por qué tenía ese mango, y me dijo que era un tipo de lupa que venden para las personas que les tiembla la mano, porque al ser más grueso el mango la agarraban mejor, y así no se le movía la imagen. Total que se la devolví diciéndole que tuviese cuidado de no rozar el cuadro con los temblores , pero no me quedé muy convencido y no le quité ojo de encima hasta que se fue. No llamé por teléfono, pues no creía que tuviese importancia. Como habrá visto, lo escribí todo en la hoja de incidencias de ese día, -y preguntó un poco inquieto- ¿no la ha leído?, ¿es que ha ocurrido algo?.

-Sí la leí –mintió Esther- era por si se le había olvidado algo, por eso lo he llamado, pero no se preocupe Miguel, no pasa nada, quédese tranquilo, que todo está bien. Muchas gracia, puede Vd. volver a su puesto, y le repito, no tiene importancia, pero no lo comente con nadie, ¿de acuerdo?.

-Lo que Vd. diga Srta. Esther –dijo Miguel Lara retirándose-.

La verdad era que ella no había leído esa nota de incidencias, porque estuvo todo el jueves preparándole al Jefe el informe sobre Gaudí, y no había tenido tiempo.

La buscó en su bandeja, y efectivamente, allí estaba y lo decía, casi con las mismas palabras que le acababa de contar Miguel, que desde luego se había ido preocupado, eso no cabía la menor duda. Y que no se lo dijera a nadie, no estaba tan segura. No sabía si había sido buena idea haber llamado al celador, pues puede que se empezara a levantar la liebre y corriesen como la pólvora los comentarios y para qué contar, lo que se podía liar si esto sale del Museo.

Bueno y ahora ¿qué?, se preguntó a sí misma Esther. Espero que el Sr. Masó le diga a mi Jefe lo que también acababa de descubrir con su ordenador, y su Jefe tendría que decírselo a la Ministra, y habrá que llevar el cuadro a restauración, y en el taller querrán saber cómo ha ocurrido y qué ha ocurrido, y descubrirán si el cuadro es el auténtico, y se preguntarán que desde cuando estaba el cuadro así.

¿Y si el cuadro no es el auténtico, que es una copia?, ¿qué ocurrirá?.

Y para qué seguir, no quería ni pensarlo, pero como decía su padre, que cada palo aguante su vela.

## CAPÍTULO XII

### GAUDÍ

Ya una vez sentados el Sr. Masó y el Sr. Altamirano, y para iniciar el diálogo, éste comenzó:

-Sr. Masó, ¿le apetece tomar algo?.

-Si Vd. me acompaña, tomaría un café y un vaso de agua de esa tan buena que tenéis en Madrid, que viene de la Sierra y que tanto se echa de menos cuando se bebe otra.

-Ya no es lo mismo, ahora también en Madrid hay que hacer pozos. Somos muchos.

El Sr. Altamirano le indicó a su secretaria que hiciera el favor de encargar los cafés y una jarra de agua.

-Bueno y en la temporada que se avecina, ¿vais a ganar éste año la Liga o la Copa en Barcelona? –le preguntó el Sr. Altamirano-.

-El fútbol no lo sigo mucho que digamos, pero cuando llegue la primavera ya se irán aclarando las cosas y quieras o no, terminas por enterarte quiénes son los aspirantes a los títulos –respondió el Sr. Masó- pues si no te pones al día, está hasta mal visto por los amigos. No cabe duda que son los dos mejores equipos, y ojalá sigan siempre jugando en la misma Liga, ya me entiende, pues el deporte debe estar al margen de la política, y cuando han surgido rumores de desligarse el Barcelona de la Liga Nacional, francamente no me ha hecho mucha gracia.

-Efectivamente –contestó Altamirano- no debería tener cabida en ningún medio de comunicación temas como ese, pues además creo que aunque es una competición entre dos bandos, en deporte es motivo de acercamiento, con sus discrepancias lógicas, pero se podría afirmar que un Barcelona no tiene razón de ser sin un Madrid, y viceversa.

-Pues claro –contestó Masó- si no fijese el motivo de nuestra entrevista: Gaudí. ¿Quién nos iba a decir hace veinticinco años que íbamos a celebrar ésta exposición de un ilustre catalán en Madrid. Era impensable y aún hoy día es un triunfo.

-Desde luego, las cosas han cambiado para mejor –afirmó el Director- y lo que hemos de fomentar son éstos eventos que acercan a las regiones.

-Es muy importante la publicidad, darle toda la publicidad que podamos y conseguir de los medios que le den al tema Gaudí suficiente difusión. Aunque es pronto, ¿sabe Vd. Altamirano si vendrán Sus Majestades a la inauguración?.

-Es pronto aún para saberlo –contestó Altamirano- pero desde luego sería definitivo, así como si logramos reunir a los dos Presidentes en el acto.

-Aunque sea prematuro, en cuanto tengamos una fecha probable, convendría tener un contacto con la Casa Real para ver si entra la fecha en la agenda siempre apretada de los Monarcas.

-Y –continuó Masó- desde luego al Rey no se le escapa ninguna ocasión si con su presencia consigue hermanar aún más a los pueblos de nuestra tierra, y ésta es una ocasión muy aparente para no aprovecharla. ¿Cree Vd. Altamirano que cuando nos veamos con la Sra. Ministra toquemos el tema?.

-¿Por qué no? –contestó Altamirano-. Por cierto, ¿conoce Vd. a la Sra. Ministra?

-No, no tengo el gusto.

-Verá como nos ayuda en todo lo que esté en su mano. Y sé de buena tinta que ésta exposición es muy de su agrado, entre otras cosas por la concomitancia extra-artística que se vislumbra, aunque tendremos que ser muy precavidos para no caer en un chauvinismo que nos pueda perjudicar más que beneficiar.

-Por supuesto Altamirano. Lo importante es que la exposición sea un éxito en su conjunto. Gaudí es un personaje que se merece esto y mucho más, pues su obra traspasa el tiempo y las fronteras. Lástima que se perdieron casi todos sus manuscritos, cuadernos de notas y dibujos. Es un personaje contradictorio, pues se le ha presentado a la vez como peripuesto y desastrado, amante de los placeres y masoquista de la penitencia, afable y cascarrabias, devoto como un místico y profano como un hombre de la tierra, de salud quebradiza y fuerte como un roble, ecléctico y dogmático, altruista y egocéntrico, receptivo y obseso, alucinado y racionalista, y por último, podríamos asegurar que fue un teórico y un técnico. Cada uno de esos adjetivos es apropiado y certero en algún momento de la vida de Gaudí.

-Es Vd. un admirador de su colega –le dijo Altamirano-.

-Pues sí, la verdad, que le tengo en muy alta estima, cosa por otro lado muy corriente en Cataluña, aunque también tiene sus detractores –contestó Masó- ¿Sabía Vd. que en 1998 el Cardenal Arzobispo de Barcelona Ricard María Carles anunció que su diócesis respaldaba la propuesta de beatificación?.

-Sí, lo había leído. Hubiese sido curioso que el Papa lo hubiese beatificado en su viaje a Valencia.

-Hombre no, para eso tendría que haber venido a Barcelona, estaría bueno, –dijo Masó- en un momento de ejercer de catalán.

Para no tocar sensibilidades, cambió Altamirano el tercio y preguntó:  
-¿Ha traído Vd. la maqueta del catálogo?

Masó la sacó del maletín y se la entregó al Director diciéndole:

-También traigo otra para la Sra. Ministra, por si tiene a bien leerlo y por si quiere aportar algo. Además, la presentación la dejamos en blanco hasta que no sepamos si Su Majestad quiere que aparezcan una líneas suyas en el preámbulo, o de la Sra. Ministra.

-Me parece muy oportuno –dijo Altamirano hojeando el catálogo, que efectivamente estaba muy bien impreso, con muy buenas fotografías de

algunas de las obras de Gaudí, que acaso su mente tuvo en sus últimos momentos desde aquél 7 de Mayo de 1926 cuando a las seis de la tarde y en la confluencia de Balmes con la Gran Vía de Barcelona, lo atropelló un tranvía-.

-El Maestro falleció el jueves 10 de junio de 1926, algo más de un mes desde el accidente –comentó Masó- y probablemente en esa larga espera hasta entregar su alma, le dio un repaso a su gran obra, de la que nunca presumió, pero que no hay que restarle ni un gramo, por ejemplo, a la grandiosidad sobrehumana de la “Sagrada Familia”, o a la singularidad provocadora de “La Pedrera”, y el gozo y la inspiración de la “Catedral de Palma”, así como la prolongación vitalista y colorista de la naturaleza en el “Park Güell”, que por lo visto dejaron huella e influyeron en el joven Picasso, pues el Maestro usó en los terrados del Parque un innovador método llamado “trencais”, en los que usaba pedacitos de loza o porcelana rotos, pegados sobre argemesa que configuran superficies brillantes y multicolores de formas distorsionadas. Y conocidas son las obras de Picasso en las que emplea la distorsión de sus figuras y motivos. No sería de extrañar que le hubieran servido de inspiración al gran genio de Málaga, lo mismo que posteriormente a Miró.

-Es muy loable por su parte que haga alusión a la ciudad natal de Picasso, pues también hubo épocas en las que se cuestionaron entre otras, cuál fue su lugar de nacimiento, y más de uno defendía que fue catalán.

-Ha habido siempre intereses por adjudicar los lugares de nacimiento de más de algún personaje a lo largo de la historia, y el hecho que Picasso residiera en Barcelona antes de irse a París, no significa que fuese catalán. Eso es lo que nos pierde muchas veces a los catalanes, que hay quien piensa que todo es de, por y para Cataluña. Lo demás no existe. Y eso no es así –dijo Masó-.

En ese instante sonaron unos golpecitos en la puerta del despacho.

-Adelante –dijo el Director, y entró un camarero con la bandeja de los cafés-.

-Buenos días señores –dijo el camarero a la vez que situaba los cafés frente a cada uno, en la mesa central.-.

-¿Leche fría o caliente? –preguntó-.

A lo que ambos dijeron que templada y el camarero así lo sirvió, dejando una jarra de agua y los vasos en la mesa junto a azucarillos y un platito con pastas.

-Gracias José –le dijo el Director-.

-No hay de qué señores –contestó- Buenos días, que aproveche.

-Gracias. Buenos días –contestaron-.

-Las verdad que un buen café es un buen complemento a una buena compañía y da pie para una agradable conversación.

-Quien es francamente muy agradable es su secretaria Esther, además de muy bella. He estado un buen rato en su compañía, pues llegué sobre las

diez al Museo, y me ha acompañado hasta una de las salas del Greco, pues estaba muy interesado en volver a ver un cuadro en particular...-mientras decía esto, removía el azúcar del café-.

Masó no sabía cómo contarle al Director del Museo el episodio del cuadro del Caballero, y por eso se le ocurrió hablarle de la agradable compañía de Esther.

Altamirano que hacía lo mismo con su café, le preguntó:

-¿Y qué cuadro es el que le atrae tanto Masó?

-El Caballero de la mano al pecho –contestó éste, sin dejar de observar de reojo al Director y pudo apreciar el sobresalto que se llevó, que casi estuvo a punto de derramar la taza de café-.

-¿Le interesa el Greco, Masó? –preguntó intentando calmarse-.

-Bueno –contestó- la verdad es que aunque soy un gran admirador de toda su obra, y he estudiado lo que he podido sobre él, y estaba muy interesado en volver a ver el “Caballero”, pues como ya le conté a su secretaria, en mi juventud estuve un verano entero viniendo a ésta casa y copiándolo -(y le fue contando al Director toda la historia), mientras éste recordó entonces lo que decía en el dossier, que el año 62 había sido copiado, o sea que era Masó el copista, y por supuesto se lo sabría de memoria, hasta el más pequeño detalle, que no son muchos en este cuadro, y sabría lo de la firma y la numeración...

Altamirano apenas oía la historia que le estaba contando Masó, sólo pensaba que tendría que salir por algún motivo y preguntarle a Esther, qué es lo que le había contado Masó y si lo había descubierto. Pero no encontraba el motivo de salir como no fuera que tenía que ir al baño, pero estaba en el despacho anexo y no se pasaba al despacho de Esther. Qué dilema, -pensó- ¿qué hacer?, ¿qué decir?, y Masó no dejaba de observarlo aunque se hacía el distraído. -Cambió el café por un vaso de agua-..

¿Y si lo había descubierto?, ¿hasta donde podría contarle de la trama que se había montado a raíz del mensaje de Robín de la madrugada pasada?.

Bebió agua, pues tenía la garganta seca. Tenía que actuar y rápido. Pero no se le ocurría nada. Allí estaba con el vaso en la mano, que volvió a llenar de la jarra, con un pulso más que regular, y casi se lo bebe entero, mientras Masó ya había dado buena cuenta de su café, quien le preguntó:

-¿No toma Vd. café Altamirano? ¿Le ocurre algo?.

-Sí, voy a tomarlo, pero es que tenía la garganta un tanto seca del aire acondicionado y necesitaba un poco de agua –y volvió a coger la taza de café con su mal pulso-.

Estaba intentando tranquilizarse, pero le costaba trabajo, y a punto estuvo de derramarse el café en los pantalones.

No le pasaba inadvertido a Masó el nerviosismo del Director, pero era más prudente no hacer la más mínima alusión, aunque la situación se estaba poniendo un tanto incómoda, y tendría que buscar otro tema para salir del paso. Pero volvía a pensar lo mismo, su obligación era comentarle



al Director su descubrimiento con su ordenador al hacerle el escáner, aunque quizás se tendría que haber quedado quieto, pero su curiosidad pudo más, y por eso le hizo la prueba delante de su secretaria.

-¿Por qué no le da un repaso al Catálogo que le he traído, antes de que nos veamos con la Sra. Ministra?, y si encuentra algo que convenga cambiar lo comentamos –le dijo Masó con idea de darle un respiro y darse él también un tiempo para pensar mientras tanto cómo abordar el tema-.

-De acuerdo –dijo Altamirano abriendo el Catálogo y empezó por la primera hoja a leerlo aparentemente, aunque en realidad seguía dándole vueltas a la cabeza haciéndose un sinfín de preguntas a las que no encontraba respuesta-.

Si al menos llamase Esther por teléfono –pensaba- pero sabía bien que su secretaria procuraría no molestarlo estando reunido.

¡Ya está!, le diría que por casualidad ayer por la mañana descubrieron la falta de firma y numeración, sin hacer referencia al aviso y posterior mensaje de Robín, y así saldría de dudas si había notado algo extraño en la tela.

-Sr. Masó, estoy un tanto sorprendido –dijo dejando el Catálogo sobre la mesa- por la coincidencia que se ha producido con el cuadro del Caballero de la mano al pecho y su visita. ¿ha notado Vd. algo que le haya llamado la atención cuando observaba el cuadro?, que por otro lado pienso que lo conocería muy bien después de haberlo copiado durante un verano como me dijo.

-Me alegro que me lo pregunte, porque la verdad, no sabía bien como comentarle mi descubrimiento cuando estaba frente al cuadro junto a su secretaria. Un momento antes de venir para su despacho le dije a Esther que quería comprobar un detalle con éste ordenador portátil.

Y diciendo esto sacó de su maletín el ordenador portátil, que puso en marcha y buscando el archivo que acababa de crear con el nombre del Greco, le dijo a Altamirano:

-Por favor, vea esto. –y acercando el ordenador frente a Altamirano y sentándose a su lado le mostró la pantalla, en la que no aparecía nada más que el color de la zona donde presuntamente tenían que estar los números uno uno tres seis, y pasando de archivo le mostró la zona donde también debería de verse la firma.

-¿Qué le parece? –preguntó Masó.

-¿Qué me parece el qué?, si no hemos visto nada más que el color oscuro.

-Pues eso precisamente, es lo que quiero demostrarle Altamirano. Éstos dos archivos pertenecen a las zonas del cuadro donde deberían estar el número y la firma, y lo que he hecho es un escáner de ambas zonas, por si el polvo o algún elemento lo habían ocultado, y el escáner sale negativo. Ahí no hay símbolos de autenticidad, han desaparecido, no están ocultos, o sea, que no existen. Lo cual es extrañísimo ¿no cree?

-Sí, por eso le decía lo de la coincidencia, o mejor dicho de las coincidencias. Me explico. Resulta que ayer mismo descubrimos la ausencia de los dos símbolos del cuadro. Como comprenderá nos produjo sorpresa y preocupación, imagínese, que no sabemos desde cuándo está el cuadro en esa situación, y al ser día de visita no podíamos descolgar el cuadro para llevarlo al laboratorio para estudiarlo. Si hubiese sido así, Vd. sabe que habríamos llegado a la misma conclusión que ha llegado con su portátil. Creo que ha sido providencial que haya sido Vd. el experto que llegara hoy al Museo y se interesase por el Caballero. Sigue siendo para mí un misterio cómo se ha producido ésta pérdida de los símbolos, y que el escáner demuestra que no están ocultos.

-Lo que me preocupa, sinceramente Masó –continuó Altamirano- es el hecho de tener que llevar el cuadro al laboratorio nuestro y el informe previo que tendré que emitir dando cuenta de los antecedentes que se han producido, pues una obra de ésta envergadura e importancia que es un Patrimonio Nacional por sí misma, tiene un seguimiento por parte de la Fundación del Prado, que cuando se divulgue la noticia, cosa muy difícil de evitar por otro lado, no sé que explicación voy a buscar para justificar lo que no es justificable. Por eso Sr. Masó, habrá notado que me he puesto un tanto nervioso cuando Vd. me ha empezado a hablar del Caballero.

-Sí, efectivamente lo he notado y ahora comprendo, -dijo Masó- pero no se preocupe, que no comentaré lo más mínimo, y se me está ocurriendo que quizás podría ayudarle, aunque no fuera la solución perfecta.

-¿Cómo podría ayudarme Masó?

-Si me da una buena reproducción del cuadro, creo que lograría volver a dibujar y pintar los símbolos, para que a Vds. le de más tiempo de investigar lo sucedido.

-Me parece un tanto arriesgado, y no es que no me fie de sus habilidades, pero tenga en cuenta además que ayer a primera hora de la mañana lo puse en conocimiento de la Ministra, con la que tuve una reunión a las nueve en su despacho acompañado por el Jefe del Departamento de Seguridad del MIC.

-Eso ya complica la situación, pues no es lo mismo que sólo lo sepan Vd. y su secretaria, que ya esté al corriente la Sra. Ministra y un Jefe de Departamento del MIC.

-Además de un Inspector del MIC, que está investigando.

-Pues peor me lo pone –dijo Masó- en fin, yo le propongo una restauración secreta, Vd. verá si lo debe saber alguien más.

-Hombre, yo me quedaría más tranquilo si se lo decimos a la Ministra hoy aunque le demos la comida.

-Como Vd. diga –contestó Masó- pero por si se hace me haría falta un material, que si quiere se lo escribo para que lo traiga su secretaria.

-Me parece muy bien –contestó Altamirano-.

Y Masó tomó un folio de su maletín y escribió una serie de elementos que necesitaría, y le entregó la nota a Altamirano, que la leyó y llamó a Esther.

Cuando entró en el despacho le dijo el Director:

-Esther haga el favor de ir a Macarrón y nos trae el material que tiene ésta nota, y dígame a su auxiliar que si llama la secretaria de la Sra. Ministra para decir la hora de la comida, que me llame a mi móvil, pues nosotros nos vamos ahora para el Casón del Buen Retiro para que lo vea el Sr. Masó.

-Ahora mismo Sr. –dijo Esther saliendo, y llamó a su auxiliar y le dio el recado-.

Una vez que hubo salido la secretaria, volvió el Sr. Altamirano sobre el tema, diciendo:

-Aunque sea reiterativo, Masó, ¿cree Vd. que podrá reproducir dichos símbolos sin que se note que es un añadido?

-Si le parece Altamirano, con el material que va a traer Esther y una buena reproducción en color que me tiene que proporcionar, puedo hacer prácticas todo el fin de semana, a partir de que terminemos con la comida de la Sra. Ministra. Y ya una vez en casa de mi madre, que es donde pensaba hacer una pruebas con el portátil, por eso lo he traído, ya que tenemos un par de cuadros que también han perdido las firmas y voy a investigar con el escáner si están ocultas o se han borrado, ya relajado haré todos los ensayos que hagan falta. Por cierto, ¿cuándo podríamos hacer la prueba?

-Si no le viene a Vd. mal, el lunes no se abre el Museo al público, y sería el momento ideal, pues estaríamos solos para intentarlo ¿no le parece?.

-De acuerdo, pues a primera hora del lunes nos vemos aquí, y ya le mostraré las pruebas que he hecho, y Vd. me dirá si lo intento o no. Creo que lo más fácil sería empezar por la numeración. Por favor búsqume la reproducción –le pidió al Director-.

-Voy a llamar a la señorita de la entrada para decirle que traiga varias reproducciones del cuadro del Caballero en color de las que venden en las tiendas de la entrada del Museo.

-No, - dijo Masó- no se arriesgue innecesariamente. Deje que baje yo mismo y la compre como si fuese un turista más. –Y se levantó diciendo: ahora vuelvo.

Bajó Masó a la entrada, y en una de las tiendas eligió una buena lámina en color del cuadro del Caballero, y la compró. Subió de nuevo al despacho del Director y le dijo sentándose a su lado:

-Fíjese qué buena es y lo bien que se aprecian la firma y los números.

-Efectivamente, -le contestó Altamirano- creo que le puede servir de mucha ayuda.

-Sólo tengo que calcular la escala para que el tamaño sea el correcto, pero eso ya lo haré en casa. ¿Cuáles son las medidas del cuadro Altamirano?

-Ochenta y uno por sesenta y seis.

Masó lo anotó en un folio, que guardó en su maletín, y le dijo al Director:

-Altamirano no se preocupe, que el lunes, pasado mañana, creo que estará resuelto, y podrán Vds. descansar. Lo único que le pido es que debe Vd. preparar dos caballetes para poner el cuadro totalmente horizontal, y prepare una mesita auxiliar para los pinceles y pinturas, así como sería de mucha utilidad un secador de los que usan las señoras para el pelo, para ir secando la pintura cuanto antes y unos trapos muy limpios.

-Descuide que el lunes a primera hora todo lo tendrá dispuesto, pues yo mismo me llevaré todo lo necesario a la sala X B. No nos molestará nadie pues sólo hay servicio de limpieza y no entrarán en la sala. Estaremos solos, no habrá testigos.

-Sé que no es muy ortodoxo lo que pretendemos hacer, pero no se me ocurre una idea, no digo mejor, si no diferente. ¿A Vd. se le ocurre otra? – le preguntó Masó-

-Pues la verdad que no se me ocurre nada. Lo único que pienso es la duda que vamos a tener a partir de entonces, y me imagino que le ocurrirá lo mismo a la Sra. Ministra y al Jefe de Departamento del MIC, y a su Inspector es si el cuadro es el auténtico o no. Quiera Dios que no aparezca el original algún día en alguna sala de subastas del extranjero, pues entonces estaremos perdidos con el escándalo que se puede formar.

-No obstante, -dijo Masó- el lunes si le parece, lo primero que puedo hacer, es volver a hacerle otro escáner, ya con el cuadro horizontal, por si descubrimos algún indicio de que los símbolos que buscamos están debajo de alguna pátina que se haya formado, pero me pregunto ¿cómo se ha podido formar?. Es un misterio. En fin vamos a esperar hasta el lunes y a ver qué descubrimos, pues trabajaremos con más calma.

-Ojalá tengamos suerte –dijo Altamirano con su cara de mucha preocupación, y luego dijo: si le parece nos vamos al Casón para que Vd. vea el espacio para la exposición.

-De acuerdo –dijo Masó- dejó aquí mi maletín y después lo recojo junto al material que traiga Esther.

Y se levantaron los dos y salieron. Todavía no había vuelto la secretaria y en su lugar había otra chica sustituyéndola, a la que le preguntó el Director:

-¿Le ha dado Esther el recado por si llama la secretaria de la Sra. Ministra?

-Sí Sr. -le respondió ésta-

-De acuerdo, nos vamos al Casón. Llámeme si hay algo. –Y salieron los dos-

## CAPÍTULO XIII

### FINIQUITO

Ya de vueltas a su despacho después de traer los materiales de la tienda Macarrón, que le había encargado su Jefe, le dijo su auxiliar a Esther que el Jefe y su acompañante se habían ido al Casón del Buen Retiro con unos planos, y que no había llamado nadie.

Y una vez a solas, siguió Esther con la rutina de su trabajo, ensimismada en sus pensamientos sobre el desarrollo de los acontecimientos, cuando oyó unos golpes suaves en su puerta que la hicieron volver a la realidad.

-Adelante –dijo- y apareció en la puerta Emilio con su máquina de fotos al hombro y una preciosa rosa roja en la mano que ofreciéndosela le dijo:

-Señorita, con mis mejores deseos, le entrego ésta rosa del jardín de su querido Jefe, que le he pedido para Vd. al padre del señorito de la lupa.

-No entiendo nada Emilio –contestó ella-.

-Pues es muy fácil. Le pedí al jardinero de su Jefe cuando salíamos para acá ésta preciosa rosa para Vd. y se la entrego con mucho gusto, es muy fácil – repitió sentándose frente a ella, y añadiendo- y le ruego que lo interprete como una declaración de amor, de un humilde y enamorado admirador suyo.

Esther como si no hubiese oído nada, se levantó y entró en el servicio, volviendo con un jarroncito de cristal con agua donde colocó la rosa, y lo puso junto al ordenador.

-Pablo, el jardinero tiene muy buena mano para las plantas y desde luego los rosales del jardín de mi Jefe son para pintarlos, pero lo que no entiendo es lo del padre del señorito de la lupa...

-Pues que el callado y fiel jardinero -respondió Emilio- tiene un angelito de hijo, Pablito o Pablo Junior, como quieras llamarlo, que es el “presunto” responsable de que tú y yo hallamos hecho las paces esta madrugada de tal forma que no creo que la podamos olvidar, y espero tu respuesta con vehemencia.

-Yo no pienso olvidar nada –dijo Esther, sin hacer caso a los galanteos de él, pues estaba desconcertada, entre el problema del cuadro y la declaración de Emilio, y el recuerdo de la apasionada hora de la madrugada en brazos de aquél hombre que tenía enfrente, y no quería darle a entender lo que le iba entrando por el cuerpo conforme pasaban los minutos, pues se estaba enamorando como una niña de quince años, y añadió- déjate de chiquilladas, que se está poniendo esto al rojo vivo, y veremos a ver cómo termina...

En ese momento sonó el teléfono, pegó un bote porque se estaba poniendo nerviosa y preguntó:

-¿Diga?, ah, hola Lucía, dime –le dijo a la secretaria de la Ministra- de acuerdo, a las catorce cuarenta y cinco en Llardy, Adiós, buen fin de semana. –Y colgó, llamando inmediatamente al restaurante para confirmar la mesa para tres y la hora que llegaría la Ministra, y a continuación llamó al móvil del Director.

-Señor Altamirano, ha llamado la secretaria de la Sra. Ministra y dice que a las catorce cuarenta y cinco llegará a Llardy, ya he llamado para confirmar la mesa para tres y la hora. No ha dicho nada más. Yo voy a aprovechar también para irme a comer. Estaré de vuelta en el Museo a las cinco, por si me necesita. Adiós.

-Sr. Inspector le invito a comer –le dijo a Emilio- y de camino me cuenta su viaje a las Rozas, y yo a cambio le contaré otra historia que no se la va a creer.

Salieron del Museo, y dando un paseo se encaminaron, sin ponerse de acuerdo pues por algo se estaban colando el uno por la otra y la otra por el uno, hacia la cafetería donde habían desayunado esa mañana muy temprano, y se sentaron en la misma mesa. Pidieron primero dos cervezas mientras les traían la carta.

Sin darse cuenta, pues se iban contando los acontecimientos con Lola y el jardinero, y ella con el Sr. Masó, que se habían desarrollado al mismo tiempo, uno en las Rozas y otro en el Museo, dieron las cuatro cuarenta y cinco, después de haber comido y cuando ya estaban saboreando cada uno su café solo, sonó el móvil de Emilio.

-Diga Jefe –era el Jefe del Departamento y a su vez Jefe de Emilio- lo que Vd. ordene Sr. –le contestó Emilio después de estar oyendo un buen rato lo que le comunicó.

-Se acabó, mi Jefe acaba de decirme que me da de plazo hasta el lunes a primera hora, y que a partir de ese momento se archiva el caso “sine día”. Órdenes de “arriba”. Lo van a dar por “finiquito” el lunes a primera hora. Tengo día y medio para terminar la partida de ajedrez. Pues la terminaré, no sería yo si no la termino, y además voy a dar el Jaque yo, si no es mate, por lo menos es jaque.

-¿Cómo es eso? –preguntó ella intrigada- pues se supone que a ésta hora estarán también en la sobremesa la Sra. Ministra, el Sr. Masó y mi Jefe, y lo que no me encaja es la llamada de tu Jefe ahora mismo, si él no asiste a esa comida.

-Probablemente lo habrá llamado la Sra. Ministra, y le habrá dado orden de dar por archivado el caso, lo cual me intriga un tanto, pues algo que desconocemos se ha tenido que producir para que mi Jefe, haya sido tan tajante, diciéndome que lo olvide todo y que puedo recoger. La verdad, no me gusta que me aparten de un tema que aún no está resuelto y quedarme a dos velas. Mi jefe me conoce lo suficiente como para saber que no me quedo conforme, y por supuesto no lo voy a dar por terminado. Por cierto Esther –le preguntó- ¿tienes la nota de lo que has retirado de Macarrón?.

-No, la he dejado en el despacho, junto con la bolsa de la tienda –respondió ella- y la verdad no la leí, si no que se la entregué al encargado y me dijo que iba en la bolsa, y qué tonta que no se me ocurrió leerla ni tampoco el vale que firmé, cuya copia también dejé dentro de la bolsa. Todo está en el despacho de mi Jefe.

-Pues nos vamos para allá, a ver si llegamos antes que él, y le puedo echar un vistazo, por si saco algo en limpio –le dijo Emilio-.

-¿Y qué piensas hacer –le preguntó ella-.

-Pues aunque ya puedo recoger mi bolsa del despacho, voy a seguir investigando por mi cuenta. No te preocupes.

Esther pagó las comidas y salieron, volviendo al despacho de ella y entrando en el del Jefe comprobó que aún no había regresado. Salió con un folio en la mano que se lo entregó a Emilio diciéndole.

-Léelo rápido antes de que vuelva.

-Emilio leyó en voz alta: pinceles de varios números, disolvente, aguarrás, tela para óleo, espátula, fijador, varios tubitos de pinturas de diferentes colores de la marca Rembrandt, una paleta pequeña de madera barnizada. ¿Pero para qué quiere esto tu Jefe con tanta prisa? Y ¿es ésta la letra de tu Jefe?

-No esa letra no es la del Director, tiene que ser la del Sr. Masó, y desde luego no me explico lo que pretenden –dijo Esther-.

Trae, le dijo ella, tomando de nuevo la hoja y se fue para el despacho de su Jefe para meterla en la bolsa, y al volver le dijo Emilio:-

-Esther, ¿podrías darme el teléfono de casa de tu Jefe?.

-¿Para qué lo quieres?, si ya has oído al tuyo y te ha liberado. No seas tonto y desentiéndete y olvídate del “Caballero”, y de todo lo demás. Si tu Jefe le ha dado finiquito al asunto, sus motivos tendrá, no quieras tú saber más que él ¿no te parece?.

-Pues no me parece. Ni me puedo olvidar del Caballero, y ni mucho menos de todo lo demás, como dices, pues para mí todo lo demás es nuestra “reconciliación” a las cinco de la madrugada, y eso como comprenderás, no lo voy a olvidar, es que ¿acaso a ti se te ha olvidado y no quisieras repetirlo? –preguntó él como si tuviese dieciocho años-.

-Ya hablaremos de eso cuando le demos la vuelta al Retiro el domingo 8 de octubre, no me seas impaciente –le contestó Esther que le latió el corazón pensando en ese día.

-Bueno, -dijo Emilio- voy a recoger mis cosas –y se dirigió al despacho anexo, guardó sus pertenencias en su bolsa, y abriendo un cajón de la mesa cogió los siete folios donde estaba impreso el mensaje que había enviado Robín esa madrugada, y también los guardó-.

Regresó al despacho de Esther y le volvió a preguntar:

-Entonces, ¿me das el teléfono de las Rozas de tu Jefe, o lo busco en la guía?

-Eres un tanto cabezota, no me importa dártelo, pero ¿para qué lo quieres? Si te han dicho que el asunto termina el lunes.

-Terminará para ti, pero no para mí –le contestó Emilio-.

-Ya el domingo que viene cuando nos veamos en el Retiro para nuestra carrera, te contaré cómo se ha desarrollado la semana y te pondré al día de los acontecimientos.

-Vale, pero dame el teléfono.

-Toma cabezón –y tomando un bolígrafo se lo anotó en un posi que le entregó y él guardó en su cartera-.

-Gracias, y no te preocupes. No es la primera vez que un caso lo termino yo a mi manera, pues si no es así, parece que no estoy haciendo bien mi trabajo.

-Tú has hecho bien tu trabajo, y no olvides que somos unos mandados y nos limitamos a cumplir órdenes, sobre todo tú que eres funcionario y tienes unos cuantos por encima que son los que deciden y ordenan. Tú has cumplido, no te compliques la vida. Y conmigo, has cumplido maravillosamente... -dijo Esther con cara de pícaro-.

-No sabes lo que me alegro –dijo él con una sonrisa- y gracias por el consejo, pero precisamente una de las cosas que no soporto en mi profesión y en el trabajo del funcionario, es que se crean en el derecho de que tú sólo estás para cumplir órdenes, y no puedes tener iniciativas propias y actuar un tanto por tu cuenta, siempre claro está, bajo tu responsabilidad, pero caramba, necesitamos un poco de autonomía, sin salirnos de la ley, pero ya está bien eso de ir tapando patinazos de algunos jefes con nuestro silencio y nuestra discreción. Que a la hora de las medallas y las “bufandas” de Enero sólo se acuerdan de los mismos todos los años.

-¿Qué es eso de las bufandas? –preguntó Esther-.

-Se le llama “bufandas” en los Ministerios, a una más que sabrosa gratificación que se reparte a algunos privilegiados, que siempre son los mismos, a mediados del mes de enero, dicen que para salvar la famosa “cuesta” de ese mes. Y a los demás, que nos parta un rayo. La bufanda además de quitar el frío de enero, tapa unas cuantas bocas...

-Pues aquí no conocemos más bufandas que las nuestras –dijo ella-.

-Eso es lo que tú no sabes –le contestó Emilio-.

-Pues me dejas intrigada, ya procuraré yo enterarme cuando llegue el invierno.

-No sabes tú bien las “intrigas” que hay, y si además de vez en cuando se te presenta un caso como el del Caballero, en el que de un plumazo, o mejor dicho desde un móvil te dejan fuera de órbita como con la llamada de mi Jefe cuando estábamos en la cafetería, se te revuelve algo dentro que te hace pensar en coger el rábano por el rabo, y aunque sea por incordiar y sacarle los colores a algún personaje, tiras por la calle de en medio y te pones a llegar hasta el final una investigación a la que te han llamado con



toda urgencia, y luego con la misma urgencia te apartan veinticuatro horas más tarde. No hay derecho: Te tocan una fibra sensible dentro de tu profesión, y te sientes utilizado como hombre-objeto según los vaivenes de los políticos, que te están utilizando siempre en su propio provecho.

-Estoy de acuerdo contigo Emilio –comentó Esther pero no piensas que te puede salpicar y perjudicar, ¿estando como está la Sra. Ministra enterada del tema?.

-Pues que me salpique, caramba, que ya está bien de creerse unos semidioses en posesión de la verdad.

-Sólo pretendo advertirte para que no tengas que arrepentirte cuando ya sea tarde –le contestó Esther-.

-Te agradezco tu interés, pero cuando se me mete algo en la cabeza no paro hasta no dar con lo que yo estimo que es la verdad y el origen, y voy a buscarlo.

-Bueno Emilio. Sólo te deseo suerte y te espero el domingo 8 de octubre en la Puerta de Felipe IV del Retiro, en Alfonso XII a las ocho de la mañana, y ya me contarás después del desayuno tu odisea.

-Yo espero que después del desayuno tendremos otras cosas que contarnos y que hacer, y que no nos fastidie el día...

-Anda, vete con Dios y que te coja confesado, y dame el número de tu móvil por si te tengo que llamar o enviarte un mensaje, si me entero de alguna novedad.

Y Emilio se lo anotó en un posi, y a cambio le pidió el suyo a ella, y lo metió en su móvil. Ella se levantó ...

Y aprovechando que estaban muy solos en el despacho se despidieron con larguísimo y apasionado beso en los labios, abrazo incluido, que dada la temperatura que estaban adquiriendo, si no llega a ser por que estaban los dos vestidos, no hubiese sido extraño que un cuerpo se hubiese fundido con el otro, formando un todo-uno como la famosa estatua de Rodin, que hubiese sido digna de exponer en el Museo, para deleite y ejemplo de la concurrencia, como muestra de lo que realmente es una representación de un sano, limpio y natural erotismo, frente a tanta basura que por desgracia tenemos que soportar ya no sólo en la Televisión si no en la calle, pues parece que algunas parejas están descubriendo el mundo cuando se recochinean sólo con el ánimo de ofender y molestar, pues hoy día se ve cada espectáculo, que en privado podrá ser, pero en público no sabe uno para dónde mirar.

Una vez concluida la amorosa despedida, salió Emilio del despacho y del Museo y dando un paseo llegó a su apartamento de la plaza de Santa Ana, y en un santiamén se metió en la ducha, y después puso un rato la televisión para hacer tiempo antes de tomar algo como merienda-cena e irse a la cama pues ya notaba el cansancio y la falta de un buen sueño, aunque a lo mejor saldría a la calle a cenar algo. Ya vería.

Para que no se le hiciese más tarde, llamó a casa del Sr. Altamirano.

-¿Diga? –respondió una voz femenina.

-¿Lola es Vd? –preguntó-.

-Sí, con quien hablo?

-Lola soy Emilio Cabrera, ¿qué tal cómo está Vd?

-Bien, gracias, ¡ah!, D. Emilio, cuánto me alegra oírlo, ¿en qué puedo servirlo?.

-Verá Lola ¿me podría dar Vd. el teléfono de Pablo?, pues le dije que lo llamaría y se me olvidó preguntárselo.

Al momento y de memoria, le dictó dos teléfonos, uno de ellos móvil y el fijo.

-Ya a ésta hora debe estar en su casa, pero los domingos no suele trabajar en jardines, ya que sale temprano a darse una vuelta con unos amigos también jardineros.

-Gracias Lola, lo llamaré ahora mismo, he tenido mucho gusto en conocerla.

-Igualmente D. Emilio. Buenas tardes.

-Adiós –dijo Emilio y colgó el teléfono-.

Lo volvió a coger y marcó el segundo teléfono que le había dado Lola.

Al poco rato descolgaron preguntando:

-¿Quién es?

-¿Es Vd. Pablo?

-Sí, dígame, ¿con quien hablo?.

-Pablo soy Emilio, que esta mañana hemos desayunado juntos en casa del Sr. Altamirano con Lola y el conductor.

-Ah, sí D. Emilio, ¿Vd. dirá?

-¿Se acuerda que le dije que me gustaría conocer a su hijo?, bueno pues acabo de llamar a Lola que me ha dado sus teléfonos, y lo llamo por si éste fin de semana, en algún momento podría conocerlo y charlar un rato con él, pues sería interesante escribir algo relacionado con sus actividades siempre que no le importe, y a lo mejor hasta le venía bien para su búsqueda de trabajo. ¿Podría ser?.

-Yo creo que no tendrá inconveniente, lo que no sé es el plan que pueda tener para éste domingo con su novia.

-Bueno, si le parece a Vd. se lo comenta y si no le importa me llama para quedar cuando él pueda. Yo tengo todo el domingo libre de trabajo y me puedo desplazar donde vivan Vds. o a una cafetería. Donde os venga bien.

-Vivimos en calle Peñascales 15, que está al final de Goya cruzando Doctor Esquerdo, y en la esquina de Goya con Esquerdo hay una cafetería que está tranquila.

-Me parece estupendo Pablo, espero su llamada. Si no estoy por que saldré a dar una vuelta, lo deja grabado en el contestador. ¿Tiene para apuntar?, tome nota de mi teléfono, y se lo dictó.

-Muy bien D. Emilio, muchas gracias.

-Las gracias a Vd Pablo. Adiós.

-Adiós D. Emilio.

Y colgaron ambos.

Sacó Emilio los folios del mensaje de Robín que había cogido sin decirle nada a Esther, y empezó a leerlos de nuevo, pensando en cómo abordar el tema cuando se viese con Pablo Jr.

## CAPÍTULO XIV

## LLARDY

Mientras Esther y Emilio comían en la cafetería, muy cerca de allí, y a las catorce cuarenta y cinco llegó puntual la Ministra al restaurante donde ya esperaban el Sr. Altamirano y el Sr. Masó.

El Director del Prado hizo las presentaciones, y tomaron asiento en un reservado.

La Ministra pidió un vaso de agua y los caballeros sendas cervezas, mientras tomaban unos canapés y leían las cartas que un solícito Maitre les había entregado, después de saludar a la Ministra pues se notaba que ya se conocían. Igualmente, saludó muy atentamente a los caballeros.

Cuando le entregó la carta el Maitre le dijo la Ministra:

-Ya conoces mis preferencias, así que me pongo en tus manos y lo que me sirvas está bien pues hoy es sábado y ya he trabajado bastante en el Ministerio, así que prefiero que me sorprendas.

-Gracias Ministra, ya verá cómo le agrada lo que le vamos a servir, ¿y los caballeros?

Y ambos se miraron y cerrando las cartas se las entregaron al Maitre, y dijo Altamirano:

-Nos parece que nos vamos fiar de la Ministra y de Vd., así que, lo que nos traiga será bienvenido.

-Así da gusto Sres. más fácil no se puede hacer. Gracias

-¿Y de bebida Sra?

-Voy a seguir con agua, gracias.

Y mirando a los caballeros, ésta vez fue Masó el que indicó:

-En vista que la comida es una sorpresa, creo que también Vd. debería elegir el caldo, no vaya a ser que nos equivoquemos en la elección a priori.

-No se preocupen que el caldo de los Sres. estará de acorde con lo sólido.

Y se retiró el Maitre sin tomar una sola nota.

La Ministra inició la conversación diciendo:

-Sres. espero que hayan aprovechado la mañana organizando los pormenores de la exposición, aunque todavía es un poco prematuro para pormenores, pero por lo menos tendréis ya un bosquejo del programa y del contenido.

-Ministra –respondió Altamirano- el contenido ya lo tiene organizado nuestro querido Comisario el Sr. Masó, nos falta quizás ver cuándo será la fecha más oportuna, y el tiempo de duración que son dos detalles que deseamos nos indique Vd.

-Respecto a la fecha, creo que sería bueno hacerla coincidir con la Feria del Libro del año próximo –dijo la Ministra- pues sería interesante que aparecieran en los stands bibliografía sobre Gaudí, aprovechando la

ocasión. Con lo cual los librereros estarían más satisfechos, y la Feria le haría propaganda a la Exposición y viceversa.

-No se le escapa a Vd. nada Ministra –comentó por primera vez Masó-tiene Vd. buena vista comercial.

-Bueno lo mío no es el comercio –contestó- pero nunca viene mal que no nos olvidemos de la economía, que es la que lo mueve todo, ¿no cree Vd. Masó?.

-Efectivamente Ministra, es muy importante.

Se acercó un camarero con las bebidas y unos aperitivos que colocó en la mesa, y se dispusieron a picotear antes de la comida.

-Respecto al programa, y concretamente a la inauguración –hablaba Altamirano- ésta mañana hemos coincidido en lo oportuno que sería que los Reyes la inauguraran, con la asistencia del Presidente del Gobierno y el Presidente catalán, ¿sería posible?.

-Teniendo en cuenta los protocolos respecto a inauguraciones –contestó la Ministra- pienso que sería efectivamente muy importante que Sus Majestades la realizaran, y por supuesto con la concurrencia de los Presidentes, pero eso ya se me escapa de mis atribuciones, aunque por regla general cuando inauguran los Reyes, no suele asistir el Presidente, pues se comparte el protagonismo. Se lo comentaré en breve al Presidente que a su vez se pondrá en contacto con el Jefe de protocolo de la Casa del Rey a través de sus funcionarios.

-Ha traído el Sr. Masó una maqueta del magnífico Catálogo que han confeccionado, para que Vd. lo vea y lo revise –comentó Altamirano-. Las primeras páginas están reservadas para unas letras de Sus Majestades y tuyas si le parece bien, y le rogamos que cuando lo decida nos lo comunique para iniciar la tirada, una vez que conozcamos la fecha para inaugurar. La duración pienso que podría ser de un mes, o el tiempo que haga falta, pues el Casón no está comprometido por ahora, hasta que no se decida la de Gaudí. Si le parece Ministra, en la sobremesa le podemos dar un repaso, ¿le parece?.

-De acuerdo Altamirano –contestó la Ministra-.

Se acercaron tres camareros con un plato cada uno sobre bandeja y los dispusieron a la vez frente a cada comensal con movimientos precisos y perfectamente sincronizados, inmediatamente apareció el Maitre que solemnemente anunció, mientras un camarero servía agua a la Ministra y los otros dos el vino a los caballeros:

-Señora, señores me he permitido servirles unas cocochas de merluza en salsa verde aliñadas con un buen vino blanco, y como caldo para los caballeros he decidido un blanco del Penedés que es tranquilo y algo espumoso de uva macabeo y perellado, que creo irá muy bien igualmente con el segundo plato que se está preparando. A la Señora no le servimos caldo, pues sigue siendo fiel al agua de Lozoya.

-Gracias Lorenzo, espero que a los caballeros les guste las cocochas como me gustan a mí –dijo la Ministra-.

-Que les aproveche, muchas gracias –dijo el Maitre retirándose-.

-Bueno –dijo la Ministra- vamos a dar cuenta de las cocochas que como están mejor son calentitas.

E iniciaron la degustación del pescado, y por las expresiones, se notaba que eran del agrado de los comensales.

-Realmente exquisito –dijo el Sr. Masó y el Sr. Altamirano asintió asimismo-.

-A mí no me gusta mezclar la comida con el trabajo, y por eso no me gusta decir comida de trabajo –dijo la Ministra- pues a la hora de trabajar se trabaja y a la hora de comer se come con reposo, que es como sienta bien la comida, sobre todo si es tan sabrosa como ésta, ¿no estáis de acuerdo?.

-Naturalmente Ministra, tiempo habrá de trabajar –contestó Altamirano-.

-Sr. Masó, ¿qué tal la arquitectura catalana? –preguntó la Ministra-.

-Está bastante sana Sra. –contestó- Tenemos una plantilla muy buena de arquitectos, algunos muy vanguardistas, como se demostró en lo que se levantó cuando la Olimpiada, pues ahí está la Villa Olímpica, que es toda una escuela de arquitectura. Hemos sido muy respetuosos con nuestra arquitectura clásica, pero sin olvidar las técnicas modernas, como se pudo demostrar con la reconstrucción que se hizo del Liceo, y esperemos que ya no se vuelva a repetir otro incendio como aquél.

Yo lo viví, y no pude reprimir las lágrimas como si se tratase de una obra mía la que estaba ardiendo. Es lastimoso ver arder una obra de arte como el Liceo, donde tanto arte se ha difundido. Aquí en Madrid también tuvisteis el gran incendio del edificio Windsor de la Castellana, fue también una gran pérdida.

-Desde luego que lo fue –dijo la Ministra-.

-Es tremendo ver caer un edificio –siguió Masó- como las tremendas escenas que nos ofreció la Televisión cuando el atentado de las Torres Gemelas de New York y la cantidad de víctimas que hubo. Desde luego parece mentira la mente tan diabólica que tiene que tener el cerebro de ese atentado. Es el suceso más impactante que hemos vivido nunca desde que tenemos los medios de comunicación tan directos.

Dieron buena cuenta de las cocochas que fue de unánime agrado, e inmediatamente vinieron los tres camareros a retirar los servicios, otro pasó a rellenar las copas de vino y apareció de nuevo otro camarero que colocó en una mesita auxiliar una bandeja que olía a mar. Nuevamente vino el Maitre quien solemnemente dijo:

-Señora, señores no he podido resistirme, máxime después de haber detectado un cierto acento catalán en éste señor –y con un ademán se dirigió a Masó, añadiendo- van Vds. a degustar una langosta cocinada a la catalana –y con un ademán ordenó a los tres camareros que comenzaran a servir los platos-. Aderezada con jamón ibérico, chocolate rayado, brandy

y caldo de carne, que creo va a ser de vuestro agrado. Por supuesto que el vino del Penedés, le va de maravilla.

Una vez servidos los tres platos, se retiró, no sin antes traer otra jarra de agua fresca de Lozoya.

-Gracias, pero esto es demasiado Lorenzo.

-Señora, no se preocupe por el peso, que la langosta no nos aporta gramos en la balanza, y es muy exquisita. Que les aproveche.

-Gracias –respondieron los tres.

-Desde luego lo considero como todo un homenaje a mi tierra, cosa que les agradezco, yo no sé que pensar, pero me da la impresión que Lorenzo estaba avisado de que aquí se iba a sentar un catalán en vuestra compañía –dijo Masó-.

-No creo que mi secretaria Esther, le haya descubierto su identidad, aunque éstos Maitres son muy habilidosos para conseguir información –dijo Altamirano-. De todas formas es todo un acierto, pues no puede estar más exquisita.

-Por supuesto que está extraordinaria –dijo la Ministra- nunca la había probado cocinada de ésta forma. Desde luego en Cataluña tenéis una cocina muy buena.

-Tengo que reconocer que es así, aunque no esté bien que lo diga yo –dijo Masó- pero tenemos variedad y calidad.

La verdad que la comida iba discurriendo a pedir de boca –pensaba Altamirano- y no sabía cómo ni cuándo sacar el tema del “Caballero”, pues se había comprometido con Masó en comunicárselo a la Ministra, pero no era aún el momento ya que no era elegante abordar un tema difícil cuando una comida transcurría con toda normalidad y no era cosa de fastidiarla, pues ya esta mañana le había dado un aviso por teléfono.

-¿No le apetece vino? Sra –le preguntó Altamirano-.

-La verdad es que me he acostumbrado a beber sólo agua, y me va muy bien –respondió- y como no soy entendida en vinos, pues ya no veo el momento de acostumbrarme, y además pienso que no sabría apreciarlo en todo su valor. Es una lástima, pues la cultura del vino es muy difícil, y creo que no sólo con estudiar se puede valorar, hay que beber, y saber beber. Comprendo que es un placer que me estoy perdiendo.

-Bueno Ministra –habló Masó- es Vd. aún muy joven y nunca es tarde para empezar a estudiar y a practicar, sobre todo en un tema tan agradable como es el estudio y cata de nuestros caldos tan variados que tenemos por nuestras tierras. Es todo un mundo la variedad y calidad que hay en todo el país.

Desde luego la langosta a la catalana estaba para chuparse los dedos, que diría un castizo, y así se lo hicieron saber a Lorenzo cuando apareció de nuevo, quien dijo que se lo transmitiría al Chef de cocina, -y a continuación ofreció-:

-¿Les apetece antes de los postres tomar por ejemplo algún tipo de quesos?, tengo un Parmesano, que ya fue cantado por Bocaccio y es exquisito. También el Camembert de pasta blanda, típico de Normandía, que es uno de los quesos más imitados del mundo, o quizás prefieren un Roncal, navarro, o un Serrat, del Pirineo catalán?

- Si me concedéis el turno –dijo la Ministra- propongo catar todos los que ha nombrado a ver si averiguamos cuáles son.

Los caballeros asintieron y Lorenzo salió raudo a dar instrucciones volviendo rápidamente y diciendo:

-Sin ánimo de agobiaros, pero es con idea de ir preparando el postre me vais a permitir que os sugiera la papaya en gelatina de naranja que ya tenemos en el frigorífico y es exquisita ¿les apetece?.

-Tengo entendido que por recomendación de un famoso médico extranjero el anterior Papa tomaba sus buenas raciones de papaya, y se le notó un cambio más que notorio en su salud, claro, esto fue mucho antes del final, que fue tremendo cómo cayó en picado.

-Entonces, no se hable más, creo que hay mayoría absoluta en la mesa –dijo la Ministra- adelante con la papaya.

Llegó un camarero con una bandeja con cuatro platos de los quesos y otro colocó los platos a cada comensal con sus servicios, así como otras copas de vino y apareció de nuevo el Maitre con una botella de Oporto y anunciando:

-No hay nada como un Oporto para terminar una comida y acompañar la degustación de quesos –y él mismo sirvió las copas, esta vez sí le puso primero a la Ministra, que no puso inconveniente-.

-Bueno ya estamos terminando la comida –dijo la Ministra con una sonrisa- así que me puedo permitir un Oporto, pues los quesos son mi perdición y reconozco que el vino portugués se complementa muy bien con casi todos los quesos.

Y dieron buena cuenta de todas las variedades de quesos que habían servido.

Una vez terminado este saliente, trajeron los postres de papaya, que efectivamente estaba muy sabrosa y los tres comensales pidieron café.

-¿Les apetece algún licor en especial o coñac? –les preguntó el Maitre-. Pero todos declinaron la invitación y Altamirano dijo que prefería apurar el Oporto. Igual dijo Masó, pues era ligero y entraba muy bien.

Cuando saborearon los cafés, se atrevió Altamirano y dijo:

-Ministra, nuestro amigo Masó, entre otras materias, es un gran experto en la pintura del Greco, y ¿no se imagina Vd. qué cuadro del Museo ha ido a admirar antes de venir a mi despacho, y que copió en su juventud cuando era estudiante de arquitectura, pues hizo la carrera en Madrid?.

-Siga Altamirano, es muy interesante –dijo la Ministra-.

-Pues fue a hacerle una visita a nuestro amigo el ”Caballero de la mano al pecho”.



-¿Es cierto? –preguntó muy sorprendida e intrigada, e hilando inmediatamente con el asunto que le traía tan preocupada desde el viernes a las nueve de la mañana.

La Ministra interrogando con la mirada a Altamirano, se preguntaba si le habría contado a Masó lo del mensaje de Robín de la madrugada del viernes, esperaba que no hubiese sido tan imprudente, pero todo era posible con el Director en funciones.

Altamirano adivinando los pensamientos de la Ministra, se apresuró a aclarar para tranquilizarla:

-Ministra, no se preocupe, que parece que se ha controlado todo gracias a las artes de Masó, pues aunque no he tenido más remedio que decirle que desde ayer que tuvimos la reunión en su despacho, sólo estamos al corriente del tema de la pérdida de símbolos, Vd., el Jefe de Departamento del MIC, un Inspector, mi secretaria y yo, pues...

Lo interrumpió la Ministra quien con semblante serio le preguntó:

-¿Era necesario que lo supiese su secretaria?

-Quizás la culpa ha sido mía Ministra –dijo Masó- pues me acompañaba la secretaria en mi visita al Museo, cuando le hice una prueba de escáner al cuadro con mi ordenador portátil, al observar que el cuadro no tenía firma ni numeración. Lo siento quizás tenía que haberme reprimido.

-¿Y qué descubrió Masó?

-Pues que con el escáner se demuestra que ni la firma ni la numeración están tapadas, pues ya sabrá que es como una radiografía, y no aparecen los símbolos. Es todo un enigma, pues no nos explicamos si es que con los años esos signos se han ido perdiendo, pues ocurre a veces que la firma no suele ser muy elaborada y se suelen hacer unos rasgos con óleo más diluido con disolvente, y la consistencia es menor que el resto de pintura del cuadro. Lo raro es que se pierdan tanto un signo como otro, pues los números si estaban más marcados, como se puede apreciar en la reproducción.

-El caso es Ministra –intervino Altamirano- que el Sr. Masó se ha ofrecido a restituir tanto la firma como los cuatro números, y si Vd. nos autoriza, el lunes que no se abre el Museo al público, puede hacerlo, para lo cual va a practicar éste fin de semana con el material que hemos comprado en Macarrón y con una muy buena reproducción en color del cuadro. Sólo lo acompañaré yo, para que no haya más testigos.

-¿Está seguro Masó que podrá conseguirlo? ¿no es muy arriesgado? –preguntó la Ministra un tanto preocupada, y todavía sin saber si Altamirano le había puesto en antecedentes del chantaje que pretendía Robín, y que por supuesto ella no podía arriesgarse a preguntárselo directamente.

-Creo que lo conseguiré –dijo Masó- aunque lo primero que quiero hacer el lunes, siempre que lo autorice, es poner el cuadro horizontal sobre dos caballetes, y volver a hacerle otro escáner pero más despacio, por si se aprecia algún indicio de pintura en alguna de las dos zonas del cuadro, pues

puede ser que al hacerlo con el cuadro colgado y más bien deprisa, haya dejado alguna parte que no se ha escaneado bien.

-No sé, no sé –dijo la Ministra- me da un poco de miedo. El caso es, que hay que tomar una determinación, y hay que tomarla ahora, pues el martes cuando se vuelva a abrir el Museo éste asunto tiene que estar zanjado. Adelante pues Masó, espero que tenga Vd. buena mano, y si en su día copió Vd. al Caballero creo que ahora será igualmente capaz de reproducir cuatro dichosos dígitos y la firma, que espero que no fuera muy complicada. –Y después, dirigiéndose a Altamirano le dijo:-

-Haga Vd. el favor de llamar al Jefe de Departamento del MCI, y dígame de mi parte, que muchas gracias, pero que el asunto quedará resuelto el lunes por la mañana, que suspenda la investigación y se olvide del asunto.

Y luego dirigiéndose a Masó le dijo:

-Sr. Masó, si es Vd. capaz de resolver este problema, tenga la seguridad que el Ministerio se lo va a agradecer con creces, no le quepa la menor duda.

-Muchas gracias Sra. pero me doy por satisfecho si lo consigo y le presto un servicio al Patrimonio de éste país. Tendremos que agradecerse a Gaudí, que gracias a él estoy aquí en Madrid con tan grata compañía.

-Solamente le pido –continuó la Ministra- que nunca trascienda ni lo que hemos hablado aquí, ni lo que Vd. va a hacer el lunes en el Museo.

-De eso puede Vd. estar segura Ministra –afirmó Masó-

-Muchas gracias, y para celebrarlo habrá que brindar y tintineó una copa para que entrase el Maitre, diciéndole:

-Lorenzo, por una vez y sin que se entere nadie, me voy a tomar una copa de Cava catalán con éstos señores, para terminar bien lo que bien empezó.

-Ahora mismo Sra. –dijo Lorenzo-

Y dirigiéndose a Altamirano le volvió a decir:

-Por favor Altamirano, llame ahora mismo a Marcelino de la Mano, no espere para más tarde.

Y Altamirano se levantó y sacando su móvil salió del reservado para hacer la llamada buscando otro reservado que estuviese vacío, para hablar más tranquilo.

Volvieron los camareros con un cubilete de hielo y una botella de buen Cava y las copas para los tres que dispusieron en la mesa. Y dijo la Ministra:

-Vamos a esperar que vuelva Altamirano para brindar.

Y a los pocos minutos volvió Altamirano, que le dijo a la Ministra:

-Su orden ya está dada. Le he agradecido de su parte la colaboración prestada y que le transmita a su agente la orden, pues el lunes a primera hora queda resuelto el tema.

-Bueno, a primera hora no sé si habré terminado –dijo Masó- no quisiera tener que trabajar contra reloj, si no que espero conseguirlo a lo largo de la mañana, o de la tarde si es necesario.

-Por supuesto Masó –dijo la Ministra- tiene Vd todo el lunes para su trabajo.

-Gracias Sra –contestó Masó-.

Y al tintinear de nuevo una copa, entró Lorenzo a quien le dijo la Ministra:

-Cuando Vd. quiera Lorenzo.

Y el Maitre tomó la botella de Cava que descorchó y sirvió empezando por la Ministra, seguida de Masó y por último Altamirano.

-No hace falta que nos levantemos –dijo la Ministra y levantando su copa dijo- brindemos por el éxito de la exposición Gaudí.

Y tintinearón sus copas al brindar dando buena cuenta del rico Cava.

Y Altamirano que tenía más cerca la botella volvió a llenar las copas, sin que pusiera ningún impedimento la Ministra, y alzando su copa dijo:

-Sra. Ministra, Sr. Masó permítanme un nuevo brindis por el venturoso y a la vez oportuno viaje del Sr. Comisario de la Exposición Gaudí y por su éxito que estoy seguro que tendrá el próximo lunes en el Museo.

Y volvieron a brindar y a apurar sus copas, creándose ya ¡al fin! Un clima más distendido en la sobremesa.

-Bueno –dijo Masó- creo que me toca a mí, y tomando la botella que le entregó Altamirano, volvió a llenar las copas, y al alzar la suya dijo:

-Os agradezco vuestra confianza en mí y os deseo toda clase de venturas en vuestros cometidos, y como catalán os doy las gracias por vuestra acogida en la capital del Reino que espero sea el principio de una buena amistad. Por el Greco y el Caballero.

-Por el Greco y el Caballero, -respondieron la Ministra y Altamirano- y apuraron los tres sus copas.

Y así fueron dando buena cuenta de la botella de Cava, a la que aún le quedaba un tercio, y era una pena que se le fuera la presión, por lo que la Ministra, un tanto entonada, la cogió y volvió a llenar diciendo:

-Por nosotros, y, ¡viva la papaya!

-¡Viva! –respondieron los caballeros.

Y entró la última copa, lo mismo que entraron los bombones que también había traído Lorenzo, con la misma facilidad que entró la primera. Y así se escribe la historia de una comida muy personal de tres personajes unidos por el arte de la arquitectura de Gaudí y la pintura del Greco.

-¿Quién paga ésta suculenta y extraordinaria comida? –preguntó la Ministra-.

-El Patrimonio Nacional, Ministra, el Patrimonio Nacional, con sus fondos “reservados” –dijo Altamirano sacando una Visa VIP de Oro y llamando a Lorenzo.

Eran ya casi las cinco de la tarde cuando se levantó la Ministra de su asiento, y pidiendo disculpas se dirigió al lavabo. Se levantaron a su vez los caballeros y aprovechó Masó para decirle a Altamirano:

-No se olvide el lunes del secador con una alargadera para ir secando rápidamente conforme trabajo. Si le parece bien estaré en el Museo sobre las ocho y media en la puerta de Goya.

-No se preocupe, que aunque yo llegaré antes para prepararlo todo, bajaré junto a la estatua de Goya para acompañarlo y pasar por donde está el guardia de seguridad, que aunque está cerrado el Museo para el público, en cada puerta disponemos de un guarda de seguridad.

Al momento volvió la Ministra quien se despidió de ambos y del Maitre dándole la enhorabuena por la comida, quien le contestó:

-Las gracias a Vd. y a sus acompañantes por honrarnos con vuestra visita, siempre a sus órdenes. Buen fin de semana.

-Gracias, igualmente –respondió la Ministra, y volviéndose a Altamirano le dijo-:

-No se olvide de llamarme el lunes cuando el Sr. Masó termine su obra de arte, pues no cabe duda que lo será.

-No se preocupe Ministra, la llamaré. Por favor, tome el Catálogo y cuando tenga tiempo haga el favor de verlo y nos da su valiosa opinión. Que tenga Vd. un feliz fin de semana.

-Igualmente para ambos –respondió ella subiendo al vehículo que la esperaba a la puerta del restaurante.

-Adiós Ministra, encantado –dijo Masó dándole la mano-.

-Igualmente, Masó. Suerte –le deseó la Ministra-.

-Muchas gracias.

Y arrancó el vehículo.

-¿Nos vamos al Museo para que recoja su maletín y la bolsa de Macarrón?

–le preguntó Altamirano a Masó dirigiéndose a su vez al vehículo oficial-.

-Vamos –dijo Masó-.

Y se subieron en el Audi rumbo al Museo.

## CAPÍTULO XV

PABLO JR.

Cuando volvió Emilio a su apartamento después de cenar vio que en el teléfono tenía un mensaje y descolgó para oírlo:

*Don Emilio he hablado con mi hijo, y me dice que mañana tiene plan con su novia, como es lógico, pero que si a Vd. no le importa madrugar, sobre las nueve de la mañana se podrían ver y charlar un par de horas en la cafetería que le dije ésta tarde al final de Goya esquina a Dr. Esquerdo. Si oye Vd. éste mensaje haga el favor de confirmarlo esta noche. Yo lo acompañaré para presentaros y luego me iré a dar mi paseo. Gracias*

Estupendo, -pensó Emilio-. Pablo padre, me deja el campo libre para hablar con su hijo, y cogiendo de nuevo el teléfono marcó el número de Pablo.

Inmediatamente descolgó:

-¿Diga?

-Pablo, buenas noches, soy Emilio. He oído su mensaje y le doy las gracias. Mañana estaré a las nueve en la cafetería que me ha indicado.

-Buenas noches D. Emilio. De acuerdo allí estaremos mi hijo y yo. Hasta mañana.

-Adiós –respondió Emilio y colgó-.

Se fue a su dormitorio y puso el despertador a las siete y media, y volviendo a su estudio puso la televisión justo cuando iba a empezar una película, repuesta por decimoquinta vez, por supuesto, como es costumbre en Televisión en cualquier cadena los fines de semana, para que el televidente alquile películas en un video-club.

Se sentó en su cómodo sillón y se puso a pensar primero en Esther, que lo había enamorado como un chaval, pero es que la verdad, la niña aparte de todos los requisitos que reunía, era un auténtico bombón, y le hacía mucha ilusión iniciar una relación con ella, que podría ser definitiva -¿por qué no?- se preguntó.

Parecía que ella también estaba colándose por él, lo cual le halagaba enormemente su ego. También tenía derecho ¡qué caramba!. Podía ser bonito. De hecho lo había sido hasta el momento, y ¿por qué no seguir así?. Tenía que hacer todo lo posible porque no fuese sólo una aventura, pues otro mirlo blanco no iba a encontrar a su edad. ¡Al ataque!. Se rió a solas de su expresión que había hecho en voz alta.

Y además, ya estaba harto de vivir solo. Este apartamento no lo dejaría por nada del mundo, pues luego la cosa sale mal, no lo quiera Dios, y tenía que tener un refugio. Pero también podría ser su nido, aunque solo fuera un apeadero para cuando viniesen al centro a cenar, al cine o al teatro. Cambiarían de decorado. Si bien el piso de ella en Alfonso XII debe ser fantástico. Vaya barrio y vaya vistas que debe tener.

Nada, nada: ¡Al ataaaaaque!, -y soltó una carcajada que retumbó en el estudio. Su único testigo era la reproducción del “Caballero de la mano al pecho” que con una chincheta tenía en un corcho, donde había otras fotos y un calendario. Y parecía que el Caballero había esbozado una sonrisa como la de la Gioconda, cuando soltó la carcajada.

Bueno, vamos a dejarnos de coña marinera, que mañana tengo que madrugar y trabajar, y además gratis y arriesgando como un torero. Pues la orden recibida de su jefe fue: FIN, aunque le daba de plazo hasta el lunes a primera hora según le dijo, suponía que era por si averiguaba algo nuevo que cambiara el rumbo de los acontecimientos.

Pero él no había llegado al fin de la película, tenía que averiguar hasta donde quería llegar Robín o Pablo Junior. Estaba totalmente convencido que era el autor.

¿Y si él lo negara todo?, como es lo más probable que ocurriera. ¿Y cómo se iba a presentar cuando se fuese su padre?, como ¿periodista o como inspector en servicio?

Tenía que resolverlo antes de que le entrase sueño, cosa que con el rollo de película de la televisión se estaba produciendo, y mañana tenía que ir con las ideas muy claras para la entrevista nada fácil con el muchacho.

Le dejaría que hablase él. Tenía que llevarse la grabadora, pero oculta. Era fundamental. Se levantó y la cogió, cambiándole de pilas por si acaso se alargaba la entrevista..

Ya no podía más, apagó el televisor y se fue directamente a la cama, adelantando el despertador a las siete, media hora antes, para darse una buena ducha que le despejara para tener las ideas claras.

No tardó en dormirse, pues estaba francamente cansado y tenía sueño acumulado, pues la noche anterior apenas había echado una cabezada de una hora después de..

Pero había valido la pena.

A las siete en punto sonó el despertador, y a Emilio le dieron ganas de dar media vuelta y no hacerle caso, pues aunque había dormido de un tirón, pensaba que aún le quedaba algo para completar el descanso.

Pero dio un brinco y apagando el timbre del reloj-despertador, como un autómatas se fue a la pequeña cocina y abriendo el frigorífico sacó una jarra de zumo de naranja y se sirvió medio vaso, que bebió cerrando los ojos, como siempre hacía cuando bebía algo que le gustaba mucho.

Enjuagó el vaso en el fregadero y se fue hacia el cuarto de baño, y quitándose el pijama se metió en la bañera y se dio una ducha que lo terminó de despertar. ¡Qué buen invento!, pensaba mientras se duchaba, es algo que hacía muchas veces casi por rutina, pero desde que estamos en ésta sequía que padecemos, procuraba no excederse en el tiempo para consumir menos agua, pues había que ser solidario. ¿Qué pasaría si llegase a faltar?. No quería ni pensarlo, pero ya había leído que en algunas zonas estaban bajando mucho los niveles de los acuíferos. En fin –seguía

maquinando- tengamos la esperanza que en otoño llueva lo suficiente para aliviar el problema.

¿Cuántas criaturas en el mundo se morían por falta de recursos y de agua?, le daba escalofríos pensarlo, porque a veces no valoramos y no queremos ver las necesidades de esos países subdesarrollados. Pero ¿cómo se podría conseguir que estuviese más repartido eso que ahora está tan de moda y que se ha venido en llamar “calidad de vida”? . ¿Pero qué coño de calidad de vida tienen en ese mundo que a veces vemos en televisión y cambiamos de canal para que no se nos indigeste la comida, y ya casi lo consideramos como natural?. El mundo está mal repartido, no hay duda, pero ¿qué se podría hacer, si el anterior Papa hizo casi cien viajes por todo el mundo llamándole la atención a los dirigentes de todos los países que visitó pidiendo más justicia social y ¿quién le hizo caso?. Nadie.

Solamente conectaba con la juventud, pero la juventud no dispone de los resortes del poder. ¿Qué más hace falta para que éste puñetero mundo se deje de conflictos, y los países ricos se ocupen de los no ricos y acabemos con el hambre y las pateras?.

Terminó Emilio de ducharse y de filosofar y se afeitó y acicaló con sus masajes y su buena colonia fresca. Se vistió muy sport y luego cogió los siete folios del mensaje de Robín y los metió en una carpeta con folios blancos que cogió de su estantería. Guardó la grabadora en el bolsillo de la camisa, que es donde mejor grababa., pues ya lo había comprobado en otras ocasiones. Se puso encima una ligera chaqueta de ante. Cogió su pequeña máquina digital de fotos, su cartera, pañuelos, tabaco negro Davidoff y mechero, el bolígrafo y sus llaves, saliendo del apartamento no sin antes echar un vistazo por si había dejado algún cigarro sin apagar en algún cenicero o alguna luz encendida, y salió a la calle bajando las escaleras sin tomar el ascensor.

Tenía tiempo, pero iría andando hasta la Carrera de San Jerónimo y en la puerta del Palace, tomaría un taxi, pues no le apetecía el Metro, más que nada por que tenía que hacer traspunto y no le hacía gracia.

Llegó a la puerta del Hotel Palace, y tomó el primer taxi que había en la parada.

El taxista bajó hacia Neptuno y luego a Cibeles y Alcalá arriba llegó al cruce de Conde de Peñalver y Narváez y giró hacia final de Goya, parando en el cruce de Dr. Esquerdo.

Pagó y saludando al taxista se bajó, dirigiéndose a la cafetería que le había indicado Pablo, comprando antes el ABC y el suplemento dominical en un kiosco que había junto a la cafetería.

Eran las nueve menos diez, y eligió una mesa junto a una ventana que daba a Goya y se sentó, pidiéndole al camarero café con leche, un croasant y un zumo de naranja natural, y agua por supuesto.

Abrió el suplemento del ABC, pero pensaba en Pablo Jr. y se preguntaba ¿cómo le saldría la entrevista?. Esperaba que todo saliera bien –.

Vino el camarero con el desayuno que distribuyó en la pequeña mesa, deseándole buen provecho.

-Gracias –contestó, y se puso a untar la mantequilla al croasant y echó el azúcar al café, y cuando iba a iniciar el desayuno, entró Pablo con su hijo en la cafetería dirigiéndose ambos hacia donde estaba sentado y Emilio con un rápido movimiento se llevó la mano al bolsillo de la camisa y conectó la grabadora. Levantándose saludó a Pablo diciéndole:-

-Buenos días Pablo ¡qué puntualidad!, son ahora mismo las nueve. Os he hecho madrugar en un domingo.

-Buenos días D. Emilio –dijo Pablo estrechando la mano que le tendía Emilio- no se preocupe, que estamos muy acostumbrados siempre, incluso los festivos.

--Y continuó- D. Emilio le presento a mi hijo Pablo.

Y dirigiéndose a su hijo le dijo:

-Pablo, es D. Emilio Cabrera, el Sr. es el periodista que te comenté y que tenía interés en conocerte y hablar un rato contigo.

-Mucho gusto –dijeron ambos estrechándose las manos-.

-Pero sentaros, por favor –les digo Emilio a ambos- yo ya he empezado mi desayuno. ¿Qué vais a tomar?.

-Yo sólo estaré un ratito –dijo el padre, y se sentaron los dos- pues los domingos me gusta darme un buen paseo y suelo ir al Rastro que me distrae mucho, o al Parque del Oeste que está precioso, pues tiene unos jardineros municipales extraordinarios. Yo conozco a algunos, que les gusta tanto la jardinería que los días de fiesta también se dan una vuelta por sus jardines con sus familias para enseñarles cómo tienen de bonito el Parque, y así los hijos valoran su trabajo.

Llamó Emilio al camarero y Pablo le pidió un café cortado y el hijo un desayuno como el suyo.

-¿Por qué no desayuna con nosotros? –le preguntó Emilio a Pablo-.

-Ya desayuné muy temprano y más tarde tomaré un bocadillo de calamares con unos amigos y una cerveza –respondió Pablo- pero continúe Vd. que se le enfría.

Y Emilio siguió su desayuno mientras oía a Pablo hablar del tiempo y de la sequía, y a la vez observaba al hijo. Parecía más delgado que en la foto que le enseñó su padre en el jardín. No lucía barba y no se parecía a su padre. Recordaba que dijo Pablo que era el vivo retrato de su madre. Traía en la mano un casco de motorista que dejó en una silla contigua.

Vino el camarero y trajo el cortado y el desayuno del hijo. Pablo lo tomó rápido y le dijo a Emilio:

-D. Emilio yo os dejo pues estoy citado a las diez con un amigo en el Rastro, y levantándose se despidió de ambos no sin antes decirle a su hijo que tuviese cuidado con la Vespa, sobre todo cuando le daban los estornudos.



-No te preocupes papá. Hasta luego –dijo el hijo levantándose para darle un beso-.

-Un momento, -dijo Emilio, y sacando la máquina de fotos les tiró una rápidamente-.

-Es un recuerdo –dijo Emilio-.

Pablo Jr. se volvió a sentar, terminó su desayuno y bebió un poco de agua. Emilio sacó su paquete de tabaco y le ofreció, pero Pablo Jr. rehusó agradeciéndolo.

Le parecía a Emilio que el muchacho estaba como en guardia, cosa más que natural pues la situación era un tanto atípica.

-¿Qué es eso de los estornudos? –le preguntó Emilio con toda intención.

-No nada, no tiene importancia, -y cambiando rápidamente de conversación le preguntó a Emilio a bote pronto:

-Sr. Cabrera ¿a qué revista pertenece Vd?.

-No pertenezco si no que colaboro. Su nombre es Gibralfaro –respondió-.

-No la he oído en mi vida.

-Es nueva, y tiene poca tirada todavía – le dijo Emilio-.

-¿Y sólo se dedica Vd. a esas colaboraciones?

El chico demostraba su desconfianza y le quería ganar la partida interrogándole a él. Tendría que contraatacar antes de que le acosara demasiado.

-Tengo otro trabajo, o mejor dicho mi trabajo es oficial. Soy funcionario de carrera desde hace años y sólo me dedico al periodismo como divertimento y para cambiar la monotonía de un trabajo oficial, que a veces se hace rutinario y aburrido.

-¿En qué Ministerio trabaja Vd. Sr. Cabrera?.

-¿Qué mas da? Y me parece que al que le toca preguntar es a mí ¿no crees?.

-Perdone Sr. Cabrera, pero me da la sensación de que se está Vd. quedando conmigo, así que le ruego que haga el favor de poner las cartas encima de la mesa y vayamos directo al grano, pues me resulta muy extraño que se interese Vd. por la actividad, primero de Lola, después de mi padre, y cuando se entera de mi existencia, se interesa Vd. súbitamente por mí, pues ayer mismo es cuando ha conocido a mi padre. No sé, me parece todo un tanto extraño. ¿Por qué no me habla claro y terminamos antes?, pues no tengo toda la mañana ya que estoy citado con mi novia a las doce. Me da la sensación que Vd. oculta algo.

-¿Y tú, no ocultas nada? –se arriesgó Emilio.

-¿Qué tendría yo que ocultarle a Vd. a quien no conozco de nada?

-No nada, ya le expliqué a tu padre de qué iba el asunto, pero si te molesta, lo dejamos y tanto gusto de haberte conocido.

-No tan de prisa Sr. Cabrera todavía dispongo de algo de tiempo, por lo menos para enterarme cuáles son sus intenciones, pues tengo ya curiosidad.

-Me da la sensación de que eres un tanto desconfiado. Pero en fin vamos a ir al grano. Efectivamente, vengo por algo muy concreto, porque según todos los indicios eres el presunto autor de una fechoría en el Museo del Prado, que te puede costar un disgusto muy serio, si es que no te declaras responsable. Lo sabemos todo, de forma que te ruego que empieces cuanto antes.

-No sé de qué me está hablando.

-Te estoy hablando del atentado que le has provocado al cuadro del Caballero de la mano al pecho.

-¿Pero tengo yo pinta de ser un terrorista para hacer un atentado? – preguntó un tanto alterado y estornudando varias veces seguidas.

-¿Estás resfriado? –le preguntó Emilio.

-Ya le he dicho que no tiene importancia –dijo en un tono mas bien desagradable- y le vuelvo a preguntar ¿tengo pinta de terrorista?. Me parece que hoy día se usa mucho ese calificativo, como si todos fuésemos de la ETA o como esos cabrones islámicos del atentado de Atocha o de las Torres Gemelas de New York.

- Yo no te califico de nada, te inculpo de haber atentado presuntamente contra un cuadro determinado, de mucho valor, aprovechando tus conocimientos de Biología y tu relación indirecta con el Director del Museo, con el agravante de intentar hacerle un chantaje al Gobierno para conseguir un puesto de trabajo y un piso, no solo para ti, si no para media España.

-Bueno me parece que Vd. desvaría. ¿Tiene Vd. alguna prueba de ello?.

-Sí, tenemos las pruebas.

-Lo dudo.

-No dudes tanto. Supongo que esto te refrescará la memoria –y Emilio sacó de la carpeta los siete folios del mensaje de Robín y se los dio a Pablo Jr.

-¿Esto qué es? –preguntó Pablo Jr.

-Una copia de tu misiva –respondió Emilio-.

Pablo Jr. tomó los folios y se puso a leerlos, mientras Emilio observaba su rostro por si denotaba algo, pero por lo que le dijo su padre aparte de que le gustaba disfrazarse, también hacía teatro con los compañeros de Facultad y sabría fingir.

Cuando terminó de leer los siete folios, con toda tranquilidad los dejó encima de la mesa, y se produjo un lapsus de silencio. Silencio que se rompió con un nuevo estornudo de Pablo Jr. quien después dijo:

-No entiendo qué tengo yo que ver con éste tal Robín de los Bosques, que aparte de ser un cachondo de mucho cuidado por lo que dice este escrito, creo que lleva mucha razón y de entrada le diré que estoy totalmente de acuerdo en sus reivindicaciones, y creo que se queda corto. Yo hubiese exigido mucho más.

-Por lo que deduzco –continuó- que este individuo ha birlado ese famoso cuadro y a cambio de devolverlo exige todas esas contraprestaciones ¿no es cierto?

-Espero que me lo aclares tú –le dijo Emilio-.

-¿Yo qué le voy a aclarar? Lo que sí le puedo decir es que estoy totalmente de acuerdo con este sujeto. Yo habría hecho lo mismo en su lugar, y lo admiro. Lo que me parece mal es que involucre Vd. a Lola y a mi padre en éste tema. No lo entiendo.

-Mira Pablo, hay un detalle que no se nos ha escapado, y fue lo de “gazpachuelo”, que ha sido lo que nos condujo a las Rozas, y ya el resto fue en la entrevista con tu padre cuando nos contó de tus aficiones a los experimentos en el laboratorio de Biología, que creo es el medio del que te has servido para tus planes. Y luego están los vídeos del Museo, donde apareces, claro está acercándote al cuadro, que por supuesto no has podido robar, pues eso ya es muy complicado para que lo hagas tú solo. Así que lo que hiciste fue algo que no logro comprender y que es lo que quiero que me expliques. Y luego le enviaste al Director del Museo un correo con toda esa retahíla de chorradas y pretensiones. Desde luego, perdona que te diga pero has cometido un delito, del que tendrás que dar cuenta a la Justicia.

-Sr. Cabrera –contestó Pablo- me parece que aquí hay algo que no encaja. Si la Justicia tuviese algo contra mí, no creo correcto que a través de un periodista, me cite en una cafetería a las nueve de la mañana, para hablar del tema. Lo lógico, supongo es que me hubiesen buscado y conducido a la Dirección General para hacerme primero un interrogatorio como será preceptivo, con todos los derechos de presunción, y en presencia de un abogado. Por eso me da la sensación de que aquí hay algo más que Vd. oculta y es por lo que se está utilizando un procedimiento nada ortodoxo en una investigación, así que sintiéndolo mucho, vamos a dejar aquí la conversación, no sin antes decirle un par de cosas, por si las quiere publicar en esa revista fantasma con la que dice que colabora.

Se estaba subiendo de tono el muchacho, que hasta el camarero desde la barra dirigió la mirada hacia la mesa que ocupaban. Había sido un error citarlo allí, tenía que haberlo citado en una Comisaría, pero ¿cómo, si su Jefe había dado el caso prácticamente por archivado?. Llevaba razón Esther, tenía que haberlo dejado tal y como le ordenó su Jefe con su llamada al móvil.

Pero ya era tarde. Había caído en su propia trampa, pues el chico era muy listo y no soltaba prenda.

-Antes de irme le quiero decir lo siguiente Sr. Cabrera: que me alegro muchísimo de lo que haya podido ocurrir, y que éste Gobierno, lo mismo que otro que hubiera, se merece esto y mucho más, pues la juventud estamos hasta el gorro de lo difícil que se nos están poniendo las cosas por culpa del egoísmo de los políticos y de su falta de honestidad.

¿Usted cree que hay derecho, que luchemos como luchamos y tuvimos que tragarnos que al anterior Presidente del Gobierno se le ocurriera casar a su hija nada menos que en el Escorial con todo el boato del mundo que vimos en televisión como si de una princesa se tratase?, ¿y el piso que compró en Ferraz que le ha debido costar una fortuna? ¿de dónde sale todo ese dinero?, ¿o acaso un funcionario puede permitírselo, por muy Presidente del Gobierno que sea?. Es todo un insulto para la juventud española que lucha por un puesto de trabajo y por una vivienda...

-Hombre, creo que el novio de esa boda tiene una pasta gansa, supongo que correría con los gastos- dijo Emilio para calmar al joven-.

-Me da igual, pero no deja de ser una demostración de poder de la gente “guapa”, que tendría que moderar un poco ese tipo de exhibición ante el pueblo llano. Pero eso no importa. Eso sí, que fuéramos a Galicia a quitar chapapote en pleno invierno, para eso sí está la juventud.

-¿Y qué me dice de éste Presidente que se va a Londres de compras con su familia o a Berlín a un concierto porque canta su señora, y se va como si fuese un viaje oficial?

-Es demasiado. ¿Sabe lo que le digo?, que ahí se queda Vd. con sus divagaciones, que voy a esperar al treinta y uno de octubre a ver qué pasa, y que le vaya a Vd. bien.

E hizo ademán de coger su casco, pero Emilio le hizo un gesto con la mano para que siguiese sentado y le dijo, para quemar el último cartucho:

-Hombre, espera un momento, no te cabrees tan pronto y deja que te explique, y verás cómo lo comprendes todo. –Y sacando de su cartera su carné de prensa y el del Ministerio se los dio a Pablo, quien los cogió y leyó:-

-Periodista por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, y Funcionario de Carrera del Ministerio Central Interno. Puesto de trabajo: Inspector de Investigación Científica, -y se los devolvió a Emilio diciendo:-

-Así que Inspector del MCI. Pues ¿sabe lo que pienso?, que conmigo se ha estrellado Vd., pues no sé de qué me está hablando y está perdiendo el tiempo. Así que debe orientar en otro sentido sus pesquisas, pues hacia mí solo tiene conjeturas sin pruebas.

-Son algo más que conjeturas –le respondió Emilio que pensaba que ya tenía que apretar más la tuerca, para ganarle la partida- y respecto a citarte aquí en lugar de hacerlo en Comisaría, ha sido para no darle a tu padre un susto, que no sabíamos cómo reaccionaría su salud, pues ya no es un niño. Ahí fuera –mintió- hay un vehículo nuestro de camuflaje, y dos motoristas igualmente de paisano, tenemos una orden de registro con fecha de ayer para ir a tu casa, en Peñascales 15, y ver tus disfraces y requisarte el ordenador con el archivo del mensaje al Director del Museo, sólo tengo que hacerles una señal con el móvil, y entrarán a recogerte para que nos acompañes. Y después de tu casa directamente a Comisaría a enseñarte el vídeo del Museo, con la prueba además de tu alergia y tus estornudos, que

ya veo que no se te quitan, y no tendrás más narices que firmar una confesión, por mucho abogado que te busques. ¿Entendido?. No he querido contar todo esto delante de tu padre, porque además ya sabía que se iría pronto. Así que tú dirás, ¿vas a llamar a tu novia y le dices que no te espere, o me lo cuentas todo ahora mismo, y te dará tiempo de recogerla a las doce?, tú mismo, como se dice ahora.

-El chico no respondió inmediatamente, lo que sí hizo fue estornudar una vez más y por su expresión se notaba lo confuso y la impresión que le habían causado las últimas palabras de Emilio.

Creo que ya le he dado “jaque” –pensó Emilio, y no se había equivocado, por fin dijo el muchacho-:

-¿Cómo quedaría mi padre en éste asunto?

-Pues eso depende –dijo Emilio- de lo que me digas tú, pues esto hay que arreglarlo el lunes a primera hora. De lo contrario, tu padre, sintiéndolo mucho, tendría que tener conocimiento de todo, con las consecuencias que ello conllevaría, así que, empieza y ya veremos cómo lo solucionamos. No olvides que estamos teniendo una consideración contigo, que tú sabes bien no es lo habitual dentro de nuestro trabajo. Te escucho.

Pablo Jr. se quedó un tanto abstraído como indeciso, sin saber por donde iniciar su relato, pues ya se veía entre rejas, y a su padre desesperado, igual que su novia y Lola, y con voz muy baja, ésta vez no actuaba, si no que no le salía de otra forma, mirando fijamente hacia la mesa dijo:

-Todo empezó cuando mi padre me contó aquella historia de “gazpachuelo” que surgió en la cocina de la casa del Director. Bueno no es que empezara, si no que ese nombre me dio la solución para ponerme en contacto con el Director del Museo, pues si envió el mensaje al correo del Museo, se habría difundido la noticia, y yo no quería darle publicidad al mensaje antes de tiempo, pues así sólo lo recibía el Director, y tendría que actuar con total discreción...

(Pensó Emilio, que menos mal que se lo envió a nombre de “Gazpachuelo”, por que si no, no sabría por donde haber empezado a investigar. Ese fue el fallo de Pablo Jr).

...Así que –continuó Pablo Jr- yo ya tenía el plan más que estudiado y había elegido el cuadro por sus características de firma y numeración, que estaban muy a la mano. Había estudiado los movimientos de las cámaras de vigilancia y las costumbres del vigilante. Sólo había que aplicar un producto, que sin estropear el cuadro ocultase éstos símbolos. El producto ya lo tenía, y no se vende en el mercado, se consigue en el laboratorio de la Facultad de Biología, así como su disolvente.

Y le preguntó Emilio:

-¿Qué producto es?

-¿Sabe Vd. lo que es la función clorofílica o la fotosíntesis de las hojas de las plantas?

-Creo recordar que es una función que realizan las plantas por efecto de la luz solar.

-Efectivamente, pues gracias a la luz del sol, las plantas “crean” materia orgánica a partir del aire que respiran y del agua que toman por sus raíces. Y la función más importante que desarrolla la hoja es la fotosíntesis, que significa síntesis por efecto de la luz. La máquina prodigiosa capaz de operar esta síntesis es la clorofila, presentes en todos los cloroplastos. Pero en fin, a lo que voy. En el laboratorio de la Facultad hemos desarrollado un barniz que si le aplica a una hoja viva, no deja pasar los rayos solares y la hoja se seca, pero mantiene su textura. Luego con un disolvente, también conseguido en el laboratorio, se diluye el barniz, y la hoja, ya seca, mantiene su color.

Bueno pues ese barniz se lo apliqué al cuadro, y aunque le hagan una radiografía, lo que hay pintado debajo del barniz no se verá, pues la radiación para hacer un escáner no traspasa el barniz, que además adquiere el color de donde se aplica. Ese barniz sólo se puede quitar con nuestro disolvente, pues no tiene nada que ver con los que se usan en pinturas al óleo, como pueda ser la esencia de trementina ni nada que se le parezca.

-Ah, se me olvidaba decirle que el barniz iba en el mango de la lupa, que era un spray. Menos mal que el vigilante no se dio cuenta porque está muy bien camuflado.

-Muy ingenioso, y no se te ocurrió pensar que con ese “ensayo”, ¿ te podías cargar nada menos que un cuadro del Greco?.

-Ya lo había experimentado con una tela pintada al óleo y no le ocurre absolutamente nada. Se pierde el motivo, pero se recupera con el disolvente aunque pasen días de haberlo aplicado.

-¿Y todo esto por qué? –preguntó Emilio-.

-Yo ya venía muy quemado desde hacía tiempo, viendo a mi padre los sacrificios que hacía para darme las dos carreras que estoy haciendo, Biología e Informática, pagarme matrículas, aunque de vez en cuando he conseguido becas, pagarme libros, gasolina para la Vespa para ir a la Facultad, además pagando un alquiler, pues nunca tuvo dinero para poder comprar un piso, ya que le dio miedo pedir un crédito y además tuvo que mantener a mis abuelos, que no tenían ninguna pensión y vivían con nosotros. Primero se fueron ellos, después mi madre. Yo siempre he visto a mi padre, muy trabajador, pero muy depresivo por las circunstancias por las que había pasado. Y yo quería ayudarle cuanto antes. Cuando empecé en la Facultad, me puse a trabajar por las noches de guarda en un garaje de mi barrio, y me pasaba las noches estudiando. También he trabajado de mensajero o descargando fruta en el mercado de Legazpi, y de Barceló, o ayudando a mi padre algún fin de semana en los jardines. En fin, como podía me sacaba unas pesetas para mis gastos y para invitar a mi novia que trabaja en unos Grandes Almacenes. Ella me compra a veces la ropa.

-Todo esto Sr. Cabrera me iba creando una sensación de frustración – continuó Pablo Jr- y sin querer fui incubando una especie de rencor hacia tanto pelotazo como sabíamos se estaba produciendo y tanta especulación con los pisos que hacían más ricos a los ya ricos, pero eso por lo visto no tiene límites. Primero fue el Pelotazo del Presidente de un Banco, este año se destapa toda, o parte, de la trama del caso Malaya de Marbella, y cuántos habrá en todo el país de los que no nos enteramos. Quiera que no, esto te va minando. Y de pronto se me ocurrió plantearle al Gobierno un dilema con el asunto del cuadro, y sin hacerle daño a nadie. Quería despertar conciencias cada día más ciegas ante lo que está pasando la gente de mi edad y con circunstancias peores, por supuesto, que las mías. Total que como verá, Sr. Cabrera, la vida no es fácil para mucha más gente de la que Vd. se pueda imaginar.

-Claro que me doy cuenta Pablo –contestó Emilio-.

-Yo iba aprobando como podía tanto en una Facultad como en la otra – continuó Pablo Jr.- pero estaba agotado, y sigo estando. Y bien sabe Dios que quisiera ayudar a mi padre, pues `pronto le llegará la hora de descansar, ya que el trabajo de jardinero es mas bien duro y sufre mucho la espalda, pero no ve el momento, hasta que no me vea colocado al menos. Yo a veces pienso que a pesar de los estudios voy a terminar arreglando jardines como él.

-Total, que me estaba obsesionando con el trabajo y la economía y ese ha sido el origen y desencadenante de mi aventura con el Caballero.

-¿Por qué Robín de los Bosques? –preguntó Emilio-.

-Ha sido un detalle jocoso o romántico, según se mire –respondió-.

-Bueno Pablo, -continuó Emilio- ¿tienes barniz de ese que has usado y disolvente en tu casa?

-No señor, en casa no. Hay en el laboratorio de la Facultad.

-¿A qué hora abren el lunes el laboratorio?

-A las ocho, ¿por qué?.

-Oye bien lo que te voy a decir: mañana a las ocho en punto sacas del laboratorio un spray del barniz, y un bote de disolvente, y a toda leche te vas con tu Vespa a la puerta principal del Museo, a la de Velázquez . Yo estaré allí esperándote y me lo entregas.

-¿Qué pasaría si no aparezco?.

-No ocurrirá tal cosa, por que tanto el vehículo que está ahí fuera como los motoristas van a ir detrás tuya, desde que salgas por esa puerta hasta que me entregues mañana lo que te he dicho, pues todo lo que hemos hablado está grabado –y le enseñó la grabadora- así que ya sabes, y otra cosa, dame tu número de móvil.

-Es Vd. un hijo de puta.

-Y tú eres un cabrón, pero con suerte de haber dado conmigo, que si no, te aseguro que ahora lo estabas pasando muy mal. Así que, lo dicho, dame tu

móvil, y que conste que esto lo hago por tu padre, que me ha caído muy bien.

Y Pablo Jr. le dio el número de su móvil y le preguntó a Emilio:

-¿Me puedo ir ya?

-Sí, te puedes ir, pero no olvides que vas a llevar escolta, así que ándate con cuidado, como dice tu padre, con la Vespa y no hagas ninguna tontería. Hasta mañana.

Se levantó y se disponía a salir cuando le dijo Emilio:

-Eh, que se te olvida el casco. No vayas nervioso. Y ya sabes a partir de las ocho y media de mañana estoy esperándote en el Museo, en la puerta de Velázquez. No falles.

Y al volverse a recoger el casco, le dijo a Emilio:

-Sr. Cabrera, una cosa, ¿por qué no hacemos un trato?, Vd. a cambio de que yo le de mañana estos productos, tendría que darme la cinta que ha grabado con ésta conversación, por que si no, no hay trato.

-Pero ¿te crees que estás en condiciones de hacer un trato conmigo?

Después Emilio se quedó un momento pensativo, y le dijo:

-En el momento de la entrega no. Eso será cuando yo tenga conocimiento de que el disolvente ha hecho su efecto y se han recuperado los símbolos. Si eso es así, ya te llamaré a tu móvil a partir del martes para quedar. Anda vete, que vas a llegar tarde.

Y salió, mirando a izquierda y derecha, seguramente buscando el vehículo y los motoristas que le había dicho el Inspector. Se puso el casco y arrancó su Vespa.

Puñetero hijo de su padre, será cabrón el dichoso Pablo Jr. —pensaba Emilio— con lo buena gente que parece su padre, y el niño vaya imaginación que le ha echado para idear y llevar a cabo todo este entramado. Veremos a ver si aparece mañana. Pienso que sí, pues lo del vehículo camuflado y los motoristas creo que se lo ha tragado, y espero que haya logrado meter las cabras en su corral. No me queda más remedio que esperar hasta mañana.

Y llamando al camarero, le pagó los desayunos y salió de la cafetería, y bajando por Goya, se fue dando un paseo mirando los escaparates y cuando llegó a la esquina de Serrano no sabía si llamar a Esther, pues se imaginaba que ya habría terminado su paseo dominical por el Retiro, pero a lo mejor estaba en la ducha, o quizás todavía dormida. No quería tampoco acelerar los acontecimientos, así que pensó que sería mejor dejarlo y llamarla por la tarde para invitarla al cine y a cenar. Así que optó por dar un paseo por Serrano, pues estaba muy agradable la mañana.

Se sentó en una terraza de Serrano y pidió un zumo de naranja. Empezó a leer su periódico y se dijo: llamaré a Esther por si le apetece ir al cine esta tarde y luego a cenar. Lo haré desde casa, y se puso a ver qué película ponían en el Carlos III de Goya.



Vuelo 93 leyó. Había oído por radio que era una película interesante y muy impactante, pues se trataba del vuelo del cuarto avión que se estrelló cuando el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y al Capitolio. Se lo propondría a Esther, por si le apetecía.

Empezaba a hacer otra vez calor, pues decían las noticias que se había iniciado otra ola de calor después del corto período más fresco que había habido en la última semana de agosto, así que pagó el zumo y se fue buscando el metro llegando dando un paseo hasta la estación de Velázquez, para no hacer trasbordo y tomó el metro de la línea 2 hasta la estación de Sevilla, que le cogía cerca de casa.

Aunque era todavía temprano para comer, entró en una tasca de la Plaza de Santa Ana, al lado de su casa y se tomó varias tapas diferentes con un par de cervezas, y después subió a su apartamento.

Llamó al móvil de Esther.

-¿Diga?

-Esther, buenas tardes. ¿Cómo estás?

-Hola Emilio. Yo bien ¿y tu?

-También bien. Gracias. Te llamaba por si ésta tarde o noche te apetece ir al cine, y luego a una pizzería y como la noche es larga podíamos tomar una copa en cualquier terraza de la Castellana, que de noche se está muy fresquito y es muy agradable. ¿Vale?

-¿Qué pasa, que no tienes plan para hoy?

-No seas tonta, que aunque no te lo creas, yo no me como una rosca –dijo Emilio–.

-Vamos a creerte. De acuerdo.

-Si te parece podíamos quedar a las siete y luego ir al Carlos III que dan la de Vuelo 93, que dicen que es muy buena. ¿La has visto?

-No, hace mucho que no voy al cine. Me parece muy bien, espérame en la esquina de Goya con Serrano a las siete.

-Allí estaré. Hasta luego.

-Adiós.

Y colgaron. Emilio puso el aire acondicionado y se dispuso a echar una siesta.

Cuando llegó Esther a las siete en punto ya estaba Emilio esperándola y se dieron un cariñoso beso como saludo.

-¿Qué tal joven? –le preguntó Emilio–.

-No sigas llamándome joven, no vaya a ser que no me dejen entrar al cine.

-Bueno, Esther ¿te apetece el cine o vamos a dar una vuelta?

-En el cine estaremos más fresquitos –contestó ella–.

Y llegaron a la taquilla del Carlos III, y sacó Emilio las entradas, sentándose un momento antes de que empezara la película.

Ella al ratito de estar sentados y ya empezada la película, se dejó coger la mano sintiéndose ambos muy a gusto.

La película efectivamente, tenía unos momentos de mucho impacto, sobre todo a partir de que los terroristas secuestran el avión, y empiezan por liquidar al piloto y copiloto, haciéndose con los mandos uno de ellos, que puso una foto de la Casa Blanca en los mandos, dando a entender que ese era su objetivo, pues ya se acababan de producir los atentados de las Torres Gemelas.

Conforme se iban desarrollando las escenas, cada vez con más carga emocional y más fuertes, Esther apretaba la mano de Emilio, que le devolvía el gesto, mirándose mutuamente, y en un momento dado él le dio un beso para tranquilizarla.

La película acaba, pues como terminó aquello. Mal. Y aunque los pasajeros se amotinaron, ya fue tarde y el avión cayó, no en la Casa Blanca, pues se estrelló antes y aquella pobre gente murió por culpa del fanatismo de unos suicidas locos.

Ya en la calle, le preguntó Emilio.

-¿Qué te ha parecido?

-Como película-reportaje muy buena, pero te queda como una angustia pensando que exista tanta maldad por parte de esos fanáticos, que están dispuestos a amargarnos la vida. Porque eso fue duro, pero ¿y lo del 11M de Atocha qué me dices?.

-Hay tanta especulación con ese tema, que yo creo que por mucho que luchan las familias de las víctimas de aquél tremendo suceso, nos vamos a quedar con las ganas de saber la verdad de todo lo que pasó. Pues creo que hay todavía sus dudas de quiénes organizaron esa locura.

-Bueno, hay que seguir viviendo. ¿Y tú estás ya más tranquilo, o sigues erre que erre con tus pesquisas?.

-Ésta mañana a las nueve he tenido la penúltima erre, y mañana espero, que a eso también de las nueve tendré la última.

-Cuéntame Emilio –le pidió Esther-.

Y Emilio le empezó a contar su entrevista con el hijo del jardinero.

Cruzaron la Plaza de Colón y llegaron a calle Génova cuando le dijo Emilio:

-¿Te apetece una pizza?, aquí cerca, en Orfila esquina Zurbano hay una pizzería italiana muy buena, que es de un amigo que tiene una cadena por Madrid. Son francamente buenas.

-De acuerdo –dijo ella-.

Y siguieron, llegando a Pinochio, que así se llama la pizzería y entraron, acomodándose en un mesita con su clásico mantel de cuadritos rojos y blancos.

-Está muy acogedor –dijo Esther-. No la conocía.

-Pues ya verás lo rica que están las pizzas. Da igual la que pidas. Pero yo te recomiendo la que se llama como la pizzería.

-Vale. Pídelas.

Y Emilio así las pidió con dos cervezas al joven camarero.

Mientras tomaban las pizzas, le terminó de contar Emilio la entrevista de por la mañana y su cita para el lunes.

-¿Pues sabes una cosa? –le dijo Esther- que a mí me ha llamado hoy a casa el Director, y me ha pedido, que aunque el lunes no trabajo, que si puedo estar en mi despacho a partir de primera hora, por si me necesita. Yo le he dicho que si, claro aunque no sé para qué me va a necesitar.

-O sea, que él, y supongo que el Sr. Masó también, van al Museo. Pues yo, aunque no estoy invitado, en cuanto me traiga Pablo sus productos tengo que buscar al Sr. Altamirano.

-Pero tu Jefe te dijo que lo dejaras.

-Sí, pero me dio de plazo precisamente hasta el lunes a primera hora.

-Pues nos vamos a ver todos otra vez, a ver cómo termina esto.

Cuando se tomaron el postre, pagó Emilio y salieron nuevamente, dirigiendo sus pasos hacia Colón y Cibeles por la Castellana, y al llegar a la altura del Café Gijón, eligieron una mesa de la terraza y se sentaron. Hacía una temperatura ideal, y se estaba animando el ambiente, pues había mucha juventud variopinta, pero con mucha ropa de “marca”, gente “guapa” que diría Pablo Jr. quien seguro que no podía frecuentar éstos ambientes, y por supuesto que se pondría más cabreado todavía.

Ella pidió un Ron-Cola y él un Jhonie Walker con agua tónica.

Y hablando de lo divino y lo humano, le dieron la una de la noche, y aunque Emilio se empeñó en tomar otra copa, ella no accedió, diciendo que ya era tarde, a pesar de que la terraza estaba de bote en bote, y todavía había jóvenes esperando para coger una mesa vacía.

Se encaminaron hasta Cibeles y cruzaron a Alcalá llegando a Alfonso XII, hasta que en un magnífico portal, frente a la Puerta de Felipe IV del Retiro, se paró Esther que le dijo:

-Aquí tiene Vd. su casa Sr. Inspector.

-Entonces vamos a subir –dijo él dejándose caer-.

-De eso nada –dijo ella- para conseguir eso ya sabes que hay una carrera pendiente para el próximo domingo. Así que eso es lo que hay. El ocho de octubre a las ocho en punto, ahí enfrente, -y señaló la magnífica puerta del Retiro-.

-¿Qué le vamos a hacer?, quien algo quiere algo le cuesta –dijo él, que aprovechando que no se veía a nadie por los alrededores la estrechó en sus brazos y se dieron un apasionado beso de despedida.

Cuando lo dejaron, tomando ella aire le dijo:

-Bueno si no nos vemos mañana, hasta el domingo.

-Resignación. Hasta el domingo –y le soltó la mano y esperó que entrara a su portal, diciéndole adiós a través de los cristales y esperó hasta que se subió en el ascensor.

Dio media vuelta y volvió a Cibeles y Alcalá arriba llegando hasta su apartamento, y se metió en la cama, no sin antes poner el despertador a las siete de la mañana, -o sea, dentro de cinco horas, pensó-.

## CAPÍTULO XVI

## LUNES 2-O

Y llegó el lunes. A las ocho y cuarto estaba ya Emilio en la puerta de Velázquez del Museo, la principal y que da al Paseo del Prado.

Las ocho y media. En la de Goya, que da al norte, llegaba a esa hora Masó con el maletín del ordenador portátil y una bolsa con los utensilios que se compraron en Macarrón, y una carpeta de dibujo.

Bajó el Sr. Altamirano y se saludaron subiendo a continuación las escalinatas de acceso al Museo por esa puerta, pasando junto al vigilante de seguridad que saludó, llevándose la mano a la gorra y dando los buenos días.

Subieron ambos a la sala X B, donde ya estaban los dos caballetes dispuestos y una mesita auxiliar con un flexo y el secador, conectados los dos a una alargadera que partía de un enchufe camuflado en la pared..

El Sr. Masó se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa hasta los codos, y se puso un babero blanco que le ofreció el Director del Museo, que hizo lo mismo, poniéndose a su vez otro babero y parecían los dos unos camilleros, y efectivamente hicieron de camilleros pues se dispusieron a descolgar al “Caballero” para colocarlo horizontalmente sobre los caballetes como si fueran a operarlo...

Acababan de dar las nueve, y como los lunes no abre el Museo, por la acera del Paseo y por la Puerta de Velázquez, apenas si pasaba nadie a esa hora, salvo un mensajero con un paquete en una mano y un casco de motorista puesto, que vio Emilio como dirigirse hacia la otra Puerta, hacia la de Goya, pero desde donde él estaba no vio más, pues tampoco había visto al Director cuando se acercó al Sr. Masó, a quien por supuesto no conocía.

Las nueve y cinco, y Pablo Jr. no aparecía.

Las nueve y diez. Y nada. Ya esto le estaba mosqueando; esperó hasta las nueve y cuarto, y sacó el móvil dispuesto a llamarlo aunque se imaginaba que a esa hora vendría todavía de camino en la Vespa, y a lo mejor no podía parar para responder al teléfono. Y pensó que habría tardado unos quince minutos en entrar al laboratorio de Biología y en sacar el espray y el disolvente. ¿Pero y si le habían puesto pegas?. Pero no, él dio por seguro que lo podía hacer. Y desde la Facultad hasta el Prado, en una moto se puede tardar menos de media hora. Ya tenía que estar aquí.

Las nueve y veinte y no aparece. No esperó más, buscó el número y marcó:

A las tres llamadas contestó:

-¿Diga?

-Pablo ¿por dónde vas?

-Ahora mismo estoy con Vd.

-Venga hombre, venga –dijo Emilio un tanto nervioso-.

Y a las nueve y media ve venir al mensajero que había visto hacía un rato dirigirse a la puerta de Goya. Venía empujando una Vespa con el motor en marcha por la acera y traía el casco puesto, y cuando estuvo enfrente de él le dijo:

-Hola, aquí estoy.

-¿Qué quiere Vd.? –preguntó Emilio muy sorprendido-.

-¿No me ha llamado?

-¿Quién coño es Vd? ¿Qué quiere?

Y el mensajero con toda parsimonia se quitó el casco:

-¡Coño Pablo! ¿Se puede saber a qué juegas?.

-¿Estábamos citados no?, pues aquí estoy.

-¿Y el barniz y el disolvente?

-Tome, lea. -Y le dio un albarán de mensajería, dirigido al Director del Museo del Prado y la firma del Sr. Altamirano en el Recibí.

-¿Pero qué significa esto?. Eres un hijo de puta.

-No, D. Emilio. Yo soy un cabrón, el hijo de puta era Vd. ¿ya no se acuerda de ayer?. Quedamos que Vd. era lo que me ha llamado a mí, y yo lo otro.

-¿Pero qué has hecho?

-Muy fácil D. Emilio. Como yo he trabajado en alguna ocasión de mensajero, pues tenía todavía el uniforme y un talonario de albaranes de entrega, así que rellené uno con los datos del Director del Museo, y le he entregado personalmente al Sr. Altamirano los dos productos que Vd. me dijo, y dentro de la caja van unas instrucciones muy claras y muy precisas de cómo usar el disolvente, y que el espray es para que haga una prueba antes en una tela de óleo que va en la caja, para que se convenza de que el disolvente funciona. Estas instrucciones van firmadas por Robín de los Bosques, y que supongo que ya estará leyendo, pues aunque me preguntó qué contenía ese paquete yo le dije que sólo soy mensajero y que no puedo saber el contenido de los paquetes, que además había pasado por el control de la puerta, y aunque quería quedarse con el paquete el vigilante, yo le hice leer la nota que traía en una pegatina indicando que se le entregara personalmente al Director del Museo. Entonces el vigilante llamó al Sr. Altamirano y me dijeron que subiera, acompañado, eso sí de otro vigilante. Le dije al Sr. Altamirano que era un paquete urgente, para entregar antes de las diez de la mañana. Me firmó el Recibí y aquí estoy. Ah, y le digo que ya estará leyendo el mensaje que va en el interior, porque como Remitente, por fuera en el paquete, se leía claramente: Robín de los Bosques. Por supuesto no me quité el casco y no me reconoció.

-Así que, Sr. Cabrera –continuó Pablo Jr.- creo que le he evitado a Vd. la tarea de tener que explicar que se puso en contacto conmigo, y si me permite, yo le aconsejo que se vaya a su Ministerio, se tome un café y se olvide de todo. Adeu.

Y metiendo la primera se subió como un rayo en la Vespa y salió disparado.

Emilio se quedó como atontado, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Se puso a andar y por inercia llegó a su Ministerio. Ya habían quitado las hojas de firmas y se fue directamente a su despacho, encontrando un posi en su mesa que decía:

El Jefe MM te ha llamado. Es urgente.

El Jefe de Departamento, Marcelino de la Mano, lo recibió inmediatamente y sin preguntarle lo más mínimo por el tema “Caballero”, le dio un sobre grande cerrado, un móvil y un billete de avión, diciéndole:

Emilio, salga echando leches a su apartamento, coja lo necesario para estar cinco días fuera de Madrid, y deje su móvil en casa. Use éste que le doy. A las trece horas de esta mañana sale su avión para París y en el sobre lleva todas las instrucciones, y euros suficientes para que no lo pase mal. La vuelta la tiene para el sábado día 7 por la noche. Tiene un vehículo esperándolo para llevarlo a casa y al aeropuerto. Lo espero el lunes que viene a primera hora. Suerte.

-Muchas gracias Jefe. Hasta el lunes.

Menos mal, que vuelvo el sábado, aunque sea a última hora –pensó Emilio- porque si no me jugaba el paseo con Esther del domingo.

Y salió echando leches, como le había dicho MM. Lo llevaron a su apartamento, recogió su ropa y lo necesario para cinco días. Se hizo un café y unas tostadas y le dejó una nota a la tata, diciéndole que se iba de viaje hasta el sábado.

Salió y lo llevaron a Barajas, llegando con el tiempo justo para embarcar.

Y se fue a París.

## CAPÍTULO XVII

### EL RETIRO

Domingo, ocho de octubre de 2006. Ocho de la mañana.

Allí estaba Emilio como un clavo en la Puerta de Felipe IV del Retiro en la Avda. de Alfonso XII, con un chándal y sus zapatillas de deportes, con una mochila a la espalda, donde llevaba una camisa, calzoncillos, un pantalón corto, unos vaqueros y unos kiovas, amén de su colonia, desodorante y su maquinilla de afeitar, para cambiarse después de la ducha. Estaba todo previsto, atado y bien atado..

Y puntual llegó Esther, también con un ajustado chándal de color azul, unas ligeras zapatillas para correr, todo de marca, y el pelo recogido con una felpa haciendo juego con el chándal y dejando al aire una coleta de su pelo rubio, que brillaba con los rayos de sol. Para comérsela –pensó Emilio-.

-¿Pero dónde te has metido toda la semana? –le preguntó Esther a modo de saludo-Te he estado llamando y decía siempre el móvil que estaba desconectado.

-Buenos días –dijo él dándole un beso- Perdona, pero el lunes nada más llegar al Ministerio, tenía un mensaje para que fuese a ver a mi Jefe MM que me dio el encargo que tenía que salir fuera de Madrid, y efectivamente, mi móvil ha estado sin carga pues me lo tuve que dejar en mi apartamento, por lo visto se quedó encendido y se descargó. Yo llevaba otro móvil, pero del Ministerio con llamadas restringidas y sólo podían ser oficiales. A veces nos gastan esas bromas en el trabajo. Es una gracia pero te quedas desconectado de tu mundo.

-¿MM se llama tu Jefe?

-No. Su nombre es Marcelino de la Mano, pero lo llamamos así.

-Ya , pues me tenías preocupada.

-Mi trabajo, a veces te exige unos desplazamientos inesperados que apenas te da tiempo de preparar ni el equipaje, y estás muy condicionado.

-¿Ni una llamada? –preguntó ella un poco contrariada-.

-Te vuelvo a pedir perdón, pero es que me fue del todo imposible. He estado en París desde el lunes a primera hora de la tarde, hasta que llegué anoche a las doce, por un asunto delicado, pero con un nombre muy feo: ETA.

-Bueno si es para coger a esos hijos de perra, por ésta vez pase, pero que no se vuelva a repetir, -dijo sonriendo-.

-Descuida.

Y se habían puesto uno al lado del otro, ella por el interior de la acera, junto a la verja del Retiro en dirección a la Puerta de Alcalá.

-¿Qué traes en la mochila? ¿es un sobrepeso para mortificarte? –preguntó ella-.

-No, es un botiquín para los primeros auxilios, por si me da un yuyu – respondió con una cara de guasa tremenda.

-Anda, contrólate la respiración y lleva la aspiración y expulsión al ritmo que llevamos. Como no lo hagas, te dará una pájara y no llegas ni al Estanque.

Y siguieron los dos al paso que ella iba marcando, pues no quería agotarlo antes de tiempo, no vaya a ser que ella también perdiera el premio con el que estuvo soñando toda la semana. Ni mucho menos se estaba entregando a fondo, pues quería que él llegase entero al desayuno que le iba a preparar en su piso. Éste domingo no le tocaba trabajar en el Museo ya que había trabajado el lunes anterior a petición de su Jefe., cuando la llamó por teléfono.

Emilio pasó la prueba, y volvieron a la Puerta de Felipe IV a los treinta minutos desde el comienzo, y le dijo ella brillándole mucho los ojos:

-Has ganado, tendrás tu premio como te prometí...

-Y tú también tendrás el tuyo –contestó él-...

Y poniéndole su brazo por su cintura, entraron en el portal haciendo él ademán de abrir la puerta del ascensor, pero ella le dijo:

Se me ha olvidado decirte que después del paseo yo subo andando, pero a buen ritmo, como guinda del pastel.

Y él, haciendo un alarde de estar muy en forma por su profesión, la tomó en brazos y la llevó así los siete pisos, besándola mientras subía.

Entraron en el piso y se fueron directamente a la cocina, preguntándole él:

-¿No te duchas antes de desayunar?

-Anda, pasa tú primero –dijo ella-.

-¿Yo solo?

-Sí, tú solito, que ya eres muy mayorcito para que haya que enjabonarte –le dijo empujándole hacia el cuarto de baño, y al cerrarle la puerta le recomendó-:

-Que no te entre jaboncito en los ojitos –y alzando la voz le sugirió-:

-¿Quieres ropa limpia mía?. Te puedo dejar un camisoncito de dormir muy atractivo y transparente, cuando estés limpito, pues venías hecho un asquito de sudor. Y date prisa, que después me toca a mí. A ver cómo me dejas el cuarto de baño, que eso es muy importante para que te de un buen desayuno.

-No te preocupes –le dijo él ya bajo la ducha- que he traído una mudita. Gracias.

-Qué bien preparado venías –le gritó ella desde la cocina-.

-Es que yo soy muy previsor.

A los diez minutos salió del cuarto de baño todo escamondado, con sus pantalones cortos y una preciosa camisa a listillas azules y blancas, y oliendo de maravilla. Ella no pudo menos que echarle un piropo y le dijo:



-Sudando estabas guapo, pero limpio y oliendo así eres una tentación, Inspector.

-Anda déjate de coña marinera y dame una fregona para darle al suelo.

-Uy, qué hombrecito de su casa, si esto es gloria bendita. Le voy a tener que dar al nene un regalito que le ha traído la nena, si era bueno y como lo ha sido, pues se lo daré. Y ahora me ducho yo y procuraré tardar menos que tú, pues ya hace hambre, ¿no te parece?. Y deja que ya le daré yo al baño cuando termine mi ducha. Siéntate donde te apetezca y te vas tomando un vaso de naranja, en el frigorífico hay una jarra.

Pero él le dijo:

-No, espero que termines. Con tu permiso me fumaré un cigarrillo.

-Busca un cenicero por la sala. –le dijo ella yendo al cuarto de baño-.

Y Emilio entró en la luminosa sala cuya luz entraba por dos puertas acristaladas que daban a sendos balcones. Cogió el cenicero y se acercó a una de las cristaleras y contempló la espléndida vista del Retiro y a la izquierda la altísima torre de Valencia, de la esquina de O'Donnell que tan polémica fue en su día, pues en la clásica postal vista desde Cibeles hacia la Puerta de Alcalá, emergía dicha torre, lo cual fue muy criticado. Pero ahí está. Gracias a Dios que el Retiro predomina con tanto verdor sobre todo lo demás. El paisaje que se divisaba era propio para que lo pintara Antonio López, aunque ya tenía algún cuadro con ésta vista desde otro ángulo que era otra obra magnífica, como todos los cuadros suyos con temas urbanos de Madrid. Tal y como le había narrado Esther, las bandadas de gorriones eran espectaculares, con esa prisa tan características de éstos pajarillos tan simpáticos, y que tienen la suerte de tener un habitat con aire no contaminado como es el centro del Retiro, desde que suprimieron el paso de vehículos por el paseo de coches, pues estuvo diseñado para coches pero de tiro de caballos, que no contaminaban.

Salió Esther de la ducha y entró en la sala. Estaba hecha un bombón, con una ligera camisa escotada y unos cortos pantalones haciendo juego, dejando lucir sus preciosas piernas, y con su pelo rubio recogido. Le dijo Emilio acercándose a ella y dejando el cenicero en una mesa:

-¡Hija de mi vida!, no se sabe cómo estás más rica, si de calle, de deporte o recién duchada como ahora –y la cogió en sus brazos dándole un cariñoso abrazo-.

-Anda, déjalo para más tarde, que tengo mucha hambre y supongo que tú también, vamos a la cocina –y dando media vuelta y seguido de él entraron-.

-Siéntate y empieza tomando fruta que yo voy a preparar unos huevos con beicon y ahora mismo estoy contigo.

-Espero a que te sientes. –dijo él-.

Ella terminó de freírlos y puso los platos en la mesa, sentándose frente a él y dieron comienzo y fin del desayuno a base de fruta, zumo de naranja, huevos, beicon, tostadas y café.

-Esther, desde luego seguramente que habrá una vida mejor que la nuestra, pero yo ahora mismo no me cambiaría por nadie, pues con tu compañía, se puede decir: ésta es la felicidad. Y si no, que venga Dios y lo vea.

-Eres muy exagerado Emilio, si sólo han sido unos huevos y algo más.

-Eres tú, Esther, y el momento. Porque desayunar se puede hacer en tu casa o en la calle, pero sin ti, es diferente. Gracias por lo que me estás dando.

-Tú también me estás dando una compañía y un cariño, que ya lo necesitaba desde hace tiempo, así que vamos a aprovechar los dos y no lo dejemos escapar.

-Ni loco, Esther, dejaría perder lo que estoy encontrando contigo.

-Anda, termina el cigarrillo que te tengo que dar tu regalo.

-¿Qué regalo?

-Ahora lo verás. Ayúdame a recoger.

Y entre los dos recogieron los servicios que Esther enjuagó y los puso en el lavavajillas, pasando a continuación a la sala donde se sentaron frente al televisor, que ella puso en marcha y cogió el mando a distancia.

-Toma –dijo Esther- y le dio un CD que había sobre la mesa-

-¿Qué es esto?

-Ya lo ves, un CD, que espero que te guste, y que grabé el lunes pasado. Si mi Jefe lo supiera, me despedía, aunque ya no podría.

-¿Y eso?

-Se nota que has estado toda la semana fuera y desconectado de lo que pasa en Madrid, pues supongo que no habrás leído la prensa del sábado ni oído las noticias del viernes por la noche en tu pequeña radio.

-Pues la verdad, que ni he leído ni he oído noticia alguna de Madrid.

-Pues que el Sr. Altamirano desde el viernes pasado ha dejado de ser el Director en funciones del Museo del Prado, y mañana lunes en el BOE saldrá publicado el nombramiento del nuevo Director.

-¿Quién es?

-Eso te lo diré cuando veas la película.

-Me vas a tener en ascuas. No seas mala. ¿Y del Sr. Altamirano, que ha sido?

-Lo han nombrado Director de la Casa Iberoamericana, que le viene mejor, pues el Museo le venía un poco grande. También lo publicará el BOE mañana lunes.

-Y todos éstos cambios ¿cuándo dices que han sido?

-En el Consejo de Ministros del viernes pasado.

-Pues vaya sorpresa. Espero que tu nuevo Jefe te trate bien.

-Me tratará muy bien, pues es un encanto. Ya lo conozco.

-¿Me vas a tener a dos velas?. Me voy a poner nervioso.

-Venga enciende un cigarrillo y te calmas –le dijo Esther yendo hacia el televisor y metiendo el CD en su sitio se volvió a sentar al lado de Emilio, y le dijo:

-Ahora muy atento. No pierdas un detalle –y le dio al mando a distancia-.

Apareció en la pantalla una vista de la sala X B del Museo, y en el centro dos caballetes y una mesita auxiliar con un flexo y parecía como un secador de pelo. En la esquina inferior derecha se leía la fecha 02 octubre 06 y se iba marcando la hora constantemente como si fuese un reloj. Al empezar marcaba las 08:15.:00. Y al fondo de la imagen se mostraba el cuadro del Caballero de la mano al pecho.

-¿Qué es esto? –preguntó Emilio-.

-Ya estás viendo. La sala X B del Greco, el lunes pasado a partir de las ocho y cuarto de la mañana. Pero calla y verás lo interesante que se pone la película.

Y siguió la misma escena, hasta que en un momento dado aparecen el Sr. Altamirano y el Sr. Masó con un maletín pequeño que parecía de un ordenador portátil y que deja en la mesita junto a la bolsa que también traía.

-Esa es la bolsa que traje yo de Macarrón –dijo Esther-.

También dejó en la mesa el Sr. Masó una carpeta que traía, como de dibujos.

Y de pronto Emilio se queda muy sorprendido, pues oye la siguiente conversación:

*- Sr. Masó, quítese la chaqueta para estar más cómodo y póngase éste babero para no mancharse.*

-No me digas que la cinta tiene sonido –preguntó Emilio-.

-Así es Emilio, no te lo había comentado, pero entre el sábado y el domingo pasados terminaron de instalar un sistema para que además de las imágenes de las salas, se pudiese oír el sonido ambiente, desde nuestros ordenadores, por si en un momento dado se producía alguna incidencia que interese tener grabada. Si esto hubiese estado instalado anteriormente, habríamos oído la conversación del celador con el sujeto de la lupa, claro, si no hubiese habido otros sonidos, pero la gente por lo general habla bajo en los Museos. Pero en lo que estamos viendo ahora, están ellos dos solos y mantienen una conversación normal que es perfectamente audible. Vamos a seguir. –Y Esther le volvió a dar al mando y se reinició el CD a partir de lo primero que habían visto-.

Se ve que el Sr. Masó se quita la chaqueta y se sube las mangas de la camisa, y el Sr. Altamirano le ayuda a ponerse el babero. Después el Director hace lo mismo y se pone otro babero blanco.

*-¿Lo descolgamos ya? –preguntó Masó-.*

*-Sí, vamos –le contestó Altamirano-.*

Y entre los dos se situaron uno a cada lado del cuadro y con mucho cuidado lo descolgaron y lo trasladaron y colocaron encima de los caballetes, cerciorándose de que no se movía.

*-Desde luego nunca me imaginé que vería al Caballero acostado – bromeó*

*Masó, mientras ponía en marcha el ordenador portátil que había dejado sobre la mesita auxiliar-*

La hora que marcaba la imagen era las 08:50:00

Y el Sr. Masó empezó a pasar la lupa conectada al portátil, diciéndole a Altamirano:

*-Por favor, esté Vd. muy atento a la pantalla mientras yo voy pasando la lupa que hace de visor por la zona donde deberían estar los números.*

*-De acuerdo –contestó Altamirano-*

Y el Sr. Masó inició unas pasadas por la zona en cuestión, cuando de pronto suena un teléfono móvil, y el Sr. Altamirano se pone un tanto nervioso y no sabía si dejar de mirar al ordenador y se puso a buscar el móvil, hasta que le dijo a Masó:

*-Perdone Masó, es que se me olvidó apagarlo, voy a ver quien es.-Y se fue a buscar la chaqueta y cuando lo encontró preguntó-:*

*-¿Quién es?, ah, dígame.*

*Se quedó oyendo el mensaje, y luego dijo:*

*-¿Un paquete a mi nombre?. Pues tómelo Vd. mismo.... Ah, que no puede ser, bueno que suba el mensajero a la puerta de la X B, pero no entre, y que lo acompañe su compañero y esperen en la puerta que ya saldré yo a hacerme cargo, y a firmarle el albarán. –Y colgó, diciéndole después a Masó-:*

*-Perdone, pero es que me llama el vigilante de la puerta diciendo que ha venido un mensajero con un paquete a mi nombre, y que solo me lo puede entregar a mí y tengo que firmarle el Recibí personalmente.*

*-No se preocupe Altamirano, vaya, que mientras sigo yo con el escáner.*

*-Ahora mismo vuelvo –y sale Altamirano de la sala-*

*-Y aquí es donde intervengo yo, -le dijo Esther a Emilio- pues me llamó el*

Jefe por teléfono y me dijo que saliera a recoger un paquete, que me esperaba en la puerta de la sala X B. Salí, y me dio una caja diciéndome que me fuera a mi despacho y la abriera, y que si era algo urgente, pues decía entregar antes de las diez, que lo llamara al móvil.

Me llevé el paquete, y vi que efectivamente venía a nombre del Director del Museo del Prado, Sr. Altamirano, y el remitente ¿quién te crees que era?.

*-Pues supongo que Robín de los Bosques –dijo Emilio-*

*-¿Cómo lo sabes?*

*-Porque el mensajero era él, que luego a la salida me abordó y me dijo que le había entregado el paquete al Director. Y ahí es donde me quedé yo.*

*-Bueno, pues como te iba diciendo, que cuando leí el remitente, no sabía qué hacer, si abrirlo o llamar de nuevo al Jefe que lo ves ahí en el CD, en*

el momento que habla conmigo y le digo que haga el favor de venir, porque estimaba que la cosa era muy urgente.

Efectivamente en la tele se oye cómo suena por segunda vez el móvil y después de hablar, sale nuevamente de la sala, diciéndole de nuevo al Sr. Masó:

*-Masó, le ruego que me disculpe nuevamente pero me llama mi secretaria por un asunto urgente.*

*-No se preocupe, yo sigo escaneando hasta que Vd. vuelva..*

*-Total, que viene mi Jefe, y me pregunta:*

*-¿Esther qué pasa? –un tanto nervioso-*

*-Sr. Altamirano, ¿Vd. ha leído quién es el remitente?*

*-Pues la verdad que no, porque estaba atendiendo al Sr. Masó.*

*-Pues mire –le dije, y le enseñé la caja y al leerlo palideció y me dijo todo*

nervioso:

*-Ábrala, de prisa.*

- La abrí y dentro venían dos botes, uno era un espray y el otro un frasco, un trozo de tela pintada al óleo y además venía un sobre a nombre del Director del Museo del Prado, que se lo di, y lo abrió sacando un folio que leyó rápidamente, saliendo como una bala de mi despacho, y volviendo a entrar de nuevo para recoger la caja que también se la llevó de prisa. Y fíjate cómo entra en la sala X B y le dice al Sr. Masó:

*-Sr. Masó, un momento. No siga que tengo que explicarle algo muy importante, pero primero haga el favor de leer este escrito y luego se lo explicaré.*

El Sr. Masó dejó lo que estaba haciendo y leyó el folio que le entregó el Director, diciendo a continuación:

*-Sr. Altamirano, no entiendo nada. Pero estoy a su disposición, si aquí dice lo que hay que hacer para recuperar lo que hemos perdido en el cuadro, si le parece empezamos por hacer una prueba. ¿Me puede Vd. proporcionar un trozo de óleo pintado y seco que no sirva?.*

*-Aquí en la caja viene uno, -y se lo dio a Masó-.*

El Sr. Masó volvió a leer el escrito, que dejó encima de la mesita y apartó hacia un lado el ordenador portátil, situando la tela de óleo en la mesita y cogiendo el espray roció sobre una zona de la pintura que queda tapizada. A continuación pone en marcha de nuevo el ordenador, y pasando la lupa por la zona no aparece nada en pantalla, y le dice a Altamirano:

*-Efectivamente, éste barniz no deja pasar las radiaciones y no aparece la pintura que hay debajo. Vamos a secar con el secador y veremos la siguiente prueba.*

Y tomando el secador lo pone en marcha y con aire frío, según decía la nota, insiste hasta que lo toca con el dedo y ya no se pega el barniz. Diciendo:

*-Vamos a ver el disolvente.*

Mientras el Sr. Altamirano, que se saca un pañuelo para secarse el sudor, asiste muy atento a las manipulaciones del Sr. Masó, quien toma el disolvente y echa un poco en un recipiente de cristal y tomando un pincel mediano va pasando por la zona donde había barnizado, hasta que poco a poco va apareciendo la pintura al óleo, y le dice a Altamirano:

*-Parece que funciona. Ahora Vd. dirá si le aplico el disolvente al Greco, pues no quisiera ser responsable si no funcionara. Ya que como le digo no comprendo esta situación, ni la aparición de éstos productos justo a los pocos minutos de haber empezado. Como le dije el sábado, estuve todo el fin de semana practicando y en esta carpeta están los resultados para que Vd. los vea.*

*Así que Vd. tiene la palabra. Si tiene que volver a hablar con la Sra. Ministra llámela, en fin, yo hago lo que digáis, y no le haré por supuesto ninguna pregunta de quién es el autor de ésta nota tan extraña y firmada por Robín de los Bosques que es lo que ya me ha desconcertado totalmente.*

Se ve en el televisor a Altamirano, sudando como un pollo, con el babero blanco y sin saber qué contestarle al Sr. Masó.

Éste viendo el aprieto en que se encontraba, le dijo:

*-Altamirano, no se preocupe, que estamos aquí para solucionar el problema, no se acaba el mundo. Verá, con su permiso voy a dar una pasada muy suave de disolvente sobre la zona de los números, y a ver qué pasa.*

Y dicho esto, mojó el pincel en disolvente y con mucho cuidado y mirando previamente a la reproducción que había puesto encima del cuadro, fue dando muy despacio donde debería estar el primer número y a la segunda pasada, se queda parado y coge la lupa, ésta vez sin conectar al ordenador, y mirando muy atentamente exclama:

***-¡Aquí está Masó, aquí está! El uno en carácter gótico.***

Y como si fuese un niño con zapatos nuevos se puso a dar saltos de alegría, y Altamirano empezó a santiguarse y acercándose tomó la lupa y miró donde le señalaba Masó y le faltó poco para darle un beso.

Continuó Masó su delicada labor hasta que soltó el pincel y todo eufórico se puso a cantar en catalán una canción de Serrat a la vez que cogía el secador y le aplicó aire frío a la esquina del cuadro diciendo.

***-Altamirano, ahí tienen Vd. y la Sra. Ministra los cuatro números y el puntito, que no falte el puntito: uno uno tres seis, y el puntito, dijo ya cantando, y añadió:***

***-Amigo Caballero de la mano al pecho, si viviera el Greco se habría enfadado con nosotros por haber dudado de tu origen. Menos mal que no se habrá enterado. Vamos a por su firma.***

Y se cambió hacia la zona del hombro izquierdo del Caballero, y con la precisión de un cirujano aplicó el pincel justo donde debía, diciendo todo eufórico:

*-La firma Altamirano aquí.*

Y le dio la lupa para que comprobara que efectivamente allí estaba la firma original del Greco.

Y nuevamente tomó el secador de pelo y le aplicó aire frío a la zona de la firma hasta que comprobó que había quedado totalmente seca.

Marcaba el reloj de la pantalla las 09:45:00.

- Tendremos que apuntar esa hora –le dijo Emilio a Esther- pues es ya parte de la historia de éste cuadro. Desde luego, esto es para contarlo y no creerlo. La que ha estado a punto de liarse con la ocurrencia de Pablo Jr.

- ¿Y cómo termina la película?

-Ya le queda, poco –contestó Esther y volvió a ponerla en marcha-.

Lo siguiente es que vuelven a coger el cuadro entre los dos, y lo cuelgan en su sitio. Se separan del cuadro unos pasos, y se dan la mano muy afectuosamente quedando el Caballero como testigo de la proeza.

A continuación se dirige Masó a Altamirano y le dice:

*-Le recuerdo que la Sra. Ministra le dijo que la llamara en cuanto se terminase el trabajo. Le sugiero que lo haga, pero permítame que le pida un favor. Que le diga lo que realmente hemos conseguido, o sea, recuperar los auténticos símbolos, con un disolvente especial, y que yo no he dibujado nada. Y si no quiere decirle la procedencia del disolvente, eso es cosa suya, pero personalmente no haría mención del paquete que Vd. ha recibido.*

Y Altamirano le respondió:

*-Ahora mismo la llamo Masó, y tenga la seguridad que no le haré mención de la procedencia del disolvente. Le diré, si a Vd. le parece bien, y sobre todo si ella me lo pregunta, que es un producto del laboratorio nuestro. ¿Le parece?*

*-De acuerdo pero evite los detalles.*

*-No se preocupe.*

Y quitándose el babero, se puso la chaqueta sacando el móvil de un bolsillo, llamó al teléfono que le había dado el viernes en su despacho.

*-Buenos días, soy el Director del Museo del Prado, necesito hablar con la Sra. Ministra. Expediente dos mil seis barra cero cero siete. De acuerdo.*

*-Sra. Ministra, buenos días, tengo el gusto y el gran honor de comunicarle que El Caballero de la mano al pecho está totalmente recuperado...*

*No, no, con sus símbolos originales, el Sr. Masó lo ha conseguido, sin tener que usar pintura alguna. Son los originales, que los ha descubierto y están de nuevo a la vista...Sí, está aquí, se pone.*

*-Masó la Sra. Ministra –y le dio el teléfono-*

*-Buenos días Sra... Muchas gracias, ha sido un placer poder hacerlo y contribuir a vuestra tranquilidad...No, no me ha costado mucho trabajo, y además, me ha servido de mucho la ayuda del Sr. Altamirano y la confianza que me inspiraba el conocer tan bien al Caballero desde hace años... Muchas gracias, Sra... Cuando Vd. quiera. Adiós Adiós..*

El televisor marcó en esa escena final de la conversación de Masó con la Ministra las 10:00:00 de la mañana, y le preguntó Emilio a Esther.

-¿Aquí termina?

-No, ya queda poco. Espera. –y volvió a darle al mando-

Se quitan los baberos los dos personajes de la película y se ponen las chaquetas, recogiendo luego Masó su ordenador y la carpeta de dibujos, y diciéndole a Altamirano:

*-Si necesita ayuda para retirar los caballetes y la mesita...*

*-No se preocupe Masó, se lo agradezco mucho, ya lo hago yo, y además no quiero entretenerlo. Si quiere pasar al aseo.*

*-Muchas gracias. No es necesario.*

*-Pues entonces, Masó, aparte de todo lo que le haya dicho la Sra. Ministra, yo personalmente le estoy eternamente agradecido. No sabe el peso que nos ha quitado de encima.*

*-No hay de qué, hoy por ti, mañana por mí. Creo que es hermoso que nos ayudemos los unos a los otros. Y que descuidéis la Sra. Ministra y Vd., que esta experiencia ya no tengo que ponerla en ningún currículum, y queda entre los tres, la Ministra , Vd. y yo.*

*-Gracias una vez más Masó.*

*-No se merecen.*

*-Lo acompaño a la salida.*

Y salieron los dos de la sala X B, no sin antes acercarse nuevamente el Sr. Masó frente al Caballero, donde estuvo un momento como despidiéndose de él.

-¿Quieres ver el final? –le preguntó Esther a Emilio-

-Bueno, ya puestos.

Y Esther le volvió a dar al mando, y a los pocos minutos aparece de nuevo Masó, que se vuelve a quitar la chaqueta y coge un caballete y se lo lleva. Vuelve y se lleva el otro y la tercera vez se lleva la mesita y por último vuelve por el flexo, el secador y la bolsa de Macarrón.

-Fin –dice Emilio-

-No, queda lo último, que es buenísimo -dice Esther-

Y aparece una vez más el Director del Museo, como para comprobar si había dejado algo, y se dirige frente al Caballero, y levantando la mano derecha, hace un gesto como cuando se le regaña a un niño por una travesura...

-Ahora sí es el FIN, -dijo Esther riendo igual que lo hacía Emilio-



- Es muy bueno este final. Este CD vale una fortuna. Lo que pagaría más de una revista por tenerlo o alguna televisión, con toda la historia de Robín de los Bosques.

-Pero se van a quedar con las ganas, porque éste va a ser nuestro secreto, ¿te imaginas que nada más que lo sepamos nosotros? .Es fantástico. –Dijo Esther-.

- Desde luego ha sido el caso más atípico en el que yo he intervenido, y la verdad es que en el viaje a París, cuando llegaba al hotel y me duchaba para relajarme del tema que llevábamos entre manos, me metía en la cama y pensaba en el desarrollo de todos los acontecimientos que se produjeron desde el viernes 29S hasta el 2-O por la mañana, en la puerta del Museo, dejando aparte desde las 05 a.m. a las 06 a.m. del sábado, y recordaba el mensaje de Robín, tu sermón al Director en la mañana del sábado y luego la entrevista con Pablo Jr. en la cafetería, me preguntaba ¿si no llevabais razón?

-¿A qué te refieres? –le preguntó Esther-.

-Pues que me habéis dado mucho que pensar, y en cierto modo pienso que Pablo Jr. se tenía que haber salido con la suya, y haber puesto en un trete al Gobierno, si no hubiésemos llegado al desenlace, que no hubiese tenido más remedio que hacer algo para contentar a éste joven.

-Sí, pero como MM, como tú dices, te encargó a ti el caso y te fuiste derecho a las Rozas, pues le has fastidiado el negocio. Es que eres muy listo.

-No Esther, no se trata de eso. Fue un fallo por su parte lo de “Gazpachuelo”, si no, estoy todavía buscando a Robín de los Bosques, sin saber por donde tirar.

-Bueno, pero gracias a eso, nos hemos conocido y aquí estamos.

-Desde luego y por cierto –dijo Emilio- no me has dicho quién es el nuevo Director del Museo.

-¿No te lo imaginas?

-¿No me digas que es el que estoy pensando y que vino de Barcelona?

-El mismo, D. Carlos Masó Sancho. Y creo que me va a ir muy bien con él.

-Pues enhorabuena.

-¿Qué piensas hacer a partir de mañana?. ¿Tienes que hacer un informe de tu investigación para tus superiores?

-No pienso hacer tal cosa, a no ser que me lo pidan, y con todo y con eso, me resistiré, pues MM dio el caso por finiquito, acuérdate, y le devolveré la pelota diciéndole ¿qué cómo voy a hacer informe de un caso que según la Ministra le dijo que ya estaba resuelto?. Por eso te

digo que es de lo más atípico, teniendo en cuenta además el desarrollo final con el vídeo que me acabas de poner.

-Total –dijo Esther- que colorín colorado, el cuento se ha acabado.

-¿Tú crees que se ha acabado? –dijo Emilio-.

Y estrechándola entre sus brazos y dándose un beso, el primero de los que siguieron después y mientras se levantaban y ella lo iba dirigiendo hacia su dormitorio que estaba en la penumbra, pues el balcón que también daba al Retiro, tenía las persianas bajadas lo suficiente para crear un ambiente de lo más propio para lo que allí se iba a desarrollar a continuación, y que no es necesario explicar ni entrar en detalles.

Ya había menos gorriones por encima de los árboles del Retiro persiguiéndose y más de una pareja se habían escondido entre las ramas para hacer lo mismo que Esther y Emilio ya habían empezado a hacer.

EPÍLOGO: *“No hay mal que por bien no venga”.*

- *Le vino muy bien a la Sra. Ministra, pues se libró de una buena papeleta, y además sin publicidad, que hubiese sido muy inoportuna por las circunstancias que estaba pasando el Gobierno, con el asunto de los inmigrantes que a diario llegan a Canarias en los cayucos, pues en lo que va de año suman más de 20.000.*

*Y además, propuso el cambio de Director del Prado, que fue muy del agrado por parte de los catalanes, y que aprobó el último Consejo de Ministros.*

- *El Sr. Altamirano también salió ganando, y le vino muy bien el cambio de destino.*

- *Y a Pablo Jr. no lo empapelaron, porque supo reaccionar a tiempo, por el amor filial que le tenía a su padre a quien no quería hacerle daño ni que sufriera, aunque no habría que perderlo de vista, pues era más listo que el hambre, y quién sabe lo que podría hacer en lo sucesivo.*

- *Y Carlos Masó Sancho y su mujer Carmen, volvieron a sus raíces madrileñas.*

- *Y ya nos podemos imaginar cómo les vino a Esther y a Emilio, ésta aventura, pues dieron comienzo a una muy particular, que cuando se asomaban a uno de los balcones del piso de Alfonso XII, y veían el esplendor de las copas de los árboles del Retiro y los gorriones jugueteando por el aire, no podían menos que abrazarse y darles las gracias a ese señor de Toledo que pintó el Greco para pagar su deuda.*

## JAQUE AL GRECO

<u>ÍNDICE</u>	<u>PÁGINAS</u>
CAPÍTULO I : LOS HECHOS.....	1 - 9
CAPÍTULO II : EN EL MUSEO.....	10 - 15
CAPÍTULO III : EL CUADRO.....	16 - 22
CAPÍTULO IV : LA INVESTIGACIÓN.....	23 - 38
CAPÍTULO V : ESTHER.....	39 - 47
CAPÍTULO VI : LA NOCHE.....	48 - 56
CAPÍTULO VII EL MENSAJE.....	57 - 61
CAPÍTULO VIII LA MADRUGADA.....	62 - 67
CAPÍTULO IX : EL 30S (POR LA MAÑANA).....	68 - 75
CAPÍTULO X : LOLA Y PABLO.....	75 - 90
CAPÍTULO XI : EL EXPERTO.....	91 - 100
CAPÍTULO XII GAUDÍ.....	101 - 108
CAPÍTULO XIII FINIQUITO.....	109 - 115
CAPÍTULO XIV : LLARDY.....	116 - 124
CAPÍTULO XV PABLO JR.....	125 - 139
CAPÍTULO XVI LUNES 2-O.....	140 - 142
CAPÍTULO XVII EL RETIRO.....	143 - 144
EPÍLOGO : <i>No hay mal que por bien no venga</i> .....	155
ÍNDICE :	156
Nota del autor	157

Nota del autor..

Querido/a lector/a: He vuelto a leer esta novela al cabo de los dos años desde que la escribí, y creo que después de lo que ha ido aconteciendo en nuestro País en este bienio, a lo mejor debería haber tenido otro desarrollo y otro final esta historia, pues me sabe mal que Pablo Jr. no se haya salido con la suya, como al final le reconoce Emilio a Esther.

Lo está pasando muy mal nuestra juventud con el tema del desempleo y la gran dificultad que está encontrando para hacerse con un piso, aunque sea de alquiler, e iniciar una vida de pareja a la que tanto derecho tienen, igual que hemos tenido los que peinamos canas.

Ni el Gobierno, ni por supuesto la Oposición se están dando cuenta de la realidad que vive una juventud que sólo quiere trabajar y tener una familia, y ojalá hubiese un Pablo Jr. que supiese dar un “golpe de efecto” para plantarle cara a los políticos y ponerlos en una situación un tanto incómoda y delicada, que no tuviesen más remedio que tomar medidas urgentes para darles una esperanza y una ilusión, y sobre todo, una solución.

Esta “crisis”, aunque no la quiera reconocer el Gobierno, puede estallarle en las manos, pues todo tiene un límite y las cifras de desempleo crecen por días, como las hipotecas.

¿Qué hacemos?, ¿dejamos que sigan viniendo inmigrantes y que nuestra juventud emigre otra vez a Alemania o a la Argentina como nuestros mayores en busca de fortuna?

Parece que al Gobierno solo le interesa aprobar el aborto, la eutanasia, el llamado “matrimonio” de las parejas de homosexuales, quitar de los colegios la Religión y los Crucifijos, o dejar en libertad a De Juana Chaos. Con eso ya están muy satisfechos.

Si hay que suprimir vacaciones en Mallorca o en Matalascañas, pues se suprimen, pero por Dios, ¡basta ya!, y si hay sueldos de 200.000 euros al año, por ser vos quien sois, por favor no den la noticia en T.V. para no ofender a los que por mil euros al mes, si es que tienen suerte, consiguen un trabajo en el que están explotados, y nadie hace nada por remediarlo.

Si entre otras muchas cosas, este es el precio de la Democracia, no sé si ha valido la pena.

Agosto de 2008